JAVIER ANGULO GURIDI

1. LA FANTASMA DE HIGÜEY Y OTROS RELATOS



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

XXXIV

1. LA FANTASMA DE HIGÜEY Y OTROS RELATOS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director-fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar



Javier Angulo Guridi

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXXIV

JAVIER ANGULO GURIDI

1. LA FANTASMA DE HIGÜEY Y OTROS RELATOS

Estudio preliminar de
Bruno Rosario Candelier

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2002

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Diagramación
Cuesta-Veliz
Asesoría Editorial

ISBN 99934-54-12-5

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

JAVIER ANGULO GURIDI Y LA LITERATURA NACIONAL

El escritor romántico

La creación literaria de Javier Angulo Guridi (1816-1884) se corresponde con los rasgos de la primera generación de escritores que surgió en nuestro país al calor de la Independencia Nacional inspirada en el ideal de los trinitarios dirigidos por Juan Pablo Duarte. Esa importante floración literaria, que podríamos bautizar como Generación Costumbrista, tuvo al Liberalismo como contexto ideológico; la ocupación haitiana como el acontecimiento aglutinador; la lucha independentista como la apelación motivante; el ideario romántico como su modelo literario; y como mentores intelectuales a José Núnez de Cáceres, Juan Vicente Moscoso y el presbítero Bernardo Correa y Cidrón.

Con Javier Angulo Guridi cobra perfil la literatura dominicana. Tanto en su prosa como en sus versos están presentes el paisaje nacional, los temas populares, los asuntos aborígenes —que usa como medio de inspiración patriótica— el lenguaje local, las leyendas tradicionales y el sentimiento patriótico.

La realidad histórica y social de la época era desoladora. Las familias ilustradas y pudientes huían del país en busca de me-

jor destino. La propia familia de Javier Angulo Guridi tomó el camino del exilio, viviendo nuestro poeta desde niño en Cuba donde asimiló la tradición cultural y literaria de la hermana isla, incorporándose a tertulias literarias de la sociedad habanera, que para la primera mitad del siglo XIX acentuaba el cultivo de la novela, lo que influyó en el joven dominicano, quien abrazó el desarrollo de la narrativa, escribiendo y publicando en Cuba sus primeros relatos novelescos.

Cuando Javier Angulo Guridi viene al mundo hay un renacimiento intelectual en Santo Domingo a consecuencia del despertar que en todo el continente estaban motorizando los pueblos hispanoamericanos. Ese despertar en lo económico, lo político y lo cultural se opera en la animación de las actividades agrícolas y comerciales, en la vocación por la vida pública, en la reapertura de la Universidad Santo Tomás de Aquino y el influjo del Seminario Conciliar en la capital dominicana.

Los intelectuales que florecieron en esa primera generación literaria, además de Javier Angulo Guridi, son Juan Pablo Duarte, José María Serra, Félix María del Monte, Manuel María Valencia, Pedro Antonio Bobea, Nicolás Ureña de Mendoza, Alejandro Angulo Guridi, Félix Mota, Felipe Dávila Fernández, Encarnación Echavarría, Josefa Perdomo, Pedro Francisco Bonó y Ulises Francisco Espaillat. Los dos últimos citados, Bonó y Espaillat, formarían junto a Javier Angulo Guridi, los mentores intelectuales de la siguiente generación literaria, la generación romántica[1]. La primera generación literaria de las letras dominicanas corresponde a los escritores surgidos a raíz de la Independencia Nacional realizada en 1844, que es el año de la fundación de la República Dominicana. Javier Angulo Guridi sobresale entre los escritores de la generación literaria de la Independencia, aunque no fue hasta 1853, cuando se incorpora a nuestro mundo literario tras su retorno de Cuba donde se había radicado por razones políticas. Su larga temporada en la vecina isla, donde se formó intelectualmente y publicó sus primeras producciones literarias, le permitió asimilar la tradición cubana y adiestrarse en el manejo de la pluma. A su retorno al

1. Bruno Rosario Candelier, *Valores de las letras dominicanas*, Santiago de los Caballeros, PUCMM, 1991, p.14.

país no sólo participó en la vida pública como escritor y periodista, sino como activista político y funcionario castrense.

Según Max Henríquez Ureña, la narración en prosa aparece por vez primera en la literatura dominicana con los hermanos Alejandro y Javier Angulo Guridi.[2] Se trata de una narración de inspiración romántica.

Los románticos definieron su actitud ante las tres apelaciones fundamentales que demanda la atención humana: ante sí mismos, desahogando sus emociones entrañables como expresión intimista del yo; ante la naturaleza, valorando el paisaje como expresión idílica y poética; y ante la cultura, enfatizando lo nacional y lo popular como expresión de identificación y propiedad. Esos tres aspectos de la expresión vital tuvieron cabida y atención en la creación poética y narrativa de Javier Angulo Guridi.

Como buen romántico, Angulo Guridi vertió sus emociones en su producción lírica y escribió poemas que reflejan un sentimiento patriótico de amor al suelo nativo. Es también uno de los cultores dominicanos de la literatura indigenista que se escribió en América Latina por influjo del ideario romántico y que abrazó en temprana fecha nuestro autor. Es además el creador de la leyenda inspirada en el personaje de la mitología insular dominicana, la ciguapa, entroncada con el mundo de los aborígenes quisqueyanos.

Gracias a los historiadores de nuestra literatura[3], sabemos que Javier Angulo Guridi emigró del país en compañía de sus padres, Andrés Angulo y Francisca Guridi, en 1822, al inicio de la ocupación haitiana. Vivieron un tiempo en Puerto Rico y posteriormente se radicaron en Cuba. Retornaron a Santo Domingo en 1853. Debido a las complicaciones de la política vernácula, Javier salió de nuevo del país por algún tiempo. A su retorno participó en la vida política y literaria de la capital dominicana. Sus últimos años los vivió en San Pedro de Macorís, donde alentó la incipiente tradición literaria de aquella ciudad oriental dominicana.

---

2. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1956, Tomo II, p. 328.
3. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*; Carlos F. Pérez, *Evolución poética dominicana*; Joaquín Balaguer, *Los próceres escritores*.

Entre las características de la producción poética y narrativa de Javier Angulo Guridi hay que señalar su amor al terruño, la valoración del paisaje local, el sentimiento de la naturaleza y la expresión emotiva de las cosas, rasgos propios de la escritura romántica.

En mi obra *Tendencias de la novela dominicana*[4] señalé que hay dos grandes vertientes del Romanticismo: la que expresa la sustancia de las pasiones, con su culto al yo, la simpatía por la soledad, la idealización del amor, la inspiración como fuente de creación y la rienda suelta a la imaginación; y la que se funda en la evocación del paisaje, con el color local y costumbrista, el apego al pasado (la historia y el indio), la valoración de lo nacional y lo popular, la expresión de lo propio, la idea del progreso y la búsqueda de la expresión original y auténtica. Y subrayé:

> *"La exaltación del paisaje, vinculado al sentimiento romántico de la naturaleza, fue asumida por primera vez en nuestro país por los románticos Pedro Francisco Bonó y Javier Angulo Guridi".*[5]

En ese mismo ensayo sobre nuestra novelística dije que Javier Angulo Guridi, con *La ciguapa* y *La fantasma de Higüey,* se convierte en el iniciador de la novela de leyenda, y de leyendas verdaderamente dominicanas, como una variante del Romanticismo en el país, por lo cual Angulo Guridi funda la tendencia real imaginaria de nuestra narrativa, como veremos después. Mientras Pedro Francisco Bonó funda la tendencia realista en la novelística nacional, Javier Angulo Guridi sienta las bases de la tendencia real–imaginaria y en tal virtud se inspira en leyendas y mitos nacionales, temas y motivos populares que avalan esa vertiente de la imaginación.[6]

Javier Angulo Guridi es un romántico por excelencia, lo mismo en narrativa que en poesía, pero un romántico vinculado a los asuntos dominicanos. Joaquín Balaguer, en su *Historia de la literatura domi-*

---

4. Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana,* Santiago de los Caballeros, PUCMM, 1998, pp. 127-130 y 134-135.
5. *Ibidem,* p. 129.
6. *Ibidem,* p. 135.

nicana, señala que la obra de Javier Angulo Guridi, aunque fue escrita en el exilio, "respira un intenso amor a su tierra nativa".[7]

Aunque Esteban Pichardo, uno de los escritores dominicanos que emigró a Cuba con motivo de la invasión haitiana, publicó en La Habana una obra poética anterior a la de Angulo Guridi con el título *Miscelánea poética,* el dominicano que emigró y retornó a su patria de origen, es decir, Javier Angulo Guridi, es quien tiene el mérito de ser el autor del primer poemario con tema enraizado en la tierra dominicana, que es precisamente el titulado *Ensayos poéticos,* publicado por Angulo Guridi en 1843.

En ese poemario aparecen diversas composiciones de diferente catadura con aliento romántico, y aun cuando se aprecian limitaciones expresivas y versificaciones mediocres, está presente la valoración emotiva de la naturaleza con énfasis en el paisaje nacional, como se advierte en el poema que lleva por título "A la vista de Santo Domingo", que nuestro poeta escribiera al contemplar la playa dominicana:

El almo sol del éter se desprende
pálido y tibio cual naciente luna;
y el leve encaje de la espuma hiende
sepulcro hallando donde hubiera cuna.

Alígera la nave se desliza
trapos abriendo al aire vagabundo,
y ondas y ondas con soberbia riza
y taja el manso mar del Nuevo Mundo.
Sobre la popa que se abate y sube
como una arista que sacude el viento
sigo la marcha incierta de la nube
que rueda en el bruñido firmamento.

Imagen fiel de la esperanza mía
que al punto mismo de tender al ala
del infinito entre la niebla fría
como el aroma de la flor se exhala.

---

7. Joaquín Balaguer, *Historia de la literatura dominicana,* Santo Domingo, Librería Dominicana, 1966, p. 105.

Al evaluar la obra del poeta dominicano, el historiador y crítico de nuestras letras, Carlos Federico Pérez, escribió:

> *"El sentimiento y su amor por las cosas dominicanas estuvieron siempre inseparablemente unidos a su producción en el extranjero, lo que le acuerda muy legítimos títulos para figurar entre las primeras expresiones del romanticismo vernáculo".*[8]

El poeta de la patria

Javier Angulo Guridi experimentó una ardorosa pasión por su patria, la nación dominicana, sentimiento que se despertó en este creador cuando vivió la dolorosa experiencia del exilio.

Hombre sensible a las apelaciones de su tiempo, como poeta y narrador supo engarzar a su lira y su pluma los temas asociados a la tradición vernácula de su patria. Sus sentimientos patrióticos parecen confundirse con los que concita la nostalgia por el amor de una mujer, o la intensidad de una pasión que subyuga el corazón de los humanos, como lo revelan estos versos encendidos del aliento animador:

Que me eres más cara y bella
que el éter para la estrella,
que el aire para el condor,
y que en tanta lejanía
pienso en ti, contigo sueño,
y es tal de verte mi empeño
que te miro en cada flor...

Esa disposición emocional por la patria no fue un brote individual o casual. Hubo en el siglo XIX, en los países americanos de habla hispana, una motivación liberadora para luchar por la independencia nacional, y para sustentar esa motivación, hubo

8. Carlos Federico Pérez, *Evolución poética dominicana*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1956, p. 98.

una temática que canalizó entre los escritores nativos el amor a la patria. Fue el tema del indio, que se conoció en la América hispánica con el nombre de Indigenismo, corriente adscrita al credo romántico.

El Indigenismo literario, que impulsó entre nosotros la estética romántica, caló en Javier Angulo Guridi con fuerza y creatividad. Enaltecido en nuestro país por el francés Alfonso de Lamartine con su novela *Cristóbal Colón,* en la que exalta la proeza del cacique Caonabo contra los invasores españoles, el Movimiento Romántico en su vertiente indigenista tuvo en el autor de *Iguaniona* un temprano cultor de los ideales que motorizaron los temas y motivos de la raza aborigen como una vía para sustentar el ideario nacionalista e impulsar la tradición de las letras nativas.

La simpatía emocional que el indio inspiró se fundaba en una identificación sentimental con los sufrimientos y pesares de los habitantes oriundos de la isla de Quisqueya, actitud que asumieron los nacionalistas, pues como dijera Max Henríquez Ureña, "el indio siguió viviendo para la poesía como un símbolo del patriotismo y del amor a la tierra y a la libertad".[9]

Fue precisamente Javier Angulo Guridi, según Henríquez Ureña, el primer dominicano que encontró en el recuerdo de los indios de la isla Española motivos de inspiración, como se evidencia en sus poemas "Maguana" y "La cuita", de 1840 y 1842, respectivamente, cuya producción poética de tema indígena llevó a decir al eminente ensayista dominicano que la influencia de Angulo Guridi "fue decisiva para dar impulso a la literatura indigenista en Santo Domingo".[10]

En *La ciguapa,* que nuestro autor publicara en Santo Domingo en 1866, y que constituye el primer relato sobre este fabuloso personaje de la imaginación insular, Javier Angulo Guridi recogió para la narrativa dominicana la tradición local que atribuye a un origen indígena la leyenda de una mujer salvaje, que cubre su sexo con una larga cabellera, tiene los pies volteados hacia atrás y se expresa con un lenguaje inarticulado mediante jipidos incitados por la necesidad de ternura y protección.

---

9. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana,* p. 279.
10. *Ibidem,* p. 129.

Javier Angulo Guridi inicia en las letras nacionales el tema indígena que, como se sabe, se inspira en la vida, las desaventuras y el aciago destino de los primitivos habitantes de Quisqueya. *La ciguapa,* el primer relato que se funda en un tema vinculado al Indigenismo en Santo Domingo, apuntala el engendro de la imaginación insular con la gracia del aliento folklórico que nuestro narrador supo insuflar a esa hermosa criatura de nuestras leyendas.

Tiene la ciguapa la virtud, según la fantasía campesina, de cautivar con su canto a los hombres que desea atraer para mitigar sus ardores. Su extraña anatomía y las misteriosas cualidades que inspiran su frágil condición hacen de este engendro de la mitología criolla una materia narrativa que muy bien aprovechó Angulo Guridi en su propósito de rescatar las tradiciones nacionales.

En animada prosa descriptiva, Angulo Guridi narra con aliento vivaz lo que atiza su imaginación creadora al conjuro de las leyendas aborígenes. Al respecto escribe Joaquín Balaguer:

> *"Lo más estimable en su labor de tradicionalista no es, sin embargo, la soltura con que narra ni el brío con que revive los episodios más vagos y los sucesos más remotos, cosas de por sí esenciales cuando alcanzan el grado de madurez que adquieren en la pluma de Angulo Guridi, sino el sentido de adivinación poética con que el autor penetra en el alma candorosa de la raza aborigen y en la vida de las generaciones pasadas".*[11]

En efecto, Angulo Guridi describe la trágica experiencia que revela el narrador de *La ciguapa,* derramando "dolor en cada una de las miradas de sus grandes ojos negros". Y tras narrar la muerte de una joven ocasionada por la creencia de verse sorprendida en deliquios de amor, describe al personaje que funda el mito criollo.

La caracterización física y sicológica que nos brinda Angulo Guridi de esta singular criatura es la siguiente:

---

11. Joaquín Balaguer, *Los próceres escritores,* Buenos Aires, Imprenta Ferrari Hermanos, 1947, p. 224.

"Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo salvaje, lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una liebre por las sierras, o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza; porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo. En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas, de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exhalar una sola queja ni menos revelar indignación. Por último, caballero, la ciguapa es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio".

La temática relacionada con el mundo de los aborígenes, que tuvo una inspiración romántica y una motivación política, encuentra su más honda expresión en *Iguaniona*, versificación dramática en la que la protagonista, una indígena prestante en los tiempos de la conquista en La Española, opta por la inmolación antes que doblar su cerviz al yugo del conquistador y entregar su belleza al amo invasor. Se trata, según la versión literaria que nos presenta Javier Angulo Guridi, de una bellísima aborigen cuyos encantos de hembra codicia uno de los oficiales españoles, pero la agraciada aborigen se resiste a entregarse y decide suicidarse, hecho que el poeta recrea dramáticamente en tono patético. Con aliento estremecedor canta el poeta, en emotivo desplazamiento, el aciago infortunio:

Sin un solo temor, sin un cuidado,
mi espíritu feliz se adormecía
entre aromas de amor y de fortuna
como se aduerme el zorombí confiado
sobre el terso cristal de la laguna.
Mas de repente cárdenos fulgores
lanza el bosque en rededor; el viento zumba

quebrando con estrépito indecible
los árboles, del tiempo vencedores;
y como el trueno súbito retumba
del universo por la azul corona,
así una voz profética y terrible
restallando me dice: ¡Huye Iguaniona!

Apelación de lo sobrenatural

En la lírica de Javier Angulo Guridi se distingue además su sensibilidad abierta a lo trascendente. La apelación de lo sobrenatural la sentimos los humanos a partir del momento en que contemplamos la naturaleza como creación de la Divinidad. El sentimiento de asombro por la majestuosidad del cosmos se trasmuta en un sentimiento de valoración de lo divino.

En diferentes poemas de Angulo Guridi, como los titulados "En el cementerio" o "Al grande arquitecto del Universo", encontramos una expresión honda y grávida, impregnada de lo sublime:

"Oh sombra –murmuré–, con Dios te quedas",
y lejos de la fosa removida
perderme entre la fúnebre arboleda.
y fue tal de mis varias emociones
el choque en esa triste despedida,
que hui veloz de la mansión sagrada
sin avisar mis tristes ilusiones,
y... ¡quedaron durmiendo en la portada!

Mi corazón saltaba con violencia
dentro el amante conturbado pecho,
de aquel espacio breve en la presencia;
mientras reina de sí la fiel memoria
y de mis tristes ayes a despecho,
en celestial delectación vagaba:
¡evocando solícita la historia
del bien perdido que al dolor me daba..!

Los poetas que experimentan la garra de lo sublime; como los efluvios de ondas intangibles que atrapan en virtud de su sensibilidad trascendente, tienen una clara consciencia de su inspiración poética porque conocen la fuente de su arrebato expresivo, es decir, conocen el origen profundo del designio que mueve su lírica, y consecuente con esa apelación superior guardan un recato por la palabra, que utilizan como vehículo expresivo de ondas y susurros suprasensibles:

Voraz hoguera
allá del corazón ardía en lo interno;
y llamaba la muerte delirante
porque al fin me librara de este infierno...

A pesar de las limitaciones formales que en ocasiones parecen atar la sensibilidad caudalosa de Javier Angulo Guridi, nuestro agraciado poeta habla a veces como un iluminado con su reflexión grávida y honda; con evidente alusión al ámbito de lo sublime y con clara vocación por los misterios sobrenaturales, como "Al grande Arquitecto del Universo":

Yo te admiro; Señor, y te confieso
en las hondas tinieblas y en la luz;
y en los trémulos ecos del abismo,
y en los balances de la mar azul.
Te admiro en los abiertos horizontes
que al universo fingen abarcar,
y en las rudas tormentas y en las brisas;
y en el hálito ardiente del volcán.
Te admiro hasta en el alba nebulosa
que vierte en el azul su resplandor,
y más que en todo en el sin par concierto
que exhibe por doquier la Creación.

El sentimiento de poquedad y dolor que provoca la realidad de la muerte evidenciada en el cementerio, lo expresó nuestro poeta a través del recurso del desplazamiento afectivo, consistente en atribuir a la naturaleza lo que experimenta la propia sensibilidad del creador, según se aprecia en estos versos de "En el cementerio":

Sueltas al aire y lúgubres mecía
el melenudo flamboyan sus copas...

Sabemos que al poeta romántico, más que a ningún otro, lo mueve el sentimiento, y nada como la expresión del sentimiento para escribir con todo el desahogo emocional que es capaz de suscitar la experiencia de la muerte en la persona humana. En Angulo Guridi es tan intenso ese dolor que al hablar de su tristeza la expresa física y espiritualmente en una repetición del vocablo *triste* con un propósito de intensificación enfática, como en este fragmento de la composición "A Dios":

Mira mi faz amarillenta y triste
al soplo audaz de la maligna suerte;
que hora por hora su veneno vierte
sobre esta ánima triste y afligida.

Otro procedimiento privilegiado por la estética romántica, que nuestro poeta conoció y aplicó en su creación lírica, es el de atribuir cualidades al sustantivo, trasladadas de las sensaciones que experimenta el sujeto creador, que por efecto del desplazamiento calificativo parece sentirla el objeto referencial, inadvertido a veces por la pericia de la técnica poética, como puede notarse en el ya citado texto "En el cementerio":

Frígidas gotas de sudor copioso
sobre mi frente en libertad asomaron...

Es decir, la frigidez emocional que sacude la sensibilidad lírica del poeta se aplica a una sustancia inocente y distante del suceso conmovedor, y por eso dice el poeta "frígidas gotas", epíteto que pretende reflejar lo que de alguna manera paraliza al ser humano.

Angulo Guridi incorpora también a su lenguaje poético términos arcaicos, como *agora*, antiguo vocablo de la lengua castellana tomado directamente del latín, y que aún se puede escuchar en los labios de los ancianos campesinos cibaeños que heredan términos y expresiones de los colonizadores españoles. Nuestro poeta lo usa en su poema "A una lámpara" para contrastar el sentido temporero del lexema agora con la fugacidad de la be-

lleza física, que se evapora con el paso del tiempo, una forma tal vez de sugerir el *carpe diem* en atención al horror al vacío, sentimiento que tanto angustia al mortal apegado a las delicias sensoriales de este mundo:

Magnífica y radiante
bajo del nicho te contemplo agora;
mas ¡ay! dentro un instante
tu llama deslumbrante
perderá la existencia que atesora.

Se trata, además, del hallazgo de la verdad poética, de la que por vez primera habló Aristóteles, para oponerla a la verdad histórica. La verdad poética suele ser una revelación intuitiva en los auténticos creadores. Al encontrarla en Javier Angulo Guridi confirmamos su talento de escritor, su sensibilidad dispuesta para el canto y su fino instinto de esteta. Los hallazgos de su invención creadora, como el que a continuación presento, nos seducen por el encanto de la verdad poética inherente, irrebatible y contundente:

Pues no es dada a tus hijos la fortuna
de hallar sepulcro donde hallaron cuna.

La expresión alude a una época histórica en nuestro país felizmente superada: la época de Concho Primo con su azarosa existencia, en vilo por las frecuentes guerras civiles en que los revolucionarios del pasado diezmaron la salud de la Patria con sus funestos levantamientos armados. Javier Angulo Guridi conoció la trágica etapa conchoprimesca que padeció el pueblo dominicano, y como hombre sensible a las manifestaciones de su entorno, las reflejó en su creación poética con el dolor con que lo siente el hombre preocupado por el destino de su pueblo. Por eso dice Joaquín Balaguer, en *Los próceres escritores*, que la "Patria ardió como una llama inextinguible en el corazón de este perpetuo desterrado"[12].

---

12. Joaquín Balaguer, *Los próceres escritores*, p. 205.

En su haber como introductor de la literatura indigenista en nuestro país, Javier Angulo Guridi tiene además el mérito de ser el precursor de la literatura folklórica. A esos dos trofeos literarios se suma el hecho singular de su ficción narrativa como el autor que abrió las compuertas de lo real imaginario en nuestra narrativa y canalizó la veta de lo real trascendente en nuestra lírica, valores que lo enaltecen como uno de los creadores fundamentales de la tradición literaria nacional.

El fundamento de una tradición

La campana del higo es un relato sobre la venganza de un padre contra su desalmado lugareño que se aprovechó de la belleza y la inocencia de su hija, violándola en la semioscuridad de la foresta donde la doncella acudía a contemplar el encanto de la naturaleza. El mismo forajido fue el sicario del padre Eduardo, piadoso párroco de la antigua Vega Real cuya muerte desató, según la creencia popular, la destrucción de La Vega vieja. El vigor descriptivo y el tono de la narración hacen del relato de Angulo Guridi un anticipado precursor del Realismo maravilloso, de acuerdo a esta ilustración:

> *"Un temblor prolongadísimo se percibió instantáneamente, produciendo en los habitantes de La Vega el espanto de la muerte. La luna huyó del mundo: las nubes bajaron hasta tocar en las almenas de las azoteas: los árboles de las inmediaciones batían y mesaban sus copas con estrépito hasta arrancarse de raíz; las casas se derribaban sepultando cuanto se encontraba en su interior; la tierra oscilaba, se cuarteaba, abría bocas inmensísimas, y precipitaba en sus entrañas palpitantes todo lo que encontraba al paso. Gritos de desolación, lamentos de los heridos en aquel desconcierto de la naturaleza, el río que roncaba al precipitarse en los abismos imponderables de su nuevo incierto curso, los silbidos*

horrísonos del viento corriendo miles de leguas por segundo, ¡ay! todo parecía anunciar que la hora solemne del exterminio universal había sonado en la invisible péndula del tiempo.

—¡Misericordia! Gritaban sin consuelo las mujeres arrodilladas en medio de las calles a efecto de las trepidaciones irresistibles de la tierra: —¡Misericordia!

Y los hombres, corriendo sin tino, para caer y volverse a levantar, respondían a la plegaria con estas palabras: —¡Es el terremoto! ¡Encomendémonos al Cielo nuestras almas, porque no hay salvación sobre la tierra...!"[13].

La Sociedad Dominicana de Bibliófilos imprimió en 1981 el ejemplar que poseía el historiador don Vetilio Alfau Durán, prologuista y descubridor de la novela publicada por primera vez en La Habana en 1857, en la Imprenta Dávila, que nuestro autor dio a conocer con el título de *La fantasma de Higüey*, de la cual llegaron muy pocos ejemplares a Santo Domingo.

(Estimo que el apellido de este ilustre dominicano es el mismo de la palabra castellana que acentuamos en la primera sílaba ya que es una esdrújula, ángulo, razón por la cual la pronuncio como esdrújula, y no como grave o llana según pronuncian otros; además, en conversación que sostuve con don Vetilio Alfau Durán y con un descendiente del autor de la novela me confirmaron que muchos de los parientes del escritor dominicano pronuncian el apellido Angulo con el acento en la a, como debe ser, aunque otros lo hagan con el acento en la u).

Escribe Alfau Durán en el prólogo de *La fantasma de Higüey* que esta novela "es hasta ahora, probablemente, la primera novela dominicana publicada por un escritor nativo"[14]. Si nos atenemos a lo que señalan cada una de esas palabras, sobre todo las últimas —"publicada por un escritor nativo"— tenemos que concederle la razón al citado historiador, si recordamos que fue publicada con el formato de libro en 1857. Quiero enfatizar la idea

13. Javier Angulo Guridi, *La campana del higo*, Santo Domingo, Imprenta García Hermanos, 1866, p.12.

de libro puesto que la novela de Pedro F. Bonó, *El montero*, fue publicada en la revista *El Correo de Ultramar* en 1856, es decir, su primera publicación no tuvo el formato de libro. De todas maneras, aunque Bonó tiene la primacía de la "novelación", los dos autores dominicanos sientan las bases de la tradición novelística nacional en diferentes vertientes narrativas.

Como la de Bonó, *La fantasma de Higüey* de Angulo Guridi es en realidad una noveleta, es decir, una novela corta. Aun contando el prólogo de Alfau Durán, el texto de Angulo Guridi publicado por los bibliófilos de Santo Domingo y que imprimió la Editora Corripio en la capital dominicana, no alcanza las cien páginas, por lo cual me permito llamarla noveleta, como le llaman los italianos a una novela corta en términos cuantitativos. Desde luego, como noveleta debe tener también las características de la novela, pues cuantitativamente no la hace inferior por el número de sus páginas.

Ya dijimos que Javier Angulo Guridi conoció la tradición literaria cubana durante su estancia en la isla hermana. En Cuba se educó, pues allí fue a parar con sus padres, que emigraron del país huyéndole a la invasión haitiana de 1822 hasta 1844, aunque no fue hasta 1853 cuando acontece el regreso de los Angulo Guridi. Javier Angulo Guridi se estableció durante tres años en Higüey, donde conoció la leyenda que le inspiró la escritura de la novela, pues aquel poblado oriental fue el escenario motor de la historia que narra en esta novela. También vivió un tiempo en San Pedro de Macorís sentando las bases de la pujante tradición literaria que conoció esa ciudad dominicana.

Para mediados del siglo XIX, cuando nace la primera generación literaria dominicana, y con ella la novela nacional, carecíamos de una tradición narrativa, si exceptuamos la rudimentaria tradición colonial que se circunscribía a la relación de los cronistas y escribanos en memoriales, cartas, crónicas y testimonios, y a la narración de cuentos populares tradicionales, que sin duda conoció nuestro autor puesto que la técnica de pasar rápidamente de un asunto a otro, que se conocía en los cuentos de caminos, se aplica en *La fantasma de Higüey*, como se aprecia en la rela-

---

14. Vetilio Alfau Durán, Prólogo a *La fantasma de Higüey*, de Javier Angulo Guridi, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1981, p. 5.

ción del falso cura que se hace pasar por sacerdote cuando se presenta *con* sus hábitos religiosos en medio de una de las peripecias de esta noveleta.

Desde luego, Javier Angulo Guridi tuvo la fortuna, si se puede considerar fortuna el hecho de formarse literariamente en Cuba en la circunstancia que lo hizo, tuvo la fortuna, repito, de conocer una tradición, como la cubana, mucho más desarrollada que la dominicana, como la tuvieron otras prestantes familias que emigraron del país a raíz de la ocupación haitiana, y digo prestantes, puesto que sólo podían emigrar las familias pudientes, ya que entonces eran muy pocas las que poseían bienes de cambio como el dinero, indispensable para salir del país y abrirse camino en el extranjero, cosa que no podían hacer los indigentes de fortuna, como era la mayoría del pueblo dominicano. El padre Antonio Sánchez Valverde, en su valiosa obra *Idea del valor de la isla Española*, les llamó *transmigraciones* a las partidas de familias enteras del país, y esas partidas de dominicanos en buena posición económica contribuyeron al atraso nacional y, en consecuencia, al retraso de la literatura dominicana, porque del seno de las familias pudientes nacían los escritores, y muchos de ellos, como los Heredia, los Del Monte o los Angulo Guridi, se desarrollaron en Cuba y allí publicaron sus primeras producciones literarias.

Pues bien, Javier Angulo Guridi, como otros dominicanos amantes de las letras, supo aprovechar la tradición cultural cubana, lo que se refleja en su formación y en su creación literaria. Para la fecha en que Cirilo Villaverde publica en La Habana su famosa novela *Cecilia Valdez* (1839), la familia Angulo Guridi residía en la capital cubana, lo que hace probable que nuestro narrador haya leído la más importante novela costumbrista cubana del siglo XIX, importante por su calidad como obra de arte y por su valor como documento histórico.

(No debe extrañar que el hermano de Javier, llamado Alejandro Angulo Guridi, tenga narraciones anteriores, pero son sobre temas exóticos y se quedan en meros relatos, como es el caso de su narración *Cecilia*, de 1853).

Una obra narrativa precisa de una tradición narrativa, y es natural que los hermanos Angulo Guridi asimilaran la tradición cubana, que tenía un desarrollo literario que no habíamos al-

canzado los dominicanos, por cuyo conducto se puede inferir el influjo de la narrativa cubana en la dominicana.

Las narraciones de los Angulo Guridi, sobre todo las de Javier, cimentan la base de la tradición narrativa dominicana en la línea que optó nuestro escritor: la de lo real imaginario con aliento romántico.

La fuerza de una estética

La narrativa dominicana, como casi toda la narrativa hispanoamericana, se inicia bajo el influjo romántico con predominio en la vertiente que acentúa la presencia de lo vernáculo, tal como se aprecia en las novelas de Pedro F. Bonó y Javier Angulo Guridi.

La novela de Angulo Guridi, *La fantasma de Higüey*, es romántica, en primer lugar, por la actitud ante el paisaje (sentimiento de la naturaleza); en segundo lugar, por la idealización del amor y la mujer; y en tercer lugar, por la nostalgia y la melancolía que revelan algunos pasajes narrativas.

El fragmento que transcribo a continuación refleja el estado emotivo del sujeto narrativo ante la evocación del paisaje:

> *"Momentos hubo en que la fantasía, más atrevida siempre que el alma y más rebelde, tendía las alas a Cuba para sonreír viendo en su seno tal vez entonces dulcemente adormecidos a los objetos que forman el verdadero encanto de mi vida; pero afectada de una manera superior a todo juicio volvía en breve de excursión a exprimir sobre mis ojos una lágrima, y a postrarse ante el cuadro soberbio de la Naturaleza. ¡Oh, cuán bellas son las noches en el Nuevo Mundo, alumbradas por la luna! ¡Con cuánta facilidad se comprende en ellas la grandeza de Dios y la miseria de los hombres!"*[15]

15. Javier Angulo Guridi, *La fantasma de Higüey*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1981. p. 17.

El desahogo pasional que canalizó la estética romántica confirma la asimilación del movimiento europeo en nuestro autor, como se aprecia en el siguiente trozo narrativo en el que el ardor de la pasión fue más acentuado en nuestros narradores que en los poetas, sobre todo en aquellos que vivieron fuera de nuestro país:

> *"Cuando Tuizlo se separó de su amada después de sus primeras explicaciones amorosas fue a sentarse sobre el tangon de la redonda, a proa ebrio de pasión y de la alegría. Para su alma se habían abierto aquella noche las puertas del paraíso; y los delirios de una imaginación volcánica fundida entre los Trópicos, que despierta llena de lozanía y de vigor a las emociones de un amor sublime, poblaban, por decirlo así, los instantes de su existencia, aquellos instantes que rápido volaban entre el sonoro canto de las olas. Hermoso como el Apolo de Belvedero, Tuizlo parecía más que un ser humano un genio del Olimpo: la soledad misma que le rodeaba contribuía a darle una apariencia semidivina..."*[16]

En sus descripciones aparecían imágenes que llaman la atención por la frescura de su composición, como "la risa de la benevolencia resbalaba sobre sus labios"; "la melancolía es el elemento en que se columpiaban los espíritus apasionados"; "sus ojos, como los ojos de la hiena á quien irritan en la jaula", y otras imágenes comparativas tan del gusto de la estética romántica, como la ternura que inspira el sentimiento del amor que el Romanticismo supo enarbolar y enfatizar, y la idealización de la mujer, enaltecida por los cultores de este movimiento revitalizador:

> *"Hay un efecto delicado que brota en el corazón de los mortales con la presteza del relámpago y se radica en él hasta tomar con las gigantescas proporciones de la amistad o del amor. En efecto, si la mu-*

16. *Ob. Cit.* p. 67.

jer es quien despierta ese sentimiento que como tantos otros reposa, necesariamente se dilata y esponja a manera de las plantas con la humedad saludable de la noche, y cual ellas ofrecen agradecidas a la aurora sus frutos y sus flores —el alma brinda a la mujer, que es la aurora de todas sus esperanzas— un mundo de pasión y de ternura que siempre termina con la muerte precedido de hechizos ó a caso de pesares"[17].

El narrador de leyendas

Esta novela de Javier Angulo Guridi, *La fantasma de Higüey*, se llama así porque se trata de una mujer que cual fantasma ronda en torno al templo de la Altagracia de aquella población oriental. Era hija del temible pirata Morgan, que azotaba los mares aledaños, y ella, llamada Lidia, fue llevada a dar muerte a Tuizlo, pena que ella paga, no se sabe cómo, vagando y penando como un fantasma por aquellos predios de Higüey.

El pirata Morgan fue un personaje histórico, no una invención de la fabulación. Henry Morgan (1635-1688), filibustero inglés nacido en Gales. Secuestrado en su niñez, fue vendido en Barbados, de donde pasó a la isla Tortuga para integrar una banda de piratas y bucaneros que lo proclamó almirante; tomó Portobelo, asoló las costas de Cuba, asaltó Maracaibo y Gibraltar, capturó la isla de Santa Catalina, saqueó e incendió la ciudad de Panamá, y siendo teniente gobernador de Jamaica abusó de su poder con actividades ilícitas[18]. La novela de Angulo Guridi da cuenta de algunas de las incursiones devastadoras en Higüey. Entre otros pasajes, cito:

"Nuestra isla de Santo Domingo estaba por los años de 1656 rodeada de esos piratas espantosos que

17. *Ob. Cit.* p. 61.
18. Eduardo Cárdenas, *Veinte mil bibliografías breves*, New York, Enciclopedia Moderna, 1963, p. 593.

> *Ud. habrá oído mentar o conocido en la historia con los significativos nombres de* Filibustiers *y* Boucaniers*; siendo tal el número de ellos que los mares del Norte y del Sur se veían constantemente coronados de sus finísimos alígeros bajeles. Todas esas posesiones que forman alrededor como una especie de cadena, esto es, la Beata, la Tortuga, la Catalina, la Saona, el Pañuelo Cuadrado, la Inagua & .& servían de guardias a esas hordas de chacales, sin que nadie se atreviera a hostilizarlos, en el temor justificado de una derrota inevitable."* [19]

Después de señalar que los temibles piratas reducían a estado de sitio nuestras costas orientales y occidentales, acribillando a balazos, saqueando y azotando sin piedad, señala que "en medio de esos hombres sin humanidad y sin conciencia que tenían convertido el mar en un cadalso, había uno llamado Morgan"[20], que se distinguía de los otros piratas porque del botín de sus fechorías sólo le interesaban las mujeres.

La afirmación de que los piratas del Caribe habían "convertido el mar en un cadalso" permite imaginar las temibles y horrorizantes acciones de esos hombres sin ley y sin conciencia, según la sangrienta canción de los corsarios, que cantó el famoso poema de José Espronceda, *"La canción del pirata"*, como exaltación de la vocación corsaria: *"Que es mi barco mi tesoro,/ que es mi Dios la libertad,/ mi ley la fuerza y el viento,/ mi única patria la mar"*.

En realidad, la historia que se cuenta en esta novela se remonta al siglo XVIII, el siglo fecundo para corsarios y piratas; el narrador señala la fecha de 1656, que le llegó por transmisión oral hasta el abuelo del narrador, testigo llamado tío Bartolo, quien a su vez la relata a Javier, el sujeto receptor que crea el autor de esta novela. Frente a la brutalidad del pirata Morgan, uno de los más conocidos de los tantos que azotaban nuestros mares por aquel entonces, se contrapone la bondad del indio

---

19. Javier Angulo Guridi, *La fantasma de Higüey*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1981. p. 25.
20. *Ob. Cit.,7* p. 25.

Tuizlo, hijo de un rico cacique de Samaná, y que en virtud de una traslación temporal —pues para esa fecha ya habían desaparecido los indios de Quisqueya— vive y actúa en el siglo XVII, el tiempo de la narración.

Durante una travesía hasta llegar a la isla Saona se enfrenta a un presunto sacerdote, en realidad un soldado que por conveniencia se había vestido con los hábitos monacales suplantándolo en su misión y destino en esta tierra. El hecho de sangre cuya intriga maneja con habilidad el narrador se anticipa como una "historia... horrible". Esa manera de anticipar, como preludio trágico, el final de la historia, hace que leamos con especial interés las páginas que suman los hechos del relato motor. En medio de las tribulaciones que engendran las peripecias narrativas aparece una mujer extraordinariamente hermosa que provoca la disputa por la competencia posesiva, y en esto el narrador sigue las pautas de las mejores novelas clásicas de amor y de aventuras, como se estila desde *El satiricón* de Petronio.

El término *fantasma,* que el narrador usa en su acepción de "quimeras de fantasía", porque en verdad fantasma quiere decir producto de la imaginación ("visión quimérica", dice el Diccionario de la Real Academia Española) connota otros sentidos, además del original apuntado. Se trata de presentar como fantasma a la fortuna mal habida, por el espantajo que provoca, y todo espantajo de por sí asusta, aunque sea en el ámbito mental. La intención significativa, en el sustrato temático de la novela, es la de apuntar que la aventura material ahuyenta la paz interior y tiende un velo de suspicacia sobre la legitimidad de los bienes materiales.

Ante la pregunta de si "no hay ventura que no tenga una agonía", el autor distingue entre la ventura material y la aventura espiritual, señalando que las altas posiciones se ocupan muchas veces inmerecidamente, como ocurrió en el pasado y acontece en el presente. Habla de las fortunas bien habidas, y de las que "tienen por raíces la usurpación: fortunas que si se representan en metálico, cada vez que las monedas se chocan entre sí levantan en su sonido un grito acusador, y si se representan en haciendas cada rastrojo es un fantasma y cada flor es una lágrima..."[21] Su intención más o menos explicíta es la de

21. *Ob. Cit.,* p. 19.

subrayar que hay que buscar la paz que nace de la no ambición de bienes materiales por cuanto la ventura material genera desasosiego. Fíjense lo que dice al referirse al hombre afortunado:

> *"Arrastrará suntuosos coches, dará espléndidos banquetes entre perfumes, telas exquisitas y vasos de Sévres; no importa. Ese hombre aspira el olor de la felicidad, pero no gusta su sabor. A los ojos del mundo, todo es miel en torno suyo; a los ojos de su conciencia, en el retiro de la alcoba, entre el lecho mullido y recamado de flotantes blondas, hay algo terrible para él: hay un desvelo que irrita y un pensamiento que tortura."* [22]

Siguiendo la pauta que marca la alusión de su discurso, dice que la felicidad suele cobijarse "bajo el solitario rancho del agreste pescador", en lugar de "los soberbios artesonados"[23], por cuanto la verdadera felicidad es "el resultado de las almas puras". Es, pues, un humilde pescador la persona a través de la cual el sujeto narrativo explaya su posición ética, su actitud y su modo de pensar. Un simple pescador, como el de los antiguos tiempos bíblicos, para quien el "lujo es el origen de la torpeza"[24]. Y llama la atención el pasaje en el que el tío Bartolo se expresa con las ideas propias de los socialistas utópicos del siglo XIX, que probablemente conoció el autor de esta obra, durante su estancia en La Habana a mediados de la centuria decimonónica.

El pasaje al que alude emplea la palabra *comunismo*, y la otra de su misma estirpe, *camarada*, que aparecen por primera vez en texto de autor dominicano. *Camarada* es "compañero de cámara", y *comunismo* es el término para aludir al sistema de organización social y económica en que los bienes se consideran de propiedad común con un sentido de igualdad compartida.

El siguiente ejemplo tomado de la novela de Angulo Guridi lo confirma:

22. *Ob. Cit.*, p. 19.
23. *Ob. Cit.*, p. 20.
24. *Ob. Cit.*, p. 21.

> *"Aquí todos somos iguales, rayamos a una altura: nadie presume saber más que los otros, nadie hace alarde de riquezas; nadie, en fin, tiene clavado a la puerta de su rancho un lienzo antiguo con castillos y lises y leones. La igualdad es nuestra divisa; nuestra legislación el comunismo. ¿Se necesita de un cabo para reparar la jarcia, o de media vara de lona para remendar la vela? Ahí está el vecino que jamás la niega, y que si se ausenta deja el rancho abierto para que tomen de él sus camaradas cuanto se les venga a mientes"*[25]

A los ojos de un lector actual, más que una realidad, parece un planteamiento quimérico el señalado en el citado parlamento. Es probable que el narrador acentúe la bondad de la época, que sin duda se propone como modélica y que constituye la propuesta de una forma de vida en una comunidad ejemplar.

La vertiente de lo real imaginario

Ya hemos apuntado algunos aspectos técnicos que significan un logro narrativo de *La fantasma de Higüey*, como la manera de pasar de un asunto a otro con cierta presteza, como se registra en el capítulo cuarto del libro. Lo mismo hay que decir del recurso de incorporar coplas del folklore poético, que revelan una fuerte tradición literaria popular, y que se hace como una forma de expansión y entretenimiento. Tuizlo y su interlocutor se estremecen al notar que de popa se levantaba otra voz, cantando estos versos con aire melancólico:

> *"Tiene a veces de la noche,*
> *entre el silencio y la calma*
> *presentimientos el alma*
> *que avisos del cielo son."*

---

25. *Ob. Cit.*, p. 21.

Y mientras continúa el discurso narrativo, la voz se oye de nuevo, a modo de conclusión:

"Avisos que nunca llegan
en mal hora por fortuna,
que rompen una por una
las tramas de la traición." [26]

El narrador inicial, el omnisciente, cede su puesto al narrador testigo, que prácticamente cuenta toda la historia. Más aún, a veces da la impresión de que el narrador testigo asume atributos propios del mismo narrador omnisciente al penetrar en el interior de los personajes en el mismo cuerpo de la narración. La actitud del narrador de penetrar en los últimos recodos de los pliegues del alma persigue captar y reflejar lo que piensa, siente y maquina el personaje para que la verdad de lo que acontece en el interlocutor resplandezca sin ninguna bruma ante el lector. Veamos este pasaje de ilustración:

> *"Sotero se alejaba jurando en su corazón no perder de vista al hombre que meditaba inmolar a su mismo salvador y consumar después una violencia repugnante. Había tomado ley a Tuizlo, y comprendía muy bien que si faltaba era infalible la desgracia de don Ricardo y el oprobio de Isabela. Además, Morgan, según era sabido, reclamaba para sí las mujeres que apresaba, y no sería difícil que bajo el manto de protección que aparentaba dispensar al joven indio ocultase el villano pensamiento de burlar su confianza y apropiarse la doncella valido de su ventajosa posición. Era, pues, preciso estar en guardia a la vez con el sacerdote y el pirata empleando medios diferentes, es decir, sirviendo al primero de estorbo y al otro de simulado instrumento."* [27]

---

26. *Ob. Cit.*, p. 26.
27. *Ob. Cit.*, p. 27.

Damos por supuesto el hecho de que nuestro autor se había nutrido de algunas obras clásicas, entre ellas, las de Homero y Cervantes, que son referencias indispensables de la tradición literaria universal. Este supuesto se vuelve convicción cuando vemos la aplicación en esta novela de un procedimiento narrativo que aplicó con singular maestría el autor de *La Iliada*, y que se conoce en teoría literaria con el nombre de "preludio trágico". El narrador, en efecto, nos advierte que lo que va a contar es una historia terrible, salpicada de sangre, cuando se dispone a explicar los motivos que le indujeron a "no grabar mi huella en el ancho arenal de la Saona".

A tono con otra tendencia estética de la época, me refiero al Naturalismo; nuestro autor emplea a menudo imágenes naturalistas, como al decir:

> *"...en el fuego de su mirada había algo de denuedo de esa edad briosa que media entre la mañana y el ocaso, fuego que brillaba en sus pupilas, pero que se comunicaba a sus palabras y reverberaba en su espaciosa y limpia frente como un aparejo dado al exterior artísticamente por el alma, para resistir la palidez con que se anuncia el desaliento."*[28]

En ese, como en otros pasajes del texto, se aprecia una profundidad en los planteamientos y las actitudes, una disposición para el pensamiento y la reflexión, lo que le asigna densidad a la novela de Javier Angulo Guridi.

Estas otras imágenes afirman la misma tendencia: "Un relámpago de alegría iluminó la frente del genio de los mares". "La sonrisa del desprecio rodó sobre sus labios". O esta otra prosopopeya: "...en el fondo de su alma bramaban el odio y la venganza".

Es, pues, la novela de Javier Angulo Guridi una obra fundacional de la novelística dominicana. En ella se plasma una leyenda que funda la vertiente real imaginaria en la novelación nacional, al tiempo que cimenta el relato de una acción, la de la piratería caribeña, que llenó heroicas páginas en el ámbito antillano.

---

28. *Ob. Cit.*, p. 28.

La creación literaria de Javier Angulo Guridi se caracteriza por estas notas distintivas:

1. Combina las pautas estéticas del Neoclasicismo, Realismo y Romanticismo.
2. Alterna temas de la naturaleza, el sentimiento patriótico y la inspiración religiosa.
3. Despliega la vertiente imaginativa que se inspira en la realidad maravillosa dando cuenta de sueños, alucinaciones, fantasías y leyendas.
4. Se funda en tradiciones, mitos y leyendas, elementos locales y autóctonos que expresan el sentir y las creencias populares.
5. Hace de la ficción una fuente de la realidad objetiva para dar la impresión del verismo de su narración, aun cuando esta tenga ribetes imaginarios.

La Fundación Corripio, Inc., en su Colección Biblioteca de Clásicos Dominicanos, ofrece a las presentes generaciones esta obra bajo la convicción de que debemos conocer y valorar, en atención a su aporte creativo, la contribución de este valioso autor a la imaginación insular.

BRUNO ROSARIO CANDELIER

LA FANTASMA DE HIGÜEY[1]

1. Primera edición publicada en 1857, Imprenta de A. M. Dávila. Aguiar, núm. 49, La Habana, Cuba.

I

Siempre hay en la turbulenta vida de los hombres un día que se eterniza, un día espléndido y magnífico, que jamás acalla sus variadísimos rumores, que jamás deja de orearse con su misma brisa perfumada. Teatro de algún suceso plausible o doloroso, se levanta de continuo entre el pasado y el presente como una eternidad y como un símbolo: ¿quién podrá decir que nunca ha vuelto sus miradas sobre las huellas confusas que guían a la juventud, para verle allá, a lo lejos, y sonreír con tristeza o suspirar con amargura? Nadie seguramente: porque ese día figura en mitad de todas las existencias, porque su magnificencia esplendorosa, y el coro de sus murmullos, y el lamento moribundo de sus auras, brillan, y resuenan y se perciben a despecho de los encantos de la actualidad. Si en el horizonte sensible del mundo que surcamos no quedaran dulces o amargas prendas de nuestra alma: si fuera dable que a la caída del sol cayeran también nuestras impresiones en las tinieblas del olvido, y reanimados con la noche comenzáramos al otro día la jornada de la muerte sin descubrir siquiera un flotante celaje del ayer, pronto a evaporarse, o un punto pronto a oscurecerse... ¡Oh! ¡Cuán grande, cuán inmensa y perfecta sería nuestra felicidad! Podría decirse entonces que como nuestros primeros padres, antes

del pecado, vivíamos en el paraíso terrenal, ensayando delicias que más luego ensancharíamos en la vida de los escogidos. Pero lejos de ser así, la memoria se apodera del pasado, lo recorre todo y al fin hace alto en el más fuerte de sus latidos, es decir en su día más memorable. El alma entonces se abstrae de mil maneras diferentes: o el amor ocupa para ella todo el período de ese día según el género de sus ocultas impresiones, o la gloria se mece en sus perfiles como una flor suspendida al lado opuesto de un abismo imposible de vadear, o la visión del desengaño se levanta con la aurora y la persigue, hasta el ocaso, arrebatándole la voluntad de tender una mirada al porvenir.

A esa impremeditada y vaga excursión de la memoria, emprendida generalmente en el religioso silencio de la noche le da el mundo el nombre de recuerdo en todos sus idiomas, si bien con diversas articulaciones. Nadie, pues, existe, ni existir pudiera sin recuerdos; para unos son expiaciones verdaderas, ruedas de tormento que no cesan de girar a impulso de la conciencia; para otros sombras melancólicas de una felicidad desvanecida que evoca el dolor en sus horas de suspiros y de lágrimas por medio del estéril silogismo, y para muy pocos partículas de luz, aromas y regocijos, que a pesar de la distancia en que se mecen forman como el núcleo de un presente bonancible.

Ni amor, empero, ni gloria ni ventura me es dado recoger de esa excursión a que la humanidad tributa ofrendas sin propósito. La historia de mi alma habla de aquel divino sentimiento en su único capítulo, sin turbulentos episodios; pues si no fue la suerte escasa, en ellos quedaron proscritos, o relegados al olvido como inútiles en los ilegibles borradores de esa historia misma. La gloria... ¡ah! La gloria ni aún siquiera ha perfilado con su peregrina lumbre los bordes de mi existencia tenebrosa; y antes que engrosar las filas de los que imaginándose comprendidos en su disco provocan el ridículo, la he considerado siempre como inexistente para mí sin que la sierpe de la ambición haya podido hacer equívoca mi gracia y extraviarme como a Eva extravió su rebeldía. Tal vez pudiera recoger más de una palma sobre las cinceladas losas que cubren a mis abuelos... pero nada conseguiría, porque el genio simbolizado por ellas no se hereda, porque contra las creencias de la necedad se marchitan y se secan, y vuelan en menudos polvos al espacio a poco de ser

impíamente arrebatadas a sus lápidas. En cuanto a ventura, cuento la mayor de todas: me conozco.

Los recuerdos, pues, a que me abandono en este instante son unos recuerdos relativos: viven en mi memoria, pero no proceden de mí mismo: se enlazan con mi ayer que personifico en un día, pero sin renegar de su origen. Veamos, por fin, de dónde vienen estos recuerdos.

El amor, muchas veces funesto, de la patria, me arrebató a la capital de Cuba, por los años de 1853 para tornarme al suelo desventurado en que nací a penas y en el que penas mayores que las ya pasadas me aguardaban. Largo y enojoso de narrar sería el fundamento de esta declaración que hasta cierto punto parece una blasfemia: solo diré que acontecimientos de una naturaleza excepcional e inauditos en la historia administrativa de idénticos gobiernos, hicieron que contra todas mis esperanzas trocara allí a poco tiempo la vida del ciudadano por la vida del montañés; afrontando ejercicios que si honrosos y halagüeños no por eso dulcificaban su incompatibilidad con las fuerzas vacilantes de mi cuerpo y de mi espíritu. Por consecuencia de estos mismos ejercicios, tan pronto vivía en el solitario y pacífico interior de las montañas, como en el pueblecillo de Higüey, cuyos habitantes nunca olvido, como en las desiertas y tendidas playas. Es decir, que llevaba una vida verdaderamente nómada, una perfecta vida de gitano: más claro, que de patriota profundo o de corazón, pero repudiado por la tiranía del cruel exclusivismo, vine a convertirme al cabo en forastero popular, no habiendo quien dejara de conocerme en toda la banda oriental, desde el pueblo de Guerra hasta la península de Samaná.

En una de esas playas, entre los lugares llamados Bayahíbe y Cumayasa, tenía levantado su rancho un viejo pescador a quien daban el nombre de tío Bartolo: rancho rústico con paredes de yaguas cosidas entre sí, y techo de guano, en que yo me entregaba al sueño muchas veces solo, pues en la época de la corrida del carey el propietario se pasaba hasta una semana en la adyacente isla Catalina. Mi conocimiento con este anciano fue como una especie de ventura: no diré que era un pozo de sabiduría, o un genio singular perdido en aquellas soledades; pero puedo asegurar que me di el parabién de haberle encontrado en el camino de la vida porque en sus observaciones y en su modo de

juzgar tuve motivos de bendecir más de una vez una conciencia sin dobleces y un corazón virgen de toda pasión del mal linaje. Ni le acompañaba una brillante educación, ni había amaneramiento en sus modales: sin embargo era vigoroso en las imágenes y florido en el estilo: conocía profundamente el mundo, sin duda en gracia de terribles pruebas por los tiempos de su juventud, y desdeñaba las pompas mundanas antes por un sentimiento filosófico que por bastardo despecho. Además era un hombre verdaderamente honrado como la generalidad de los que no son de nuestro siglo, o más bien de los que no han tenido con él mucho contacto. En Santo Domingo no es difícil encontrar a cada paso con ésta y otras muchas buenas prendas, lo cual se explica en brevísimas palabras. Durante cerca de media centuria ha sido por la fuerza de las circunstancias, un pueblo excéntrico; mas si esta actitud involuntaria le ha perjudicado en punto a civilización, puesto que desde entonces le divorció con todas las ideas avanzadas que hoy esplenden por el mundo, le fue, sin embargo, benéfica en cuanto a sus virtudes, que libres a la acción corrosiva de esos mismos adelantos se conservan puras, como los días desvanecidos de su infancia, y casi elevadas a la suprema dignidad de una segunda religión.

El tío Bartolo contaba setenta y cuatro años de edad; pero tenía una estatura gigantesca, erguida sin soberbia: su frente era ancha, su mirada firme como la de los justos, su boca el órgano de la verdad: nada salía de ella que no fuese o un vaticinio hijo de su experiencia y casi infalible como las revelaciones del profeta, o la historia fiel de los hechos, el Génesis natural y sencillo de la humanidad de hoy. Ágil y fuerte en medio de sus años, al verle en el bote de vela latina cruzar las olas agitadas con la rapidez que cruzan el espacio los relámpagos, diríase que era un mancebo aturdido volando en pos de una aventura misteriosa o más bien un corsario fugitivo a cuyas aguas iba desencadenada una legión de guardacostas.

Cierta noche en que los insectos de la playa entraban por columnas en el rancho, y taladrando la hamaca en que soñé dormir me atormentaban inhumanamente, me lancé desesperado fuera de su techo hospitalario, y fui a sentarme sobre la menuda arena que servía de límite a la tierra. El alto mar del Sur, esmaltado por los amorosos rayos de la luna venía roncando desde lejos en

hirvientes olas, tal vez desde el Saco de Maracaibo, hasta reventar con estruendo en los cantiles o desvanecerse, ya sin fuerzas, sobre las mudas playas. El silencio de los sepulcros me rodeaba: apenas se percibían los lánguidos susurros de la brisa, apenas el rumor producido por ella sobre la verde corona de los mangles. Allí, en aquel lugar solitario, en donde en vano hubiera ensayado que alguna voz humana respondiera a mi voz: en presencia de aquel espectáculo sublime, éste es, del mar que inmenso se tendía ciñendo los lejanos horizontes, de la tierra que adormecida envolvía en su silencio inalterable sus palpitaciones fuertes y sonoras, y del cielo que cóncavo parecía una vastísima redoma en que el mismo mar se columpiaba... allí, pues, anonadado mi espíritu culpable volaba sin intermisión desde el universo hasta Dios, desde el amor de las cosas terrenales, hasta el sigiloso culto de la austera religión. Momentos hubo en que la fantasía, más atrevida siempre que el alma y más rebelde, tendía las alas a Cuba para sonreír viendo en su seno tal vez entonces dulcemente adormecidos a los objetos que forman el verdadero encanto de mi vida; pero afectada de una manera superior a todo juicio volvía en breve de su excursión a exprimir sobre mis ojos una lágrima, y a postrarse ante el cuadro soberbio de la naturaleza. ¡Oh! ¡Cuán bellas son las noches en el Nuevo Mundo, alumbradas por la luna! ¡Con cuánta facilidad se comprende en ellas la grandeza de Dios y la miseria de los hombres! ¡Qué elocuencia respira todo, qué autoridad tiene la montaña, qué humildes se ostentan los desiertos, qué conformes resbalan los ríos entre las abras! No hay duda: en América más que en parte alguna la noche es el elemento de la conciencia. Que rujan las pasiones por el día, que exaltadas con la poderosa influencia del clima se desborden al fin, y corran, y ensarten la sortija ante la sociedad que condena su locura... ¿Y bien? La noche tiende su manto peregrino, la luna reverbera desde la mitad del firmamento, el océano rezumba, y el hombre se estremece. El alarido de aquellas pasiones se ahoga en sí mismo: y la conciencia atormentada se abre como una flor. Todo es grande allí; todo sublime, terrífico y soberbio. Solo el hombre aparece tímido y mezquino; mas razón le sobra para ello: Dios, como en todo, reina en esas vastas soledades; y ante Dios no hay frente que no se postre, mirada que no se humille, labio que no module una mística alabanza...

Media hora habría transcurrido desde que salí de la cabaña para sentarme en la playa a la insegura sombra de un uvero, cuando alcancé a ver el botecillo del tío Bartolo allá a lo lejos, cuya lona triangular presentaba la figura de un ala de cisne. Las olas se separaban centelleando ante la aguda proa, como para excusar estorbos a la embarcación que se precipitaba en el abismo; pero a veces la rodeaban de improviso, y tal me figuraba que la habían devorado. Por fin, algunos minutos más entró triunfante en el caletoncito que le servía de fondeadero, el cual se cortaba precisamente a tres varas del lugar en que me hallaba yo, y el tío Bartolo me saludó de esa manera:

—Buena noche, don Javier.

—Buena noche, tío Bartolo.

Echose luego al agua, arrastró afuera el bote hasta dejarlo varado sobre la arena, y sacando de popa una canequita de ginebra vino a sentarse al lado mío.

II

—Parece que los jejenes están sobre las armas —añadió el anciano mientras exprimía la camisa empapada por los repetidos golpes que le descargara el mar en su excursión.

—En efecto —le repuse—, esta noche ha habido un pronunciamiento de ellos que me ha obligado a evacuar la ciudadela.

—¡Ola! Pues lo que es a mí, no han de hacerme mucho daño: aquí tienen la acción perdida con la brisa.

—¿Piensa Ud. pasar la noche al descubierto?

—Pienso tender la frazada en este colchoncillo de arenas y dormir como un patriarca hasta que apunte el día. ¿Quiere Ud. que también traiga la suya?

—Como guste, tío Bartolo.

Se dirigió al rancho volviendo a poco con las dos frazadas en la mano izquierda y una odorífica antorcha de guaconejo en la derecha: me dio una de aquéllas, clavó ésta en la arena junto al tronco del uvero e improvisando su cama se sentó. Yo hice lo mismo.

—¡Ea! —dijo sacando una pipa de barro del sombrero— ahora estamos en grande. Buena cama, tabaco, un hacho que no lo

apagará el huracán, un fresco delicioso, y una ginebra excelente. Nada nos falta para pasar una noche encantadora.

—Es verdad.

—A lo menos ya la quisieran igual muchos renteros. Para Ud. que tiene lejos su familia no será ciertamente tan hermosa como para mí que vivo solo desde hace treinta años: ¡Oh! De buena gana cambiarían esos caballerotes sus pabellones de seda por la frazada, si pudieran reclinar en ella la frente con la satisfacción de no haber hecho mal a nadie.

—De modo que, ¿según Ud., no hay ventura que no tenga una agonía?

—Distingamos: la ventura material; porque la espiritual, teniendo por base las buenas acciones, no puede rodear el alma si no es de regocijos. Pero las altas posiciones... la fortuna...

—Las altas posiciones se ocupan muchas veces inmerecidamente: y ya ve Ud. que derrocando al que debiera figurar en ellas hay motivo para que la conciencia de tiempo en tiempo lance un grito en medio al esplendor y las armonías con que a medias la sofocan. ¿Cuántos por medio del favor se han sobrepuesto al mérito, a la verdadera expedición, sacrificando a la vanidad que les hidropica el sentimiento de la justicia y los intereses de su misma patria?

—Sí: eso es muy frecuente. Pero los bienes de fortuna olvidan a muchos de la manía de figurar, y entonces Ud. convendrá conmigo en que el hombre se columpia en el elemento de las abstracciones y puede vivir a cubierto de responsabilidades para con su conciencia.

—No todas veces, don Javier: fortunas hay bien habidas que Dios desde su asiento bendice y centuplica; pero hay otras, y son las más, que tienen por raíces la usurpación: fortunas que si se representan en metálico, cada vez que las monedas se chocan entre sí levantan en su sonido un grito acusador, y si se representan en haciendas cada rastrojo es un fantasma y cada flor es una lágrima... El hombre que posee esa fortuna ilegítima que ve sin cesar a su víctima y su llanto personificados en lo mismo que halaga su bárbara ambición, no puede doblar tranquilo la frente en la almohada. Arrastrará suntuosos coches, dará espléndidos banquetes entre perfumes, telas exquisitas y vasos de *Sévres*: no importa. Ese hombre aspira el olor de la felicidad, pero no gusta su sabor. A

los ojos del mundo, todo es miel en torno suyo: a los ojos de su conciencia en el retiro de la alcoba, entre el lecho mullido y recamado de flotantes blondas, hay algo de terrible para él: hay un desvelo que irrita y un pensamiento que tortura. ¡Vea Ud. si mi frazada puede ser preferible a muchísimas fortunas!

—En efecto, tío Bartolo. La situación que Ud. acaba de pintar es espantosa: solo iguala en magnitud a los nobles sentimientos que Ud. acaricia en el fondo de su alma.

—Gracias, don Javier.

—En cuanto a la felicidad, no es el estrépito su órbita: más a gusto suele cobijarse bajo el solitario rancho del agreste pescador que en los soberbios artesonados. La verdadera felicidad es el resultado de las almas puras, así prende y florece su semilla dondequiera que aquéllas tienen buen cultivo.

—Así será, —repuso el justo anciano— o por lo menos así se cree, y Ud. sabe que la fe es la base en todo.

—Cierto: Ud. se cree feliz y es lo bastante. "El hombre verdaderamente libre —ha dicho Fenelon— es aquel que en la esclavitud presume serlo". Del mismo modo Ud., privado de los encantos exteriores de la vida, sonríe en la soledad de su retiro y nada envidia y por nada se atormenta.

—¡Por nada, don Javier! —exclamó con entusiasmo llevando al cielo los ojos y las manos: luego continuó—. Treinta años ha que vivo en ese rancho, recorriendo mi pasado, sin que en todos ellos haya tenido que avergonzarme de una mala acción que declinara en daño de otro, o bien de un extravío que únicamente me hiciera responsable de mí mismo.

—¿Pero estas soledades no le aburren, tío Bartolo? ¿No ha llegado alguna vez a fastidiarse de ver todos los días ese horizonte, de visitar los mismos lugares, de emplear el tiempo en las mismas ocupaciones?

—No señor. No me fastidia el horizonte que al lanzar cada mañana al sol como un anillo de fuego se engalana de celajes azules y doradas nubecillas; porque sus caprichosos grupos son la delicia de mis ojos, que los observan y los siguen hasta que líquidos se evaporan por el ancho firmamento. Tampoco me fastidian estos lugares donde nadie me importuna, donde tengo mi choza para dormir sin sobresaltos, ni menos el ejercicio a que tengo librada mi existencia. Cierto que la vida del pescador tiene algo de salvaje.

Desterrado por su voluntad, por las vicisitudes, o por las barbaridades de los hombres, que a veces son peores que aquéllas, porque no solo afligen sino que también insultan... desterrado, digo, en estas costas solitarias, ni oye misa los domingos, ni come carne fresca, si no es la que se procura ahí debajo de la mar con la tarraya, la nasa o el anzuelo. Aquí la vida se desliza en una especie de encanto o sonambulismo venturoso a favor del cual solo es posible percibir y adorar a Dios en la naturaleza, en el poema de la creación: lo demás ni se siente ni se desea. Bien puede el Viejo Mundo desquiciarse en el orden político o moral, bien puede sumergirse un continente trastornando los derroteros con peligrosos canalizos: el barco portador de una u otra nueva pasa por ahí, a menos tal vez de un cable de distancia, sin que el pescador pretenda averiguar la orden por que se pasea misteriosamente en estos mares. Conquistas, descubrimientos, adelantos en las artes y las ciencias; —todo se opera en silencio para el habitante de las playas, no pareciendo sino que su existencia en ellas es el símbolo de una expiación secreta y terrible de la que solo la muerte pudiera redimirle. Pero en cambio de este divorcio con la sociedad, de que parece ser un miembro mal querido, el pescador tiene compensaciones de alta estima que únicamente su alma comprende y aprovecha. Además, don Javier: nosotros no tenemos quien nos espíe a todas horas envuelto en el raído dominó de la amistad y con la sonrisa de la perfidia sobre el labio, que a la vez modula palabras deliciosas; no conocemos el lujo, origen de la torpeza y de la ruina total de más de una pujante dinastía: no nos prostituimos con tal de arrastrar una carroza o hacer un papeloncillo de tercer orden, que dura mientras el fruto de la prostitución a que se debe no es acedo para el mismo que la explota. Cuando departimos con otro hombre de mar, sea paisano o sea nacido en Groenlandia, no le sondeamos mañosamente para ir luego a desollarlo en el rancho del común vecino; y si sabemos que Dios le guió en sus exploraciones a punto de permitirle descubrir un buen pesquero, ni se lo disputamos roncando de egoísmo, ni siquiera echamos en él nuestras potalas.

Aquí todos somos iguales, rayamos a una altura: nadie presume de saber más que los otros, nadie hace alarde de riquezas; nadie, en fin, tiene clavado a la puerta de su rancho un lienzo antiguo con castillos y lises y leones. La igualdad es nuestra divisa: nuestra legislación el comunismo. ¿Se necesita de un cabo

para reparar la jarcia, o de media vara de lona para remandar la vela? Ahí está el vecino que jamás la niega, y que si se ausenta deja el rancho abierto para que tomen de él sus camaradas cuanto se les venga a mientes. Que no hablamos idiomas exóticos, ni cantamos junto a un piano, ni vestimos de exquisitas sedas... ¿Y bien? Nuestro lenguaje es el de la verdad, nuestros cantos himnos puros al Altísimo; y tal como Ud. me ve, rústico y grosero, con estas ropas de lona que una filástica embreada sujeta a mi cintura, así somos todos felices, más felices que la mayoría de los hombres pues podemos ofrecer de lleno nuestras frentes a la luz del sol y de la luna con el único orgullo grato a la Divinidad: el de tener una conciencia pura como la conciencia misma de sus ángeles.

Dicho esto con el énfasis de la seguridad más absoluta, el tío Bartolo se dirigió al bote, y extrayendo una canastita que tenía debajo de la popa volvió a ocupar el sitio que había abandonado.

—Ya me olvidaba con la conversación de que también podemos cenar así —dijo mientras se acomodaba de nuevo.

—Veamos qué trae Ud., tío Bartolo —le observé.

—Estos cocos que me regaló Papito en Bayahíbe, estas galletas que llevé a viaje por si picaba la brisa, y estos ostiones, que cogí allá junto al Caucedo recordando que a Ud. le gustan mucho.

—Gracias, amigo mío.

—En cuanto a mañana, tendremos que comer salado: ahí hay en el rancho pámpanos y macarelas; buscaremos plátanos por los conucos que están a la vera del Soco y nos arreglaremos como Dios lo quiera. Esta noche al rayar la luna levanté las nasas y no hallé en ellas ni aun siquiera una sardina. En pasando la corrida del carey voy a fijar mi pesquero en vuelta al Cabo.

—¿Tan lejos, tío Bartolo?

—Tan lejos, sí señor. Ya en estos placeritos de por aquí no se coge ni un cardumen por semana.

—Pero, ¿no tiene Ud. ahí al frente la Saona?

—¡La Saona! —repitió melancólico el anciano mientras me presentaba hasta una docena de ostiones abiertos con la punta del cuchillo.

—Sin duda. Su proximidad es tal que hasta con la luna se divisa.

—¡Toma! ¡Pues si está a un currican de nosotros...!

—Aquello oscuro que se destaca al Sureste...

—Ya la veo...

—Como una roca...

—¡Válgame la Virgen! ¿Pues necesito yo que Ud. me dé el rumbo de la Saona?

—¿Y bien?

—El caso es que estando ahí, a media legua de la punta de Palmilla y a poco más del Guaraguao, y no habiendo que atravesar más que un canalizo para llegar a ella, ni hecho cuartos amarro mi bosa en el caletón de la Saona.

—Eso es diferente. Pero no creo que en la travesía reinen malos vientos.

—Aunque pudiera ir por mis propios pies, repito que no iría.

—¿Y se puede saber, tío Bartolo, la causa de esa repugnancia?

—No es un misterio para que lo oculte a Ud. sino una historia que se columpia en el pasado; pero horrible, toda salpicada de sangre...

—¡Tío Bartolo!...

—No tiene que ver con mi familia ni con la de ningún amigo: puede Ud. tranquilizarse, y recordar que ahora poco hice alarde de la pureza de mi conciencia...

—Es verdad.

—Esa historia me la contó mi abuelo cuando yo estaba en mis mocedades y yo voy a contársela a Ud. tan luego como hayamos dado fin a los ostiones, tomado un buen *coup*[2] y prendido la cachimba.

Esto diciendo extrajo de su concha hasta el último marisco que con un buen bocado de galleta hizo en breve descender a las tinieblas de su estómago: luego sepultó su mano en una gran vejiga curtida y extrajo de ella un pedazo de andullo[3] y continuó:

---

2. El inmediato contacto en que por largos años han estado con los franceses los habitantes de Santo Domingo hace que usen las frases de aquel idioma como propias, sobre todo en la conversación familiar, sin reserva de condición ni jerarquías. (Nota de la edición de 1981).

3. Tabaco sumamente fuerte que se prensa y conserva entre yaguas: la figura del andullo viene a ser como la del salchichón; pero con un diámetro de hasta diez pulgadas y con vara y media de largo, habiéndolos de una calidad tan buena como la que distingue en general al tabaco de la Vuelta Abajo, en esta isla de Cuba.

—Ahora voy a llenar para usted —y picando un poco de tabaco sobre una de esas piedras chatas y pulimentadas que producen en abundancia nuestras costas, le introdujo en la cachimba, que me presentó con su genial dulzura.

—Gracias, tío Bartolo, —observé devolviéndoselo— prefiero siempre mis habanos —y efectivamente extraje del bolsillo un *veguero* que encendí en el hacho.

—Ah pues: y yo mientras haya calimetes de bejuco de berraco y barro para hacer una cachimba y un anduyo que picar, jamás pondré un tabaco en mi boca.

Dicho esto bebió un trago de ginebra y dio fuego a su cachimbo, quedando largo tiempo silencioso, mientras arrojaba al aire sendas bocanadas de humo. La noche continuaba espléndida: casi colocada en el cenit la luna vertía su divina lumbre sobre el turbulento mar de las Antillas, el cual la quebraba en sus columpios eternos produciendo infinitos rarísimos cambiantes; y la Isla, en fuerza de esta hermosa noche parecía balancearse fantásticamente hacia la América del Sur con sus cabos Caucedo y S. Rafael, como si quisiera darle un abrazo fraternal. De vez en cuando se escuchaba el grito horrísono que levantaban las olas, reventando a lo lejos contra las ásperas murallas de la costa, y cubriendo la superficie con un manto albísimo de espumas; grito a que respondían con su ronco gaznido los pájaros acuáticos al trazar diversos zig-zags sobre la ondulosa mole y el aura con sus murmullos al agitar en remolino las verdísimas coronas de los mangles y los córbanos. A la espalda se levantaban cien montañas, calladas, inmóviles, confusas, de cuyo seno se desprendían los silbidos de millares de insectos formando un rumor en extremo melancólico... ¡Noche encantadora! Alguna nube blanca y solitaria solía empañar la luna de improviso: el firmamento como la existencia humana, tiene sus instantes de amargura: una sombra es para él, lo que para nosotros un recuerdo doloroso: brota, nos rodea el corazón, nos arranca una lágrima preciosa y se aleja satisfecho de habernos apartado, tal vez en los más dulces transportes, en las más suaves alegrías, al mundo de placer y olvido en que discurrimos encantadas. ¡Así la nube! Durante su interposición una sombra inmensa corría como un dragón fúnebre de Este a Oeste por todo el largo de la costa; pero a medida que se alejaba volvía la noche

a derramar su claridad reverberante, y la naturaleza sonreía. Era, pues, una transición momentánea, operada sin duda para darnos una idea aproximada de los encantos magníficos de la gloria junto a las hórridas tinieblas de la condenación.

El tío Bartolo, que como dejó dicho se había abandonado a los recuerdos, levantó de nuevo su frente serena y majestuosa cual Abraham la suya en el monte elegido para el sacrificio de su hijo, y sacudiendo la pipa cuyo tabaco estaba ya trocado en cenizas.

—Ahora —dijo— présteme toda su atención, sin interrumpirme; porque voy a explicarle los motivos que me asisten para no grabar mi huella en el ancho arenal de la Saona.

III

Nuestra isla de Santo Domingo estaba por los años de 1656, rodeada de esos piratas espantosos que usted habrá oído mentar o conocido en la historia con los significativos nombres de *filibustiers* y *boucaniers*; siendo tal el número de ellos que los mares del Norte y Sur se veían constantemente coronados de sus finísimos alígeros bajeles. Todas estas posesiones se forman alrededor como una especie de cadena, esto es, la Beata, la Tortuga, la Catalina, la Saona, el Pañuelo Cuadrado, la Inagua &.&. servían de guaridas a esas hordas de chacales, sin que nadie se atreviera a hostilizarlos, en el temor justificado de una derrota inevitable. Ocultos, pues, en los defendidos caletones de aquellas islas, no dejando ver un rancho sobre las crestas de las rocas, ni a lo menos el humo de sus hogueras subiendo en espiral hasta las nubes, llegaban a presumirse nuestros navieros que estos piratas operaban sus terribles excursiones a caza de presas en otras apartadas latitudes; pero la verdad era que desde allí se mantenían en un constante espionaje, reduciendo a estado de sitio nuestras costas desde el cabo Espada al Este, al del Mulo al Oeste. Así, desde el momento en que salía de estos puertos una carabela cargada de riquezas, porque era esa la época en que se beneficiaban las minas de oro, de Sta. Rosa y Buenaventura; brotaban de sus escondrijos las artilladas chalupas, estrechábanla en un estrecho círculo, acribillábanla a bala-

zos, y por último ponían en ejecución el bárbaro abordaje en que el saqueo, la matanza y el barreno eran la verdadera consagración de aquella horrible lucha.

En medio de esos hombres sin humanidad y sin conciencia que tenían convertido el mar en un cadalso, había uno llamado Morgan y jefe de los otros, el cual jamás aceptaba la parte que le correspondía del botín, repartiéndola proporcionalmente entre sus mismos familiares. No se concibe a primera vista semejante abnegación de parte de un hombre que aurora por aurora comprometía su existencia en el deseo de adquirir tesoros; pero se explica por el camino de una pasión sublime cuando se contiene en sus límites, bárbara cuando raya en los del vicio. Morgan, aunque inglés, era extremadamente enamorado en un principio; mas sea por obra de algún desengaño terrible, sea porque a fuerza de apurar la copa hasta las heces tuviese ya podrida el alma y encallecido el corazón, es lo cierto que en la época de esta historia el amor se le presentaba sin pureza, habiendo degenerado para él a tanto extremo que solo le procuraba como un derrotero o conductor de sus lúbricos desbordes. Al apresar un buque los *filibustiers* pasaban a cuchillo a sus tripulantes y pasajeros como medida de seguridad, lanzándose en seguida sobre las maletas o las arcas, que escarbaban con sus manos tintas todavía en la sangre de las víctimas, para extraer de ellas y compartirse las alhajas o monedas que pudieran contener. Morgan, por el contrario, corría a apoderarse exclusivamente de las desmayadas jóvenes, porque era lo único que se reservaba del botín. Y no era esto todo: a veces sucedía que los meses se deslizaban los unos tras los otros sin ofrecer un solo galeón en la anchura de los mares. Entonces, audaz como ninguno saltaba a nuestras costas y penetraba en las vecinas poblaciones con el fin de satisfacer las exigencias de su brutal sensualidad a viva fuerza, sin miramiento a estado o condición; y ya tornaba solo, ya arrebatando alguna al lugar doméstico para conducirla a cualquiera de esas islas desiertas, donde a poco fastidiado, la abandonaba en brazos de sus groseros militantes. Unas al fin morían más tarde de dolor, otras menos felices eran lanzadas a las costas cubiertas de infamia y de amargura; porque no obstante ser indias casi todas, no por eso conocían menos el alto precio de la virtud y la vergüenza de una vida moralmente maltratada.

Por lo dicho se comprende que Morgan era el azote de esta preciosa mitad de nuestra especie: desde el momento en que se divisaba una vela en los bordes de la isla o bien en los apartados horizontes se volvía a sus dignos acólitos y exclamaba con el despotismo de su autoridad:

—¡Compañeros! No hay que olvidar el pacto: el botín para vosotros, las mujeres para mí, los hombres para la bala y el barco para el océano.

Y en efecto; así era como se distribuía la presa entre aquellos forajidos, sordos siempre a los ruegos de los unos y a las lágrimas de las otras, las cuales pronto adivinaban todo el horror de la suerte que con la vida les estaba reservada.

Antes de engolfarnos en los pormenores de esta historia bueno será saber que Morgan tenía una hija de hasta veintiséis años ahí en la Saona, fruto del primer extravío de su juventud, cuando ni aún soñaba en ser pirata. Esta hija, pues, recogida por él en el lecho mismo de la madre adúltera, y educada en la escuela de la corrupción, era hermosísima; pero al mismo tiempo indiferente a todas las propiedades suaves y encantadoras de su sexo. Así es que en su corazón no había sensibilidad, ni había esperanza: ignoraba lo que era el porvenir, y desde la pubertad se lanzó en la misma senda que le había trazado el padre, a quien por otra parte jamás había merecido una caricia. Sin embargo, hacía que la obedeciesen ya que ella había sabido hacerse respetar, y Lidia —que tal era su nombre—, dominaba con la palabra aquellos hombres de hierro, ante quienes de otro modo se había tantas veces humillado... ¡Mísera flor sin aroma en la mañana de vida! ¡Cuán diverso hubiera sido tu hado, cuán bonancible tu suerte si en vez de suspenderte en medio de tanto lodo y tanto cardo hubieses por el contrario ofrecido tu púdica corona en el jardín de la virtud... Pero dejemos a Lidia por ahora: pronto volverá a la escena desempeñando un papel importantísimo.

Sucedió que cierta noche tempestuosa navegaba por aquí al frente, a todo trapo, un gallardo bergantín en rumbo de la isla de Puerto Rico, otro tiempo Borinquen. La prudencia exigía que lejos de desplegar completamente el velamen se hubiesen por el contrario cogido las drizas en su mayor parte, a fin de precaver una desarboladura, visto el precio S.O. que soplaba; mas el capitán, que lo era un expertísimo holandés, quería salir cuanto

antes del litoral, primero que rayase el día; y al efecto echaba fuerza de vela, favorecido de las sombras, que eran muy espesas, no obstante las observaciones de los miedosos pasajeros. El barco, sometido de esta suerte a la violenta acción del viento, corría sobre las agitadas olas con la rapidez de una golondrina, lanzando silbidos de sus abatanadas velas, que semejaban a los de una sierpe en los momentos de lanzarse sobre su víctima.

Además del oro y las caobas, y los zurrones de añil y té que constituían el cargamento, llevaba a bordo el bergantín cinco pasajeros. El primero lo era un anciano de alta estatura y noble continente en cuya casaca se adivinaba a un veterano distinguido de Felipe V. Aunque la edad que representaba era suficiente a justificar las arrugas o surcos profundísimos que ostentaba su rostro en diversas direcciones, se comprendía sin embargo que estos eran debidos en gran parte a las amarguras con que las vicisitudes acostumbran a rodear las existencias; pues en el fuego de su mirada había algo del denuedo de esa edad briosa que media entre la mañana y el ocaso, fuego que brillaba en sus pupilas, pero que se comunicaba a su palabra y reverberaba en su espaciosa y limpia frente como un aparejo dado al exterior artísticamente por el alma, para resistir la palidez con que se anuncia el desaliento.

A su lado se veía a un fraile dominico, también de avanzada edad, que con el rosario en la mano no cesaba de pedir secretamente al Altísimo los librara a todos de la ferocidad de Morgan, más temible para su espíritu que los pavorosos abismos por cuya superficie iba resbalando el bajel rápidamente. Su rostro estaba casi oculto en la capucha; pero a favor de la lamparilla sorda de que se servían los tripulantes, se alcanzaban sus ojos radiantes de severidad y de confianza.

Casi oculta entre uno y otro de los anteriores personajes se veía una bellísima doncella de hasta veintidós años, blanca como la vela de mi bote, de grandes ojos azules, tez pulida y labios encarnados, a par de nuestro silvestre *caimoní*[4]. Mi abuelo, que

4. Fruto de un rojo muy subido, peculiar de aquella isla. Se produce en copiosísimos racimos siendo su tamaño el de una gruesa munición. Los conquistadores la llamaron coralillo vegetal antes de oír su nombre propio a los indígenas; y la estimaban mucho, así por la dulzura de su crema, como por su exquisita fragancia. El árbol del *caimoní* es de poca elevación, pero verdaderamente silvestre.

es a quien oí la historia que voy contando a Ud., aseguraba no haber visto jamás ni en el mundo real ni en el mundo de la fábula una moza tan perfectamente hermosa y tan gallarda; y se recreaba en pintarme sus modeladas proporciones, sus manitas de infante, su boca encantadora en que el amor se recataba, su garganta alabastrina, su acolchado seno y su cintura que medía el diámetro de un plato. Era una de esas rarísimas criaturas que con su existencia parecen solo destinadas a justificar el gran poder de Dios, presentándose de tiempo en tiempo en el seno de este mundo corrompido como el lucero de la verdad y de la paz en medio de las tinieblas del diluvio.

El último de los pasajeros, era un robusto joven que frisaba en los veintiséis años, y cuya tez, bastante morena, anunciaba a un individuo de la raza que todavía poblaba estas islas, pronunciándose su dicha procedencia de una manera notable en lo gallardo y modelado de las formas. Su fisonomía era suave y apacible, bañada por ese tinte melancólico y esa dulzura indefinible que caracteriza al salvaje de las regiones intertropicales, a través de la cual irradia el sentimentalismo verdadero; pero su mirada la contrastaba poderosamente, porque era viva como la luz del rayo y era altiva, y como tal, símbolo de una alma indomable, que orgullosa de sí misma jamás está dispuesta a transigir con las grandes alternativas de la vida.

Estos cuatro personajes se llamaban: don Ricardo Fonterrama, antiguo ingeniero y director de minas de esta isla; pero destinado entonces a las obras de fortificación que la de Puerto Rico demandaba. Isabela, de cuya hermosura solo dejo hecha una ligerísima reseña, era su hija y el encanto de sus tasados días, sobre todo desde que la fiebre amarilla le había arrebatado en la capital a su fiel esposa. El mancebo, un joven indio hecho prisionero en las terribles últimas luchas de la conquista, y a quien más por afecto que por el lujo bárbaro de entonces llevaba consigo don Ricardo; aunque a decir verdad ni de una manera ni de otra le llevara si él hubiera querido sacudir la servidumbre, si bien soportable en que vivía. Ya se verá más adelante por qué se avino tanto a ella, sin embargo de haber nacido y criado no menos indomable e independiente que los venados en el interior sombrío de nuestros bosques. El otro personaje era, como he dicho, un fraile dominico que pasaba por la fuerza al convento de

su Orden en Puerto Rico; medio empleado por el Comendador, para poner un término radical a las diferencias borrascosas que continuamente mantenía fuera de toda razón con su prelado.

El barco, pues, navegaba con rapidez entre las tinieblas y las olas, atravesando como de huida el canal que forman de aquí al Este la Punta de Palmillas y allá la Gorda al Norte de la Saona. El cielo renegrido parecía tocar con sus nubes la parte superior de la arboladura: el viento rugía y el mar se estrellaba frenético contra los costados del buque produciendo en todo él una sensible vibración. No se escuchaba como en otras ocasiones la canción del marinero, lanzada al aire desde un tangón de proa o desde la cofa en los momentos de operar la maniobra, porque eso habría sido delatarse a las chalupas, cuya metralla no tardaría en responder salvando la distancia; y aun las pláticas precisas a comunicar órdenes o a entretener la inquietud que a todos agitaba desde tres días antes, se ensayaban siempre a media voz. ¡Tal era el espanto que rodeaba aquellos corazones, al discurrir sobre los mares a que Morgan había dado ya una triste nombradía!

IV

Don Ricardo se incorporó un poco, tendió en derredor una mirada de ansiedad y suspiró diciendo:

—¡Qué noche tan negra!

—Muy negra —le respondió el religioso— pero más negra es la eternidad y a ella avanzamos sin descanso.

El anciano contempló el volumen de su amada hija, pues las tinieblas no le permitían ver sus lindísimas facciones, y otro suspiro voló goteando amargura en el espacio.

—Parece que sufre... —le observó el expresado sacerdote.

—Un poco, padre mío.

—Y su sufrimiento viene del espanto que le infunde Morgan...

—Lo habéis adivinado...

—No me puedo explicar ese amor ciego a la vida cuando la cubren ya los hielos. Sea más sensato, don Ricardo.

—Sin que imaginéis en mí la intención de faltaros al respeto, os responderé con vuestras mismas palabras que tampoco

puedo explicarme ese amor en vos, a quien nada liga con la tierra.

—La vida es en mí una necesidad bajo el punto de vista en que el sacerdocio me coloca.

—Otro sacerdocio me impone el deber de amar la mía, que si vos sois padre espiritual yo lo soy natural, y la voz de la sangre grita tan alto en el fondo de mi alma, como en vuestra conciencia puede gritar la del deber. Ni vos ni yo podemos esperar cosa alguna de este mundo; casi debemos ansiar la muerte como principio del descanso eterno a que aspiramos todos en esa edad de hielo que decís... pero no somos nosotros dos los únicos que aquí nos encontramos...

—¿Y bien...?

—Temo a Morgan, y a la noche tempestuosa, y me estremezco hasta con la ola que se desenvuelve lejos de la nave; porque en todo veo un peligro de muerte para mi Isabela y ese generoso joven que me sigue. Ambos comienzan a vivir: ya véis que...

—Tranquilizaos, don Ricardo, repuso el fraile con acento enfático: más allá de estas sombras y estos mares, de ese viento que ruge y esas nubes que se agrupan, hay una vida sin dolores para las almas que no han perdido su pureza. La de vuestra inocente Isabela entrará sin estorbos por las puertas de esa vida, que es eterna: la de vuestro siervo esperará.

La joven estrechó convulsivamente la mano de su anciano padre, al mismo tiempo que se oyó un gemido sordo algo separado de la popa, que era el lugar en que se hallaban los tres actores de esta escena. De súbito un relámpago bañó en luz toda la cubierta y el fraile vio al joven indio de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la amargura en la frente, mientras miraba a la parte en que se escondía la doncella, con los ojos arrasados en lágrimas. Hubiérase dicho por otros que no le conocieran que Tuizlo (este era su nombre) estaba encargado de representar elocuentemente la estatua del dolor. Su gemido, que al vibrar voló en alas del recio viento que soplaba, resonó en el alma sensible de Isabela y avisó a la vez la malicia del osado religioso, el cual dirigiéndose a don Ricardo continuó de esta manera:

—Lo que os debiera afligir en alto grado es que esas almas se extraviasen en el sendero de la vida a efecto de una dolorosa

abnegación o de una audacia imperdonable... Entonces sí tendríais fundamento a desolaros; porque no habría seguridad de que esas almas entrasen triunfantes por las puertas de la gloria, cuya conquista debe ocuparlas sin descanso...

—Señor —repuso el anciano con orgullo— nadie se atreve a responder del porvenir; pero de momento mi hija es tan digna de pasearse en el centro de esa gloria como los mismos ángeles: puedo asegurar que si muriera ahora, su espíritu se suspendería majestuosamente hasta Dios a través de las tinieblas que cubren todo el firmamento.

—Sin duda, don Ricardo; pero ese porvenir, ese mundo de dudas y desastres morales en que la humanidad se agita a todas horas... esas pasiones que silban a su rededor y la precipitan tal vez sin premeditación en un abismo de torpezas, no están muy lejos de su virtud y meditan empañarla...

—No os comprendo, señor... —añadió confuso don Ricardo.

—El amor puede verter mañana en su corazón una gota de veneno...

Tuizlo, que había adivinado a donde se dirigían las tremendas frases del sacerdote, se adelantó hacia él y le dijo:

—Perdonad, padre mío, que os pregunte si el amor cierra a los mortales las puertas de esa gloria eterna de que habláis.

El fraile lanzó un rugido sordo, sus ojos chispearon siniestramente debajo de la capucha, y repuso con una voz que la ira entrecortaba:

—Las cierra para las almas que lo profanan por el camino de la seducción o de la violencia...

—¿Y cuál es la que lo procura empleando tales medios?

—La del siervo, por ejemplo, cuando sin tener cuenta en su condición se atreve a requebrar de amores a la de una joven distinguida.

—No hay siervo, padre mío, que se atreva a tanto. Las malas pasiones como el odio, la venganza y la ambición en sus diversas aplicaciones, son las que hacen a los hombres olvidarse de sí mismos conduciéndolos más allá del extravío; pero nunca el amor verdadero, que respetuoso y delicado o corona sus votos sin borrascosos arrebatos, o muere con el alma que le sustenta en brazos del mudo sentimiento. Un siervo puede sentir en medio de las amarguras de su estado: tal vez puede

sentir con mucha más hidalguía que aquéllos bajo cuya férula vegeta. Sin embargo, no por esto se precipita en el océano del olvido, pues antes que al sentimiento escucha atentamente a su deber, mientras otros faltan a los suyos. Yo soy, padre mío, más justo que vos.

—En efecto: queréis haceros singular en vuestro círculo...

—¡En mi círculo! —repitió el mancebo con indignación y amargura.

—Queréis justificar el amor que desde el polvo de la servidumbre se levanta atrevidamente hasta el trono de la soberanía... Eso es natural en vos, pero ridículo.

—¡Señor! —exclamó Tuizlo rechinando los dientes como un oso— habláis con un hombre que libre tanto o más que vos, es a la vez doblemente generoso; puesto que antes compadece y defiende la desgracia que lo insulta abusando de sus ventajas. Si las apariencias son las que os autorizan para desfogar contra los siervos en general, podéis moderaros siquiera por miramientos a vuestra dignidad. Siervo soy; pero siervo voluntario.

—¡Voluntario...!

—Preguntad a don Ricardo, y dad a vuestras iras un rumbo más noble, o sofocadlas; que un sacerdote debe ser un modelo de moderación y mansedumbre.

El fraile reventó entre sus manos el cordoncillo del rosario, no pudiendo dar otra satisfacción a su soberbia derrotada, y las menudas cuentas rodaron dispersas por toda la cubierta; mientras don Ricardo sin comprender todavía el fondo de aquellas turbulentas explicaciones, sin duda preocupado por los peligros que le rodeaban, tomó la palabra para decirle:

—En efecto, padre mío. Tuizlo cayó prisionero hace ocho años, en las llanuras de Bávaro, en una refriega que tuvimos con las huestes de Cayacó, el reyezuelo de Samaná. Aterrados con nuestras armas de fuego, nuestros caballos y armaduras, huyeron precipitadamente, no obstante su crecido número, lanzando con las armas lastimosos alaridos; solo Tuizlo quedó en el campo, de pie y con la risa del dolor sobre los labios, risa que explicaba toda la compasión que le inspiraban sus débiles vasallos. Entonces yo mismo le intimé que se rindiera y me entregó sin resistencia el arco y el carcaj. Como en esos días se enviaban a los trabajos de minas todos los indios prisioneros, y me había interesado no menos que

su valor su gallarda juventud, lo puse bajo mi salvaguardia para sustraerlo a una muerte inevitable. Cayacó supo que vivía, que estaba a mi lado y remitió palanquines cargados de oro, finas piedras y preciosas plumas, en cambio del prisionero cuya suerte lloraba sin consuelo lo mismo que el inmenso cacicato; pero Tuizlo contestó que no quería avergonzar con su presencia a los cobardes que le volvieron la espalda en el peligro, y aunque todos los años han repetido las mismas ofertas y los mismos ruegos hasta por conducto de hermosísimas doncellas, el día aniversario de su prisión, el joven se ha mantenido inexorable.

—Pero de todos modos —repuso el dominico, mal reprimiendo su despecho— venimos a parar en que voluntario o no, Tuizlo es vuestro siervo, puesto que le hicisteis prisionero.

Su prisión fue obra de su voluntad: nada le estorbaba haber huido a la par de los demás el día del combate.

—No importa... os sirve.

—De compañero y amigo. Educado al mismo tiempo y al igual de mi Isabela, Tuizlo ha sabido corresponder a mi cariño.

—¡Se comprende! —Murmuró aquel fulminando una mirada terrible sobre la figura del mancebo, que lleno de dolor se había retirado con sus últimas palabras y echado de bruces en la borda del bajel.

—Su valor —siguió diciendo don Ricardo sin oírle— libró mi vida del coraje de los indios que, mientras me ocupaba en levantar el plano de la ciudad de La Vega Real, cayeron sobre mí resueltos a sellar con sangre sus rencores; pues por toda la isla me detestaban aquéllos en su amor de idólatras a Tuizlo, y en la falsa creencia de que yo le secuestraba su albedrío. Pero él se presentó cuando ya apuntaban hasta cincuenta flechas a mi pecho, les habló en su lengua, y mis enemigos se dispersaron por los bosques. A Tuizlo, pues, debo la vida; y si como quiso acompañarme en este viaje, hubiera preferido volver a Samaná, crea Ud. que me hubiera dado un gran pesar.

Mientras don Ricardo explicaba de esta manera al irritado fraile la condición con que Tuizlo le seguía, Isabela, cuya actitud era efecto del mareo, había doblado la frente como las flores de la tarde al tender la noche sus primeras sombras, quedando al punto sumergida en un sueño profundísimo. Menos dichoso, el mancebo lloraba desde su apartamiento, íntimamente con-

vencido de que no sólo había adivinado el tremendo fraile su amor hacia Isabela, sino que llevaba su osadía hasta amarla olvidado del mundo y de sí mismo.

—¡La ama! —decía con amargura al propio tiempo que volvía los ojos sobre el grupo en que ella se ocultaba— ¡La ama, los celos lo devoran, y... lo pierden...! ¡Sí! Lo pierden; porque a la primera indiscreción que ponga en juego le ahogo sin piedad entre mis brazos... ¡Oh! ¡Con cuánta astucia ha querido rasgar el velo a don Ricardo! ¡Con cuánta insolencia me ha dicho que los siervos no deben levantar sus ojos del polvo de la servidumbre para detenerlos sobre el trono de la soberanía que obedecen...! ¿Siervo yo...? ¿Y de quién...? ¿En qué lugar de mi cuerpo chirreó jamás el hierro escandecido, ni a cuál autoridad rendí homenaje por la fuerza? Pero don Ricardo sabe que soy tan libre como él y como el viento... sabe que hasta hoy vivo a su lado por mi voluntad, que ningún voto me obliga a seguirle sino la gratitud a su cariño... y sin embargo, don Ricardo, lejos de justificarme a los temerarios juicios de ese fraile, ha permitido que se me insulte... Una sospecha horrible me asalta en este instante... ¡Oh! Si el llevarme a Borinquen fuese para venderme como a un esclavo en el mercado... ¡Imposible! Imposible... ¡El padre de Isabela me ha hablado muchas veces de la hidalguía castellana y no querrá mancillarla ahora torpemente atropellando al que, si nació salvaje, sabe sin embargo apreciarla tanto como él! Además, me debe la vida; y esta deuda no se paga con ingratitudes y traiciones.

Tuizlo calló: ¡su alma, envuelta en la tupida red de los recelos, no podía seguir analizando su situación sin caer postrada ante el fantasma de la desgarradora incertidumbre...!

La nave seguía silenciosa resbalando sobre el mar, y la tripulación rendida por las fatigas de la maniobra dormía diseminada en toda la cubierta. Sólo el piloto rigiendo en popa la caña del timón y Tuizlo, siempre dado a sus hondas inquietudes, eran los únicos espectadores del cuadro que ofrecía la naturaleza aquella noche, cubierta de tinieblas y rugidos; pues como Isabela, don Ricardo y el fraile se habían entregado simultáneamente a un sueño profundísimo.

Los relámpagos se sucedían los unos a los otros iluminando el mundo desde la altura, y descubriendo en medio de la inmensidad al bergantín que, como una visión, seguía a lo largo del

canal y muy próximo a la costa. El piloto silbaba por lo bajo una canción patriótica. Tuizlo, con la cabeza sepulta desde la frente arriba entre su mano derecha, recorría silencioso todo el campo del pasado, buscando algún motivo para justificar las desgarradoras sospechas que contra don Ricardo le había forzado a concebir el lenguaje del dominico. Nada, sin embargo, concurría a su propósito: don Ricardo le había educado esmeradamente a par de Isabela y como a ella le consagraba un cariño entrañable; y si las falsas creencias de Tuizlo en materia de religión habían sido parte a que con éste sostuviese más de una tesis encendida, jamás llevó su fe al punto de siquiera exasperarle, esperando que el tiempo y los buenos consejos le trajesen a una saludable conversión.

Pero si estas verdades caían como un bálsamo sobre el fogoso corazón del joven indio; si a la luz de ellas se desvanecían las negras sombras que rodeaban el cuadro de su suerte venidera recogiendo del pasado más de una prenda de seguridad en el buen afecto de don Ricardo; ¡ay! su alma suspiraba de dolor apretada por el tormento de una pasión frenética si bien incógnita. Sí, incógnita; porque amando a Isabela con ese amor gigante que se engendra y desarrolla arbitrariamente en los primeros años de la vida: con ese amor único indomable —amor de borrascas que desde el pedestal del espiritualismo parece desafiar las decepciones humanas— no había tenido él bastante denuedo a descubrírselo. Y contenido de este modo por los diques del respeto no menos que por la idea de que su condición primitiva de salvaje le valiese algún reproche en los dulcísimos labios de Isabela, el arrebatado Tuizlo sentía rugir un volcán dentro su pecho, volcán cuyas irrupciones, sucediéndose sin tregua, le tenían igualmente incendiada la cabeza...

Un rumor acompasado y no muy lejos de la nave estalló de momento en sus oídos... Tuizlo levantó la hermosa frente con una inquietud indefinible y llamó al piloto a media voz para no alarmar a los demás; pero el piloto no respondió porque a semejanza de aquéllos se había dormido un minuto antes amarrando la caña del timón. El ruido continuaba, y cada vez que se levantaba de las olas anunciaba avanzar cuatro brazas, según la intensidad de que parecía revestirse.

V

Tuizlo replegó los párpados para centralizar y hacer más viva la lumbre de sus ojos: miró al mar... y se estremeció: había sorprendido sobre las montañas de agua que hervían alrededor un bulto informe, pero horrible, una especie de carro que volaba por la voraginosa superficie, con la rapidez de la golondrina, resuelto a chocar contra el costado del bergantín. Su primer pensamiento fue el de avisar a sus compañeros de viaje y al capitán, y al piloto; pero mal seguro de sus tristes presunciones y temiendo que pudiesen valerle algunos epigramas si resultaban quimeras de su fantasía estimulada con lo horrendo de la noche, determinó callar por el momento.

Pero un relámpago brilló tiñendo el mar de su lumbre amarillenta... ¡Dios mío! —exclamó Tuizlo con el acento de un profundísimo dolor, sepultando el rostro frío y sudoroso entre las manos. Aquella invocación lanzada al aire con el acento de la más íntima amargura, resonó en los oídos del piloto.

—¿Quién llama a Dios? —Preguntó con enfado y frotándose los ojos.

—¡Silencio! —Le repuso Tuizlo con autoridad— antes que dormir debíais haber estado sobre aviso para no veros y vernos todos, cual nos vemos ahora, en los brazos de la muerte. Yo soy el que ha llamado a Dios para que nos defienda de los hombres: ¡oíd!

El ruido continuaba aproximándose.

—¡Calle! —Exclamó aquel con sigilo— eso que suena es el golpe de unos remos cimbrando sobre las olas...

—Sí, de unos remos que arrastran sobre nosotros una barca...

—¿Una barca, decís? Entonces, camaradas, hicísteis bien en llamar a Dios; porque...

—¿Lo habéis adivinado...?

—Esa barca...

—¡Es la de Morgan!

—Precisamente.

El rumor había cesado: Tuizlo despertó a don Ricardo y al sacerdote agitando sus cuerpos suavemente sin revelarles el peligro que en aquel momento les rodeaba; luego se volvió al piloto.

—¿Tenéis armas? —Le preguntó con una resolución desesperada.

—Ni las tengo —respondió aquel— ni puedo ir a procurarlas, porque si abandono la caña el barco andará al garete: pero id a despertar al capitán y él os proveerá.

Don Ricardo comprendió por estas palabras que había llegado la hora suprema de la prueba y presentó sus pistolas a Tuizlo diciéndole:

—Toma, hijo mío; pero no te fíes únicamente a tu valor en el trance en que te encuentras...

—Eso digo yo, señor —repuso el piloto— es preciso avisar a los demás y...

—Es excusado, señores —observó una voz de trueno sobre la cubierta junto a la escalerilla de babor, mientras resonaban las pisadas de hasta una docena de hombres repartidos por entrambas bandas— apenas intentéis la más ligera resistencia seréis todos pasados a cuchillo.

Pero aún no habían acabado de resonar estas últimas palabras cuando el hombre que las pronunciara advirtió que a su rededor montaban con resolución una pistola.

—¿Quien va allá? —Repuso un tanto sorprendido.

—Un hombre decidido a jugar su vida contra la tuya —le respondió Tuizlo.

—Quien quiera que seas desde ahora me atrevo a jurar que pierdes la partida.

—Tal vez.

—No creas que lo digo por aterrarte, pero siempre han caído a mis pies los más fuertes banqueros.

—Es que tú entonces apuntabas...

—Lo mismo que ahora, camarada —y montó a su vez una pistola.

—En efecto —repuso Tuizlo sin turbarse— solo que entonces no tenías al frente un punto tan fuerte como tú, sino banqueros indefensos; y pudiera suceder que en esta partida cayésemos los dos para nunca levantarnos.

—Bien te explicas: veo que eres pájaro de mi misma pluma.

—Mejor dijeras de tu misma fibra.

—Pero como buenos jugadores comencemos por hacer conocimiento: ¡yo soy Morgan!

Al escuchar aquel terrible nombre el fraile y don Ricardo se estremecieron, mientras Isabela se desmayaba en los brazos de este último: el piloto se acercó a ellos con la caña del timón en la diestra resuelto a defenderlos como Tuizlo.

—Sí, señores —repitió el bandido— yo soy Morgan, el monarca del océano como ustedes me apellidan.

—Y también te llamamos el espanto de la humanidad —repuso el denodado joven—: pero todo puedes dejar de serlo en este instante si no mandas a tus satélites que se retiren.

—¡Hijo mío! —Exclamó don Ricardo traspasado de amargura.

—Nada temáis —repuso el valeroso Tuizlo, agitando sus pistolas—: Dios es grande y no apartará su mirada de nosotros.

—Pues entonces aquí estamos hasta trece dioses, puesto que trece tenemos sobre ustedes la mirada.

—¡Nada de bromas soeces, Morgan! O haces como te digo, o como lo dije, te mato.

El bandido, después de un momento de reflexión, se volvió a los suyos y les intimó el precepto de alejarse.

—¡Y bien! —dijo al mancebo— despachemos, que no estoy acostumbrado a perder el tiempo. Ya tus camaradas se alejaron...

—¿Conoces a Cayacó? —Le repuso aquel con dignidad.

—¿Al reyezuelo de Samaná?

—Precisamente.

—Le conozco por sus riquezas, de que hace poco tomé una buena parte.

—¿Quieres la otra?

—¡Vaya que si la quiero! Aunque no amo el oro siempre lo procuro para satisfacer la ambición de mis valientes. Pero, ¿quién eres tú para brindarme con los tesoros de Cayacó?

—¡Morgan! Haz que a mí y a los que gimen a mi espalda nos respeten esos que has llamado tus valientes, que sin excepción nos vean como fuera de su autoridad, y Samaná entera será tuya.

—Lo prometo. Sean ustedes quienes fueren, nadie incluso yo ha de tocarles ni inquietarlos. He llegado a comprender que eres un bravo, y todo estoy dispuesto a concedértelo, menos que no pagues a mis camaradas tu libertad con tus baúles, porque eso es exclusiva y forzosamente suyo. Ea: quiero que arreglemos esto como amigos: escucha.

Se oyó sobre el mar un ruido áspero como de un cuerpo pesado que caía de improviso sobre su revuelta superficie.

—¿Y bien?

—Eso que ha rodado es mi pistola.

Tuizlo entregó las suyas a don Ricardo y Morgan continuó:

—Me ofreciste la parte de riqueza que posee Cayacó...

—Sí. Te ofrezco en mi rescate y de mis compañeros de viaje toda la península de Samaná.

—¿De qué manera?

—Presentándonos tú y yo a Cayacó.

—Vamos, que tú deliras.

Don Ricardo se incorporó diciendo al joven:

—No salgas, por Dios, de un peligro para hacer frente a otros mayores. Sea cual fuese nuestra suerte resignémonos: ¡no es la locura el camino de la salvación, Tuizlo querido!

—¡Tuizlo! —exclamó el pirata con asombro— ¿Tú te llamas Tuizlo?

—Ese es mi nombre.

—¿Y tu padre es Cayacó?

—El señor de Samaná.

—Entonces... hace algunos años que caíste prisionero.

—Tú lo dices.

—¡Ah! No te equivocaste al asegurarme la posesión de ese vasto territorio, porque todo lo daría tu padre por tornarte a ver entre sus brazos. Sin embargo, Tuizlo: no acepto tu ofrecimiento. Que Cayacó dé por tu rescate y el de tus compañeros algunas láminas de oro que repartir entre los míos, y lo demás corre de mi cuenta.

—¡Morgan! —Repuso el joven estrechándole la mano al forajido—: tendrás oro, mantas y corales si cumples tu promesa de inviolabilidad: aunque pirata, te creo bastante honrado para respetar tus juramentos.

—La profesión del hombre, Tuizlo, no altera sus principios.

—Las malas profesiones corrompen la conciencia.

—La corrompen cuando constituyen una vocación.

—Nadie, Morgan, es perverso por instinto: para serlo se comienza por abjurar de la virtud, y el hombre sin virtud es una bestia perpetuamente sierva de los más feroces arrebatos. Tú serías leal y bueno en todo antes de convertirte en cruel y sanguinario; pero de momento yo no veo en ti otra cosa que el pirata; y si

antes de serlo me hubiera abandonado ciegamente a tu promesa, hoy recelo de ella al contemplar que vistes un buriel ignominioso.

El fraile dominico se arrastró hasta los pies del mancebo diciéndole a hurtadillas:

—Menos severidad, hijo mío: no irrites al chacal entre su bosque.

—¡Señor! —le repuso aquel con la misma reserva— más que la predicación persuade el buen ejemplo...

—Perdona, Tuizlo... —y rechinando los dientes de despechos se alejó agobiado bajo el peso del reproche, si bien jurando su venganza.

A su vez llegaron don Ricardo, que abrazó con efusión a Tuizlo, y la hermosísima Isabela, que le estrechó una de sus manos con ardor y gratitud. Entretanto, Morgan discurría por la proa ocupado en recoger a su gente y encargarle la maniobra de la nave. Algo de horrible había pasado en la bodega a juzgar por las blasfemias que de improviso rodaron por sus labios; mas no fue posible comprenderlas puesto que al volver y apoderarse de la caña del timón eran otros su acento y su sonrisa.

VI

La noche iba serenando a medida que avanzaba: algunas estrellas se presentaron repartidas por el firmamento y el viento disminuyó su intensidad. Tuizlo observó que este último soplaba del Poniente y dijo a Morgan:

—¿Qué rumbo llevamos?

—El de la Saona —respondió aquel— allí daremos fondo y cuando quieras escribirás a tu padre lo que tenemos acordado. Mientras tanto, ni faltan buenas chozas ni sabrosas frutas, ni riquísimo pescado. Estaréis todos en completo albedrío, hasta que hecho nuestro arreglo volváis a seguir tranquilamente vuestro viaje.

—Así lo espero —repuso el joven indio.

Un ruido sordo, y otros hasta trece seguidos con muy cortos intervalos, se oyeron sobre las crestas de las ondas: el bandido rugió sordamente y sus dientes rechinaron a compás de la azotada arboladura.

—¿Qué es eso? —preguntó con sorpresa don Ricardo.

—Una desgracia —respondió Morgan— que no me ha sido dable evitar. —Y reflexionando un instante como quien acaba de cometer una imprudencia, añadió: —pero una desgracia común en este elemento que me agita desde algunos años, aunque sin poderme acostumbrar a ella.

—¿Y se puede saber qué género de desgracia es esa que decís?

—Por fuerza habréis de saberla: se dice generalmente que entre cielo y tierra nada hay oculto.

—En efecto —exclamó el fraile con intención— Dios en su equidad infinita no permite que los hechos y los pensamientos de los hombres guarden por mucho tiempo el incógnito, aun para los hombres mismos. De otra manera el crimen se entronizaría sobre la tierra, y las pasiones más ilegítimas apurarían el licor hasta las heces. Siempre hay una mano, señor Morgan, que rasga el velo de improviso y deja expuestos el crimen y la pasión a su vergüenza.

—Vergüenza tanto mayor —repuso Tuizlo entre rabioso y burlón— cuanto más pura debiera ser la conciencia sobre la cual cae como estaño derretido...

—Sí, hijo mío —pensó don Ricardo después de oír con entusiasmo a su pupilo— la culpa siempre es una: el juicio no hace otra cosa que exaltarla con su asombro en relación directa del origen.

—Pero una conciencia recta está libre de sudar al vapor de la vergüenza —añadió el sacerdote.

—Esa rectitud, padre, es un fantasma que acaricia la vanidad del hombre sea cual fuere su carácter.

—¡Señor Tuizlo! —gritó aquel irritado— todo absolutismo es temerario, y el de vuestras palabras me obliga a establecer una excepción, aunque inmodesta. Mi conciencia no gime bajo el precio de la vergüenza.

—¿Y bien? —repuso Tuizlo con fingida calma— tampoco podéis responder de que mañana abra en ella un capullo la pureza. Aunque sacerdote, sois un hombre como yo, y siendo hombre, ¿podréis asegurar que nunca morderán vuestro corazón las pasiones a que el mío está sujeto?

—Yo no pertenezco al mundo, que es su único elemento...

—Pero en el mundo andáis, señor; y con mi propia forma y con mi espíritu, veis lo que mis ojos ven, juzgáis lo que mi juicio

juzga, y sentís y deseáis lo que mi corazón siente y desea. De vos a mí no existe otra disparidad que la del traje; pero a través de él... ¡ah! ¡cuántas veces habréis sentido latir vuestro corazón en presencia de una hermosa!

—Tal vez... —dijo el fraile con despecho— pero ese latido pasajero no engendra una pasión nefanda, ni ofende a la sociedad, porque su vibración no tiene timbre y se pierde desconocida en el vacío... Un latido, además, no es un desborde...

Y sonrió con malicia.

—Sin duda... —contestó Tuizlo comprendiendo el epigrama— pero un latido suele a veces ser más vituperable que un desborde... Supongamos, por ejemplo, que yo, triste siervo, sin tener en cuenta mi condición me atreviese a requebrar de amores a la angélica Isabela...

El dominico frunció las cejas de enojo, adivinando sin duda la manera con que Tuizlo iba a glosar esas palabras; éste continuó:

—Y supongamos también que vos, sin tener en cuenta vuestro carácter os atrevieseis solamente a pensar en ella... ¿Cuál de nosotros dos sería más culpable...? Yo con mi triste condición de siervo, me olvidaría de Isabela al requebrarla; pero vos, con aquel latido y un pensamiento de su amor, os olvidaríais de vuestros votos... En una palabra: yo ofendería a la tierra y vos al cielo; yo a la humanidad y vos a Dios... Esto lo digo, padre, en pura hipótesis, con respeto a la austeridad de vuestros deberes y solo para probar que ni hay conciencia exenta de la culpa, ni nadie debe hacer alarde de infalible en el seno de esta vida tentadora...

—En efecto —añadió balbuceando el sacerdote— ni nadie está a cubierto de la vil calumnia...

—Ni nadie puede impedir —repuso Tuizlo— que al sorprender un secreto revelemos otro idéntico que escondía nuestra alma, y que bajando del sitial del juez pasemos a ocupar el banco del acusado...

—Todo lo pueden la malicia y el arrojo...

—O lo que es lo mismo, los celos que bombardean un corazón de estopa y la intemperancia que azuza un carácter irascible...

—Señores —pensó don Ricardo comprendiendo algo de aquella peligrosa discusión— paréceme que tomásteis por epígrafe algunas palabras de Morgan para extraviaros en unos análisis fisiológicos ajenos del momento y de lugar.

—Sí señor —dijo el pirata— ahora me acuerdo haber contestado que pronto se sabría la causa de aquel ruido que oísteis en la mar; pero Tuizlo se enredó de palabras con el padrecito, y juro a Dios que el mozo se explica de lo lindo...

—No juréis, señor Morgan —repuso el fraile— se puede creer en vuestra palabra sin invocar el santo nombre de Dios.

—¡Quiá! Dios es bueno y perdona: ojalá perdonáramos como él acá en la tierra... Pero... dime Tuizlo: ¿quién es esa hermosa Isabela que hace poco nombrásteis?

—Es la hija de este caballero —repuso aquel señalando a don Ricardo.

—¿Y, por supuesto, viene aquí?

—Sin duda.

—Será joven...

—¡Mucho!

—Y como hermosa, sensible...

—En alto grado, señor Morgan —dijo don Ricardo arrebatando la palabra a Tuizlo que iba a responder, y colocándose al lado de su hija— pero ¿queréis explicarme qué significan esas preguntas...?

—Ningún peligro amenaza a vuestra hija, caballero.

Morgan dijo estas palabras con inesperada dulzura calmando la inquietud que como una inmensa oleada rodeaba el corazón del buen anciano.

—Pero en suma —repuso éste— por lo menos algún misterio envuelven...

—Sí señor... para ella por ahora y para todos... el misterio del ruido aquel...

—¡Ah, sí! El de aquellos golpes repetidos...

—Precisamente.

—¿Y cuándo pensáis revelarlo?

—En el momento de saltar a tierra.

El piloto, que se había quedado dormido inmediato al gallinero, dio una vuelta murmurando algunas frases. Morgan dijo a don Ricardo:

—¡He aquí un hombre que ha de nacer al despertar!

El anciano miró al pirata, a favor de la luna que ya hacía rato iluminaba al mundo; pero nada pudo leer en su semblante, que endurecido por el género de vida que le azotaba desde luengos años se había rebelado a toda expresión tierna o compasiva.

Tuizlo entretando se había acercado a Isabela aprovechando un momento en que el dominico se había recostado a una de las bandas de la nave, y aquel en que don Ricardo departía con el terrible Morgan. La joven se estremeció al verse casi sola con el hijo del cacique, sin poderse explicar el origen de aquella extraña sensación; pero al mismo tiempo sentía un placer indefinible recordando que a su brío debían ella y su padre la existencia. Por su parte el mancebo mezclaba el júbilo con una amargura profundísima, cierto de que el dominico amaba a Isabela con el amor más peligroso y audaz, con el amor que puro en su principio desciende a comunicar con todas las pasiones viles desde que se apercibe de su ilegitimidad y su impotencia.

Isabela comprendía que algo atroz torturaba el alma del mancebo, y no se atrevía a interrogarle porque el verdadero amor es respetuoso, y ella le amaba tiernamente, no tanto por lo joven que era y lo gallardo, cuanto por la solidez de sus virtudes, y tal vez por gratitud. En efecto, Tuizlo había impedido que don Ricardo sucumbiera bajo el golpe de la envenenada flecha del salvaje; y sabido es que el reconocimiento desarrolla con frecuencia una pasión íntima y a veces más duradera que las brotadas por las corrientes magnéticas de unos lindos ojos, o el murmullo delicioso de frases análogas, emitidas con oportunidad y con estudio.

Pero no era posible permanecer por mucho tiempo en este elemento de dudas y deliciosas ilusiones a que sin querer habían hecho frente entrambos jóvenes: hay ciertos géneros de expectativas que atormentan y no matan; pero más insoportables que la muerte misma por cuanto es eterno su dolor.

Según hemos dicho, Tuizlo se había aproximado a Isabela, es decir, que se encontraba a punto de rasgar un velo que ocultaba a los ojos de su alma la luz o las tinieblas, el paraíso o el infierno.

Por su parte la doncella le vio sentarse a su lado, y sonrió de gozo; pero una lágrima transparente vino a humedecer sus negros y brillantes ojos, rodando desde las puntas de sus luenguísimas pestañas hasta la mano del mancebo, a tiempo que, con la confianza casi fraternal que se trataban, le había tomado una de las suyas.

—¿Lloras, amiga mía? —Le preguntó Tuizlo con ternura— ¿temes acaso que una nueva calamidad amenace tu existencia?

—Temo, Tuizlo, que Morgan nos lleve a sus guaridas para sacrificarnos después de recoger los tesoros que le has prometido.

—Serénate, Isabela; Morgan no es capaz de tanta infamia, aunque pirata; y si por su mal la pretendiera, antes de ponerla en ejecución habría lanzado entre mis brazos el último suspiro. No es Morgan el hombre de quien debemos recelar...

—Pero en todo caso tu vida estaría rodeada de peligros.

—Nada importan ellos tratándose de alejarlos de la tuya.

—¡Siempre generoso, Tuizlo!

—¡Siempre desgraciado!

—¿Desgraciado...? ¡Ah, sí! Por los peligros que en este instante nos rodean...

—No, Isabela hermosa: mi desgracia procede de otra causa muy distinta... Tiempo hace que en nada de lo exterior se detienen mis miradas, sino que se vuelven únicamente al corazón, porque este sufre un dolor agudo difícil de combatir... El mundo se levanta cada aurora con el mismo manto de preocupaciones que le simboliza desde su origen, y el hombre despierta con su lumbre y sus rumores a devorar amarguras, a perder lágrimas y evaporar suspiros... ¡Ah! Mi desgracia, hermosísima Isabela, se remonta a un elemento muy distinto del que ahora nos rodea, si bien es cierto que en él he venido a comprenderlo...

—Tus palabras, Tuizlo, encierran un misterio que no puedo penetrar; pero un misterio que me ofende. Has dicho que en nada de lo exterior se detienen tus miradas, y... esa confesión vale para mi alma por todo un desengaño. ¡Ah! Cuando te he visto renunciar tantas veces a los brazos cariñosos de tu padre: cuando has ensordecido al amor de la patria a tu libertad por vivir bajo nuestro techo soportando con heroísmo el injurioso epíteto de esclavo... en fin, cuando aquí, esta misma noche has sido el único que lleno de valor ofreciste tu pecho a la bala del pirata por defendernos de una muerte segura después del deshonor y de la infamia... entonces creía que tus ojos se detuvieran en algo más que tu interior... pero dice bien mi padre... el hombre no obedece más que a la autoridad del egoísmo...

—¡Oh Isabela! —exclamó el joven con voz entrecortada por la pena— ¡tu injusticia solo iguala a mi dolor!

—¿Mi injusticia...?

—¡Sí, por Dios...!

—¡Ojalá dijeras verdad!

—Óyeme, Isabela, y perdóname si al descubrirte el verdadero estado de mi alma te pruebe hasta qué punto has sido cruel con quien antes que reproches merece tu absoluta compasión. Mi origen, Isabela, es puro como el sol; un indio bien puede ser noble a par de un castellano, pues el haber nacido en latitudes diferentes y tener por esta razón la piel más o menos blanca no se opone en manera alguna a un nacimiento distinguido, que sólo difiere relativamente de cualquiera otro pero que en la esencia es uno.

—¿Quién puede dudar de esa verdad? —preguntó con asombro la doncella que ignoraba a dónde se encaminaba el discurso del mancebo.

—¡El mundo, Isabela! El mundo que perseverante en su orgullo ha trazado una línea divisoria que no pueden hallar mas que sus adeptos, sin que basten a sobornarle los sentimientos elevados o las purísimas virtudes.

—Pero el mundo...

—¡El mundo somos nosotros...!

—Entonces, yo soy uno de los muchos seres que coronan tu alma de amarguras... ¿No es esto Tuizlo...?

Y la joven exprimió una lágrima más entre sus párpados.

—No, Isabela: no debemos individualizar porque entonces me sería imposible proseguir en el camino de la revelación. El mundo me rechaza de su seno y es a él a quien acuso. Mi alma es sensible, Isabela: sensible como la hoja del árbol al soplo más ligero de la brisa...

La doncella retiró su mano que el joven indio había estrechado suavamente al pronunciar aquellas significativas palabras y sintió que la emoción se levantaba de su pecho a la garganta como una columna de fuego.

—Pero mi alma —continuó Tuizlo— el alma de un salvaje... el alma de un impuro habitante de los bosques de América que aunque solamente consagrada a la idolatría de lo bello morirá solitaria y aun escarnecida entre la más densa oscuridad... Este es mi secreto, Isabela, este mi dolor... ¿Qué me importa ser hijo de un cacique poderoso y tener una conciencia virgen de extravíos, si en medio de todo las preocupaciones se levantan a manera de gigantes contra esa alma misma y le vedan rendir un tributo al sentimiento?

—¡Calla, Tuizlo! —exclamó con dificultad la conmovida Isabela; pero el apasionado mancebo continuaba sin escucharla:

—Nada importa a la verdad... Ese sacerdote mismo no cesa de justificarme en sus creencias con sus repetidos sarcasmos desde el momento en que ambos pisamos la cubierta de esta nave... ¡Oh! ¡Con cuánta crueldad me ha destrozado el corazón! ¿Y por qué? Porque más sagaz que austero en la observancia de sus votos, ha penetrado mi interior, y ruge de celos al ver que si no soy feliz, tampoco he renunciado solemnemente como él a la esperanza...

—Y bien, Tuizlo: puesto que esperas no eres del todo infeliz...

—Hay género de esperanzas, Isabela, que en vez de abordar a su propósito se estacionan y hacen vegetar la vida entre el deseo y la agonía... Yo no concibo cuáles sean las ventajas de semejante situación... Además, si tengo el derecho de esperar, no me atrevo a tanto... Sé que vivo en medio de un paraíso; pero; ¡ay! No soy yo el que puede aspirar el aroma de sus flores...

Isabela llevó el pañuelo a sus ojos y comenzó a llorar con sigilo para no avisar a su padre de la emoción que la embargaba: necesitaba de aquel desahogo natural y socorrido, sin el que seguramente su corazón hubiera reventado a manera de una bomba de campaña, y acudió a él con esa docilidad bellísima de la mujer sensible que padece en el elemento mismo de sus soñadas alegrías.

Pero si las susceptibilidades encantadoras del pudor le hicieron primeramente retirar su mano de las manos enardecidas del mancebo, por un impremeditado impulso de ternura las buscó luego y estrechó con suavidad cuidando de ocultar sus lágrimas. Inútil es decir que Tuizlo la recibió con alegría tomando esta especie de abandono por un rayo de la esperanza que poco antes consideraba como distante de alumbrar los días de su borrascosa existencia.

Un rugido sordo se oyó a poca distancia y algunas frases articuladas a media voz, que no partían por cierto de los labios de don Ricardo o de Morgan, porque ambos hablaban a la vez de una manera bastante inteligible para que se le pudiera confundir. El piloto roncaba como un león, tirado sobre la húmeda cubierta, y el fraile continuaba en su misma actitud, es decir, echado de bruces sobre la banda de estribor.

Algo más tranquila, la hermosísima Isabela retiró el pañuelo de sus ojos un tanto enrojecidos, pero brillantes y poderosamente cargados de esa languidez indefinible que pudiéramos llamar la electricidad del amor. Dolido Tuizlo de la aflicción en que la había sumergido con la rápida descripción de su porvenir, fue el primero en romper el silencio, diciéndole:

—Esas lágrimas preciosas que he tenido la fiereza de arrancarte, serán, Isabela, el motivo de la expiación primera de mi vida. Ellas estarán presentes en mi conciencia a todas horas, y me gozaré en la amargura a que por fuerza deben conducirme.

—¡No son de dolor mis lágrimas, oh Tuizlo! —repuso la joven con suavísimo acento— ni aun cuando lo fuesen merecerían el sufragio de la expiación que intentarás imponerte. Mi llanto tiene otro origen... pero siempre es el llanto de uno de los seres que pueblan el mundo, indiferentes al soborno de los sentimientos elevados o las purísimas virtudes...

—¡Oh, Isabela! ¡Tú no eres lo que dices, sino un ángel de compasión y de bondad que llora como los humanos y siente inspirado por el mismo Dios...! A ser otra cosa...

Tuizlo se detuvo; pero ella le estrechó la mano con pasión, y presa de una inquietud indefinible al par que deliciosa, exclamó:

—¡Acaba! ¡Acaba!

—Pues bien, Isabela mía... a ser un ente sometido a la influencia de las preocupaciones, ¡el alma de este salvaje no te amaría con la incomparable ternura que te ama! ¡Sí: yo te amo desde el punto en que la suerte me puso bajo el techo hospitalario de tu padre, te amo desde antes de conocerte; porque tú eres la virtud y la virtud es mi deidad... ¡Isabela! Ten compasión de mí...

El joven iba a postrarse ante su amada, que yacía en una abstracción deliciosísima, cuando cerca de entrambos se oyeron los crujidos de unas ropas, al parecer pesadas y groseras. El indio levantó la frente con fiereza, y reconociendo los hábitos del dominico dijo resueltamente a Isabela, mientras con ademán solemne levantaba en alto una mano:

—En el nombre del cielo, Isabela: ¿perdonas el arrojo de mi alma, o aceptas el amor que te consagro?

—¡Tuizlo! ¡mi adorable Tuizlo! —respondió la joven con la misma religiosa entonación— ¡tuya soy hasta la muerte...!

Una infernal carcajada salió de entre los contraídos labios del cenobita restallando por toda la cubierta como el lejano eco de los truenos. Don Ricardo volvió la cabeza con sorpresa, y se encaminó hacia su hija algo molesto de aquel estrépito, más por la procedencia que por el efecto, y aun acusando en su interior la poca mansedumbre con que desde un principio se portara el turbulento sacerdote.

Tuizlo había desaparecido del lado de Isabela: el dominico ocupó inmediatamente el lugar de don Ricardo junto a Morgan. ¿Qué ideas habían brotado del cerebro de estos dos hombres al separarse de Isabela? He aquí lo que vamos a averiguar dentro de un instante.

El enamorado Tuizlo había logrado calmar en el fondo de su pecho la tempestad de dudas que sobre el amor de Isabela hacía tiempo le abrumaba: las últimas palabras que recogió de sus divinos labios valían por toda una existencia de venturas, y la esperanza iluminó la frente del mancebo.

El dominico, por el contrario, reventaba de celos: había oído la revelación de Isabela que desvanecía hasta la sombra de sus criminales ilusiones, y no pudiendo otra cosa apeló al genio de la venganza. Isabela no podía ser la víctima, aunque interiormente la acusaba: ella debía sobrevivir para que soboreara un día todos los tormentos que ese amor le reservaba a través de los transportes presentes.

Morgan continuaba gobernando, mientras el piloto, que había despertado, se mantenía a cierta distancia ocupado en disponer una cachimba.

El sacerdote se aproximó a Morgan con todo el aire de humildad que correspondía a su carácter, preguntándole si al amanecer estaría ya en las playas de Saona.

—Tal vez —repuso el pirata— ni el tiempo es malo ni estamos muy distantes; pero las tempestades estallan sin pasar aviso de atención, y cuando más se confía poner la planta sobre el seguro arrecife, suele suceder que el marino desciende a las entrañas insondables de la mar.

—¡El cielo no lo permita! —Exclamó aquél con suplicante acento.

—No temáis, padrecito: aquí viene un ángel con nosotros, y los ángeles ruegan a Dios por los mortales.

—Un ángel...

—La señorita Isabela es más que mujer, según su padre.

—Sin embargo, Morgan... este ángel no está en la entera gracia del Señor, ese ángel se comunica con un idólatra a quien hace poco juró amar eternamente, y por lo mismo antes que participar de tu confianza temo más bien que nos acontezca una catástrofe.

Morgan midió al fraile de una mirada y el piloto, que sin propósito había oído las anteriores frases, se estremeció ligeramente.

—¿Y se puede saber —preguntó Morgan con indiferencia— qué idólatra es ese que decís?

—El hombre que amartilló esta noche una pistola resuelto a poner término a tu vida...

—¡Ah...! ¿Tuizlo? —y los ojos del pirata se inyectaron de sangre.

—Tú lo has dicho, Morgan: el siervo de don Ricardo, que fingiéndose hijo de un magnate de su raza para halagar tus esperanzas, seduce taimadamente a la más celestial de las criaturas. Pero ya que sin pensarlo hemos tocado este asunto importantísimo, preciso es qe nos pongamos de acuerdo para entorpecer la realización de los planes que en este momento concibe Tuizlo en su desmedida ingratitud.

—En efecto, padrecito: es deber de todo hombre evitar que otro cometa una mala acción...

Y el pirata, acercándose más a su interlocutor, añadió con indignación poco reprimida:

—Y también es un deber castigar la ingratitud...

—¡Pues eso! —Repuso aquel entusiasmado.

—Veamos cómo concebís ese castigo...

—Óyeme, Morgan. Tuizlo te ha prometido oro y piedras por el rescate suyo y de nosotros...

—Cierto...

—Tendrás que ir con él a Samaná, y como todo es una farsa volverás con él a tu chalupa...

—Adelante.

—¡Tuizlo no debe hollar de nuevo la Saona...!

—Es decir... que le ato un lingote a la garganta y le doy por sepultura el océano...

—¡Hijo mío! —Exclamó el fraile afectando una dolorosa abnegación— la medida es violenta y cruel; pero al mismo tiempo

necesaria. Si la existencia de un hombre sin fe ni freno social que modere sus pasiones de salvaje ha de ser causa de la perdición eterna de una virgen modelo de virtud y de hermosura, Dios aceptará el sacrificio de esa existencia inútil, no como un holocausto, sino como un acto que se consuma para el mejor servicio de su causa.

—Pero... ¿y qué haremos luego para consolar a esa joven que le ama...? ¿Cuál de nosotros se encargará de enjugar su llanto sin que el remordimiento se levante como un fantasma entre su inocencia y nuestro crimen...? Pensadlo con más calma, padrecito: matar a Tuizlo es obra de un instante; pero herimos al mismo tiempo el alma de Isabela, la condenamos a una agonía perdurable, y... esto es cometer un doble crimen... ¡Si hubiese aquí otro pasajero joven con cuyo amor deslumbrarla...!

Diciendo esto el pirata había entrado con sus ojos de fuego hasta el corazón del sacerdote.

—En efecto —murmuró éste sonriendo con malicia.

—Vos, padrecito... si no fuera ese ropaje...

—El ropaje es lo de menos...

—O vuestros sagrados votos...

—Mis votos... —y acercándose a Morgan añadió— ¡yo no he pronunciado voto alguno...!

Un relámpago de alegría iluminó la frente del genio de los mares, el cual continuó de esta manera:

—¡Vamos! O quereis chancearos, o deslumbrado con el bocadillo hacéis traición a vuestro santo ministerio.

—No, hijo mío —repuso el dominico con la hilaridad de un mozalbete— ni me chanceo, ni jamás abrigué lo que se llama una pasión por Isabela: me gusta, no lo niego; pero como diferimos en edad he sabido reprimirme antes que ridiculizarme.

—Conque... hablando en plata: dijisteis...

—¿Que no he pronunciado voto alguno? Esta es la verdad.

—Sin embargo... hablais de Dios y de virtud, y me llamais vuestro hijo...

—Es que de todas estas frases hice un particular estudio antes de embonarme este sayal, y las manejo oportunamente como si fueran de mi reino. Yo, como tú, Morgan, creo en un Dios Señor del cielo y de la tierra; pero como tú me río de la virtud. Por esta conformidad de conciencia te he revelado sin reparo mi secreto...

—Os equivocáis a lo que entiendo —repuso el pirata satisfecho de verle voluntariamente colocado en la cuesta de las confidencias.— Hasta ahora no me habéis dicho otra cosa si no es que no habéis pronunciado voto alguno: os resta explicarme cómo es entonces que vestís la túnica del sacerdote.

—Te lo explicaré más adelante... allá, en la Saona...

—¿Y por qué no aquí?

—Porque... alguien puede oírme...

El piloto se tendió en tierra sudando de ira y comenzó a roncar como si en realidad se agitara en un sueño trabajoso.

—¡Quiá! —pensó Morgan con aire distraído— el único que pudiera oíros es ese; y ya lo veis, ronca como la ola al reventar en los cantiles.

—No importa: ahora de lo que debemos ocuparnos es de la suerte de Tuizlo.

—Pues yo creo lo contrario —repuso el pirata afectando una calma de que no participaba hacía tiempo— Tuizlo corre de mi cuenta; pero en la duda de si sois o no lo que parecéis, creo que debo abstenerme de atentar contra su vida. Siempre me ha gustado jugar limpio: o acabáis de decirme qué embrollo encierra vuestra vida o no me hablais una palabra más de este negocio.

—Vaya, amigo Morgan —dijo el fraile con dulzura— no os enojeis por tan poca cosa con quien bien te quiere...

—Al grano, al grano.

El fraile tomó asiento sobre el tablado que hacía en la popa funciones de gallinero, y bajando la voz, como un penitente a los pies del confesor, dio principio de este modo a su relato:

—Hará sobre dos años que salió de Cádiz una barca con destino a esta isla, cargada de pasajeros que en su mayor parte eran empleados civiles y militares. Entre ellos venía también un sacerdote de la orden dominica, hombre virtuoso y de avanzada edad que me tomó mucho cariño...

—Bien; pero vos...

—Yo venía de asistente de un coronel...

—¡Ola! con que sois rebajado...

—Dejaos de epigramas, querido Morgan, que el tiempo no anda de sobra.

—Podéis continuar, señor veterano...

—Pues el fraile, llevado de su buen afecto, y vistas las atenciones que yo le tributaba en la navegación, concluyó por hacerme su confidencia y entregarme el cofrecito en que traía sus papeles, su dinero y un hábito nuevo, con que se disponía a saltar en tierra. Sucedió, pues, que como tú nos sorprendiste en esta noche, nos sorprendieron también en otra unos costeros próximos a la isla de Inagua, y desde que pusieron el pie en cubierta dieron la voz de degüello. Yo entonces me apoderé del cofrecito, y descolgándome por una banda al bote en que habían llegado hasta nosotros, comencé a bogar a la cia para no producir mucho ruido. Al día siguiente paseé mis ojos por el horizonte y ni rastro vi de entrambas embarcaciones, mientras la tierra se me aproximaba por la banda del Norte. Redoblé mis fatigas, y a la caída del sol pisé en lo firme, desde donde me dirigí a la capital ya con mis hábitos, y a la que llegué después de cinco días de camino. Mi primera diligencia fue presentarme al obispo y entregarle mis papeles.

—Bienvenido seas; —me dijo después de leerlos y colocarlos sobre un velador— pero te prevengo Carlos, que no vengas a turbar la paz de mi rebaño. Tus ideas maquiavélicas te han valido este destierro y esta suspensión en el ejercicio de tu carácter; no quieras con nuevas imprudencias acumular penas mayores sobre tu espíritu...

Comprendí que el verdadero fraile venía por castigo a La Española.

—Señor —dije a mi prelado— el cielo me ilumine y tenga en su gracia para no causaros mortificación alguna.

—Él te oiga, hijo mío, y te traiga a verdadera enmienda. Por ahora estarás un año sin celebrar el sacrificio de la misa, sin oír culpas de otros pecadores ni administrar los santos sacramentos. Vivirás en el convento de tu Orden con austeridad, y harás constante penitencia en expiación de tus errores. Tal vez, si te haces digno de mi lástima, te rehabilite antes del año.

—Dicho esto me volvió la espalda y tuve a bien retirarme a mi convento.

Allí me dieron una celda y un lego, que me acompañaba principalmente por las noches. Gracias a su edificante vocación por el sacerdocio pude ponerme al corriente en menos de dos me-

ses de todos los deberes, los rezos y las ceremonias a que me había obligado en un momento de irreflexión.

Había en la comunidad un fraile en extremo virtuoso, a quien estimaba mucho el obispo, mas que por orden de este me celaba, según pude comprender de algunas frases de mi lego. Sucedió pues, que estando un día en refectorio mis ojos ya prevenidos se encontraron distintamente con los suyos, por manera que cuando levantaba yo la frente tenía la seguridad de que él hacía lo mismo, y esto me irritó. Así fue que apenas concluimos, le seguí por las altas galerías, hasta que próximo a la puerta del coro me resolví a interpelarle después de ver si alguno nos oía.

—Disgustado me tenéis, hermano Pablo —le dije afectando pesadumbre— y disgustado en alto punto con la especie de espionaje que ejercéis tiempo ha sobre mis actos. No sé en qué género de culpa pueda incurrir para sufrir ese tormento el hombre que vive entre estos benditos muros entregado a la penitencia.

—Hermano Carlos —me contestó sin alterar su calma— ese espionaje que os doléis no es fruto de vuestros actos de hoy, sino el resultado de vuestros extravíos de ayer; y Dios sabe cuánto me es violento el tener que vigilaros, aunque me consuela la esperanza de que así podré veros muy pronto en pleno goce de vuestros santos ejercicios.

El buen Pablo había tendido a la espalda su capucha: su rostro estaba iluminado por un rayo de fe y de mansedumbre que me impuso. No obstante tuve valor para seguir en el camino de las explicaciones, las primeras que había provocado durante siete meses, y las primeras palabras que, fuera del lego, habían resonado en los oídos de un miembro de la comunidad.

—Según eso —repuse— vos, hermano Pablo, me teneis por delincuente, olvidándoos que la calumnia no ha renunciado aún en el mundo el derecho de dañar.

—Os tengo, hermano Carlos, por un desgraciado y nada más.

—Bien: creeis que pequé...

—Así viene escrito de Sevilla...

—Eso puede proceder de odios engendrados en la juventud y desarrollados luego con el auxilio de una ventajosa posición.

—Tengo entendido, hermano, que vuestra culpa ha sido posterior a vuestra juventud.

—Quizá... —murmuré turbado recordando que en los papeles del pobre fray Carlos entregados por mí al obispo se le declaraba mal intérprete del dogma, y que por lo mismo mi argumento me había puesto en evidencia.

El hermano Pablo quiso aprovechar mi confusión para retirarse, acompañando con una humilde cortesía estas palabras:

—Dios os guarde.

Pero oponiéndome a su marcha le dije resueltamente:

—¡Una palabra!

—Os escucharé; pero sed breve.

—Habéis dicho que vuestro espionaje procede de mi ayer...

—¿Y bien?

—No creo, hermano, que sea necesaria tanta severidad para una culpa...

—Esa es queja que debéis enderezar a nuestro pastor.

—Privado del ejercicio de mis funciones, que es bastante, la debilidad de ayer queda expiada: vuestra vigilancia es un abuso insoportable para la vida austera que hoy soporto.

—Yo no entro en esas distinciones.

—Pero yo sí; para conocer que vos, hermano Pablo, traslimitáis vuestras facultades en este momento.

—¡Hermano! —exclamó el pobre viejo rebosando en amargura.

—La ambición del priorato sin duda os impele a oprimirme, creyendo recomendaros de esta suerte a los ojos del prelado para inclinar su ánimo a vuestro favor.

—¡Fray Carlos! —gritó el religioso fuera de sí— ved que me calumniáis injustamente y eso os puede traer mortificaciones más severas de las que hoy exaltan vuestro espíritu.

—No lo dudo, yo sé muy bien de todo lo que es capaz un favorito astuto cuando se trata de satisfacer al dragón de sus pasiones.

—Mejor hubiérais hecho en estudiar las vuestras para sofocarlas antes que entregaros a su infernal regencia.

—Mis pasiones, fray Pablo, no han sido avisadas todavía... acaso vos seáis el primero que las irrite por el camino del insulto...

—¡Acordaos de Sevilla...!

—Acordaos de que siendo vuestro hermano en el Señor sois también un hombre que todavía no se ha prostituido hasta desempeñar el papel de un espión...

—Os comprendo: ¡sois un valiente!

Y la sonrisa del desprecio rodó sobre sus labios: luego continuó:

—Pero debéis saber que aquí fracasan los instintos feroces por convicción o por la fuerza...

—Mientras triunfan las intrigas por rivalidad o por codicia...

El fraile se estremeció, y no obstante hallarse encorvado por el peso de los años, levantó soberbiamente su cabeza revestida de canas, blancas como nieve: parecía un apóstol lleno de unción que se enhiestaba ante el peligro satisfecho de su conciencia misma. En cuanto a mí, un temblor no interrumpido circulaba por todo mi cuerpo revelando la rabia de que me hallaba poseído. El soldado iba volviendo del letargo que hacía siete meses le embargaba. Fray Pablo enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo que extrajo de la manga del hábito, me fulminó una mirada terrible y me dijo:

—¡Fray Carlos! Nadie más que yo ha podido oír vuestros insultos a través de estas sagradas galerías, donde nunca hasta este momento resonaron. Si a pesar de vuestro carácter turbulento guardáis un átomo de juicio, no será difícil que muy pronto comprendáis que habéis faltado a la casa del Señor faltando a uno de sus más humildes siervos, y esto solo por desfogar enojos que nada tienen de común con él. Retiraos, pues, a vuestra celda, y nunca volváis a procurarme: yo os perdono en nombre de Dios vuestras injurias, pero esquivo vuestra palabra para el porvenir.

—¡Sea! —le contesté con frenesí— dejadme libre de la vuestra que desmiente tan bien vuestro hipócrita exterior, y haced que nunca se encuentren vuestros ojos con los míos.

—Pudiera ser si no militaran en contra vuestra más que los excesos de Sevilla, y eso por obra de mi voluntad; pero esto que acaba de pasar aquí lejos de inclinarme a la indulgencia solo servirá para redoblar mi vigilancia.

—Acaso sea funesto el exceso de vuestro celo...

Y esto diciendo mi mano derecha se cerró con tanta fuerza que sentí penetrar las uñas en la carne.

—Antes que tal suceda —repuso con reposo el pobre anciano— Dios se habrá servido traernos al arrepentimiento y la vergüenza en la soledad de cuatro paredones.

—¡Cómo!... ¿Me amenazáis con la prisión?...

Y abriéndose mi mano de improviso descargó sobre el rostro venerable de fray Pablo una bofetada tan recia que el eco la repitió por las espaciosas bóvedas del claustro. Otro fraile que pasaba a lo lejos vio mi arrojo y acudió en auxilio de su hermano, quien con el rostro encendido por el golpe me contempló un momento y dijo a su compañero retirándose —compadecedle como yo le compadezco, hermano mío: ¡fray Carlos está loco!

Poco tiempo tuve de reflexionar en la enormidad de mi atentado que como religioso me sometía a las más terribles pruebas, pues a poco de entrar en mi celda se presentó a la puerta el guardián acompañado de cuatro legos intimándome la orden de seguirle. Le obedecí después de recoger mi brevario, seguro de que había llegado el momento de expiar la culpa que el verdadero fray Carlos cometiera en Sevilla, pero agravada en La Española por la bofetada del veterano que en mal hora tomó su nombre y su carácter. Bajamos una escalerilla secreta cuya claraboya daba al jardín, y después de atravesar diversos corredores oscurísimos, donde por efecto de la humedad corría un airecillo sumamente frío, llegamos a una habitación solitaria. El guardián introdujo la llave en la cerradura haciéndola chirrear ásperamente, luego empujó las hojas de la puerta, me hizo señal de que entrara y volvió a cerrarla. ¡La noche no es comparable en lobreguez al interior de aquella horrible habitación! El guardián y los legos se alejaron después de instalarme en mi calabozo, no oyéndose a poco tiempo otro rumor en todas aquellas galerías que el silbido o el aleteo de los murciélagos.

La puerta tenía un postiguillo, casi a flor de tierra, de modo que por este era que me introducían diariamente la comida. No había, pues, esperanza alguna de fugar al horror de aquel encierro, en que para mayor angustia ni podía leer a efecto de la oscuridad que perennemente me rodeaba. Dos meses habían corrido a contar desde la tarde de mi encierro, cuando sentí pasos en la galería mientras flotaba sobre el techo la lumbre de un biandón: luego oí que sonaba la cerradura: era evidente que venían en busca del criminal para juzgarle. ¡Oh amigo Morgan! ¡Qué terrible momento en una conciencia acusadora! ¡Confieso sin rubor que me estremecí, yo, soldado que entre mis camaradas tenía fama de impertérrito ante la lanza y el cañón...! Abrióse

por fin la puerta y el guardián me dijo mientras uno de sus acompañantes me alumbraba el rostro con la antorcha:

—¡Fray Carlos! Nuestro prelado se digna redimiros de la prisión a que perpetuamente estabais condenado a causa del escandaloso hecho que por lástima de vos mismo excuso el recordaros; pero os lanza de su diócesis, como un ser funesto al orden y la concordia que ha reinado siempre en ella. En cuanto a fray Pablo os acuerda su perdón.

—¡Señor...! —me atreví a balbucear.

—¡Silencio...! —Exclamó aquel con imperio— no os corresponde hablar sino obedecer. Vuestro equipaje todo se encuentra en estas horas a bordo de una carabela que con las primeras horas de la noche debe partir para Puerto Rico, y sólo falta que os embarqueis. Seguidme, pues, sin dilación y sin aventurar una palabra que sería de todo punto inútil. Una cosa os recomiendo, fray Carlos, y os la recomienda a su vez nuestro prelado: cuando al llegar de Sevilla y presentaros a él os previno que fueseis humilde como digno siervo del Señor, respondisteis que no le causaríais linaje alguno de mortificación: habéis sido inconsecuente a esa promesa que os debía valer en cambio el perdón de vuestras pasadas culpas, habéis levantado la diestra para descargarla sobre el rostro venerable de un hermano cuya vida adornan tantas virtudes como canas su cabeza... ¡Fray Carlos! ¡Fray Carlos! ¡Ved lo que hacéis en adelante, porque si no os enmendáis vuestra condenación es inevitable...!

Dicho esto se cubrió la cabeza con la capucha y comenzó a andar: sus familiares me intimaron la orden de seguirle cerrando la comitiva a mis espaldas.

Cuanto me había pasado y estaba pasando en aquel momento me hubiera parecido una extravagante conseja si un año atrás cualquiera camarada del cuartel o una gitana de las que leen el porvenir me lo hubiese anunciado. En los tiempos de mi vida militar las carreras de baqueta y los muchos meses que sufrí de arresto limpiando fusiles y dando blanco a las correas no me afectaban, porque no pasaban estas el pellejo condenándome a ellas otro militar; pero vistiendo aunque sin derecho el hábito del religioso, las palabras y los hechos derivados de mis extravíos no me fueron más sensibles por ser justos que por venir de un hombre que realmente era ministro del altar, y mi confe-

sión, o mejor dicho mi vergüenza, había por primera vez coloreado mis mejillas. Sin embargo, mientras caminábamos en dirección al muelle logré serenarme con la idea de que mi delito disminuiría su carácter agravante tan luego como se supiera que yo no era tal sacerdote, pues en caso de juicio entonces los tribunales civiles invocarían su jurisdicción, y si en ellos se pronuncian sentencias, no se fulminan a lo menos anatemas, que era lo que yo tenía desde la hora en que me redujeron a prisión.

Llegamos al muelle, y merced a una falúa de la capitanía del puerto, en breves minutos nos hallábamos el guardián y yo a bordo, donde me entregó al capitán con un pliego cerrado.

—¡Fray Carlos! —me dijo en tono solemne mientras descendía a la falúa— que el cielo os ilumine en vuestros pasos.

—¡Él se digne oír vuestros votos, virtuoso hermano mío...!

—Que os veamos por acá muy pronto —repuso con sagacidad, al ver que los otros pasajeros prestaban atención a nuestro diálogo.

—Así sea —le contesté después de haberle comprendido.

—Pero que os veamos bueno... y sano...

—¡Amén...!

La falúa desapareció entre las sombras de la noche que ya habían comenzado a descender; media hora más nos hicimos a la mar, por cuya superficie resbalábamos cada uno de nosotros con su remordimiento o su esperanza hasta que tú, Morgan, nos apresaste de improviso. Ya conoces la historia de mi vida en su parte semi-religiosa: ya sabes que yo no estoy divorciado con el mundo por obra del juramento; ya sabes, en fin, que en la Saona puedo trocar el hábito por la camiseta, y poseer el cariño de Isabela desde el momento en que Tuizlo deje de existir. Pero a nadie digas, por Dios, quién soy verdaderamente: a bordo han tenido lugar algunas escenas que me hubieran comprometido a no ser por este traje.

Calló el falso religioso, y esperó que los labios de Morgan se entreabrieran, como se prometía, celebrando su expedición para optar al cariño de Isabela; mas el pirata estaba horrorizado acaso por la primera vez de su vida con lo que acababa de escuchar, y en el egoísmo natural del hombre se olvidaba de las exigencias del hipócrita para pensar en las de su conciencia propia. Su pensamiento como el relámpago, voló por los espa-

cios del pasado; y al ver lágrimas y sangre, y al oír sollozo y estertores, se estremeció. Aquella historia, en la esencia menos horrible que la suya, fue para Morgan como un aviso del Señor.

El farsante comprendió que algo estupendo pasaba en el alma del pirata y se apresuró a distraerlo.

—Y bien, querido Morgan —le dijo frotándose las manos— ¿no te alegras de saber quién soy?

—¡Quién sois! ¿Acaso me habéis dicho vuestro nombre?

Y Morgan sonrió.

—¡Ah! Tienes razón: para los otros seré siempre el padre Carlos, para ti Cayetano.

—¿Y qué quieres que te diga, amigo Cayetano?

—¡Bravo! —Exclamó aquel con regocijo— esa confianza es la más expresiva garantía de mis propósitos. Nosotros, Morgan, concluiremos por entendernos y ser lo que se llama unos buenos camaradas.

El pirata ahogó una blasfemia en mitad de la garganta, mientras su mano derecha bajaba con disimulo a posarse de nuevo sobre la caña del timón, después de abandonar el mango del cuchillo que ocultaba en su cintura.

—Seremos lo que gustes —respondió a Cayetano sin mirarle— mas retírese por ahora, que el padre de Isabela nos observa.

—Bien, amigo mío; pero volveremos a conferenciar sobre los medios conducentes a impedir que su hermosa hija sea presa del salvaje.

—Sin duda... ambos lo impediremos... ahora puedes retirarte.

—¡Pues... ésta es mi mano!

—Y esta la mía —repuso Morgan con disgusto al enlazar su diestra con la de Cayetano.

—Adiós, mi querido piratillo —dijo con truhanería al ausentarse.

—Adiós... fray Carlos —le contestó Morgan distraído.

Fray Carlos o Cayetano se volvió no bien había andado doce pasos, y dejando rodar sobre sus labios la más feroz de las sonrisas murmuró estas palabras en qu ese revelaba toda su ira:

—¡Alerta, señor pirata! ¡Me habéis obligado a revelaros lo que sólo Dios y yo deberíamos saber...! ¡Alerta os digo...! ¡Porque ese secreto ha de volver a mí, aun a precio de vuestra sangre, tan luego como hayáis servido de instrumento a mi venganza...!

Dicho esto echó la capucha sobre su cabeza y fue a recostarse junto al palo mayor, sirviéndole de almohada un rollo de lona que se empleaba como toldo durante las horas del medio día.

Hay un efecto delicado que brota en el corazón de los mortales con la presteza del relámpago y se radica en él hasta tomar las gigantescas proporciones de la amistad o del amor. En efecto: si la mujer es quien despierta ese sentimiento que como tantos otros reposa hasta su día, inalterable bajo el velo del olvido, necesariamente se dilata y esponja a manera de las plantas con la humedad saludable de la noche, y cual ellas ofrece agradecida a la aurora sus frutos y sus flores —el alma brinda a la mujer, que es la aurora de todas sus esperanzas, un mundo de pasión y de ternura que siempre termina con la muerte precedido de hechizos o, acaso de pesares. Una mirada sin estudio basta a inflamarle, y una ocasión favorable le desarrolla o una contrariedad le debilita; pero nada de este mundo le arrebata a su cuna ni le distrae de su adhesión semi-divina que generalmente declina en el amor.

Si es el hombre el principio de este afecto, el alma que le concibe se recrea en la glorificación de aquel, y pregona con orgullo las calidades y los triunfos que le adornan lo cual si recayesen en un ser de su linaje, mientras por el camino de los hechos más señalados se dirige a merecer las deferencias de una amistad íntima y eterna.

Ese afecto, pues, que nos aproxima recíprocamente sin estudio, que nos obliga sin diferencia de sexos y sin exigir costosas pruebas, es lo que el mundo llama *simpatía*, nombre, si se quiere vago, nombre espúreo, por cuanto anda como fuera del círculo en donde giran todas las grandes pasiones; pero significativo sin embargo, pero verdadero, leal y generoso.

No se puede decir que Morgan, espanto del litoral de La Española, hubiese entregado su ánimo al miedo cuando abordó el bergantín y se dio con Tuizlo dispuesto a sepultar una bala en sus pulmones; pues además de que también su mano requería una pistola, más de una vez había hecho frente a la muerte desarmado a efecto de su valor extraordinario y del arrojo propio entre hombres de su profesión. El hecho de entrar en convenios de paz con el resuelto joven tuvo su origen en ese afecto purísimo, en esa simpatía profunda que ora nace de la admira-

ción de lo bello, ora del denuedo, y lo que es más común del infortunio; Morgan había simpatizado con Tuizlo: fácil será deducir con cuánta indignación oiría las proposiciones del relajado Cayetano, las cuales a la vez de conspirar contra la vida de un hombre noble y generoso, le repugnaron altamente, porque el pirata no era un asesino; y si era verdad que muchas veces su mano se había humedecido en la sangre del desapercibido navegante, no era menos cierto que eso siempre tuvo lugar a efecto de la lucha en que aventuraba el mismo tesoro que su víctima.

El piloto había participado de todo el diálogo sostenido por el supuesto fraile y el pirata, quienes en la preocupación de sus diversos propósitos le creyeron sujeto al imperio de un sueño profundísimo, y no tuvieron reparo en comunicarse libremente. Mas Sotero (este era su nombre) se había impuesto de todo, según queda dicho, desde su dormitorio de popa, habiendo tenido la precaución de exhalar de vez en cuando algún gemido, o de murmurar palabras inconexas, o de revolverse con el embarazado movimiento de una voluntad inactiva, para no despertar sospechas en aquellos dos hombres, ambos al parecer enemigos de otro a quien él debía la vida, y poder contrariarles la consumación de sus acuerdos.

Sotero siguió a lo largo con sus ojos el bulto del dominico, y así como se le desvanecía a efecto de las sombras que las velas proyectaban sobre la cubierta, comenzó a desperezarse concluyendo por levantarse y dirigirse al lado del pirata. Este le miró con recelo al principio, si no creyendo que le hubiese oído, a lo menos como un hombre enojado contra él que apresándole le arrebataba a un tiempo libertad y porvenir: mas el piloto había dejado de pensar en sí mismo por aquellos momentos para ocuparse únicamente de salvar a Tuizlo, y en su rostro se pintaba la franqueza.

—Buena noche, camarada —dijo el pirata con una sencillez calculada.

—¡Ola! —Le respondió aquel— ¿ahí estabas tú?

—Precisamente.

—¿Y qué tal? ¿Has dormido bien, eh?

—No señor; he dormido muy mal...

—¡Ya..! La cama no debe de ser muy blanda que digamos.

—La cama es la que cumple al marinero...

—Entonces...

—Es, señor Morgan, que he tenido malos sueños...

El pirata volvió a mirarle algo sorprendido.

—¿Malos sueños...? —Repitió en tono interrogante— ¿Y qué tenían de malos los sueños? A nadie he herido, ni aun amenazado desde que subí a esta nave, para que un espectro o un puñal suspendido sobre la cabeza de la víctima hayan hecho su sueño trabajoso.

—En efecto —repuso Sotero— a ninguno de nosotros habéis herido todavía...

—¿Y bien...?

—Pero como podéis herir mañana...

—Tranquilízate, buen hombre: mi acero no se teñirá en la sangre de los cautivos.

—¿Que no...?

—¡Que no...!

Miróle a su vez Sotero con un asombro indefinible, no sabiendo pensar si el pirata hacía traición a la conciencia, o si realmente había resuelto rechazar con nobleza las tentaciones puestas hacía poco en juego para reflejar en ella un crimen; luego dijo:

—A fe de Sotero, señor Morgan, que vuestras palabras rectifican las mías.

—Explícate.

—Dije antes que había tenido malos sueños: pues bien, lo que tuve o más bien padecí no fue otra cosa que una horrenda pesadilla... En ella vi que un joven valeroso salvó la vida a un anciano, y que el anciano, dominado de la pasión ardiente que acariciaba por la amante de su salvador, imaginó asesinarle...

—¡Bah! La fantasía tiene sus extravagancias, señor Sotero.

—Tal vez, señor Morgan... pero casi pudiera aseguraros que esa extravagancia nada tuvo de común con mi fantasía.

—Pues entonces, ¿cómo llamaremos a tu pesadilla?

—Si queréis —repuso a media voz el piloto— llamadla la extravagancia de la realidad...

—¡Cómo! —Exclamó con alarma el pirata, mientras acercando su rostro al de Sotero parecía querer adivinar una verdad antes que oírla.

—Decid que un pacto horrible —continuó pensando Sotero— un propósito repugnante a los ojos de Dios y de los hombres,

hecho aquí hace un momento y afortunadamente escuchado por mí, es uno de esos delirios que padece el cerebro, y si os parece poco, añadid que el mío además está excitado por el vapor del aguardiente: decidlo, que yo siempre creeré lo que debo creer, y haré lo que cumple a un hombre humano, aunque de mar.

Esta última respuesta de Sotero hizo comprender hasta la evidencia a Morgan que ya no era posible ni tiempo de emplear el disimulo. El piloto lo había oído todo y al parecer estaba resuelto a contrariar la intriga; mas el pirata quería conquistarle no para hacerle variar de una idea que él también acariciaba, sino para ponerse ambos de acuerdo a fin de que no se errara el golpe por razón de una imprudencia.

—Sotero —le dijo con cariñosa confianza— veo bien que amas a Tuizlo como yo, sin conocerlo.

—¿Vos, Morgan? ¿Decís que vos le amáis?

—Le amo ya poco menos que a mi hija.

—Y sin embargo —repuso el piloto— no hace mucho...

—En efecto: ahora mismo he estado tratando de su muerte; pero así era necesario para comprender la extensión del peligro que le cerca y combatirlo con acierto. El padre Carlos ha jurado en el fondo de su corazón la muerte de nuestro joven amigo, encubriendo unos celos mal fundados, con el ridículo deber de castigarle por ingrato hacia don Ricardo, y de impedir que un idólatra inicie en las delicias del amor al alma pura de Isabela. ¡Llama ingrato a Tuizlo, porque mancebo hermoso y libre ama a la hija de su patrono, que tal vez ha preparado calculadamente el desarrollo de esa misma inclinación... ¿Qué ingratitud mayor que la del poseído religioso?

—¡Cabal, amigo Morgan! —Exclamó Sotero afirmativamente.

—A no ser por el denuedo de Tuizlo que nos detuvo a mí y a mis compañeros en la hora de la fiesta, ninguno de vosotros los de popa hubiera escapado de la cuchilla. Así lo comprendieron don Ricardo y su hija cuando apenas arrojé mi pistola se llegaron a estrechar el pecho y la mano del mancebo; así lo comprendió también el padre Carlos cuando se arrastraba a sus pies como un reptil murmurando estas palabras: —"Perdona, Tuizlo".

—¡Ah! ¿Conque le oísteis?

—Seguramente; y por tales preguntas adiviné que algo de temerario había pasado antes respecto del fraile para con el

joven. Así, pues a pesar de los arteros recursos que ha empleado con el fin de seducirme a cometer el asesinato de su libertador, a pesar de presentarlo a mis ojos como un villano que trata de robar la honra de don Ricardo y la salvación a Isabela, no ha logrado otra cosa que excitar mi cólera, y juro que a no ser un sacerdote le hubiera sepultado en el pecho mi puñal.

Calló un momento para estudiar el efecto que sus palabras producían en el ánimo de Sotero; mas éste, levantando los ojos a la luna, cuyos últimos vislumbres se exhalaban entre los rayos vivísimos del alba, tomó la palabra para decir con refinada malicia:

—Sigo, pues, señor Morgan, la historia de mi pesadilla. El anciano que meditaba asesinar al mancebo pasaba por un bendito religioso; pero apremiado por el que pretendía hacer cómplice del crimen confesó no ser esencialmente otra cosa que un soldado.

—Bien, Sotero —dijo el pirata— con resolución veo que estás en su secreto; mas también sabrás que le prometí no descubrirlo.

—Yo no soy vos...

—Sin embargo, creería que te lo revelé.

—¡Señor Morgan! No merece consideración alguna el hombre que a nadie considera; yo soy franco: si se viene a mano digo redondamente que el fraile es un desertor.

—Silencio, por Dios...

—Y que su nombre es Cayetano...

—¡Buen modo, por cierto, de castigar su ingratitud para con el hombre a quien debéis todos la vida!

—Es que si fuere preciso, señor Morgan, le ahogaré entre estas manos que son como dos anillos de hierro.

Y las contrajo con furor haciendo resonar hasta la última de sus coyunturas.

—¿Es decir que amas de veras a Tuizlo...?

—Sí señor: le amo, y no le acecho después de merecerle el bien inapreciable de la vida y de esperar en su promesa el rescate de mi libertad. Mi amor, por esta parte, es la obra de gratitud. Pero le amo también como a un joven cuyo pecho ocupan sentimientos generosos: le amo porque al parecer desdichado sufre con heroísmo su infortunio; y esta razón, unida a la anterior, me imponen el deber de defenderle aun a costa de mi pro-

pia vida, porque yo os lo dije, señor Morgan, aunque hombre de mar, soy humano.

—Bien, Sotero.

—El señor Cayetano puede ver cómo se las maneja, si no es que quiere morir sin calentura.

—Siempre sería mejor no cometer una imprudencia, quizás funesta a la salvación de Tuizlo. Este puñal será más certero que las manos.

Y quitándose de la cintura una finísima hoja la entregó al piloto.

—Pero te advierto —continuó— que no has de vibrarlo sobre el pecho de ese impostor hasta que avance siquiera un solo paso en el camino de los hechos.

—Gracias, señor Morgan —dijo Sotero guardando el arma— y en cuanto a vuestra orden seréis obedecido, reservándome el derecho de espiarle.

—Sea, principalmente desde el punto en que toquemos a la Saona; porque pudiera ganarse algunos hombres de los que hoy me sirven y formarse un gran partido.

—Descuidad, capitán.

—Y que nada sepa Tuizlo hasta entonces.

—Así lo haré.

Dicho esto, Morgan hizo una seña a Sotero para que se desviara, lo que verificó aquel tarareando una canción en extremo significativa.

El día perfilaba enteramente los contornos del mundo, dejando entrever hacia popa y como desvanecidas las costas apartadas de La Española y a proa las playas ya inmediatas y los cantiles de la Saona.

Don Ricardo e Isabela se levantaron de sus mal mullidos lechos y vinieron a saludar el día cerca de Morgan, mientras Sotero, echando pestes contra el cocinero porque aun no había prendido lumbre, se disponía a hacerlo por sí mismo en el deseo de tomar una taza de café.

Cuando Tuizlo se separó de su amada después de sus primeras explicaciones amorosas, fue a sentarse sobre el tangón de la redonda, a proa, ebrio de pasión y de alegría. Para su alma se habían abierto aquella noche las puertas del paraíso; y los delirios de una imaginación volcánica fundida entre los Trópicos,

que despierta llena de lozanía y de vigor a las emociones de un amor sublime, poblaban, por decirlo así, los instantes de su existencia, aquellos instantes que rápidos volaban al vacío entre el sonoro canto de las olas. Hermoso como el Apolo de Belvedere, Tuizlo parecía más que un ser humano un genio del Olimpo: la soledad misma que le rodeaba contribuía a darle una apariencia semi-divina, haciendo recordar esas figuras colosales que se veían en los senadores de la antigua Grecia y que se veneraban como inspiraciones sagradas de sus genios. Para comprender de una vez lo que era Tuizlo baste saber que este nombre significaba en su idioma *Flor única* (Tuit-thilo) y que sólo se daba en las familias a las más lindas de las hembras.

Sentado conforme queda dicho, en aquel extremo de la nave, se gozaba en recordar las palabras de Isabela, sobre todo las que de una manera irrevocable, con un acento enfático y divino le aseguraban su amor hasta la muerte; acabando por sumergirse en una especie de éxtasis, salpicado de melancolía y de esperanzas, de lágrimas, de dulces, suavísimos, languidos suspiros.

Hay situaciones inexplicables: su importancia verdadera no admite una fuerza de expresión o colorido suficiente a describirlas, y pasados los momentos que las contemplan, sólo queda a la inteligencia la habilidad de concebirlas.

El amor, que no ha rodado todavía del alma o del espíritu para rebotar sobre el cuerpo o la materia, es frecuentemente el principio de esas misteriosas situaciones. No habiendo prostitución, el amor se presentaba en el iris de la vida como un rito, como una virtud; y todo lo que procede de una creencia sublime o un sentimiento elevado tiene un carácter no menos imponente que grandioso.

Tuizlo amaba a Isabela aun más de lo que amaba la vida: hallaba en ella cuanto hay de poético y encantador como mujer, cuanto hay de interesante bajo el punto de vista en que lo bello coloca generalmente a los sentidos; pero al mismo tiempo la veneraba desde el fondo de su corazón como un espíritu aureolado de bondad y de pureza, como un ángel capaz de replegar sus alas y de morir al primer contacto de las miserias de la vida humana. He aquí, pues, la razón de aquel profundo éxtasis, en que si esperaba por una parte saludar días de felicidad, —principio de sus lágrimas— por otra dudada de ella misma

estableciendo desventajosas diferencias; ¡y entonces la melancolía que le devoraba, y la desconfianza y el suspiro...!

Un incidente de todo punto extraño a las ilusiones e inquietudes que acabamos de trazar, vino a distraerle de la situación embarazosa a que le habían conducido, si bien es cierto que de una manera nada lisonjera.

Al separarse el supuesto sacerdote del pirata se echó, como queda dicho, sobre un bulto de lona tal vez con el objeto de dormir; pero los celos por una parte, seguro ya del amor de Isabela a Tuizlo, y por otra el calor de las venganzas que contra estos mismos y contra Morgan calcinaba por decirlo así hasta la más húmeda fibra de su alma, fueron motivos poderosos para que el sueño huyese de sus párpados dejándole entregado a la acción de sus bastardos sentimientos. Sus ojos, como los ojos de la hiena a quien irritan en la jaula, espiaban desde el escondrijo de lonas los movimientos que hacían Morgan y el piloto durante la conversación, el reposo de don Ricardo, de quien comenzaba a desconfiar, la inocente confianza de Isabela y la actitud meditabunda del joven indio cuya figura se destacaba majestuosamente al extremo delantero de la nave como los ángeles salvadores de las vírgenes escapadas al vicio en Sobein.

Pero Cayetano llegó a cansarse de la inacción en que le mantenía aquella especie de espionaje a que voluntariamente se había sometido. Necesitaba explotar las intenciones de todos y cada uno de los seres que podían contrariar su impuro amor, y concebir después el plan mejor de derrotarlos: de Morgan estaba ya seguro, puesto que se había comprometido a secundarle con la muerte de Tuizlo. Le faltaba ganarse al piloto, en quien descubría por este algunas afecciones; pero después de haberle visto conferenciar con el pirata de una manera misteriosa, comenzó a dudar de la palabra del uno, y a perder las esperanzas de conquistar al otro. Su indignación entonces se salió de madre, y levantándose con todo el desconcierto que ella sola sabe producir se encaminó a la proa resuelto a poner en juego una horrenda intriga.

El joven indio se estremeció desde su solitario apartamiento al ver que el sacerdote avanzaba a él y se preparó a una catástrofe. Ningún objeto podía guiarle si no era el de provocar explicaciones respecto a su amor por Isabela, y se dispuso a

repulsarlas con energía, aunque para ello fuese preciso la irreverencia y el escándalo. Pero su rival no le dio tiempo a ordenar el empleo de esos medios violentos: al acercarse la risa de la benevolencia resbalaba sobre sus labios, y el joven llegó a avergonzarse de la ligereza y susceptibilidad con que le había juzgado. ¡Cuán expuestas están siempre las almas generosas a ser víctimas de la maldad y de la astucia!

El sacerdote, pues, miró un momento a Tuizlo.

—Me parece —le dijo con acento cariñoso— que os halláis muy bien en esta soledad: la melancolía es el elemento en que se columpiaban los espíritus apasionados, y nada es más melancólico que el mar medio envuelto todavía entre las sombras de la noche. Sus mismos rugidos postran en vez de despertar...

—En efecto —contestó el joven con algún embarazo.

—Pero me atrevería a asegurar que esos espíritus sacudirían a pesar de su pasión los lazos que pretenden embargarlos, desde el momento en que supieran cómo a espaldas de esa melancolía se agrupa una tempestad. La vida es más hermosa que toda la poesía de las imaginaciones juveniles exaltadas por el silencio y el retiro... y antes que dejarse postrar conviene que despierten...

—No comprendo, padre, el espíritu de vuestro discurso, aunque en él habláis de tempestades.

Tuizlo al aventurar estas palabras estaba visiblemente agitado: el hombre que le hablaba era su rival, y no podía explicarse el lenguaje que empleaba con la cólera en que debía rebosar su pecho.

—Eso depende, hijo mío, de mi afición al empleo de la parábola, aunque en verdad lo que llevo dicho no participa tanto de sus propiedades como para que dejes de comprenderme, si no lo tienes por enojo.

—Es verdad; pero os agradecería que fueseis menos figurado, si es que pensáis proseguir comunicando conmigo.

—Enhorabuena, hijo mío; y para iniciar un estilo claro y campanudo, empezaré por decirte que sin razón te has declarado mi enemigo.

—Os habéis adelantado a tocar una cuestión en que os llevo todas las ventajas, y de las que por dignidad no debísteis pretender nunca despojarme. Nada os he hecho, señor, nada os he

quitado: antes bien, si vuestro corazón palpita ahora, tengo el gusto de recordaros que a mí lo debe, sin que esto sea parte a envanecerme.

—Tu valor, Tuizlo, sólo iguala a tu nobleza...

Y diciendo así el dominico sentía que el sudor aljofaraba su frente helada como la frente de los muertos. Aquel recuerdo de un favor inapreciable en un pecho agradecido, era un proyectil disparado contra la venganza horrible que recataba el suyo. Imposible hubiera sido a Cayetano añadir una sola palabra a su respuesta: la vergüenza y la indignación le sofocaban.

Tuizlo continuó sin escucharle:

—Y por último, señor, vais a recuperar vuestra libertad por la promesa que hice a Morgan de entregarle los tesoros de mi padre. Vos, sin embargo, me habéis querido rebajar en la estimación de don Ricardo y de su hija, llamándome esclavo, por más cierto que estáis de que vivo a la sombra de ellos porque así cumple a nuestras respectivas voluntades... No digo lo más que habéis querido, porque en medio de todo os considero lo bastante para excusaros del rubor. Meditadlo, padre: habéis sido conmigo muy injusto.

—Tal vez; pero... el presente puede compensar ese pasado.

—¡Padre! La ingratitud y la perfidia no admiten compensaciones: son dardos que abren heridas muy profundas, y yo no creo que haya bálsamo capaz de bajar hasta su fondo.

Un rugido de frenesí se levantó en el pecho del sacerdote y murió cautelosamente en la garganta: si hubiera llegado a abrirse paso por aquellos labios, que una fuerza nerviosa había reunido, sin duda restalla con estrépito en los lejanos horizontes. Un momento de silencio hubo menester para que se repusiera, porque para el logro de su objeto era necesario encadenar sus pasiones y responder sin escucharlas.

—Pero advierte, Tuizlo, que apenas me calificas de injusto cuando de injusto te acreditas.

—No sé cómo, señor.

—Precisamente llamándome ingrato cuando vengo a pagarte mi deuda de vida con la salvación de la tuya; cuando en vez de ser pérfido vengo a traicionar un acuerdo horrible en que tú debes ser la víctima, cuando en fin, vengo haciendo frente a tu despecho, para despertarte de la somnolencia que te postra y compensar con el presente lo pasado.

—¿Vos, padre?

—Yo, Tuizlo.

Y un rayo de gozo iluminó su rostro.

—Permitidme, señor, que os suponga bajo la influencia del sonambulismo, y pase inmediatamente a creer que habéis venido sin voluntad a delataros. No sé quién, fuera de vos, me quiera sacrificar a sus venganzas; porque a nadie he causado en la navegación ni en parte alguna la más ligera pesadumbre.

—Entonces ignoras que la inocencia sucumbe a veces bajo los golpes de una mano que dirige el despecho, al ver que aquella brilla con una luz agradable a los ojos del Señor.

—Por lo menos, dudo que el Señor lo consienta.

—Sin embargo, hijo mío, nada es tan frecuente por desgracia.

—¿Es decir, que vos, irritado sin razón porque Isabela me ama, queréis sacrificarme; y después de ordenar vuestros villanos medios venís a prevenirme para gozaros en mi sorpresa o forzarme a rescatar mi vida con una renuncia favorable a vuestras insolentes esperanzas? Podéis, señor, descargar el golpe cuanto antes, porque...

—No me insultes, Tuizlo, sirviéndote para ello de suposiciones tan horribles. Si es verdad que al principio me pronuncié contra las esperanzas de tu alma respecto a Isabela, dando margen a que, como acabas de indicarlo sospecharas que vertían sus fuegos en la mía, te juro solemnemente que tu lenguaje y tu denuedo han rectificado mis ideas, de tal modo que si entonces me pronunciaba en tu daño hoy me pronuncio todo en tu favor. La pasión que te arrastra hacia Isabela se presentó a mis ojos como el capricho puro de un salvaje, como el instinto de la sensualidad despertado en el silencio y estimulado por el despotismo de la juventud; y resuelto estaba a revelarla hoy a don Ricardo, porque de ella solo me proponía vergüenza para su honor, cuando no desastres. Hasta aquí me impulsaban la amistad y el celo que por la virtud combatida recomienda tanto el Señor a sus ministros. Pero luego supe cuál es tu origen, cuáles son tus principios, y que esa virtud tiene un altar en el fondo de tu pecho; vi además que en su defensa ibas a sacrificar tu propia vida cuando intimastes al pirata la orden de retirar sus compañeros ya prontos a caer como leopardos sobre Isabela y sobre los más que te debemos hoy el ser... Créeme, Tuizlo: mis temo-

res se han desvanecido al soplo de una confianza celestial; y el hombre en quien supones ideas de sacrificio, viene ahora como un ángel a salvarte del abismo que abren a tus plantas la ingratitud y le perfidia. Di, pues, que me encuentro bajo la influencia del sonambulismo, y que me vengo a delatar.

Tuizlo había recogido hasta la última palabra del astuto Cayetano con la avidez de aquel que las escucha en boca de un amigo que ofende, se arrepiente y satisface; pero no obstante ser ellas tan armoniosas y ajustadas al triunfo prometido, el joven creía entrever algo de siniestro en el mismo interés con que las articulaba aquel, y en la intención con que aspiraba a revestirlas. Por otra parte, la transición era demasiado súbita para ser ingenua: dos horas no habían pasado aun desde que el dominico estalló en una estrepitosa e insultante carcajada al escuchar los juramentos de Isabela, y ahora venía haciendo una nueva profesión de fe con promesa de un servicio distinguido. Pero las almas buenas son por naturaleza crédulas y fáciles de absolver los extravíos de las otras almas. Tuizlo vaciló al principio y concluyó por ver en Cayetano a un hombre, aunque violento en sus arrebatos, tal vez capaz de nobleza, puesto que venía a revelarle un gran peligro. Resolvió, pues, deponer en lo adelante para con él la severidad que había tomado por escudo.

—¿Y bien, hijo mío? —Repuso Cayetano viendo a Tuizlo pensativo y silencioso.

—Buscaba, señor, en mi conciencia la culpa que me hace digno del riesgo que decís.

—¿Y la has hallado?

—¡No, por Dios!

—Yo te la señalaré; ¡amas a Isabela!

—Y vos...

—Y yo he averiguado que por disputarte no ese amor, sino a Isabela misma amante o enemiga, se medita su muerte en la Saona.

—¡Oh! ¡Eso es horrible! —Exclamó rabioso el joven—: que yo muriera poco importa; pero forzar la voluntad de Isabela, exigirle que consagre a un estúpido sus votos...

—¡Al piloto, Tuizlo!

—¿Al piloto decís...?

—Óyeme. Hará media hora que Sotero hablaba con Morgan, después de haberse reconocido uno y otro, porque Sotero también ha sido jefe de piratas.

—¡Ah! —Pensó Tuizlo repasando su memoria— por eso a ninguno de nosotros avisó cuando se acercaba la chalupa...

—¡Por eso —agregó el astuto fraile— tampoco quiso procurarte las armas que le pedías...! Por eso se quedó inactivo a tus espaldas, mientras hacía frente a la muerte en su defensa...

—¿No hay dudas?¿Cómo supisteis que es pirata?

—Yo me había recostado debajo de la bota vara, buscando el sueño encima de unas lonas cuando oí que le decía: ya ves, Morgan, que he cumplido mi palabra: te he entregado el barco en la misma altura que marqué, y con él no sólo dinero en los baúles, sino un Caribe espléndido que te promete tesoros infinitos. Yo no quiero de ellos ni un coral, sino una moza que viene con nosotros y a quien quiero hacer mi esposa. Él la ama; pero en lo que va contigo a buscar el rescate prometido, hago que nos case el frailote que allí duerme, y a su regreso ya la hembra andará en mi barco pirateando, "o lo que es más seguro; le clavo este puñal en el pecho para que en ningún tiempo me estorbe; porque Tuizlo es valiente, y de un valiente todo se debe temer". Quedaron acordes Morgan y Sotero en este plan abominable, teniendo en seguida otra conversación. Entonces me levanté y vine a prevenirte.

—Os doy gracias, Padre, por vuestra solicitud, y os ruego que me excuséis por la dureza de mis tratamientos.

—Déjate de eso ahora, hijo mío, y pensemos sólo en evitar el golpe con que amenazan tu vida y la honra de Isabela, porque ese bárbaro no se casaría con ella como ha dicho. ¡Ah! La haría su concubina primero, y después la entregaría a sus brutales camaradas.

Tuizlo rechinó los dientes como rechina el mástil agitado por un viento borrascoso, es decir con estridor, mientras su pecho suspendido en forma de bóveda lanzaba y recogía velozmente el aire entre cien ásperos silbidos. Sus ojos brillaban como hoguera:

—Hablad, Padre mío —dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho— aconsejadme, o mejor dirigirme en este amargo trance, porque si obedezco únicamente a mis impulsos de ahora es seguro que arrojo sobre mi conciencia la mancha del delito. ¡Sí! ¡Nada tan posible como esconder el puñal con que se me amenaza en el pecho mis-

mo de su dueño y en el pecho de su cómplice! Cuando tenemos la certeza de morir desaparecen los recursos pasivos que se emplearon hasta entonces en la esperanza de salvar la vida, y la desesperación nos hace fuertes. Esos recursos serían inútiles en el presente caso, aun cuando mi dignidad se rebajara al extremo de admitirlos: sólo otro si en cualquiera de los dos queréis evitar mi perdición como infiero de vuestra espontánea confidencia.

—Sí lo haré, hijo mío; pero habrás de obedecerme en todo.

—Hablad.

—Primeramente evita el contacto de esos hombres: en su propósito entra como agente poderoso su amistad íntima contigo para escudados en ella alejar de sí más tarde la sospecha del delito. Excusa igualmente que te vean platicar con Isabela, porque de este modo irritas sin medida tus pasiones: yo la instruiré de lo que pasa para calmar sus inquietudes en cuanto a la aparente tibieza de tu amor y persuadirla de que ambos estamos a la defensiva contra los ataques que meditan tus contrarios. Llegados a la Saona partirás con Morgan a Samaná tan luego como él te lo recuerde.

—¿Y Sotero, Señor...?

—Sotero, Tuizlo, corre de mi cuenta...

—¡Imposible! ¡Oh! Sotero entonces vería llegado el momento favorable. Privada Isabela de mi apoyo por ausente, y del apoyo de su padre por anciano, sería violentamente arrastrada a vuestros pies por aquel monstruo y... vos... ¡Oh Padre! ¡Vos los casaríais!

—Me has prometido obedecerme y yo te he prometido que Sotero no realizará el pensamiento de su enlace. Sólo te corresponde ahora esperar y no argüir. Además, tu resistencia a partir a Samaná sería una retractación de la palabra empeñada, que no perdonaría Morgan fácilmente; y esa palabra, Tuizlo, es si la retiras, la sentencia de muerte de Isabela y de todos nosotros juntos, porque... recuérdalo, ella simboliza nuestra redención común.

—¡Es cierto...! —Murmuró el mancebo con dolorosa amargura—: el oro que les he prometido suspendió en el aire sus puñales.

—Y bien: ¡si faltas a esa promesa bajarán cortando el aire hasta sepultarse en nuestros pechos!

—¡Jamás! —Exclamó Tuizlo con firmeza—; yo partiré, Señor, en pos de las riquezas que Morgan aguarda de mi mano, y vos

quedaréis siendo el ángel custodio de Isabela, en todo el tiempo que durase mi partida y mi regreso. Pero escuchadme, Padre mío: si la salváis, como decís, podéis salvarla mediante mi docilidad, a la vergüenza de ese impuro desposorio, y me salváis también a los efectos de la locura a que él me arrastraría; mis riquezas son inagotables: os diera, señor, una piragua cargada del purísimo oro del Bonao y otra de las esmeraldas que ruedan de la cumbre a la base del Maimón. Mas... si me engañais abusando de la confianza con que a vos me entrego... si aprovechando los días de mi ausencia desarrolláis algún pensamiento hasta hoy hábilmente reprimido o en un despecho injustificable protegéis el de Sotero... ¡ah! Comenzad, señor, a pedir a Dios por vuestra alma, comenzad desde que os apartéis de mí a orar contrito y preparaos a recibir una muerte espantosa; porque no lo dudeis, ¡ella será el premio que alcanzarán en este mundo el amor impuro y la perfidia que me pierden...!

Tuizlo, en el calor o mejor dicho en el frenesí de su discurso, había levantado la voz con las últimas palabras como si nadie más que el sacerdote pudiese haberle oído; pero ambos se estremecieron al notar que de popa se levantaba otra igualmente cantando esta estrofa con un aire melancólico:

Tiene a veces de la noche,
Entre el silencio y la calma
Presentimientos el alma
Que avisos del cielo son.

—¡Tuizlo! —Se apresuró a contestar Cayetano, para que el joven no escuchase o más bien no retuviese lo que había oído— ¡Tuizlo, esas sospechas son tanto más temerarias, cuanto que a tener fundamento no hubiera yo provocado nuestras explicaciones anteriores!

—¡Bien, señor! Guardadlas en vuestro pecho con el carácter que os agrade, como yo guardaré en el mío las revelaciones del océano.

—Nada tiene de común con nosotros ese canto; el marinero canta como el pájaro, sin intención en la melodía que se escapa a su garganta.

—Yo descubro a Dios en todo.

—Pero las almas corrompidas no alcanzan nunca ni el más leve soplo de gracia, mientras no se purifican.

—El que ha cantado tiene entonces un alma pura, porque Dios ha hablado en ella.

—Concluyamos, hijo mío —dijo Cayetano temiendo ya el total desconcierto de su obra— he ahí la Saona, ¡he ahí el tabernáculo pronto al sacrificio de Isabela! ¡Una palabra, y el lobo ofrecerá en vez del cordero su garganta...!

—Os he dicho ya, señor, que acepto vuestro servicio y os he señalado para cada uno un galardón... ¡Nada más...!

—¡Sea, Tuizlo! ¡A Dios encomiendo el éxito de esta empresa que tan mal te dispones a pagarme...!

—¡Él os ilumine!

El fraile se encaminó a su lugar de antes con paso mesurado, como acostumbran los verdaderos y humildes siervos del Señor. —¡Ya es mío!— exclamaba con júbilo infantil— ¡ya somos dos contra dos en la palestra! ¡Ah, señor coplero! ¡Qué poco habéis logrado con vuestro ardid por otra parte ingenioso y oportuno! ¡Qué tarde llegaron por desgracia esos avisos vuestros, que ajustais al cielo, para el alma deslumbrada de un amante niño!

La misma voz de antes concluyó la estrofa de este modo:

Avisos que nunca llegan
En mal hora por fortuna,
Que rompen una por una
Las tramas de la traición.

—¡Eso lo veremos, miserable! —Gritó furioso Cayetano.

Su voz corrió por la cubierta sin que nadie hiciera alto de ella, y siguió a perderse ya sin timbre en la tendida inmensidad. Pero al mismo tiempo de exhalar aquella amenazante exclamación, sintió frío, su mirada se nubló, y sus labios temblaron como las hojas en el árbol: es decir, que toda su osadía desapareció al oír cuán proféticamente le anunciaban la derrota de este último cuadro de su intriga. Por un movimiento natural sepultó la mano derecha en la manga del brazo izquierdo, buscando el rosario para rezar sin duda un tercio: no se acordaba que le había reventado en un rapto de furor al recibir una sátira de

Tuizlo; pero retiró la diestra con espanto como si introduciéndola en el fondo de una cueva hubiese tocado a la cabeza del ponzoñoso reptil que en ella se hospedara. A pesar de la rapidez del movimiento volvió a pasear una mirada en derredor para asegurarse de que nadie le había observado: ¿qué era, pues, lo que contenía aquella manga? Tal vez más adelante lo sepamos: por ahora basta con saber que en aquellos instantes el sol empezaba a suspenderse sobre la corona fosforecente de las olas entre un grupo lindísimo de nubes.

Los primeros rayos del astro de la vida vinieron a proyectarse oblicuamente sobre la cubierta del *brik*, a un cable poco más o menos de la poética isla Saona, cuya vegetación lozana le daba todo el aspecto de un jardín colocado en el centro de los mares. Hacia el Oeste, y siguiendo la tierra después de una muy larga cortadura, se divisaba una playa cubierta de menuda y blanca arena por la cual discurrían repartidos en caravanas innumerables flamencos. Estos pájaros que mejor deberían llamarse aves, tienen la costumbre de repartirse dejando siempre a uno que hace de vigía mientras los otros se aproximan a la playa, y merced a unas piernas larguísimas entran en el líquido elemento en persecución de los desapercibidos pececillos; pero en el acto de descubrirse un ser que no sea de la familia el vigilante lanza un grito, y todos al escucharle corren agitando las alas barnizadas de escarlata hasta sepultarse en lo más apretado de los montes. Esto fue precisamente lo que sucedió al acercarse el *brik* a la costa con el velamen desplegado a la brisa, y lo que dio lugar a otro espectáculo distinto.

Los pasajeros estaban consagrados en un grupo a la contemplación de aquella maniobra ejecutada por los flamencos en el ingenioso ardid que les sugería el natural instinto de la salvación; pero los gritos preventivos que habían lanzado aquellos retumbaron a través de las montañas y pronto varió la escena; apareciendo una mujer de alta estatura a que seguían como hasta ocho hombres vestidos con las mismas ropas que el pirata y sus satélites.

Don Ricardo miró con horror aquella figura colosal y luego a su hermosa hija: un pensamiento terrible había cruzado por su mente abriéndole en el alma al mismo tiempo un raudal copioso de amargura.

Morgan sonrió con una mezcla de amor y pesadumbre, con esa sonrisa que a veces vale por toda una narración, mientras en sus ojos destellaba un rayo tibio de alegría. Don Ricardo, que le observaba con la inquietud más viva y más profunda, tradujo esa sonrisa por el fallo que derribaba un ídolo, y no pudiéndose contener le dijo:

—Hacéis mal, señor Morgan, en insultar con vuestra sonrisa la gracia de esa joven: creía yo que el corazón humano no gozaba al disponer en sigilo un torcedor; pero vos me lo demostráis en este instante y por Dios me causa pena, porque así me obligáis a retirar el juicio que de vos había formado.

—¿Sabéis don Ricardo, quién sea esa mujer, para la cual decís que preparo un torcedor?

El pirata hizo esta pregunta con una dignidad que a todos asombró.

—No a fe; mas presunto será una desventurada prisionera... que os ama... y a la que por un fatal deslumbramiento váis a desgarrar muy pronto el alma tanto como desgarrada está la mía...

—Os engañáis, don Ricardo, —repuso Morgan, que acababa de comprender la terrible significación de las palabras del anciano—: esa mujer que veis ahí, esperando nuestro desembarque, me ama como os ama a vos vuestra Isabela, y nada tiene que temer de mí.

—Entonces...

—¡Es mi hija! Mi hija Lidia.

—¡Lidia! —Exclamó el sacerdote afectando buen humor— ¡bonito nombre tiene vuestra hija, amigo Morgan!

—Bonito o feo —repuso Sotero con enfado— poco o nada debe importaros, padre mío: vuestro carácter os prohíbe determinar el valor de las mujeres, porque para ella habríais de mirarlas con despacio, y mirarlas así es inferirlas un agravio.

El fraile se mordió el labio superior mirando en seguida y furtivamente a Tuizlo; mas este estaba entregado a su habitual tristeza y nada pudo escuchar.

—Nadie os pregunta a vos cuáles sean las obligaciones y reservas que me impone mi carácter, al que osadamenta habéis faltado. Ved quién sois y quién soy yo, la distancia que media entre nosotros no es fácil que le salve un exabrupto sin provocar terribles consecuencias.

—¿Quién sois...? Un...

—¡Calla, Sotero! —Le gritó el pirata temiendo que hubiese cometido una imprudencia.

—¿Pues no tiene valor de...?

—¡Que calles digo! —repitió aquel con imperio al mismo tiempo que le fulminaba una mirada de inteligencia; mas antes que el piloto lo entendiera ya lo había traducido el astuto Cayetano. —No cabe duda— se decía interiormente: estos dos bergantes están de acuerdo para proteger a Tuizlo contra mis asechanzas, y aun para perderme, si es preciso... ¡Bah! ¿Y eso qué importa? ¡Ya tengo preparado el terreno, o mejor dicho tirada la semilla: no tardaré largo tiempo en recoger el fruto!

¿Qué pasaba entretanto en el alma apasionada de Isabela? ¿Qué ideas brotaban en su mente mientras sus ojos llenos de melancolía cuajaban una lágrima de fuego? ¿Qué pensaba aquella virgen del cambio súbito de Tuizlo, de la indiferencia con que hacía largo rato escuchaba sus suspiros? ¡Ah! No se necesitaba un grande esfuerzo de la razón para comprender los hondos sufrimientos que la atormentaban. En vano quiso suponer que Tuizlo estaba en lucha abierta con los celos, porque ella misma se respondía y se turbaba en otro mar de conjeturas no viendo quien pudiera a bordo despertarle esa agonía al alma hermosa de su amado. Pensó entonces que don Ricardo habría tenido con Tuizlo algunas explicaciones borrascosas a causa de sus querellas con el provocativo sacerdote; pero como este último lejos de revelar sentimiento buscaba a Tuizlo con los ojos, y como don Ricardo no se había apartado de ella un solo instante en el período de la noche también esta idea fue prontamente derrotada. ¿A qué, pues, atribuir tal desvío? A nada, porque ninguna de las causas que forjaba su irritada fantasía eran poderosas como para legitimarlo. Sin embargo, Tuizlo no procuraba ya a Isabela, y con la frente apoyada entre ambas manos sólo veía con delicia las olas que pasaban al costado de la nave, hermosas y cubiertas de una espuma sutilísima.

Llegados todos al punto en que para barcos grandes sirve de fondeadero la parte oeste de la Saona, y recogido el velamen del que ahora nos ocupa, se echó el bote al agua y en breves minutos estuvieron en tierra todos los pasajeros, siendo los últimos Morgan y el piloto. Pero este lloraba como un niño, cubriéndose

el rostro con el pañuelo que hasta entonces había mantenido atado a la cabeza. Al verle así todos le rodearon conmovidos.

—¿Qué aflige al buen Sotero, señor, Morgan? —preguntó don Ricardo, mientras abrazaba a su hija Isabela, que también vertía un mundo de lágrimas.

—Su llanto es justo, don Ricardo —contestó el pirata balbuceando—; ¡y el cielo sabe cuánto hubiera dado yo por evitarlo!

—Esa es, Sr. Morgan —dijo el fraile con intención maliciosa—, la más cumplida expresión de la buena amistad que le acordáis. Os felicito cordialmente por ello, y me prometo que jamás prostituireis tan generoso sentimiento, ya que por desgracia... no es común.

Iba a decir, desconocéis los otros; pero se encontró con los ojos del pirata que parecían desafiarle, y dio entonces a su idea un rumbo diferente.

—Pero en fin —repuso don Ricardo— sepamos de una vez por qué se aflige nuestro piloto.

—¿Os acordáis —contestó Morgan con extremada violencia— de aquel ruido sordo que anoche se oyó en el mar por trece veces?

—En efecto; y me acuerdo también —añadió don Ricardo— que os mostrásteis por ello algo afectado.

—Pues ese ruido lo causaban en las olas los cadáveres de trece hombres que más abajo de ellas encontraron su sepulcro...

—¿Qué decís? —Exclamaron en coro los aterrados pasajeros.

—La tripulación y el capitán de vuestra nave sucumbieron bajo el puñal de los míos... ¡Ved, pues, la causa del llanto de Sotero!

—¿Y permitisteis semejante asesinato —exclamó el fraile con énfasis religioso— sin pensar que hay un Dios en las alturas y que jamás absuelve al que levanta contra su hermano inocente la cuchilla?

—Yo no lo permití, ni hubiera podido permitirlo a estar cerca de ellos en aquel fatal momento, y agradeced mi ausencia del lugar del sacrificio, padre mío, porque a ser de otro modo ninguno de vosotros viviría. Que Dios niega su absolución a los que manchan sus manos con la sangre del inocente, es una verdad que conozco desde niño: yo la he vertido, pero lidiando. La muerte que brota en un combate en que armas y bríos se miden a la vez, no puede acosar la conciencia del que tiene la dicha de

vencer: queda ese torcedor sólo para el que durmiendo como despierto acaricia la idea del asesinato, en el delirio de ahogar una venganza sin origen y una pasión sin esperanzas.

Tuizlo, que no había perdido ni una sola palabra de esta enérgica respuesta, levantó los ojos para mirar a Morgan con asombro; no pudiéndose explicar esa lealtad de ideas en un hombre que una hora antes concertaba su muerte con Sotero según la revelación de Cayetano. El pirata comprendió algo de la sorpresa del mancebo y sonriéndole con dulzura continuó:

—A vos os toca, Padre mío, dirigir ruegos al Eterno por esas almas y por el perdón de los que en un momento infausto las mandaron a vagar por el vacío: a Sotero sentir, y a Morgan castigar.

Y volviéndose al grupo de piratas:

—¡Habéis faltado, como unos rebeldes, a la subordinación propia del verdadero *boucanier*! Habéis levantado la daga y, lo que es aún más imperdonable, habéis herido sin esperar conforme vuestro juramento a que mi labio os dijese "herid". ¡Ah! ¡Vuestra osadía no alcanza esta vez el galardón sino la pena y la vergüenza! Tendréis botín: os lo prometí, y yo nunca falto a mi palabra; pero lo tendréis no como recompensa de una hazaña, sino como alivio de un tormento. ¡Ea, camaradas!

Los piratas que vinieron de las montañas a recibirle se acercaron:

—Llevad esos rebeldes a la Caverna Sorda, junto al Manantial del Inglés, y que en su tenebroso seno se alumbre por un mes con los relámpagos que broten de sus grillos.

Los piratas desaparecieron sin articular una palabra.

—¡Señores! —Continuó diciendo Morgan a los pasajeros— vosotros aunque estáis en la Saona, que hasta ahora ha sido un presidio, nada tenéis que temer de mí ni de los míos. Podéis discurrir libremente del uno al otro extremo con entera libertad como si os hallaseis en vuestros dominios ciertos de que seréis siempre respetados. Vos, don Ricardo, os alojaréis con Isabela en aquella cabaña que se descubre a través del montecillo, donde mientras estuviereis aquí nada os faltará mediante la solicitud de Lidia, a quien os recomiendo. Vos, Padre, vivireis en la alcoba que está a la entrada de la Caverna Sorda, con eso podréis dar vuestros saludables consejos a aquellos desdicha-

dos; Sotero al barracón con mis amigos, y Tuizlo me acompañará en mi estancia hasta la hora de partir en busca del rescate.

Sin embargo de que en estas últimas palabras acompañó una mirada significativa que revelaba cuanto hay de afectuoso y de leal, Tuizlo se estremeció al comprender la distancia a que Morgan lo colocaba de Isabela y recordó todos los pormenores del horrible plan concertado con Sotero. Cayetano por su parte rebosaba en alegría: aquel orden no sólo cortaba las relaciones amorosas de los dos jóvenes, sino que era en su juicio el primer paso dado por Morgan para la consumación del sacrificio del alma de Tuizlo a que el del cuerpo seguiría inmediatamente, y ya se preparaba a otorgar al pirata una pública absolución de su pasado en recompensa de tan señalado servicio. Al ver su contento sonrió Sotero: ¡cuánto quiso decir esta sonrisa! pero Tuizlo, que no leía en su corazón, la tomó por un gozo prematuro de la muerte con que le amenazaba, y adelantándose hasta enfrentar con el pirata exclamó:

—Antes de obedecer vuestras órdenes, como débiles cautivos que ahora somos, permitidme, Morgan, que os pregunte si quien las dicta es el hombre o el bandido. Porque a la verdad, no comprendo qué idea os proponéis al separarnos, cuando debieráis suponer que seríamos más dichosos si pudiéramos llorar juntos nuestra suerte. La Saona, señor, está poblada de forajidos que no retroceden ante ninguna consideración: para ellos el pudor de una virgen y las canas de un anciano son muy débiles barreras, tratándose de satisfacer un antojo brutal... para ellos, que no vacilan ante el mismo crimen, son ridiculeces el llanto y la plegaria. Don Ricardo, Morgan, y su hermosa hija, no tienen sobre la tierra otro escudo que mi brazo... Separarnos, pues, vale tanto como entregarlos indefensos al ultraje.

—Nada temas, joven generoso —le respondió el pirata estrechándole la mano con cariño— para que don Ricardo y su hija sufrieran no una injuria, sino simplemente una irreverencia de mis vasallos, sería necesario que primero dejasen de existir Morgan y Lidia; y esto no puede acontecer mientras no se sumerja la Saona... Mis órdenes son las que convienen para prevenir cualquier abuso: obedecedlas todos.

Diciendo así partió acompañado de Tuizlo; desde la salida se suscitaron varias relaciones en el camino que le hicieron

conmoverse. La doncella y su padre siguieron en otra dirección contraria a la de Tuizlo; pero antecedidos de Lidia que, bella y altiva con su túnica talar de lino cuya blancura igualaba al jazmín, y su larga cabellera suelta al aire, parecía una hada penitente en aquellas silenciosas soledades. Cayetano tomó el sendero porque habían desaparecido los piratas en pos de la Caverna Sorda, mirando simultáneamente a los que en sentido opuesto siguieron al joven indio y la doncella; y ya iba a estallar en las exaltaciones de su bárbara alegría, cuando advirtió que se le aproximaba el piloto. La sangre quiso sofocarle agolpándose de súbito a su cabeza, convertida en una columna de llamas, porque Cayetano odiaba profundamente a Sotero, sobre todo desde que le censuró sus alabanzas a la hija del pirata; pero se contuvo en los límites de la ficción más refinada, afectando una mansedumbre edificante, cierto de que cualquier otro partido no serviría más que a precipitar los sucesos casi infalibles en el terreno de la duda. Muy al contrario, Sotero le miró con soberbia y palideció de rabia. La historia de fray Carlos se presentó toda entera ante su alma como un cuadro asqueroso y creyó un momento que aquella era la hora del castigo. Así solo entre los espesos *jaguales* que se levantaban en medio a la Saona, bien podían Sotero y Cayetano desahogar sus odios sin que nadie alcanzara a estorbarlos; pero el piloto, como antes el fraile, se contuvo no cediendo al instinto de la hipocresía, sino porque no estaba seguro de que el farsante tuviese armas, y atacarle habría sido cometer un cobarde asesinato.

—¡Amigo mío! —dijo aquél humildemente, entrando el primero por una estrecha serventía— a pesar de las órdenes de Morgan, creo que de vez en cuando vendréis a verme. La soledad a que vamos a vernos reducidos será mucho más horrible si en ella no tenemos siquiera el solaz de una dulce comunión.

Sonrió el piloto y afectando un aire distraído le dijo:

—Me parece, padrecito, que lejos de procurar distracciones debemos bendecir el aislamiento que al parecer tanto os disgusta. Ninguno de nosotros es santo... allá en lo que queda a espaldas de la vida debe asomar una liviandad o un crimen; pero supongamos que no sea más de una superchería...

—¡Una superchería! ¿Pues creéis que una superchería grava siquiera una impalpable huella en el campo de la vida? No, amigo Sotero: la chispa se evapora apenas resplandece.

—Sí, padrecito: esa es la chispa que se lanza al aire desde el seno de la hoguera.

—¿Y bien? Tales son esos pequeños extravíos que casi pueden llamarse inherencias de la juventud.

—Pero hay chispas que devoran... las malas acciones son chispas que crecen y... en fin, yo no entiendo ese modo de decir las cosas con rodeos. Lo que hay es que a ninguno de nosotros le faltará con quién hablar aunque no nos veamos en un siglo.

—¿Y con quién hablará a solas, amigo Sotero?

—¡Con su conciencia, padrecito!

—¡Con su conciencia! Es verdad... pero la Sagrada Escritura dice que sólo hablará con ella quien la tuviera manchada.

—Bien pudo añadir —"y el que medita mancharla".

—¿Luego creeis que algo de terrible se urde entre nosotros?

El miedo de oír una respuesta afirmativa escapándose a los labios del piloto, hizo que Cayetano se detuviera en su camino, como si la fatiga le abrumara; pero en realidad abandonado de las fuerzas, a punto de tener que apoyarse en el robusto tronco de una caya. Sotero, que como se ha dicho venía más atras, notó el efecto que en el ánimo de su compañero habían producido sus palabras, y no creyó oportuno correr enteramente la cortina, sobre todo sin conocimiento de Morgan, por lo que dijo mientras Cayetano se esforzaba en reponerse.

—No sé si será algo terrible, padrecito; pero una supercheria siempre es algo.

—¡Bah! —Repuso aquel respirando con franqueza y volviendo a tomar la marcha— os comprendo, amigo Sotero: algún golpe de mano preparado por Tuizlo contra el honor de don Ricardo.

—Tal vez —le contestó el piloto aprovechando el giro que se daba a sus ideas para explorar las del sagaz Cayetano.

—Siempre he creído —continuó éste— que al fin y a la postre la sierpe ha de morder al seno que la abriga. Don Ricardo ha visto sin embargo la afición de entrambos jóvenes con indiferencia: esperamos que del mismo modo vea el desenlace.

—¡Este Tuizlo...! —Dijo el piloto con una especie de significativa reserva.

—¡Sí: Tuizlo...! —Contestó el advertido Cayetano, reconociendo el lazo y ensanchándolo con el uso de la misma reticencia

por ver si caía en él quien en él lo intentaba aprisionar; mas Sotero le vio venir, y se resolvió a callar no siéndole posible profundizar por sí solo aquella plática hasta el extremo que su indignación apetecía, sin que Morgan quedase por traidor, pues nada en este mundo bastaría para persuadir a Cayetano que el piloto había escuchado sus criminales confidencias.

Siguieron largo rato silenciosos por la estrecha calle de árboles donde el sol no conseguía derramar un solo rayo de su lumbre; hasta que saliendo a un pintoresco valle dijo Cayetano a Sotero con toda la confianza que se emplea entre dos buenos amigos.

—¿Con que... me prometéis, Sotero, hacerme una visita al día por lo menos?

—Si tanto lo deseáis... —repuso aquel cortésmente.

—Sí que lo deseo; porque a pesar de la aspereza con que me tratasteis a bordo, tengo por vos una decidida inclinación.

—Esa manera brusca con que entonces os traté puede que fuera, padrecito, para evitar tomando yo la delantera, que Morgan os hubiese abrumado en un rapto de celos.

—Vaya, Sotero: quedo completamente agradecido de vuestro noble proceder. Pero si aún no me engaño aquella roca horadada es la Caverna Sorda.

—Sin duda; y esta cadena de chozas que se destaca a la izquierda debe de ser el cuartel general a que se me ha destinado. ¡Oh! Jamás le perdonaré a Morgan cuanto hemos sufrido y sufriremos por obra de su malísima ambición.

—En efecto —repuso Cayetano a quien no se le escapaba ni una sola circunstancia del fingimiento de Sotero— Morgan nos ha tratado muy mal.

—Mucho.

—Luego... el asesinato de vuestros compañeros...

El piloto no pudo resistir a este recuerdo doloroso y dejó asomar dos lágrimas en los extremos de sus grandes ojos; mas las enjugó al instante y sin decir una palabra tomó la ruta que conducía al grupo de bohíos. Satisfecho Cayetano de haber logrado conmover aquel corazón audaz y enérgico, le siguió largo tiempo con la vista, y una sonrisa inadivinable rodó ligeramente sobre sus labios convulsivos. Con una rápida evolución de la memoria revivió todas las circunstancias de las escenas cumpli-

das en la noche anterior, y comprendió por este medio que el piloto era su verdadero y único enemigo, el que más había abordado en el terreno de la irreverencia, tratándose de un ministro del Señor, el que había, en fin, procurado leer en su interior y arrebatarle astutamente su secreto. Por eso Cayetano sonreía, mientras aquel se alejaba, por eso en el fondo de su alma bramaban el odio y la venganza, y al ponerse ambas pasiones de concierto para derrotar un coloso tan temible, mantenían, por decirlo así, en una convulsión febril las mandíbulas contraídas del implacable veterano.

Sotero se alejaba jurando en su corazón no perder de vista al hombre que meditaba inmolar a su mismo salvador y consumar después una violencia repugnante. Había tomado ley a Tuizlo, y comprendía muy bien que si faltaba era infalible la desgracia de don Ricardo y el oprobio de Isabela. Además, Morgan, según era sabido, reclamaba para sí las mujeres que apresaba, y no sería difícil que bajo el manto de protección que aparentaba dispensar al joven indio ocultase el villano pensamiento de burlar su confianza y apropiarse la doncella valido de su ventajosa posición. Era, pues, preciso estar en guardia a la vez con el sacerdote y el pirata empleando medios diferentes, es decir, sirviendo al primero de estorbo y al otro de simulado instrumento.

Al llegar a la cadena de bohíos volvió la vista sobre el camino que había andado y descubrió a Cayetano que le observaba desde la altura de una roca: sonriéronse mutuamente agitado cada cual por sus particulares impresiones; y como si quisieran excusar sospechas casi a la vez se volvieron las espaldas. Pasado un instante habían desaparecido.

Cuando Tuizlo se despedía de Isabela con una dulcísima mirada, antes de seguir a Morgan, otros ojos que no eran los de ella le sorprendieron devolviéndole toda la pasión que aquella mirada contenía, y el mancebo palideció porque vio trazarse en el momento ante su alma un cuadro horrible de luchas y peligros. Lidia pues, arrogante y bellísima señora de cuantas voluntades contenía la Saona, depuso su soberanía ante la noble figura de Tuizlo: verle y amarle todo fue uno; pero no era con el amor que ella afectaba a sus favorecidos de la isla; sino con el verdadero amor, por la primera vez desarrollado, con ese fuego

devorante que se prende en grande escala, de improviso, y aniquila la paz del corazón para toda la existencia. Al sentirse vencida de esta suerte dijo en su interior: —¡Él no me miraba y ya le amo! ¡Qué será cuando sus negros ojos se fijen en los míos, cuando ebrios de melancólica ternura me revelen que él también participa de mis secretas dulces inquietudes! —Y entretanto seguía silenciosa delante del anciano y la doncella, no atreviéndose a volver el rostro, por miedo de sentir en su alma el áspid de los celos.

Pero la inocente Isabela, que en secreto se había dado el parabién de encontrar una mujer en la Saona, y que no alcanzaba a comprender aquel silencio de Lidia, sino como obra del respeto que la sociedad impone a sus criaturas en relación de sus diversas graduaciones, deseaba oír el metal de voz que tenía y que había imaginado tan dulce como la expresión de su semblante.

—¿Podrá saber Isabela —dijo, redoblando el paso— cuál es el nombre de su amable guía?

—Se llama Lidia, señora, la que tiene la dicha de guiar por estas asperezas vuestra rarísima hermosura: Lidia la desgraciada para quien el porvenir fue una tenebrosa visión desde la cuna.

—¡Pues qué! ¿No sois la hija de Morgan?

—Soy la hija de su más torpe estravío...

—¡Ah! —Exclamó Isabela conmovida— os compadezco con toda mi alma, Lidia; pero no os apruebo que acuséis a vuestro padre.

—Le acusa mi origen, Isabela, le acusa mi virtud inmolada en los brazos del deleite, de la brutal prostitución; pero mi alma le respeta...

—¡Lidia! —Le dijo austeramente don Ricardo—, el extravío del padre no es una razón para el extravío del hijo. Convengo por un momento en que Morgan no ha sido tan celoso como debiera en cuanto a conservar vuestro pudor, pues de lo que dijisteis se deduce que le ha pospuesto a todo. ¿Y bien? A vos misma os tocaba defenderlo contra las asechanzas desordenadas de la seducción y la licencia, antes que abandonaros al torpe ruego o al despecho. Si vuestro origen tiene alguna mancha, hubiérais tratado de lavarla en las fuentes purificadoras de la

virtud, primero que hacerla más visible e indeleble con el vicio. De este modo seríais hoy el orgullo de vuestro padre, y quién sabe si le hubierais desviado para siempre del áspero sendero que trilla en evidente mal de su conciencia.

La joven escuchó estos cargos en silencio y sin volver el rostro que surcaban abundantes lágrimas; pero Isabela adivinó su amargura y le dijo con cariño.

—No os aflijáis, hermosa Lidia, por cuanto os ha dicho mi padre: él acusa vuestro pasado, pero no niega que podáis optar a un brillante porvenir.

—En efecto, —repuso el anciano— la Historia Sagrada nos presenta el ejemplo de una mujer, extraviada en un principio, y luego buena hasta alcanzar la gracia del Señor. ¿Habeis leído esta historia?

—Yo no leo, señor, en otro libro que en la naturaleza.

Al decir esto Lidia, con un entusiasmo inesperado, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Es, —repuso aquel— como si dijéramos que leéis en la obra de Dios.

—Justamente.

—Luego, ¿seréis accesible a sus avisos?

—¡Nunca los he oído...!

—¿Sabéis lo que es el arrepentimiento?

—¡Sí! En el silencio augusto de la noche, cuando el mar bate airado afilando los bordes de las rocas, salgo a la playa con frecuencia, porque el sueño jamás pliega mis párpados... Allí, pues, repaso uno por uno mis deslices y lloro avergonzada de mí misma, pidiendo a Dios perdón de todos ellos; mas el nuevo día.

—Escuchad —repuso don Ricardo interrumpiéndola—. Dijisteis que os avergonzáis y eso sólo os responde del porvenir, porque la vergüenza es el indicador de una conciencia no del todo corrompida que lucha por sacudir el fardo de sus culpas para entrar, aunque tarde, por la senda del bien. He ahí, Lidia, un aviso del Señor. Pero no basta el arrepentimiento: se necesita, además, la expiación.

—¡La expiación! —Repitió Lidia tristemente.

—Con nosotros viene un sacerdote que os puede oír la historia de vuestras debilidades y absolverlas señalándoos al mismo

tiempo la pena que debéis sufrir por ellas... ¡Ah! No dejéis de procurarle, Lidia: intérprete y ministro de Dios sobre la tierra, fray Carlos puede limpiar vuestra alma del pecado y restituiros a las fruiciones inefables de la fe, a las suaves alegrías de la conciencia en el triunfo de la purificación...

—¿Haréis lo que mi padre os aconseja, hermosa Lidia? —preguntó Isabela a la joven con pronunciado interés.

Mas al volverse aquella para responder, y darse de lleno con la figura celestial de la cautiva se turbó a punto de no poder articular una palabra. La misma impresión recibió Isabela: Lidia era bellísima, y en aquel instante había realzado sus encantos con la densa palidez que bañaba su fisonomía y la amargura expresada en una ligerísima sonrisa. La razón de este trastorno que había derrocado toda su altiva majestad, postrándola por decirlo así, ante aquellos dos seres extraños, no procedía sólo de la vergüenza evocada por su franqueza misma. Amaba a Tuizlo sin haberle hablado, sin apenas conocerlo, y acababa de comprender que el mérito físico de aquella joven unido a la inocencia de su alma debían de haber hablado al corazón del extranjero y que por consiguiente su amor era el principio de un nuevo sufrimiento.

Pasada la primera impresión Lidia volvió a continuar la marcha seguida como antes de don Ricardo y de Isabela hasta llegar a una colina. Allí se detuvo, señalando a una casita rústica que se divisaba en la llanura.

—He ahí vuestra morada; —les dijo— podéis llegar a ella y descansar.

—¿Y vos? —Le preguntó Isabela.

—Voy a procuraros cuanto pueda haceros falta, porque ahí sólo se encuentran ahora las hamacas.

—¿Pero volvereis?

—Precisamente.

—Lidia, —le dijo don Ricardo— no olvidéis lo principal.

La joven inclinó la cabeza, y lanzando al levantarla una mirada indefinible de dolor sobre Isabela, desapareció como una sombra entre un bosque espesísimo de quina.

La hija del pirata se encaminó directamente hacia un sendero estrecho que se destacaba a la derecha, sin que en ello tuviese parte la intención, y siguió en él por espacio de media hora

hasta que desviándose un poco encontró otro más abierto que la condujo al centro de unos espesísimos cuavales[5].

La mañana era hermosísima: las auras del océano retozaban murmurantes balanceando las ramas de la apretada arboleda, mientras el sol se suspendía sobre el éter rebruñido sin encontrar al paso una sola nubecilla que exhalar. El silencio de los sepulcros no es mayor que el que remaba en aquellas pavorosas soledades. Lidia se sentó en un tronco bajo el pabellón que figuraban las soberbias copas de los árboles, y repasando en la memoria todos los sucesos de su triste juventud, los lloró profundamente porque ahora había visto cuanto hermosea la virtud un semblante juvenil, y alcanzaba a explicarse la inmensa latitud de su infortunio. Ese anciano, exclamaba bebiéndose las lágrimas, ha corrido el velo de la verdad ante mi alma... Pero ¡ay! Cada palabra que se escapaba de sus labios me la hería mortalmente. La mujer es la eterna víctima del hombre: la atormenta cuando la persigue, la aterra si le resiste y... ¡vencida la escarnece! Ese mancebo será también como los otros... ¿como los otros? ¡Imposible! ¡Es muy hermoso para que su corazón consienta la maldad...! ¿Pero qué tengo que ver con su corazón y su hermosura? Isabela es más linda que yo, más noble y... sobre todo... Isabela no ha hollado la honra... Él la amará y serán felices porque ninguno de los dos tendrá que avergonzarse como yo de su pasado, y marcharán a una por el campo, para mí estéril de la vida, recogiendo flores de alegría, entre un mundo de aplausos y alabanzas. Pero, acaso no se aman todavía... ¡Oh! ¡Si esto fuera cierto y como dice el anciano yo pudiera volver a la virtud...!

Aquí llegaba la joven en su inconexo discurso cuando sintió un ligero ruido a sus espaldas. Levantó la frente con soberbia y preguntó:

—¿Quién viene?

—Nada temáis —le respondió la voz de un hombre que llegaba trabajosamente a efecto de las dificutlades que para salir al limpio del camino le presentaban los arbustos. Lidia puso la mano sobre el cabo de un puñal que se ocultaba en sus vestidos

5. El cuaval es un árbol resinoso que arde como la tea: es la misma cuava de la isla de Cuba.

y esperó, mientras hacía esfuerzos por sofocar sus pasadas emociones. Por fin presentose el incógnito diciéndole:

—Podéis volver a la virtud, como deseais, desventurada Lidia, podéis ser feliz con el amor de ese mancebo cautivo que ha turbado la paz de vuestra alma y que también en este instante sufre como vos; pero tenéis que comprar con sangre esas delicias.

—¡Con sangre! —Exclamó la joven dando un paso atrás: ¿y sois vos, señor, quien me lo dice? ¿Vos, que solo debéis aconsejar la práctica de la humanidad y la concordia?

—Yo —repuso Cayetano con aire de inspirado, yo que sólo por este medio veo el modo de salvar a este joven del lazo que le tiende la más torpe ambición. Escuchadme, Lidia. Tuizlo es hijo del cacique de Samaná y por lo mismo poderoso, y don Ricardo es noble, pero pobre: de modo que le mantiene a su calor como prisionero hasta que venciendo su repugnancia se case con su hija Isabela.

—¡Su repugnancia! —Repitió Lidia mientras sus ojos tomaban una expresión de indefinible alegría—: ¿pues no la ama...?

—No la ama, ni la amará toda la vez que ya os ha visto; pero con nosotros viene un hombre atroz que prometiéndose alcanzar una espléndida propina secunda y fortalece las esperanzas del anciano, un hombre que espía hasta las ideas del mancebo y no cesa de exhortarla a ese imprudente matrimonio.

—¡Y bien! ¿Quién es ese hombre?

—El único que puede obstruir vuestros pasos en el camino de la felicidad.

—¿Su nombre?

—Sotero.

La joven cerró los ojos con una fuerza febril y quedó sumergida en la más profunda meditación, mientras Cayetano dio una vuelta por los alrededores para convencerse de que nadie los oía. No muy lejos de aquel solitario recinto se percibió el rumor de un cuerpo que se alejaba apresuradamente.

—¿Nos habrán sorprendido? —Preguntó Cayetano a Lidia con la inquietud de los cobardes.

—No, padre —le contestó ésta—: será alguno de los nuestros que vendría a buscar leña al bosque. Hablemos, pues de lo que sabéis que me interesa.

—Ya conocéis el nombre del que os puede contrariar en vuestras dulces esperanzas...

—Sí, Padre mío: le conozco y nada me es tan fácil como paralizar en su corazón hasta el último latido.

Al decir esto tocó al mango del puñal: Cayetano sonrió.

—Pero él nunca me amaría —continuó la joven— porque no soy pura como Isabela.

—Podréis serlo en adelante.

—Eso me ha dicho el anciano: con todo... el pasado...

—Una palabra mía basta para librar las almas al remordimiento de los extravíos.

—¡Ah! ¡Pronunciad esa palabra, señor, y soy dichosa!

—¿Os olvidáis, Lidia, que mientras Sotero viva no podéis serlo? ¿Os olvidáis que Tuizlo no tiene voluntad propia desde que aquel se ha constituido para él en Argos y en Mentor? ¿Qué adelantaríais con que yo os absolviera de las debilidades de ayer, si para llegar mañana hasta el corazón de Tuizlo, tendríais que herir y hollar con vuestras plantas un cadáver? ¡Imposible! Yo no pronuncio esa palabra mientras no hubiéreis concluido la obra de vuestra última esperanza, o renuncieis enteramente a ella.

—¡Un asesinato...!

—Habéis dicho que nada os sería tan fácil...

—Cierto, pero nada al mismo tiempo tan horrible... Yo, señor, he asesinado mi pureza entregándome sin resistencia a las más torpes tentaciones, envolviéndome en el raído manto del pecado; pero nunca he hecho frente al crimen...

—Entonces —dijo el astuto Cayetano— seguid vuestra carrera, hermosa Lidia: gozad por vicio, y retroceded ante el camino de la salvación. Tuizlo será esposo de Isabela, y si no la ama hoy acabará por amarla tiernamente: el trato íntimo es la primera base del amor. Pero tened en cuenta que de este sacrificio Sotero es quien reporta el mayor bien; pues mientras él triunfa y se enriquece, vos os seguiréis arrastrando como los reptiles en el elemento de la corrupción, y Tuizlo vegetará conforme entre los hierros de su doble cautiverio. Adiós, Lidia...

Y así diciendo se disponía a marchar; pero la hija del pirata le detuvo por el brazo exclamando:

—¡Jamás! ¡Perezca ese hombre, señor, si yo me salve!

—Ya os lo dije —repuso Cayetano volviéndose con calma— la existencia de Sotero es vuestro escollo: que su sangre tiña ese puñal y os respondo del porvenir.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo juro.

—¿Dónde y a qué hora he de inmolarle?

—Aquí, a las primeras horas de la noche.

—¿Creéis que ese joven me amará después que sepa cómo he podido cometer un horrendo asesinato?

—Lo creo, porque comprenderá que al redimirle por ese único medio de la autoridad sultánica que ejerció sobre su alma el procurador gratuito de Isabela, verá también cuánto es el amor de la vuestra. Tuizlo, Lidia, es generoso y a la vez agradecido; poco importan los medios si sabe apreciar dignamente los fines.

—Bien —repuso la joven abriendo paso a un dolorosísimo suspiro— entonces, señor... hasta la noche...

Y sin esperar la respuesta de Cayetano desapareció entre el espesor de los ramajes. Aquel también se alejó con la alegría de los monstruos, con el regocijo de las fieras que no viven de otra cosa más que de la inhumanidad y de la sangre. Cierto de que Sotero y Morgan estaban de acuerdo para proteger a Tuizlo contra sus perversas asechanzas, y de que por consiguiente era una locura esperar la muerte de este último por el camino pactado con el pirata, marchaba recordando las estrofas que escuchara cantar la noche anterior desde la popa de la nave, y gozaba con la idea de alcanzar el triunfo a favor de la intriga que había comenzado a poner en acción. *"Ahora veremos*, pensaba, si llegan a tiempo los avisos: *veremos si rompen las tramas que teje la venganza entre las sombras del misterio*". Y la risa de los protervos se columpiaba en sus labios convulsivos. Así continuó marchando aquel hombre por el bosque, a manera de un chacal rabioso, hasta que llegó a la puerta rústica de la Caverna Sorda, en cuyo interior rugían los aherrojados piratas y levantaban a coro mil horrendas maldiciones.

La noche al fin se presentó revestida con todos los atributos necesarios al espantoso crimen que en ella debía consumarse.

El viento, que había tomado las gigantescas proporciones de un asolador huracán, silvaba a lo lejos sobre los afilados remates de las rocas evaporándose más tarde débil como las vibra-

ciones de un gemido. Los árboles corpulentos se balanceaban a su empuje, dóciles cual si fueran flexibles espadañas y confundían entre sí las altas copas, concluyendo por crujir, estallar y despojarse de sus renuevos más pomposos. No había absolutamente claridad: la luna andaba velada entre un denso espesísimo nublado del que se desprendían infinitas gotas de lluvia, gruesas y en extremo frías: la mar participaba de este desconcierto de la naturaleza.

En el mismo lugar en que tuvo efecto la entrevista de Lidia y Cayetano, cayó de súbito un rayo destrozando un antiquísimo caobo; a la luz del relámpago que le precedió, dos figuras humanas se descubrieron y se contemplaron... una estaba pálida y llorosa reclinada contra el mismo tronco del mutilado árbol... la otra, por el contrario, hizo brillar sus ojos con un fuego siniestro y sonrió.

—¡Lidia! —Dijo, y esperó la respuesta de su cómplice.

—¡Yo soy, señor! —respondió aquella con voz desfallecida.

—He visto a Tuizlo —continuó el infame Cayetano— y está pronto a recompensar vuestro heroísmo: el más hermoso de los hombres responderá satisfactoriamente al reclamo de vuestro corazón, y mi mano consagrará para siempre vuestros votos.

—Así sea... pero, ¿y Dios, señor?... ¿Podré esperar que me perdone por la nueva y violenta culpa que me mandáis a cometer?

—Nada temáis. Pues que yo os lo mando como habéis dicho, yo soy de ella el solo responsable: haceos cargo que yo soy la voluntad y vos únicamente el instrumento. Se trata de la felicidad de Tuizlo y de la vuestra, y de librar a Isabela de un tormento perdurable: que sucumba un miserable no es por cierto muy grande sacrificio para tan dignas aras... pero, ¡silencio!... alguien viene... ¡Lidia! La seña es una palmada... ¿Comprendéis?

La joven no pudo responder porque seguramente hubiera sido oída... Un hombre a lo que se alcanzaba entre las tinieblas de la noche venía con paso apresurado envuelto en el buriel del marinero, por el camino que conducía a la encrucijada en que se hallaban apostados Lidia y Cayetano... La joven se estremeció y su mano estrechó con una fuerza nerviosa el cabo del puñal que ya empuñaba...

El desconocido avanzaba con resolución: Cayetano temblaba de ansiedad...

Por fin aquel llegó al punto céntrico respecto de los otros dos personajes y se disponía a ganar una cuestecita que se presentaba a sus pasos, por la que resbalaban las aguas susurrando para seguir en derechura hacia la mar... ¡De súbito resonó una palmada...! ¡Lidia salió de su escondrijo y lanzándose sobre el desconocido con la rapidez del gavilán sobre su presa, le clavó el puñal! En la mitad del pecho...

—¡Cielos!... —exclamó el desdichado cayendo en tierra y revocándose en su misma sangre—: ¡cobarde Sotero...! Ah... ¡Bien me lo dijísteis, padre Anselmo[6]...!

—¡Dios mío...! Dijo Lidia con desesperado acento: ¿a quién me habéis mandado herir, señor...? ¿No es la víctima Sotero...?

Una carcajada infernal salida de la boca de Cayetano retumbó a lo lejos como el trueno.

—¡Ese es Tuizlo, incauta! —Le respondió al fin con un gozo indefinible: ese es mi rival...

Mas apenas había concluido cuando otra voz robusta inesperada, y amenazante le dijo.

—Sí, miserable ¡Ese infeliz que exhala el último suspiro sobre el lodo, es el bueno, el hermoso Tuizlo, el que te salvó anoche la vida para que tú se la arrancaras en fuerza de tus brutales apetitos... Pero su muerte ¡vive Dios! ¡No ha de quedar sin venganza...!

Y asiendo a Cayetano del brazo lo arrastró hasta el cuerpo de Tuizlo, mientras con la derecha extraía del seno una finísima daga.

—¡Insensato! —Exclamó Cayetano no pudiendo resistir a las fuerzas del atlético piloto— detente y considera a cuánto te expone esta irreverencia hecha a mi carácter...

—¡Eh...! Dejémonos ya de hipocresías, maese Cayetano.

—¡Como! ¿Será que me tomes por otro...? ¿Has olvidado que soy el padre Anselmo? Entonces, amigo mío, te perdono.

—¡Calla necio! ¿Qué estás diciendo ahí de amigo y de padre Anselmo...?

—¡Sotero! —Repuso jadeando de terror el falso sacerdote—: mira por Dios que tu afecto a Tuizlo te extravía... ¡Oh! ¡Reconóceme a la luz de ese relámpago...!

---

6. Nota de la edición original. A partir de este punto hasta concluirse la obra el nombre del religioso cambia de Fray Carlos Anselmo, quizás esto como vestigio de alguna versión previa de la obra.

—¡Ya te he conocido a la de la luna: tú eres el soldado Cayetano, que robó sus títulos y su traje al verdadero padre Anselmo: tú el que en La Española bajo las bóvedas de un templo levantó la mano para abofetear al venerable fray Pablo... tú, en fin, ¡el que anoche conquistaba a Morgan para que al volver de Samaná atara un lingote al cuello de Tuizlo y le arrojara al hondo océano!

—Pues que... Morgan... pero...

—No, Morgan nada me ha dicho: todo lo sé de tus propios labios. Cuando te revelabas a él yo que me fingía dormido te escuchaba.

—¡Sotero! —Murmuró débilmente el triste Tuizlo—: por un momento creí... ese infame a quien conozco ahora me había dicho que eras mi enemigo... perdona... ¡ay... la vida...! ¡Isabela mía...! ¡yo muero...!

Y lanzando un agudísimo gemido su alma se escapó de aquella forma hermosa para volar al reino de las almas mártires. Sotero enjugó una lágrima cristalina que surcaba su mejilla.

Entretanto, Cayetano que había leído ya en su horóscopo y por lo mismo estaba seguro de que aquella era su última hora, procuraba sepultar con disimulo la mano derecha en la manga opuesta del hábito. Sotero lo observó y sin dejar de seguir sus movimientos.

—¡Ea! —le dijo con desesperación— Pues que conocéis la Biblia sabréis lo de *el que a hierro mata a hierro muere*: ¡preparaos pues, a morir!

—Ese recuerdo, Sotero, más que a mí conviene a Lidia, a Lidia que desesperada de la indiferencia de Tuizlo hacia su insensato amor, juró darle la muerte...

—¡Impostor! ¿No fuiste tú el que aquí mismo le aseguraba esta mañana que Tuizlo la amaba, pero que yo le oprimía y arrastraba por la fuerza a las plantas de Isabela? ¿No le dijiste que era preciso sacrificarme para que ella fuese un día dichosa...?

—¡Oh...! —gritó frenético el veterano— Esto es ya demasiado... ¡Miserable pirata! ¡Anda a unirte...!

La palabra expiró en los labios de Cayetano, cuyo cuerpo rodó sobre la yerba dando saltos como un pez. Sotero le había visto levantar el brazo al pronunciar aquellas frases, y sospechando con razón que podía eludir el golpe con el golpe le derribó súbitamente de una sola puñalada.

—¡Maldito seas...! —Exclamó Cayetano en su lucha con las agonías de la muerte.

—¡Acaba tu papel, víbora infernal! —Repuso Sotero, y dándole un puntapié después de arrancarle de la mano derecha una navaja, se echó sobre el hombro el cadáver de Tuizlo y se alejó camino de la habitación de Morgan. Pocos pasos había dado cuando se encontró con el pirata que venía a todo correr por la misma serventía.

—¡Sotero! —exclamó horrorizado al verle— ¿qué ha sucedido? ¿Qué cuerpo es ese?

—¡El de Tuizlo...!

—¡Cómo! ¿El de Tuizlo? ¡Vive Dios! ¿Y el padre Anselmo?

—No le conozco.

—Bien... Cayetano...

—¡Ah! Cayetano...

—¿Dónde está...?

—¡En la eternidad...!

—¡Él fue su asesino! Bien lo sospeché... y se dio una palmada en la frente.

—¿Qué sospechasteis?

—Amigo mío, Tuizlo ha sido víctima de una intriga abominable. Esta tarde llegó un sirviente de la Gruta Sorda diciéndole que don Ricardo le llamaba. El joven se envolvió en mi chaqueta de cubierta para ser más respetado y desapareció... Luego pensé que podría extraviarse y dispuse que mi segundo le siguiese; mas este volvió como a la media hora diciéndome que la oscuridad no le había permitido encontrarle: salí entonces, oí voces por esta parte y acudía... tu presencia me lo explica todo... ¡Pobre joven! Pero en fin, ¿murió su asesino?

—Murió renegando bajo el filo de mi puñal.

Callaron los dos piratas y compartiéndose entre sí la carga continuaron su marcha hacia el cementerio de la Saona situado a un extremo de la playa.

Ocho días después desembarcaron de una chalupa en las áridas costas de Cabo Rojo, isla de Puerto Rico, un anciano enfermo y una joven loca. A su lado estaba Sotero tributándole los mayores consuelos; la joven imprimía mil besos de fuego que mitigaba el llanto, sobre una de las plumas de papagayo con que

los indios ornan la parte superior de la cabeza, y el anciano estrechaba a su pecho el arco de una flecha... ¡Eran las únicas memorias que en su desventura conservaban Isabela y don Ricardo del amigo y del amante...!

Pero ¿qué fue de Lidia? ¿Qué se hizo de esta infortunada joven después de haber dado muerte a Tuizlo...? Esto es lo que nadie pudo averiguar; pero desde entonces se oyen en la Saona unos tristísimos gemidos y unas voces que piden perdón del lado de la playa siempre que la luna brilla; y en el pueblo de Higüey se ve vagar la figura de una mujer en torno del Santuario de Altagracia. Es evidente que esos gemidos son los de Lidia sobre la tumba de su víctima, y que aquella blanca visión gigantesca y vaporosa, es ella misma que va a orar ante la Santa Casa de la Virgen...

Por esto, señor, vuelvo a decir a Ud. que ni hecho cuartos voy a tender mis redes en el litoral de la Saona.

SILVIO

El que no viaja muere sin haber leído más que en la primera página de su vida.

CHATEAUBRIAND

I
DE CÓMO DA PRINCIPIO ESTA HISTORIA

¡Cuán sorprendente y agradable es la entrada en un puerto extranjero para el hombre que siempre vivió aletargado en la monotonía de su cielo y sus costumbres! ¡Qué impresiones tan nuevas agitan su corazón adormecido! ¡Qué ideas tan brillantes surgen entonces de improviso en su exaltada fantasía! Desde luego ese hombre vuelve en sí de la postración en que yacía, por cuanto los recuerdos que se destacan más allá de la estela trazada por nave en el océano: las fuentes de su llanto, si para llorar tiene motivos, se estancan sin esfuerzos, y sus lágrimas postreras se orean en las mejillas al soplo de las auras. Tal vez todavía se le escapa un suspiro doloroso: tal vez vuelve con tristeza hacia la espalda el espejo fiel de su alma, esto es, su memoria, ve lo que más ama en la vida y se estremece... ¡es tan cruel la necesidad de abandonar el cariñoso centro que representa el personal de una familia! Empero la fuerza de las impresiones que se suceden simultáneamente ante el corazón y ante la vista: la novedad de los objetos, la frescura que ostenta la naturaleza

en sus diversas latitudes, la majestad de otro cielo, la magnificencia de otros montes... todo en fin concurre a borrar, aunque de momento, las huellas que traza en la carrera misteriosa de la vida esa agonía lenta y sofocante que se llama separación.

La isla española de Santo Domingo, o mejor dicho, la parte de ella conocida hoy por República Dominicana, ha sido desde los días de su descubrimiento hasta la fecha, teatro de grandes acontecimientos en el orden político; pero de acontecimientos tan repetidos y de unas consecuencias tan funestas, que su simple recuerdo es bastante para explicar los motivos de su despoblación y de su atraso. En efecto: el mundo entero ha sido testigo de esta verdad dolorosa, pues acaso no exista en él un solo punto donde el dominicano errante no haya puesto su óbolo de lágrimas, y también de inteligencia, en la terrible necesidad de buscar un asilo contra la usurpación y el ostracismo.

El año pasado de 1855 ensayó el gobernante de aquella República uno de esos ruidosos acontecimientos que los pueblos modernos han tenido el capricho de provocar como una necesidad imprescindible a su glorificación, y como una lámina elocuente en el miscelánico libro de su historia. Soñó que contra él se conspiraba; y en uso de unas facultades sin límites, con que el pueblo tuvo la ligereza, harto espiada de investirle, se levantó como Atila, y todavía soñoliento contó sus visiones a un confidente no menos medroso de su señor que de su conciencia misma; resultando de esta revelación lo que era consiguiente; pues pronto vieron los aterrados patricios que sobre los muros de Palacio ondeaba la bandera negra...

Las asechanzas, las prisiones, los destierros, la muerte en fin, sin las ritualidades de un procedimiento judicial, fueron desde luego el resultado de aquella inspiración satánica, tan repugnante y monstruosa a los principios de equilibrio y armonía social que simboliza nuestra época, como a la causa de la humanidad físicamente hablando, la cual grita ya más alto que los himnos sangrientos con que los vándalos se desbordaran en los pasados siglos.

Estos extravíos, si no nuevos en la historia política del mundo, por lo menos más sensible cada día, hicieron en el año ya citado que el pueblo dominicano corriera en masa a los Consulados extranjeros cerca de aquella República en busca de un asilo, como corre el niño a buscarlo en la morada del vecino

contra el enojo gratuito de sus padres, e hicieran más tarde que, o con pasaportes debidos a las agencias de aquellos compadecidos diplomáticos, o a efecto de una astucia superior a toda previsión salieran a saborear en remotas playas el salado pan de la emigración más cruel y más terrible.

Entre las infinitas víctimas de ese delirio tan común en los gobernantes que tienen la conciencia de su inhabilidad, pero no la virtud suficiente para separarse de un cargo que personifica en sus manos a la locura armada; llegó al puerto franco de Saint Thomas el joven Anatolio, cuyo único delito se traducía entre los pocos que no emigraron, en su amor al orden, su resistencia a tomar jamás el carácter de hombre público, y la circunstancia criminal de no haber pisado las escaleras de Palacio.

Llegó, pues, a las seis de la mañana en la goleta *Peregrina*. Su rostro estaba cubierto de este tinte amarillento que derraman las ansias del mareo aún en las personas que no llevan el corazón ceñido por la banda del dolor: su mirada era lánguida y su calma inalterable; pero en aquella palidez se comprendía fácilmente el zumo de la primera amargura en una existencia que se deslizaba pacífica y dichosa, como las cañadas por el fantástico jardín de la esperanza: en aquella mirada la triste comparación de los objetos visibles con los dulces ¡ay! pero perdidos, de su desconcertada patria, y en aquella calma la resignación que el dogma junto con la filosofía hace brotar en las almas aunque atormentadas vírgenes, llenas de energía, de confianza en el porvenir, de elementos en fin, para llevar adelante la consumación de su infortunio.

Pero se ha dicho al principio de este capítulo que es sorprendente y agradable la entrada en un puerto extranjero para el hombre que siempre vivió aletargado en la monotonía de su cielo y sus costumbres; y esta verdad irrevocable, este fruto de una experiencia amarga aunque provechosa, vino en auxilio de Anatolio, que de pie y con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba poco antes el cambio estupendo de su suerte, sin querer persuadirse del poderío de las pasiones en las almas comunes cuando la casualidad o el error las sustrae a su esfera primitiva.

Saint Thomas es una ciudad de cortos límites, que se recuesta voluptuosamente sobre una elevadísima montaña; pero una ciudad caprichosa, puesto que a la falda de ésta tiene sus esta-

blecimientos mercantiles, sus depósitos, sus talleres, sus mercados y sus *wharf*; mientras en lo alto ofrece el espectáculo de tres poblaciones distintas, proporcionalmente separadas a causa de sus creencias. Los edificios elevados, blancos hasta deslumbrar la vista misma de las águilas y construidos bajo las mismas leyes de la comodidad sino de la armonía, le dan una apariencia encantadora. Saint Thomas, además, tiene como puerto franco un gran movimiento comercial: en sus aguas ondean con majestad las banderas de todas las naciones; y así los cánticos con que los marineros entretienen las fatigas de su suerte, como los mil ruidos que a manera de oleadas exhala la ciudad de vez en cuando, levantan sin querer el espíritu por más entregado que se encuentre a la adoración violenta de sus hondos sufrimientos.

Anatolio, pues, despertó de la especie de letargo en que se hallaba sumergido, al rumor de esos cánticos patéticos del marino, de esos clamores de la ciudad eminentemente financiera, y del crujido de las cadenas que acompañaban los anclotes de la Peregrina, descendiendo hasta el invisible fondo de las aguas. Sus ojos cruzaron primero el horizonte, buscando la sombra ya desvanecida de la patria: luego los fijó en los tres caseríos de la montaña y un suspiro sin sonido, un desahogo del corazón, pero recatado, pero envuelto en una columna vaporosa de aire salió silbando a incorporarse con las capas de humo que arrojaban los vapores mercantes desde sus abotagadas chimeneas.

Fondear un buque en el puerto de Saint Thomas y verse estrechado por una multitud de embarcaciones de todos tamaños y empleos, es obra de un instante. El cargador de equilibrio arrebata las maletas y los sacos de noche sin ausencia de su dueño y se precipita con ellos en la lancha; suscitándose cuestiones entre estos y los demás, que muchas veces terminan en hechos. El huésped salta a la cubierta, ensaya un saludo en diversos idiomas, extrae de su bolsillo una tarjeta escrita en todos ellos, la entrega al pasajero y por último protestando encargarse de todo, lo arrebata que es lo importante, lo echa como un fardo en el guadaño y lo conduce al *wharf* del hotel.

Anatolio, que todavía conservaba su actitud meditabunda, se vio de repente invadido por un hombre en cuyo rostro estaba pintada la resolución de poner muy pronto en ejercicio todas esas maniobras.

—Mi hotel —le dijo— es el llamado La Española...

Y al mismo tiempo le presentaba la consabida tarjeta que acreditaba sus palabras. Luego continuó:

—Tiene habitaciones al puerto, muy ventiladas y espaciosas. Yo, señor, espero que Ud. como hombre acostumbrado a las comodidades y al buen trato, preferirá mi hotel al del *Turco*, donde además de no conciliarse esas ventajas todo es más caro.

Pero como Anatolio no le contestaba, ora por estar ocupado en la contemplación de la ciudad, ora en fijar el plan de vida que había de adoptar en su aislamiento; Mr. Chrethien (que así se llamaba el huésped) tomó del brazo cariñosamente y recomendando al capitán de la *Peregrina* que le sacara a cubierta el equipaje, bajó con aquel al bote, del bote lo llevó al *wharf* y de ésta a una hermosísima habitación del hotel La Española... Anatolio abrió las ventanas que daban a la calle y se puso a pasear distraidamente.

—Heme pues —decía con amargura— lanzado de mi patria sin saber por qué y forzado a penetrar en el mundo sin saber por dónde... ¡Oh! esto es inconcebible, pero demasiado cierto por desgracia... ¡Y luego dirán que siempre se salva la inocencia!... Se salvará en todos tiempos, en todos los países en que la justicia no haya perdido su prestigio; pero en aquellos en que como en el mío está representada por la estupidez... inocencia, virtud, patriotismo... todo sucumbe para irrisión de las más justificadas esperanzas, todo fenece para baldón del siglo y desconcierto de los pueblos... ¿Qué haré de mí?... En Saint Thomas no es posible vivir con desahogo sino a sus mismos habitantes, según le oí a mi padre algunas veces: aquí no admiten en sus tertulias a los forasteros, ni hay paseos al campo, ni espectáculos públicos, ni... ¡nada! No hay más que tiendas, almacenes y vehículos de acarreos... judíos y protestantes... ¡Oh... por Dios que mi posición es insufrible!

A este tiempo llegaron los criados con el equipaje. Anatolio les dijo que trajeran café y no lo comprendieron.

—¡Hasta eso! —repuso suspirando— ¡hasta estar condenado a que el silencio me mate de fastidio!...

El joven proscrito pasó más de dos horas en estas y otras muchas tristes consideraciones hasta que avisado por la cam-

pana del hotel pasó a la sala al acto del almuerzo. Inútil es decir que en la mesa desempeñó el papel de espectador; pero que la expresión dolorosa de su rostro interesó sobremanera a un caballero entrado ya en edad que ocupaba el asiento inmediato, y que en su traje y sus maneras manifestaba ser un transeúnte.

—Joven —le dice con ese acento dulce que caracteriza a los hijos de América— parece que estáis muy afectado.

—Sin duda —le respondió Anatolio— mi presencia aquí no es hija de la voluntad sino de la fuerza.

—La fuerza es horrible en todos sentidos; pero la razón modifica siempre sus estragos.

—La razón, caballero, tiene su agonía.

—¡Cierto! Pero la agonía de la razón es la locura, y vos me parecéis bastante cuerdo.

—La demencia tiene sus momentos lúcidos.

—La lucidez de la locura es la transición de la tormenta a la calma en las tinieblas: descansa el cerebro, pero no se repone; brilla, pero no ilumina. Sin que me acuséis de temerario, permitidme os diga lo que pienso de vos.

—Hablad, caballero.

—Vuestros pocos años han corrido en el dulce letargo de los placeres: jamás pensasteis que vos, inquieta y esmaltada mariposa, habríais de sentir la aguda espina que se enhiesta bajo los flexibles tallos de las flores; y chupasteis el almíbar de su cáliz, y os embriagasteis... Pero llegó el día de la extorsión: llegó la hora de sentir la espina punzadora; y entonces desapareció el letargo, plegasteis las alas tristemente, cerrasteis los ojos a la esperanza en el mismo jardín de vuestros regocijos, y rodasteis entre suspiros y sollozos hasta dar en la religión del desaliento que ahora demostráis.

—Caballero —repuso Anatolio sorprendido— no os habéis equivocado en vuestro juicio: os resta saber que esa extorsión no es más insufrible por la causa que por sus bárbaros efectos.

—Siempre es la causa lo que mira el hombre cuando levanta la copa para libar la ambrosía o la cicuta...

Concluido el almuerzo se dirigieron al balcón y allí Anatolio le reveló los motivos de su llegada a Saint Thomas, no sin asomar a sus ojos algunas lágrimas furtivas.

—El Gobierno, caballero —le decía con el calor de la juventud— ha atropellado los vínculos que me ligaban a mi familia y a mi patria en uno de sus más fuertes accesos.

—El gobierno, joven —repuso el desconocido— es un cuerpo colectivo: el gobierno no es por cierto el que causa vuestros disgustos, segun la revelación que acabáis de hacerme.

—Pero ese cuerpo lo representa mi ofensor.

—Y bien: quejaos de éste en particular, y seréis justo. Se hace responsable al Gobierno de sus actos cuando todos sus miembros convienen y suscriben una infracción de las leyes para cumplir un atentado (quizás con buenas miras) en el camino del error; pero cuando la primera entidad de ese juzgado, puesto que los gobiernos no son otra cosa, procede con absoluta abstracción de sus otros miembros; cuando del palacio que ocupa como individuo y no del Congreso que preside como magistrado, sale un decreto a manera de la incendiaria calcinando las esperanzas del benemérito tranquilo ciudadano, entonces, joven, no se levanta el grito sino es contra aquel que a tal punto se desvía, porque lo demás fuera responder con injusticia a la injusticia.

—Caballero —repuso Anatolio— me habéis convencido en este punto; pero convenid conmigo en que sin justo título se me ha hecho el más desventurado de los hombres.

—¿El más desventurado?

—¡Ciertamente!

—Quizás pudiera convenceros de que estáis en un error, como os convencí de que enderezábais mal vuestras querellas...

—Difícil fuera, caballero.

—Pues bien: confianza por confianza. Vos me habéis contado el prólogo de vuestra historia: yo os aguardo esta noche en mi alcoba, que es la del número 19, para referiros todos los cuadros de mi vida turbulenta. Ni vos ni yo tenemos aquí donde matar las horas fastidiosas de la suerte dudosa que arrastramos. Venid, pues, esta noche como os digo; y después que me hubiereis oído; después que me acompañéis en mi excursión por las atéridas alamedas del pasado, decid si lo creéis razonable que sois el más desventurado de los hombres...

II
DONDE SE VE CÓMO QUEMÓ SU PRIMER INCIENSO DE AMOR

Las horas de aquel día transcurrieron para Anatolio con una lentitud desesperante. Lejos de consolarle el golpe de la péndula cada vez que anunciaba el tránsito periódico del tiempo, aumentaba más sus ansias; pues solo veía las horas que aun faltaban para la cita que le había dado el desconocido caballero.

En la sala se formaron por la tarde varias partidas de *solo* y de dominó entre los infinitos huéspedes que esperaban la primera señal del vapor para embarcarse. Quién golpeaba la mesa con la coyuntura de sus dedos exclamando ¡*arrastro*!, quién propina una *bola* sin pedir carta, quién en suma, gritaba más lejos ¡domine! y contaba con avidez los puntos que habían quedado en las manos del contrario, mientras el dependiente aproximaba sillas a las mesas y depositaba en ellas enormes vasos de refrescos. Anatolio entró en la sala: giró un instante en derredor de los alegres jugadores sombrío y casi invisible, como los espías de Venecia en las mascaradas del San Marcos, y luego desapareció encaminándose a la azotea.

Era la hora en que fatigado el sol de su carrera, se reclina al parecer moribundo en las agrupadas nubecillas del ocaso, y a cuyo través lanza todavía sobre la creación sus benéficos fulgores: hora melancólica en que la luz se escapa más allá de la tumba nuestra vida, y en que del otro brotan las fúnebres sombras de la noche apagando los últimos destellos como brota el olvido en nuestro mundo borrando las huellas de la virtud y la hermosura. La actividad del puerto había cesado oyéndose únicamente el golpe de los remos que arrastraban sobre las olas a un finísimo bote en dirección de la nave a que pertenecía. A lo lejos se devisaba medio sol próximo a sepultarse entre las aguas: más cerca, y dibujada por el crepúsculo, la isla casi desierta de Vieques, al Sur de Puerto Rico.

Anatolio paseó sus ojos por el niveladísimo horizonte y suspiró. El astro de la vida se perdía precisamente por el lado en que había visto desvanecerse el *Cabo Espada*, término oriental de su patria, y sin poderlo evitar su alma se sintió estimulada por el acicate punzador de los recuerdos...

—¡He ahí la *Peregrina*! —exclamó contemplando la goleta en que llegó a Saint Thomas—: hela ahí como yo, lejos del río Ozama, lejos ¡ay! de su tranquilo puerto, pero, más dichosa levantará mañana sus anclotes, desplegaría sus velas al levante; ¡y partiendo con osadía las olas que se presenten a su paso volverá a repasar el cabo, y la Saona, y la Catalina, hasta que por fin se aletargue nuevamente sobre las aguas heterogéneas que lamen la base del fúnebre Homenaje...! Yo entre tanto solitario y sin fuerzas para tomar una resolución, veré rodar un día y otro sobre mi existencia, y una esperanza y otra más al hondo olvido... ¡Oh! ¡Cuán funestas son las derivaciones del error, y cuán insoportables además, si al padecerlas se tiene la conciencia de no haberlas nunca provocado!

La noche tendió su estrellado manto por todo el vasto firmamento, y el puerto se pobló de multitud de lucecillas que al soplo de la brisa retemblaban amenazando evaporarse. Entonces Anatolio descendió y se dirigió por un estrecho callejón al cuarto número 19, donde ya le aguardaba el caballero. Entró, pues, Anatolio: la puerta se cerró tras de sus pasos.

—Caballero —le dijo el joven ocupando una poltrona cerca de la mesa en que ardía una lámpara chinesca— estoy a vuestras órdenes.

—Y yo dispuesto a probaros que os aventajo en infortunio.

—Mi historia por lo dramática tiene también su exposición: cumpliré, pues, ante todo con esa regla, sin embargo de que los sucesos románticos que distinguen a aquella, pudieran en cierto modo ahorrarme tal trabajo. Vuestro nombre es Anatolio.

—¿Cómo sabéis...?

—Me lo ha dicho el encargado, a quien le pregunté para daros cuando se ofrezca vuestro propio vocativo. Poco os debe importar que sepa vuestro nombre si en cambio os doy el mío y os descubro los secretos más dolorosos de mi alma.

—En efecto, caballero.

—Ahora vamos a la exposición, conforme os dije. Me llamo Silvio... El apellido, Anatolio, ni es necesario a mi propósito, ni a vos os interesa el conocerlo: para decirlo de una vez... el apellido será en este instante mi único secreto.

—Podéis reservarlo, caballero Silvio.

—No; decid Silvio solamente: esa redundancia social no corresponde el hombre que gira en la esfera del proscrito.

—¡Cómo! —exclamó el joven con sorpresa— ¿estáis proscrito?

—Proscrito, si señor; pero... nada más me preguntéis en honra de la regla histórico-dramático que debo observar. Decía pues...

—Que os llamáis Silvio.

—¡Ah! Eso es. Me llamo Silvio: fui hijo único de unos padres no menos amables que opulentos; estuve a su calor hasta la edad de veinte año;después me mandaron a la capital con el fin de que conociera en ella el mundo, aunque en menor escala. Instalado en uno de sus magníficos hoteles, en un gabinete cuyas ventanas miraban a unas campiñas muy risueñas, ora al interior de las habitaciones vecinas que se destacaban a lo bajo en una prolongada hilera hasta perderse; comprenderéis que ha concluido la exposición y que paso inmediatamente a la referencia circunstanciada de mi vida.

Diciendo así acarició su labio inferior con los dedos índice y pulgar mientras su mirada estaba fija en la llama de la lámpara, suspendida a manera de espiral. Evidentemente Silvio evocaba los recuerdos en medio del silencio, y los ordenaba en un rigoroso orden cronológico para precaver los anacronismos de que adolece toda narración ensayada por el protagonista cuando tiene amarguras que sentir todavía, y remordimientos que confesar.

Pasado un rato en que siempre conservó Silvio su actitud meditabunda, se repuso y tomando de nuevo la palabra dijo:

—En una de esas habitaciones que sin querer mi vista dominaba, vivía con su madre una joven como de veintitrés años, extremadamente hermosa, con su blancura de azucena, sus cabellos rubios, sus ojos azules y la gentileza de su talle. Era una de esas jóvenes que sin participar en sus proporciones de esa regularidad o armonía que la imaginación finge en los ángeles, tenía sin embargo un tesoro de encantos poderosos, una especie de atractivo secreto; pero eficaz, pero irresistible, como el del imán sobre el acero. Yo estaba en la edad de las impresiones rápidas, que así brotan al espectáculo de la belleza femenina en conjunto, como el eco de un suspiro, como al fuego de una mirada, o si queréis creerme, a la simple vista de una mano graciosa que se presenta sola ocultando el cuerpo a esta adherida detrás de una cortina impenetrable. En suma, me enamoré de aquella jóven sin conocerla, sin siquiera saber su nombre ni su estado;

pero me enamoré como un desesperado, como el hombre que habitando desde su infancia en los desiertos entra por la vez primera de su vida en el laberinto del mundo, y arrebatado de admiración y de entusiasmo se consagra para siempre a la adoración del primer objeto que se le presenta.

La joven, que por las mañanas acostumbraba a regar una multitud de plantas que ocupaban la mayor parte del patio, llegó a percibirse de la afición que había despertado en mí con sus encantos, y desde luego principió a desplegar todos los recursos de una coquetería refinada, capaz de dar en tierra con las imperturbables abstracciones de un cartujo; pero sin presentar flanco alguno que me dejara llevar a término mis propósitos de ataque. Varias veces y en distintos días me había lanzado a la calle resuelto a entrar en su casa y revelarle, no solo el tamaño, sino también el fin de la pasión desesperada que había llegado a inspirarme; pero sin lograr enfrentarme con la puerta después de mil aventuradas conjeturas a causa de la igualdad que las caracterizaba a todas ellas. Y sin duda lo comprendía, porque al verme aparecer de nuevo en el balcón con el desaliento pintado en el semblante sonreía maliciosamente como para darme a saber que penetraba la causa, aunque no se hallaba dispuesta a favorecerme en mis agencias. Semejante conducta no servía más que para irritar mi pasión demasiado gigantesca por desgracia, y a conducirme como de la mano, al borde del abismo, antes del tiempo necesario a la consumación de mi infortunio.

Cansado de verme reducido a la estéril contemplación de los atractivos que poseía aquella joven, atractivos superiores a todo linaje de expresión o de pintura, me decidí una noche a escribirle solicitando tuviese la piedad de concederme una entrevista. Hícelo así después de emborronar varios pliegos de papel con las ideas más extravagantes que puede sugerir una naturaleza desquiciada de razón y de concierto, y a la mañana siguiente arrojé al patio mi billete, ocultándome luego detrás de la persiana para sorprender con libertad el efecto que producía en mi obstinada jardinera. El corazón saltaba dentro de mi pecho con una violencia indefinible y mis ojos no se atrevían a pedir a los párpados ese movimiento rápido y benéfico con que atenúan el ardor de la pupila por largo tiempo expuesta al influjo frígido del aire matutino: hubiérase dicho al verme inmóvil,

sin color en el semblante, sin movimiento, que el símbolo del espionaje había quedado en aquella alcoba, para ejemplo eterno y elocuente aviso a los transeúntes que le fueran habitando de un suceso misterioso pero histórico y terrible.

Al fin, y después de una hora pasada en tan desesperante expectativa, se presentó la joven en el patio provista de la inseparable regadera. Desde luego vio el billete; pero no se atrevió a recogerlo sin antes persuadirse de que yo me hallaba en el balcón, a cuyo efecto levantó sus grandes ojos azules y los paseó con lentitud por el larguísimo enrejado, deteniéndolos por último en la tablilla de la hoja que me servía de parepeto. Convencida ya de que no había testigo alguno por cuanto dominaba el interior de su morada recogió el billete y lo leyó; luego puso un dedo de su mano derecha en la mejilla, descansó la barba en el conjunto de los otros y se mantuvo como dos minutos en esta actitud interesante, al parecer sumergida en el piélago agitado de la duda. Entonces me pareció oportuno presentarme para resolverla a fijar su pensamiento y salir yo mismo de la incalificable situación en que me hallaba, fuese en un sentido lisonjero para mis esperanzas, o para sellar de una manera absoluta la vida de tormentos que danzaba ante mis pasos.

Pero apenas me vio hizo rodar sobre sus labios de carmín la acostumbrada sonrisa, y apoderándose nuevamente de la regadera desapareció, lenta en su marcha, con la cabeza inclinada sobre el pecho como si acabara de recibir una nueva infausta, y temerosa de desplomarse en tierra bajo el influjo de sus naturales emociones, fuera a buscar en el interior de su aposento el antídoto eficaz para neutralizarlas, ya que no para removerlas del agitado corazón.

Los efectos del billete desgarraron el cortinaje de alegrías con que mi alma presuntuosa había tenido la ridícula y prematura vanidad de decorarse; pero no fueron bastantes, sin embargo, a desvanecer de ella el encanto, la fascinación o la locura en que se agitaba de continuo para que a lo menos respirase el aire de la venganza en el tenebroso elemento de los desengaños. Lejos de eso, Anatolio, puedo juraros que desde aquel instante empezó para mí la hora sombría de la prueba, el incierto pugilato de una pasión al parecer sin esperanza, y el propósito firme, irrevocable de dominarla victoriosamente a costa de su-

frimientos, perseverancias y sacrificios. Aquel amor novelesco, que jamás pretendí explicarme en el recelo de aumentar más y más mis confusiones; aquella romántica codicia que me impulsaba a procurar la posesión de una voluntad en ciernes, sin otro título que el despotismo del deseo, sin otra base que la flaqueza ingénita al ser que la producía; ésta estaba, por decirlo, en la palestra, y desafiaba con arrogancia a las tempestades morales. Mi suerte estaba echada: o había, pues, de ser tiernamente amado de aquella joven misteriosa, o había de precipitarla junto conmigo en los brazos de la muerte sin lástima de su belleza ni respeto de su porvenir. El egoísmo de un amor que zozobra contra las seguridades más risueñas, revienta al fin como una bomba y se precipita sin esfuerzo por los más asquerosos conductores; el esplendor del alma es entonces pura sombra; los buenos pensamientos se malean; la veneración a la humanidad se convierte en insolencia personificando en ella al fantasma del destino que maldice, y nada le mueve si no es el cumplimiento aunque execrable de su derrotado orgullo.

Jurando averiguar quién era aquella joven que sin premeditación alguna me descarriaba ya de la obediencia y culto que hasta el día de conocerla había consagrado a mis principios; dejé el balcón y me lancé sobre la cama, convertida la cabeza en un volcán. En vano vino el criado a llamarme en las horas del almuerzo y la comida: mi alimento era mi dolor. ¡Oh! ¡nunca, Anatolio, consintáis que las impresiones desprestigien vuestra alma! Nunca que se enseñoreen de ella, y sobre los despojos de su grandeza levantan el edificio de sus glorias, porque... ¡ese sería el corolario de vuestros eternos punzadores sufrimientos...!

III
SILVIO ENCUENTRA UN AMIGO DE LA INFANCIA Y POR ÉL LOGRA HABLAR A LA DESCONOCIDA

Llegando la noche me lancé a la calle como por un movimiento automático, sin propósito cierto que dirigiera mis pasos; pero con una idea conocida enclavada medio a medio del alma, y refrectando en la imaginación los relámpagos del dolor que la asediaban.

La ciudad de que os hablo como teatro real de mis antecedentes está festonada de magníficos teatros, siempre abiertos a los amantes de la ópera y de la comedia de costumbres; y cada uno de esos teatros tiene por delante, si bien anexos, un café cubierto de mesas para refrescar, de confidentes para departir, y de espejos venecianos para dar el último retoque al cabello o la corbata antes de penetrar en la platea. En esos se reúnen los aficionados a la escena que el mundo ha dado en la extravagancia de llamar *amateurs*, y los que por desafectos, por citas, o simplemente por hacer algo, no pasan jamás de la primera sala de despacho de boletines pero siempre fuman, ríen, entonan un coro patriótico y chocan los vasos prodigándose vítores y bravos. Sin duda estaréis como admirado del movimiento y ruido de Saint Thomas: sin embargo, este ruido y este movimiento puede explicarse por un eco moribundo de lo que pasa en las grandes capitales, donde los primeros días son para el viajero de insoportable aturdimiendo, hasta que su cabeza se atempera a esa vida de rumores y estrépito eternos. Pero considerad a Saint Thomas en sus horas de más agitación, y tendréis idea de lo que presenta al observador uno de aquellos cafés, sobre todo, momentos antes de sonar la campana del teatro llamando espectadores.

La casualidad, pues, me colocó a las puertas de uno de estos centros voraginosos, iluminados como templos y envueltos interiormente en una espesa atmósfera de humo; y la postración del espíritu me lanzó en uno de sus asientos. Desde allí comencé a observar las diversas fisonomías de la alegre multitud, con la envidia que el hambriento ve devorar sus manjares al hombre poderoso, porque es notorio que la desconfianza de revocar las penas degenera en una especie de monotonía que acaba por ridiculizarnos en nuestros propios ojos. Nada ciertamente ade-

lantaba yo consagrándome a semejante estudio, que entonces ni aun tenía por objeto aplicar las profundas teorías de Lavater; y sin embargo, nada me era tan imposible como renunciar a él, en la necesidad imperiosa de colocar el pensamiento más allá de la región sombría en que se hallaba sepultado.

Pero de repente se me aproximó un joven elegantemente aparejado, trayendo del brazo a otro que a la propiedad del traje añadía en abono de su persona una figura hermosa, velada por un tinte de majestad y de nobleza singulares.

—¡Silvio! —exclamó el primero, al mismo tiempo que desentendiéndose del segundo se echaba con afecto entre mis brazos.

—¡Huberto! —respondí reconociendo a mi compañero más querido de colegio—: ¡cómo! ¿Eres tú mismo, Huberto amado?

—Te has adelantado a hacer una pregunta que me pertenece de derecho... ¿Eres tú, mi inolvidable Silvio?

—En efecto... ¡debes encontrarme muy cambiado...!

—¿Has estado enfermo?

—Lo estoy actualmente.

—¿Pues de qué padeces?

—Del alma...

—¡Siempre Silvio el impresionable...!

—¡Mejor dijeras siempre Silvio el desgraciado...!

—Te presento —repuso comprendiendo mi amargura— a mi mejor amigo, el baroncito de Luxling. —Y desapareció.

—Caballero —le dije— he aquí mi diestra; en ella os brindo también mi corazón, aunque a la verdad es un cadáver...

—Pero cuando de él se ausenta la esperanza.

—Entonces es un edificio sin huésped, que necesita prepararse para el que debe forzosamente ocuparlo.

—Vuestra teoría es ingeniosa; pero no me vence.

—Eso depende de un escepticismo original, puesto que en vez de poneros en guardia respecto del mundo, os volvéis contra vos a vista del pesar como el escorpión cuando le rodea un círculo de fuego.

—No os habéis equivocado en vuestra comparación: solo que no queréis comprender que en tal conflicto el hombre no tiene más recursos que abordar a las brasas.

—O esperar filosóficamente a que se reduzcan a cenizas para encontrar una salida.

¿Cómo quieres quitar a la mujer que goce de sus triunfos? Esa joven sabe que el caballero Silvio la ama; y aunque ella por capricho o por razones privadas no pueda o no quiera darle oídos, quiere y puede sin embargo salir al patio diariamente a recoger al mismo tiempo flores y suspiros. ¿Hay cosa más natural en la mujer?

—Veo, Barón —le dije con disgusto— que os habéis pronunciado a favor de mi enemiga.

—Os equivocais, caballero Silvio: me pronuncio y siempre me pronunciaré por la razón.

—Pero mi alma sufre y...

—Vuestra alma arroja una gota de sangre de su herida: curaos, Silvio, según os dije en el café: dad otro rumbo a vuestras impresiones y esperanzas, y mañana pensaréis de esta manera.

—Silvio —repuso Huberto— ama por la vez primera de su vida: tú hablas como veterano, y él sufre como recluta.

—En efecto.... —balbuceé avergonzado.

—¿Es decir, —repuso el Barón— que el caballero Silvio comienza por donde debiera acabar? Tanto peor para él.

—No, —contestó Huberto sofocado con las concluyentes frases del Barón— es que tiene un modo de ver...

Pero el Barón no le dejó concluir reponiendo prontamente.

—¿Distinto a los nuestros...? Eso no es necesario aseverarse: la postración misma de su espíritu bastaría para convencer de que sigue una escuela diferente; pero asesina de su juventud cobarde. Perdonad, caballero Silvio, la franqueza desgarradora con que os hablo: voy aficionándome a quereros, y por Dios que me duele el veros tan menguado. He dicho que comenzáis por donde debiérais acabar y así es en efecto. Correr en pos de los placeres que el mundo coloca de trecho en trecho como estaciones telegráficas, y reír, y danzar, y arrojar lejos las espinas, para coger las flores que consuelan: —he ahí las funciones de la juventud. Volver los ojos al pasado tristemente para contemplar el surco de extravíos que se ha abierto en todo el tránsito, y suspirar, y abatirse buscando la expiación en el retiro: —he ahí el empleo de la vejez. Vos, Silvio, a la primera contrariedad os tornáis en quejumbroso y en misántropo: vos, pues, comenzáis por donde debiérais acabar.

En esto comenzó la orquesta a tocar la soberbia obertura de la Norma, que era la ópera que iba a cantarse y todos guardamos silencio; pero Huberto manifestaba mortificación en su semblante, y Luxling indiferencia, mientras yo luchaba en mi interior por explicarme el carácter de este último. Por una parte me parecían dulces sus palabras; pues aunque a veces desgarradoras como había tenido la ingenuidad de confesar, envolvían sin embargo un pensamiento noble y atenuaban su dureza según lo requería la situación. Mas por otra me confundía con la inflexibilidad de su semblante, con su mirada revoltosa, su tono y su altivo continente, y entonces sospechaba ver en él a un díscolo lleno de satisfacción de sí mismo y de osadía.

Nuestro silencio duró poco: Huberto pensó que me distraería una rápida reseña del mérito de los cantantes; y al efecto tomó la palabra ostentándose un verdadero *dilettanti*, sobre todo al hablar de la encargada del papel de Norma.

—Es una joven —decía— que si interesa al espectador por la frescura de su voz, por su método de canto y su acción desembarazada arrebata y enloquece un juicio de bronce con su estupenda hermosura, ¿digo mal, Barón?

—No —contestó aquel secamente.

—¿Y cómo se llama?... —pregunté con distracción a Huberto.

—Emma Ceriani; pero ningun amigo de la escena conoce a los actores por sus nombres sino por sus apellidos; así decimos siempre Roleti, Parini, Soliongni: y a ellas la Torsosi, la Aldassio, la Ceriani etcétera, pero... ya alzan el telón.

Así sucedió en efecto, presentándose en la escena el coro de guerreros, y luego Oroveso que cantó su aria magníficamente según la opinión de Huberto. Mi imaginación por costumbre solo se ocupaba de su tema favorito, de modo que no era posible formar juicio de la ejecución, y hasta me ofendían los rumores que en derredor se levantaban diciendo si Paridi (Oroveso) había cantado con afinación, si entró a tiempo con el coro, si se distrajo, y todas esas otras impertinencias que constituyen la cualidad del *dilettanti*.

Pero de súbito estalló un trueno de aplausos y de bravos gritados con locura que me sacó de mi enajenamiento haciéndome levantar los ojos a la escena.

—¡Cielos! —exclamé volviéndome hacia Huberto.

—¿Qué es, amigo Silvio? —me preguntó en el mismo tono bajo que yo había empleado.

—¡Huberto!

—Acaba...

—¡Oh! No vas a creerme...

—¡Ba! Ya caigo... en algún palco...

—¿En algún palco...?

—Sí: has visto...

—¿Qué?

—La jardinera...

—¡Eso, Huberto!

—¿Pero dónde está?

—¡Mírala! —repuse levantando mi brazo hacia la escena, mientras el corazón se me enfriaba dentro del pecho.

—¡Silencio, Silvio! —me dijo al oído, bajando mi brazo bruscamente con el suyo.

—¡Y bien!

—¿Tu amada es la Ceriani? —y un manto de terror cubrió su rostro.

—¿Qué me importa, Huberto...?

—¡Salgamos, Silvio!

—¿Pero qué significa todo esto?

—¡Salgamos, digo...!

Y sin aguardar mi respuesta echó a andar por la calle de lunetas en dirección a la salida del teatro. El Barón abstraído con las sublimes notas de la *Casta Diva*, y con el auxilio de los estrepitosos aplausos, no advirtió cuando Huberto desapareció intimándome la orden de salir, ni menos cuando me levanté para seguirle: quedó, pues, solo y ajeno a cuanto había acontecido.

La concurrencia era numerosísima; de modo que no sin algún trabajo logré arribar al salón de tertulia donde me aguardaba Huberto.

—¡Silvio! —me dijo— jamás he pedido cosa alguna a tu amistad.

—En efecto —le respondí— tienes sobre ella tus derechos expeditos, menos en lo que toca a la Ceriani.

—Bien: pues en uso de esos derechos que tienes tú también sobre la mía, te ordeno que te retires ahora mismo del teatro,

sin replicar, sin observar nada; y que mañana por la noche me esperes en tu casa para explicarte el origen de esta exigencia.

—Pero...

—¡En marcha, Silvio!

—Eso es horrible, Huberto.

—Esto es necesario. En marcha o...

—Te obedezco mas...

—Mañana al comenzar la noche.

—¡Adiós, Huberto!

—Adiós, Silvio.

Nos dimos las manos, y salí del teatro dirigiéndome inmediatamente al hotel, y lanzándome vestido y todo sobre la cama, poseído de los más terribles pensamientos.

IV
EL MENSAJE

Al día siguiente entró mi criado muy temprano en la alcoba y me dijo:

—Señorito, ahí ha venido caballero solicitándole por dos veces.

Sin embargo de que Huberto me había citado para la noche, pensé un momento en él creyendo que la naturaleza del asunto le habría decidido a anticiparse.

—¿Y bien —repuse al criado— qué le has dicho?

—Le dije... que dormíais como los difuntos... pues que dormíais vestido.

—Me hubiérais avisado.

—Es muy cierto; pero al veros así calculé que hubiérais pasado mala noche, que queríais desquitaros del desvelo en las suaves horas de la mañana, y que llamaros hubiera sido por lo mismo una imprudencia.

—Bien, ¿pero quedó en volver?

—¡Vaya que si volverá! Parece que le interesa mucho el veros.

—¿No te dijo su nombre?

—Ni él me lo dijo, ni yo me acordé de preguntárselo; además, una pregunta en un criado es siempre una indiscreción.

—¿Por qué, Mauricio?

—Porque... no tenemos derecho a preguntar: cuanto más podemos es ver, oír y callar. Yo sé que vuestro amigo Huberto...

—¡Como! ¿Conoces a Huberto?

—¡Toma! ¿Al joven que hablaba con vos anoche en el café?

—Yo con otro más...

—Yo no vi más que el señorito Huberto.

—Bueno: ¿y qué?

—Sé que una viuda rica lo protege; y que él sin embargo, se divierte con una lindísima corista de la ópera italiana.

—¡Ola, Mauricio! —exclamé sonriendo para alentarlo en el camino de las revelaciones— ¿conque mi amigo Huberto es tan calavera, eh?

—Sí, señor; vuestro amigo es como digo; pero aunque yo lo sepa ¿quién me mete a descubrirlo...?

—En efecto, la discreción es la primera cualidad en un criado.

—¡Pues...! Yo oí la otra noche a la Ceriani en un altercado...

—¿A la Ceriani...? —repetí con sorpresa— ¿Conoces a la Ceriani?

—¿Y quién no conoce esa calandria, señorito...? —Y acercándose al balcón añadió mientras señalaba al patio de la hermosa jardinera— mirad su casa.

—Pero, decías...

—Decía que oí un altercado entre ella y su madre... pues, la madre que le gritaba furiosa que las flores no siempre dan aromas sino regularmente espinas, y ella que le contestaba que esas le habían primero punzado el corazón, y ahora que empezaba a despuntar un botoncillo no había que abandonarlo. Este lenguaje me sugirió el capricho de pensar que el origen del altercado era una pasioncilla de la Ceriani, y desde luego me dije: cuidado, señor Mauricio, esto que habéis oído es un secreto ajeno y no tenéis por lo mismo derecho a revelarlo. Ya lo véis; ahora es que he venido a recordarlo, y eso para probaros que soy hombre reservado.

—No queda duda... pero ¿cómo pudiste oír esas explicaciones entre la Ciriani y su madre...?

—Yo le hago algunas diligencias al teatro, y con ese motivo entro en su casa y salgo con la franqueza que entro y salgo en vuestra alcoba. Pero...¡tate! Aquí tenéis vuestra visita.

Diciendo así Mauricio se hizo a un lado para dejar pasar al Barón de Luxling, que entraba desembarazadamente en mi alcoba agitando por todo lo alto un chuchito de ballena; luego se retiró aquél.

—Y bien, mi querido Silvio, —me dijo quitándose el guante derecho para presentarme la mano— sin duda os sorprenderá verme por aquí a tales horas.

—No tal, caballero Luxling.

—Pero no debéis por lo menos agradecerme la visita.

—Sea cual fuere el motivo que os trae a mi presencia, me permitiréis que lo considere como una atención; y en este caso si no me obliga me complace.

—¿No os obliga?

—Ciertamente, puesto que vuestro encargo de que nada os agradezca, me dice que esta visita tiene un motivo extraño a la amistad de que os soy deudor.

—Me vais haciendo, caballero Silvio, con vuestra finura y cortesía lo que se llama un hechizado.

—Mas habéis logrado en mi ánimo, señor Barón, con la severidad de vuestra lógica y la franqueza de vuestro carácter: pues si como decís, yo os voy haciendo un hechizado, vos habéis hecho ya de mí vuestro admirador más integérrimo. Yo os aventajo, pues, en vuestras ventajas mismas.

Cruzadas estas palabras nos sentamos junto al balcón. Luxling clavó los ojos en el patio de mi vecina y una ligera nube de palidez sombreó su frente: luego me miró y me dijo:

—¡Ola! Allí veo unas flores... ¿Será por ventura esa morada la de vuestra interesante jardinera?

—No —le repuse queriendo esquivar una materia que me haría sufrir demasiado— ella vive para acá, para el extremo derecho del balcón.

Luxling sonrió como quien conocía el espíritu de mi respuesta; pero queriendo impedir enteramente que se repusiera y anudara una conversación que me afligía el alma le dije con curiosidad:

—Y bien, señor Barón... decís que vuestra visita...

—En efecto —repuso— vengo de parlamento.

—¿Veis como no me equivoqué cuando os dije que no os traía a esta alcoba la amistad que me consagráis?

—Pero el resultado es que estoy en ella.

—Veamos, pues, con qué motivo, qué parlamento es ese.

—Huberto ha salido esta mañana por el ferrocarril en dirección a una quinta, de donde regresará dentro de ocho o quince dias.

—¡Dentro de ocho o quince dias! —repetí con invencible agitación.

—Y me encargó —continuaba el Barón— viniera a deciros que en nombre de la amistad os encarecía que entre tanto con nadie absolutamente habláseis de aquel asunto, ni en las formas, ni en la esencia. Vos, querido Silvio, sabréis lo que todo esto significa.

—En efecto... pero... Huberto no debió partir.

—Ha confiado en que vuestra amistad le absolvería de la falta, y esto es todo. Pero yo también soy vuestro amigo...

—Gracias, Barón.

—Y aunque no tan antiguo como Huberto, puedo deciros sin soberbia que si me admitiérais en su reemplazo, haría, sirviéndoos, que no os afectárais de su ausencia.

—¡Oh! Dudarlo sería ofenderos.

—Pues bien; hablad, querido Silvio.

—¿Que hable, decís?

—Seguramente.

—¿Ya de qué quereis que os hable?

—Del negocio que os ocupa a entrambos.

—Vuestra exigencia, Barón, es natural en un amigo verdadero...

—Entonces...

—Pero está en oposición con el espíritu de vuestro mensaje. Recordad las palabras de Huberto...

El Barón se mordió el labio inferior y arqueó las pobladas cejas como quien reconoce que ha cometido una imprudencia.

—Excusadme, amigo Silvio —respondió risueño— no debí ciertamente convidaros a una infracción que tal vez yo mismo os vituperaría andando el tiempo. Poseéis un secreto de Huberto y no queréis descubrírmelo, porque comprendéis que los secretos no son sino depósitos. Muy bien: ahora os aprecio más.

—Señor Barón, yo me complazco en oiros expresar de esa manera, porque así tengo un motivo más para admiraros. Vuestro lenguaje en este momento era consiguiente: no me ha sorprendido, pues; porque tal es el que cumple a un caballero.

—Gracias, Silvio: tampoco yo hubiera pedido excusas a no estar persuadido de la nobleza de vuestra alma. Pero estoy resuelto a que me hagáis vuestro confidente, y espero no salir de aquí sin ver antes logrado este deseo.

—No me parece, Barón, que eso ofrezca inconveniente.

—Veámoslo.

—Es que...

—¿Vaciláis?

—No tal; mas, fuera del secreto de Huberto, nada por ahora tengo que confiaros.

—¿Nada...?

—Nada, Barón; absolutamente nada. Lo único de que pudiera hablaros es de mi infausto amor y... ya lo conocéis.

—Pero no a la amada...

—Os doy mi palabra de honor que seréis presentado a ella, cuando para tanto tenga títulos.

—Y si yo os dijera, mi querido Silvio, que me ocultais la intriguilla de anoche, ¿qué responderíais?

—No os comprendo, Barón.

—Entonces seré más espacioso.

—Como gustéis.

—Cuando se alzó el telón estábamos los tres en nuestras respectivas lunetas.

—Es verdad.

—Pero concluida el aria coreada de Oroveso, yo solo estaba en el teatro.

—Tambien es cierto.

—Ahora... ya lo véis... vengo a vuestra alcoba, y os encuentro en la cama con la casaca, la corbata y las botas...

—Permitidme, Barón: vos no me habéis encontrado en la cama.

—Pero estabais hará media hora en ella, como os digo, y tanto vale. El resultado es que del teatro fuisteis con Huberto a una aventura, como lo convence el recado misterioso de este mismo, y el antecedente de haber salido juntos del teatro. Yo,

caballero Silvio, no tengo de santo ni aun ribetes, y de mi reserva debe estar persuadido Huberto. No extrañéis, pues, si formo queja de vuestra común ausencia, por cuanto arguye una desconfianza de mi justificada discreción.

—Señor, Barón —le respondí con embarazo— esa queja si llegáis a consentirla en vuestro pecho, no pasará de una susceptibilidad vergonzosa para un hombre que conoce el mundo como vos. Es verdad que desaparecimos del teatro sin siquiera daros una excusa; pero además de que la confianza casi fraternal entre buenos amigos dispensa de esas fórmulas severas, la naturaleza del asunto no permitía la pérdida de un minuto, y antes atendimos a él que a vos en el temor de un fracaso por morosidad o atención a ritualidades importunas. Que sois discreto lo sé por inducción, y si hoy no me es posible someter a prueba esa virtud, espero muy pronto que los lazos de nuestra amistad se estrechen de tal modo, que me honren con más de una prenda de ella.

—¿Es decir que no me reveláis a dónde fuisteis?

—Es decir, señor Barón, que nuestra salida fue por consecuencia del asunto cuya reserva me ha suplicado Huberto por vuestro conducto mismo.

—Entiendo... fue, como si dijéramos, la parte accesoria de una intriga manejada en el teatro.

—Por más que os esforcéis en colocarme en la pendiente, os aseguro, Barón, que no resbalaré.

Luxling volvió a hacer un gesto en que revelaba su derrota, y yo me resolví a no perder un solo palmo del ventajoso terreno en que respecto de él me había insensiblemente colocado. Su curiosidad tenía algún propósito siniestro, algún fin terrible quizás para los tres, considerados los esfuerzos que ponía en juego para dejarla satisfecha, y esto mismo me advirtió para reservar toda franqueza hasta la llegada de Huberto.

—Y bien, mi querido Silvio —repuso después de un momento y afectando indiferencia— guardad si gustais vuestro secreto.

—Lo guardaré de vos, señor Barón, y del mundo todo, hasta que las circunstancias permitan revelarlo.

—Sois, por Dios, misterioso.

—Culpad a mi destino.

—¿Y por qué no a vos?

—Porque sería ciertamente una injusticia.

—¿Luego creeis en el destino?

—Creo que los esfuerzos del hombre no son bastantes a impedir el cumplimiento de esa ley secreta que dirige todos los actos de su vida, y que reconoce con los nombres de estrella o de destino.

Luxling estalló en una estrepitosa carcajada.

—Mi querido Silvio —repuso luego serenándose— os habéis derrumbado voluntariamente en el profundo seno de una creencia ridícula, por no resbalar al de un amigo por el camino de la franqueza. Sí: dais fe a la patraña del destino, y desdeñáis las seguridades de una amistad sin interés. ¡Oh! ¡Esto es muy gracioso...! Creedme, bajo mi palabra de honor nunca habría creído que vuestro secreto fuese tan tirano, a no ser testigo de los extravíos a que os conduce...¿Con que creéis en el destino?

Y volvió a reír con desafuero; luego añadió.

—Pero... ¿Sabéis que os he dado un buen solo? ¡Capitán! ¡Si no son las diez...! Vaya; decidme adiós. —Y se puso de pie.

—¿Os retiráis...?

—Sin duda, pero con la esperanza de veros esta noche.

—¿Dónde?

—¡Toma! En el teatro, en las máscaras.

—Pues que, ¿hay baile?

—Sin duda: hoy es primer día de carnaval, y os aguardo en el café de nueve a diez. El carnaval presenta lances muy curiosos: tal vez me hagáis partícipe de alguno, como decirle suele, de la aguja. Adiós.

El Barón me estrechó la mano y desapareció tarareando una *cavaletta*.

V
LA REVELACIÓN EN EL HOTEL Y LA ENTREVISTA EN LAS MÁSCARAS

Tiré de la campanilla y se presentó Mauricio diciendo:

—¡Santa Bárbara!

—¡Qué! ¿Qué ha sucedido? —le pregunté asustado.

—¡Cómo! ¿Pues es poco lo que habéis charlado con el hombre que acaba de salir...?

—¿De suerte que lo has oído todo?

—Sin perder ni una palabra; pero no... no temais: ya os he dicho, señorito, me soy reservado.

—En efecto...

—Me dirigí al balcón y descubrí a la joven del jardincillo mirando hacia mi alcoba. Me aventuré a saludarla, y ella me respondió con una sonrisa encantadora; mas habiéndose presentado Mauricio atraído por el movimiento de mi cabeza, la joven produjo en el semblante toda la sorpresa de su corazón. Luego desapareció.

—¡Hola! —exclamó Mauricio con los ojos fijos en el patio— ¿lo negaréis ahora, bribonzuela...?

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté con afectado mal humor.

—Nada, señorito: es que yo sin querer sorprendí a la Ceriani con un papel en la mano, y ni por Dios ni por los santos quiso confesarme lo que ahora he comprendido.

—Con un papel... pues, con una cartita.

—¿Y qué tiene eso de singular?

—¡Digo...! ¡Si conoceré yo vuestra letra...!

—¡Mauricio! No te chancées. ¿De veras viste mi carta entre tus manos? Y bien, ¿qué decía ella? ¿qué pensó?

—No corramos, señorito: además... es un secreto y...

—Bien: pero sepa yo lo que dijo cuando leyó mi carta, y guarda luego tu secreto.

—Ella no dijo, sino yo.

—Pero acaba pronto.

—Como iba diciendo: la linda Calandria llegó del patio con los ojos preñados de lágrimas, trayendo en una mano la regadera y en la otra una carta abierta. Conocí al momento vuestra

letra, y le dije de modo que su madre no me oyera, aunque metida en la alcoba no hubiera podido oírme, así gritara:

—Señorita mía, tenéis los ojos encendidos y hechos dos ricos manantiales.

—Sí, Mauricio —me dijo con tristeza— en este momento sufro mucho.

—¿Y yo conozco la causa de vuestra pena...?

—Sin duda: esta carta que ves.

Y así diciendo redobló su llanto. Entonces conocí vuestra letra, y añadí como distraídamente.

—Esa carta es...

—Una carta, Mauricio...

—Sí; pero dirigida por un vecino... por el señorito que vive allá arriba, en la alcoba a que corresponde el balcón.

—Te engañas —repuso poniéndose más colorada que la flor del granado, y afectando disgusto— esta carta viene de Italia.

—No... no seré yo el que sostenga lo contrario: me figuré que había venido a vuestras manos por el aire... y nada más.

—Pero esta carta, Mauricio, me afecta demasiado...

—Lo comprendo: nunca hasta ahora os vi sino reír. Alguna triste noticia de vuestra patria...

—¡Más que eso!

—La muerte de algún deudo...

—Todavía más...

—Pues ¿de qué diablos trata esa carta?

—De mi muerte, Mauricio...

—¡Señorita!

—¡Silencio! —me gritó con imperio, y se fue para su gabinete en derechura. Entonces vine al vuestro a observar vuestro semblante para ratificarme en mis sospechas y hallé que habíais salido.

La relación de Mauricio me afectó sobremanera, y si bien me complacía en oír las palabras que la Ciriani dejó escapar en su presencia. Evidentemente ella me amaba; pero su amor participaba de una profundísima amargura; de un dolor agudo, de un presentimiento que la llenaba de aflicción.

—¡Mauricio! —dije a mi criado— ¿no has vuelto a verla desde el día aquel de la carta?

—¡Toma! La veo a cada instante: Hoy le hice una diligencia muy secreta.

—¿Sí...? ¿Y qué clase de diligencia?

—¡Oh! Ese es otro asunto... parece que hay entre manos una intriga... pues, cosas del carnaval...

—No adivino...

—Me mandó que le comprara dos disfraces: uno para ella y otro para su madre.

—¿Luego van al baile esta noche?

—Eso es claro.

—Y... veamos ¿cómo son esos disfraces?

—El de la madre es un dominó color de azufre con lazos verdes; y el de ella... pues, el de la Ceriani.

—Sí, sí: adelante.

—El de ella negro con cabos rosados; si queréis más señas, acordaos que su careta, también negra, tiene un pequeño blanco sobre la ceja derecha. Pero no os fiéis; porque después que le calienten la cabeza a cualquiera prójimo, cambiarán de ropas en el mismo teatro para dejarlo como en el limbo; y si no os andáis de manos difícil os será reconocerlas.

—Bien, Mauricio; te agradezco tus avisos. Ahora corre a traerme un disfraz exactamente igual al de la Ceriani, y tómate para ti el dinero que sobrare.

Mauricio salió como una bala y yo quedé flotando sobre un mar de dudas. El Barón me había arrancado la palabra de asistir con él al mismo baile, y faltar sería ofenderla. Alegar enfermedad por medio de un aviso era exponerme a que se presentara en mi alcoba nuevamente, y no decirle nada sería condenarlo a pasar la noche en una espera imperdonable. Mas ¿cómo renunciar a la ocasión propicia de hablarle a la Ceriani sin recelo, y de saber en qué sentido estaba respecto de mi suerte? En semejante incertidumbre me halló Mauricio cuando volvió con el traje, tal como yo lo deseaba, y en ella pasé todo el día; hasta que entrada ya la noche me resolví a ir solo al baile. El placer de oír una palabra amorosa en los carmíneos labios de la *prima-donna* bien podía excusar el sacrificio de una amistad de algunas horas.

Cuando llegué al café del teatro envuelto en mi dominó negro de lazos encarnados y el rostro oculto en mi careta de igual color a aquel, mi primera diligencia fue buscar al Barón; no para reunírmele, puesto que su presencia hubiera contrariado mis propósitos, sino meramente para convencerme si estaba allí,

y caso contrario, tener derecho al otro día de hacerle cargos. Pero por más que le di vueltas al café no me fue posible encontrar la arrogante figura del Barón de Luxling destancándose majestuosamente, como otras veces, en aquel círculo agitado; y entonces tomé mi boletín pasando en seguida al teatro.

Eran ya las diez de la noche: una concurrencia extraordinaria ocupaba el centro despejado de lunetas, el foro nivelado a aquel, y los tres órdenes de palcos; presentando un golpe de vista admirable no solo la extensión del local sino el conjunto de caprichos y rarezas que caracterizando la diversión bullía sin cesar, como un inmenso oleaje. A lo lejos vi de espaldas un hombre en traje de sala, que me pareció ser el Barón; y desde luego enderecé mis pasos hacia aquel lugar dispuesto a desengañarme. Llegué, pues, y le reconocí: hablaba a otro joven; pero con el disgusto más visible pintado en su varonil al par que bellisímo rostro. El Barón era una de esas figuras de privilegios que admiran y seducen la atención general sin emulación.

—¿Te retiras al fin —le preguntaba el otro— o te resuelves a esperar a tu amigo?

—No, —contestó Luxling— estoy por lo primero. Si él hubiera venido me quedaría por distraerlo, pues está enamorado como un turco, y creo que aquí hubiera logrado darle una buena sacudida.

—Pues yo no abandono el terreno.

Luxling le dio la mano y se encaminó hacia la puerta, siguiéndole yo hasta que lo vi salir y desaparecer de la revuelta multitud.

Libre ya del estorbo que temía, volví al centro del teatro y me senté; porque la careta me tenía sumamente sofocado con su oposición a dar entrada libre al aire en mis pulmones. Así estuve cerca de una hora hasta que la música dio la señal de ataque. Entonces me levanté y volví a girar por aquel ámbito estrepitoso, hasta que choqué de frente con los dominoes color de azufre y negro que buscaba. Pero la sangre se me heló en las venas al notar que venían acompañados de dos galanes igualmente incógnitos. Sin embargo, quise alejar de mí toda presunción atormentadora y hasta llegué a olvidar esta circunstancia una vez que ellas se sentaron; pues retirándose entonces aquellos a ciertos pasos, conocí que no les animaba ni remota sombra de interés.

Entre mi vecina jardinera y su madre quedó colocada otra máscara, de modo que yo podía hablar a la primera sin que la segunda me escuchara. Las señas que me dio Mauricio eran exactas: la careta de la Ceriani tenía efectivamente un punto blanco sobre la ceja derecha; mas a pesar de estas seguridades no pude acercarme a ella sin experimentar todos los efectos horribles de la duda.

—Máscara —le dije fingiendo la voz— ¡cuán ajena estás de que yo te conozca!

La Ceriani llevó la mano prontamente a su careta como temiendo en esta alguna infidelidad, me midió de una mirada y en el mismo tono respondió.

—¡Cómo! ¿me has conocido?

—Sin duda.

—Pues es curioso... Yo, por el contrario, creo no conocerte.

—Sin embargo... me has visto algunas veces.

—¡Oh! Lo que es eso no lo dificulto: ¡se ven tantas cosas en este mundo sin propósitos! pero... ¡qué coincidencia! mi traje es exactamente igual al vuestro!

—En efecto... ¡y a Dios pluguiera que esa igualdad concurriera en nuestras almas!

—No comprendo vuestras frases...

—Es porque... de otro modo me hago comprender mejor que de palabra...

—¿Cómo...?

—Por escrito...

—¿Por escrito...?

—Vos, señora, si me conociérais, si llegárais a penetrar lo que se oculta bajo este lienzo y esta máscara de cera, seríais la primera a confesar que es evidente lo que acabo de decir.

—¿Yo? —repuso la joven con una inquietud que no le fue posible dominar— ¿decís que yo sería la primera a confesarlo?

—Sí, señora; vos...

—¿Y pudiérais comprobarlo?

—¡Oh! Ya os dije antes que os conozco...

—Quedamos en las mismas; y eso de conocer más también exige pruebas.

—Pues bien: en prueba de que os conozco, diré que tenéis y cultiváis en vuestro patio un primoroso jardincillo...

—Adelante...sí, sí, me conocéis... pero adelante.

—Por ese patio recibísteis hace días una carta.

—¡Caballero! ¡Vos! —Dijo con tristeza la Ceriani.

—Yo mismo soy, señora, —repuse con todo el fuego que agitaba entonces mi enamorado corazón— yo soy el infeliz mortal que diariamente veis embebido en la contemplación de vuestras gracias: yo el que os ama con locura; y en fuerza de este amor invencible, superior a todo cálculo y a toda reflexión, os lancé un billete a vuestro jardín...

—Pero... no me conocéis, caballero...

—¡Cielos...! Pues... ¿no estoy hablando a...?

—¡Silencio! —me interrumpió con prontitud, antes que su nombre saliera de mis labios.

—¡Señora! —repuse sorprendido— ¿qué significa esto?

—Significa, caballero, que si bien os fuera fácil pronunciar ahora mismo mi nombre, no por eso me conociérais...

—Poco importan, señora, los secretos de vuestro nacimiento o vuestra desgracia de ayer, decidido a rendiros mi porvenir en homenaje, los ojos de mi alma solo miran adelante lo que ven.

—¡Oh! ¡no es eso...!

—¡Hablad, pues!

—Yo no tengo, es verdad, un origen ilustre; pero tampoco, aunque humilde, le sombrea mancha alguna que el recordarlo me cubra de vergüenza.

—¿Y bien...?

—Mi carrera, caballero, tiene dos fases; una risueña, gloriosa, sembrada de aplausos y de flor elevada de penas y quebrantos, de agitada esterilidad y de amargura... representa mi vida pública; porque si el mundo me conoce con sus bravos cuando finjo el sentimiento del amor, ahí, en esa escena, el mundo también lanza sobre mí sus anatemas cuando en vez de fingir siento de veras. En una palabra, caballero: las artistas no nos pertenecemos...

Al concluir la Ceriani levantó los ojos y vio cerca de nosotros a los dos hombres que las habían acompañado: uno de ellos con los brazos cruzados sobre el pecho lanzaba sobre nosotros miradas iracundas, que a través de la careta centelleaban como relámpagos vivísimos precursores de una horrible tempestad.

—¿Lo veis, caballero...? Si anoche me hubiérais aplaudido, el público todo hubiera quedado satisfecho; pero me hablais con-

fidencialmente, me dáis algo más que aplausos porque me dáis vuestro corazón, y el público se enoja a fuerza de egoísta, y nos observa...

—¡Señora! ¿Quereis que ahora mismo desaparezcan esos dos importunos?

—No, caballero: antes espero que desaparezcáis vos; he aquí el modo de justificarme vuestro amor.

—¿Es una prueba?

—Tal vez...

—¡Emma...!

—¡Ah! ¿Sabéis mi nombre? Bien: el que conoce mi nombre y mi jardincillo, no debe rechazar mis ruegos....

—Pero...

—Retiraos: dijísteis que os explicáis "mejor que la palabra por escrito..."

—¿Permitiréis que os escriba nuevamente?

—Como gustéis.

—¡Adiós, Emma!

—¡Adiós!

Diciendo así toqué apenas un dedo de su mano derecha que inmediatamente retiró con dignidad y salí del teatro en dirección al hotel. Al llegar a la puerta de este llegaba también uno de los compañeros de la Ceriani, el cual con voz fingida e interrumpida por la agitación de la carrera, me dijo:

—Muy bueno, Sr. Silvio. Nos habéis puesto en la frente la ceniza.

—¿Yo? —la repuse trémulo de cólera— ¿Y quién es el osado...?

—Basta, —repuso aquel— habéis confesado ser el que yo presumía y nada más apatezco ya de vos —y sin esperar mi respuesta desapareció.

VI
EXPLICACIONES QUE TERMINAN CON UN PACTO SANGRIENTO

A la mañana del siguiente dia entró Mauricio en mi gabinete, recogió el traje con que fui al baile de la noche anterior y desapareció.

Mi espíritu estaba fatigado, de modo que después de bañarme y de vestirme, volví a la alcoba y quedé prontamente sumergido en un sueño profundísimo.

—Pero de súbito oí que una voz conocida me nombraba y abriendo los ojos pregunté:

—¿Qué hay?

—¡Silvio! —Repitió la voz.

—¡Hola, Huberto! —dije y salté de la cama para abrazar a mi amigo al mismo tiempo que entraba el Barón de Luxling.

—Caballero Silvio —dijo éste tomando una silla y sentándose junto al balcón— tengo el honor de saludarlos.

—Y yo, señor Barón, el de repetirme a vuestras órdenes.

Aquellas palabras del Barón retumbaron en el gabinete como el rugido sordo con que el leopardo anuncia sus enojos. Huberto y yo nos mirábamos inciertos.

—Y bien —dije a Huberto con indiferencia— según nuestro amigo Luxling, debías estar medio mes en una hermosa quinta.

—En efecto —contestó— pero después vi que no era necesario estar ausente tanto tiempo y...

—Una traición, caballero Silvio, —repuso el Barón desde su asiento— ¡es tan corriente eso de engañaros unos a otros! Huberto me ha dicho mil veces que no reservaría cosa alguna a mi amistad, y sin embargo, urde una intriga funesta a mi reposo, la encamina, y se marcha luego al campo para ni aparecer actor a mis ojos, ni envuelto a los del mundo en las consecuencias... ¡Traiciones, caballero Silvio, traiciones, por todas partes...!

—¡Luxling! —le gritó Huberto, pálido como la muerte— ¡cada palabra tuya es una insulto y...!

—Señor Barón —repuse yo queriendo dar otro giro a la escena— cualquiera que no fuese yo diría al escucharos que os ha pasado anoche alguna mala ventura, y venís a descargar el humor sobre nosotros. Sed franco, pues, ¿qué os ha sucedido?

—Otra traición, caballero Silvio.

—¿Otra traición?

—Y unida a un desaire imperdonable.

—¿Cómo así?

—Preguntaos a vos mismo.

—¿A mí, señor Barón?

—A vos, señor caballero; a vuestra conciencia.

—Vamos —repuse sonriendo— me ha tocado mi vez de salir al blanco, y quiero probaros que os estimo recibiendo en paciencia vuestros tiros.

—¡Oh! vuestra resignación es, por Dios, lo que os cumple en este instante, caballero... pero no me basta.

—¿Sabéis, Barón, que con vuestro lenguaje estáis desconocido?

—¿Y eso os admira?

—Ciertamente...

—Pues más desconocido estábais vos anoche en el teatro, y sin embargo...

—¡Bah!, ¡bah! ¡bah! Acabárais con mil bombas... —y volviendome a Huberto añadía— ya está todo explicado, amigo mío. El Barón me convidó para ir al baile de anoche, y quedamos en reunirnos en el café; pero luego pensé que el insomnio me haría mal y me acosté. Él vio mi tardanza, sospechó que yo estaría en el teatro bajo algún disfraz, y hasta juzgaría reconocerlo en cualquier prójimo de los que allí bullían. Esto es todo.

—¡Silvio! —dijo el Barón levantándose— no añadáis así las burlas al desaire... Anoche estuvisteis en el baile con un dominó negro de cabos encarnados, y fuisteis reconocido por otro dominó a la puerta de este hotel...

Oyendo al Barón palidecí, porque en efecto las circunstancias de que había hecho mérito me condenaban, y mi conciencia, no teniendo nada que alegrar, se apresuraba a declarar la derrota en el semblante. Huberto, que se había sentado en mi cama molesto todavía con los cargos que le hiciera aquél, me miraba de hito en hito como quien espera una respuesta: yo lo comprendí y dije al Barón con energía.

—Y bien: todo lo que habéis referido es la verdad. Anoche debía andar solo para dar término a un negocio que me interesaba mucho y prescindí del compromiso que con vos había contraído.

—Ya, ya... aquel negocio en que también entiende Huberto...

—¡Tal vez...!

—Pues he ahí, caballero, que hemos llegado a la traición: ese negocio no es otro que vuestro amor mismo.

—Cierto; y como mío hago partícipe de él a quien me place.

—Y... amáis... a...

—A quien se me antoja, a la mujer que me ha inspirado ese divino sentimiento: amo y... pero, señor Barón, advertí que os excedéis de los límites que la consideración, si no la amistad, exige del hombre medianamente delicado...

—Caballero, no queráis convertiros ahora de reo en juez: se trata de vuestro amor a la Ceriani y no de la rabia que despierta en mi alma ese amor mismo...

—¡Cómo! Sabéis...

—Anoche la estuvisteis galanteando a mis barbas.

—Luego, fuisteis vos...

—Yo soy el que os espiaba, yo el que os nombró a la puerta del hotel. Ahora bien; me habéis desairado, citandoos yo al café, y en vez de acudir como ofrecisteis yendo al baile envuelto en un disfraz, me habéis hecho traición en el amor de la Ceriani.

—Y ¿qué os importa a vos, señor Barón, que yo la ame, ni quién os ha dicho que una amistad como la vuestra que todavía no ha pasado de la solapa de mi frac os da título bastante a convertiros en mi tutor?

—Si la amistad no, porque tampoco en este caso la he tenido en mucha estima, a lo menos mis derechos me autorizan a deteneros en el camino de vuestras absurdas pretensiones.

—Es decir que... yo tuve una máscara anoche sobre el rostro...

—¡Cierto!

—Y vos la tenéis siempre en el corazón.

—¡Caballero Silvio!... —gritó Luxling llevando su mano derecha a la cabeza y arrancando de ésta un poco de negrísimos cabellos. Huberto se levantó de la cama e interponiéndose entre los dos:

—Señores, —dijo— ni una palabra más, o de lo contrario...

—¡Caballero Silvio! —repitió el Barón fuera de sí— me complazco en encontraros hoy tan brioso.

—¡Siempre lo he sido! —le repuso con arrogancia.

—Difícil era sospecharlo ayer que os conocí llorando vuestro platónico amor como un salvaje, como un lugareño de... —y nombró a mi patria.

—Pero lo repito, —continuó— me complazco en encontraros tan brioso...

—¡Señor Barón...! Por segunda y última vez os digo que faltáis a las reglas que debe observar un caballero.

—Vos me habéis dado el ejemplo faltando a la consecuencia: amáis a la Ceriani.

—Y tenía que pediros permisos ¿no es así? ¡Vamos...! Os habeis propuesto ridiculizaros a nuestros ojos.

—Tal vez solo intente reponerme de ese ridículo mismo...

—No os comprendo.

—¡Amáis a la Ceriani...!

—Y bien —grité colérico— la amo y la amaré toda la vida.

—Yo también la amo, y mucho antes que vos...

—¡Ah...! ¿Sois entonces la espina que la punza...!

—Como vos, el perfume traidor que la seduce...

—¡Basta, Barón...!

—Silvio... —exclamó Huberto— en nombre de la amistad...

—¡Calla tú, miserable! —le dijo el Barón fulminándole una mirada horrible de furor— ¿te atreves a invocar ese sentimiento divino, después que lo ultrajas con descaro...?

—¡Luxling! ¡Luxling! ¡Oh! ¿Me has llamado miserable?

—¿Y bien...? ¿Eres acaso otra cosa? ¿Qué epíteto cumple mejor al hombre que se postra hasta desempeñar el papel asqueroso de un tercero, y que se complace así en matar las más hermosas ilusiones de un amante afortunado...? Sí, Huberto ¡eres un miserable!

—Ea, Luxling... —gritó Huberto soltando una carcajada diabólica— ¡sonó tu hora...! Te he estado oyendo con pena; porque si bien has estado cruel al principio, conozco que como amante celoso tenías en cierto modo derecho a quejarte. Pero me has ultrajado, y es justo que si maté tus ilusiones acabe mi obra matándote a ti mismo...

—¡No lo permito, Huberto! —exclamé participando de su ira— el Barón me ha insultado primero y...

—Tranquilizaos, caballero Silvio —repuso Luxling— ambos quedaréis cumplidamente satisfechos, mas a Huberto le perte-

nece de derecho la primacía, puesto que sus agencias en vuestro obsequio son el verdadero origen de esta escena.

—Pudiera justificarme victoriosamente de este cargo, —repuso Huberto— pero ya no es momento de charlar. ¡Luxling! ¡Tus armas!

—La pistola, que es la que más pronto despacha.

—¿El sitio?

—Detrás del parque.

—¿La hora?

—La del ocaso.

—¡Hoy mismo!

—Hoy mismo.

Diéronse las manos: luego Huberto me abrazó y bajó la escalera de la alcoba.

—Ahora, caballero Silvio, os toca a vos —me dijo Luxling tomando su sombrero.

Sin mirarle y con la expresión más profunda del desprecio la contesté.

—Vuestro pacto con Huberto, si gustáis.

—¿También a muerte...?

—Sin duda.

—Pues... hasta la hora de vuestro ocaso —y me tendió la mano.

—¡Mucha confianza es esa, señor Barón! —y repuse estrechando su mano convulsiva.

—La misma que me ha acompañado siempre en casos semejantes.

—Pudiera abandonaros esta vez.

—Sería peregrino cuando no veo razón para que me fuese esta vez esquiva.

—La suerte no siempre protege al temerario.

—Pero siempre se pronuncia en favor de la más pura conciencia.

—Veremos cuál de nosotros es el que toca hoy a su ocaso...

—¡Silvio! ¡Vuestro amor es el que nos mata!

—Basta; Barón... no pensemos en la causa para marchar de frente a los efectos, como al honor exige.

—Pues... ¡Adiós!

—Adiós.

Luxling salió, y yo me puse a escribir a mi familia refiriéndole toda la anterior escena, despidiéndome hasta la eternidad, y encargando secreto inviolable para, caso de sobrevivir, poderme ocultar a la poderosa acción de la justicia.

Mauricio, que lo había oído, todo entró a decirme que la Ceriani estaba desesperada desde que él le había contado lo que pasó en mi alcoba.

—¡La infeliz! —exclamé con dolor, y me encaminé al balcón para contemplar acaso la última vez su precioso jardincillo; luego despedí a Mauricio encargándole me llamara a las cinco y volví a acostarme. El sueño es el mejor antídoto contra las ideas desgarradoras.

VII
EL DOBLE DUELO

Mauricio, conforme se lo había prevenido, me despertó a las cinco. Entonces le pagué su salario hasta aquel día, y nombrándolo heredero de todo el mobiliario que nos rodeaba, le entregué lo que correspondía al alquiler de la alcoba. Luego puse el dinero en una faja, me la até a la cintura y salí mientras el fiel criado se arrojaba sobre mi cama, ahogado por los sollozos.

Tomé un coche, y quince minutos después me hallaba en el parque.

La tarde estaba lloviznosa, y las nubes corrían por la esfera en gigantescos grupos como anunciando una terrible turbonada: el viento silbaba meciendo las coronas de los robustos robles, y el ronco mar lanzaba sus rugidos a intervalos, que semejantes al eco de una lejana explosión venían restallando a mis oídos. Hubiérase dicho que la naturaleza preparaba ese lúgubre concierto de lluvias, nubes, vientos y rugidos como la decoración más apropiada a la escena que allí debía cumplirse.

Me senté en uno de los bancos de piedra que festonan el tendido parque, junto a un arroyo que mansamente resbalaba entre una alfombrilla de menudas yerbas, y me puse a recordar

las palabras del Barón para excitar más y más mi cólera y de este modo rechazar cualquier tentativa de reconciliación.

—Esta tardanza —me decía a mí mismo— es a la verdad sospechosa... ¿Acaso Luxling ha reflexionado, ha conocido su imprudencia; y aunque orgulloso ha satisfecho a Huberto con razones... luego habrá ido a mi alcoba para igualmente reducirme...? No hallándome, ni menos a Mauricio, me aguardará porque... ya se ve... ya no he de pasar aquí la noche en una necia expectativa... ¡Oh! ¡Pero se engaña...! El Barón me ha llamado "traidor": y como piensa Horacio, *necit vos missa reverti*, vos o palabra suelta nunca vuelve. También me dijo "salvaje, y lugareño, y amante platónico..." ¡No: no es posible que los dos vivamos! Es inútil, pues, que pretenda aburrirme de fastidio en este sitio, y que espere mi vuelta al hostal para calmarme... Mi amor, amenazado de una eternidad de zozobra y de celos, me grita más alto que todas las consideraciones juntas, y no he de abandonar este asiento si no es para matar a Luxling que me lo disputa, o para recibir la muerte de sus manos... ¡Pobre Emma! Tú me dijiste anoche en el teatro: las artistas no nos pertenecemos...

Oí un rumor de pasos por la espalda.

VIII
EXPLICACIONES QUE TERMINAN CON UN PACTO SANGRIENTO

—Sí, caballero Silvio, —gritó furioso el Barón llegando por detrás de mí, embrazado con Huberto— las artistas que, como otra mujer cualquiera, dan a un hombre su alma y su palabra, no se pertenecen ciertamente; y han de morir de dolor si motivos tienen para ello, antes que separarse de esa pauta, porque sus extravíos vienen en derechura a caer sobre el honor del hombre.

—Señor Barón, esta teoría es muy exacta —le respondí balbuceando— pero impropia del caso, intempestiva.

—¡La Ceriani no debió daros oído, señor Silvio!

—La Ceriani no es vuestra esposa, caballero; y como libre, como no atada a vos por el vínculo que simboliza aquel estado, llegó el día infalible en que le fuisteis fastidioso...

—¿Y entrásteis vos en mi reeemplazo...?

—No me creo obligado a responderos... si no es el idioma que nos ha traído a este lugar...

—¡Oh! por fortuna me es muy conocido, caballero Silvio: estad seguro que os comprenderé, y tal vez os pesará.

—Tanto mejor para vos —y volviéndome a Huberto lleno de indignación exclamé— ¿qué haces, pues...?

—Espero a que concluyan esas explicaciones necias para recordar a Luxling su deber.

—¿Estáis muy impaciente, caballero Silvio? —me dijo éste.

—Mucho, señor Barón...

—Pues... concluyamos. ¡Huberto! Vengan las pistolas.

Huberto sacó una cajita que traía debajo de la capa y de ella dos pares de pistolas, cuya carga rectificó escrupulosamente. Luego dio una al Barón y tomó otra. Miráronse un instante los adversarios; Luxling dijo:

—Antes de matarte, Huberto, deja que te dé un abrazo, como hacían los antiguos gladiadores... he sido tu amigo y... te he querido mucho mientras no fuisteis pérfido. Este abrazo será el adiós de la amistad y de la vida.

—¡Nunca, Luxling! —gritó frenético Huberto, dando dos pasos atrás para impedir que le abrazara— Mis brazos como mi corazón te rechazan con desprecio... Me has insultado sin razón, en uno de tus frecuentes extravíos: me has cubierto de oprobio aun mis ojos mismos; y ni tú como ofensor, ni yo como ofendido debemos pensar más que en matarnos...

Y corriendo a mí me abrazó con efusión.

—¡Oh, Silvio! —continuó— tu desobediencia a la voz de la amistad nos pierde a entrambos... Seguro de que tu violenta pasión a la Ceriani iba a ser para tus días una sucesión horrible de amargura, te saqué del teatro y te prohibí hablar... pero...

—¿Cómo, Huberto? —preguntó Luxling con espanto.

—¡Silencio! —repuso imperiosamente aquel.

—Dices que quisiste evitar...¡oh! ¡si fuera cierto! Habla, pues...

—No, porque si te probara que eres un insensato podrías reducirme a renunciar al duelo. ¡Luxling! ¡A medir los veinte pasos...!

—¡Óyeme, Huberto!

—Nada oigo si no es a mi venganza...

—Vive Dios, que no he de batirme ahora sin que nos expliquemos bien las causas.

—¡Luxling!

—Podemos estar en un error, Huberto...

—Lo que estamos es perdiendo el tiempo.

—Quizás esta tardanza nos salve.

—¡Oh! ¡tú si que eres un verdadero miserable...!

—¡Huberto! No me irrites.

—¡Anda a tu puesto, cobarde!

—¡Sea! Voy para probarte lo contrario.

Los dos adversarios unieron sus espaldas y a una voz anduvieron diez pasos cada uno en sentido opuesto, llevando las pistolas levantadas a lo alto; luego se volvieron de frente, desabrocharon su frac, tendieron los cuellos a la espalda y se contemplaron un instante: Luxling estaba pálido como un cadáver: su cabello echado todo hacia atrás le daba un aspecto horrible, y su mirada era seca y vidriosa cual la de un pez arrebatado a su elemento. En cuanto a Huberto, su rostro, por el contrario, estaba encendido, sus ojos chispeaban, y sus dientes martilleaban entre sí, revelando la convulsión violenta que sufría. Luxling había perdido, pues, su proverbial hermosura, y Huberto como el amante de Cimodocea se había velado en osadía y majestad, si bien ofreciendo a mi vista aquellos rasgos elocuentes de su justa indignación.

—¡Huberto! —dijo el Barón desde la distancia que ocupaba— tengo en el bolsillo un pasaporte cuyas señas de identidad y cuyo nombre en blanco... puede inscribir el que venciere... Si la casualidad te favorece, recógelo y sálvate: ahora... dime adiós, Huberto...

Pero éste, sin contestarle a nada de lo que había dicho, se volvió a mí exclamando:

—Adiós, querido Silvio...

—¡Huberto...! —grité sintiendo que una oleada de sollozos subía a mi garganta.

—Oye... yo también tengo en el bolsillo... pero no es pasaporte... ¡Silvio! Solo muriendo yo... ¿entiendes?

—Sí, generoso amigo.

—Amigo... ¡Oh, sí! Soy tu amigo mejor... Adiós... para siempre... Adiós,... ¡Silvio amado...!

—¡Adiós...! —murmuré, y una sonrisa de gozo rodó sobre sus lábios convulsivos

—¡Huberto! —volvió a gritarle Luxling— ¿y no tienes para mí ni una palabra?

Llevé los ojos al Barón y los aparté inmediatamente horrorizado: en la contracción de su rostro y su inmovilidad me pareció haber tropezado con un cadáver puesto de pie al poderoso influjo del galvanismo. ¡Oh! Su desfiguro entonces excedía a todo juicio y a toda explicación. Huberto le contestó:

—Para ti lo que tengo es una bala.

—Sea, repuso aquel. Silvio... medid vos el tiempo.

Ambos tomaron una actitud amenazante: yo me hice a un lado, levanté en alto las manos y di una palmada... pasado un instante, otra... ¡Oh! una más, y la vida es escapada para siempre de cualquiera de aquellos dos cuerpos, tan llenos, aun de juventud y de esperanza... Al fin... sonó mi última palmada... y una detonación espantosa retumbó por el vecino monte, al mismo tiempo que se desplomaron en tierra entrambos adversarios... Pero el Barón se levantó inmediatamente lanzando un sordísimo rugido y diciendo: ¡en pie Huberto! mientras yo acudía a este. ¡Oh! ¡qué espectáculo! La cabeza de mi infeliz amigo estaba casi hueca, pues la bala entrándole por la unión de las cejas había levantado hacia atrás la bóveda del cráneo y arrebatado en su carrera una de las más preciosas entrañas... La sangre brotaba de la herida como un manantial inagotable, y por lo tanto el pulso estaba sin acción... ¡mi querido Huberto, pues, ya no existía...!

El Barón, que me vio arrastrar el cadáver mutilado de Huberto para extraerlo del charco de sangre en que nadaba, acudió a ayudarme con el pecho todo teñido del mismo líquido... La bala de Huberto le había partido el hombro izquierdo.

—¡Murió! —dijo con rabioso sentimiento.

—¡Murió, señor Barón! —le contesté sofocado por la cólera— ¡y lo que es más sensible aún, murió inocente de la traición que le habéis atribuido...!

—¡Silvio... Silvio!

—¡Cuando os prestaba un servicio desconfiásteis de su amistad, y le recompensáis al cabo con la muerte...! ¡Sí, Luxling! la

noche que me sacó Huberto del teatro fue porque reconocí en Norma a mi amada; y sabiendo él lo que yo ignoraba, esto es, que vos también la amábais, y temiendo de mi parte una imprudencia a vuestro lado que nos hubiera comprometido, me arrastró de la luneta sin decirme una palabra. Luego me exigió que partiera, con promesa de ir en la noche siguiente a explicarme su conducta... ¡Infeliz! ¡Su viaje a la quinta no se lo permitió, y cuando vino fue a morir...!

—¡Oh! —gritó el Barón fuera de sí— ¡acabad de descorrer el velo, caballero Silvio! Acabad de asesinarme...

—Pues bien; mi criado, que por su voluntad también lo era de la Ceriani, sin querer me reveló que ella iba al baile con detenidas explicaciones del traje que él mismo le había comprado, para que me fuera más facil conocerla: entonces yo, que todavía estaba inocente de vuestro amor, falté a mi palabra y fui solo al teatro...

—¡Inocente, Silvio!

—Inocente, Luxling; pues vuestros insultos de hoy son los que han venido a revelármelo. Huberto sin duda vino de la Quinta para, cumpliendo su palabra que vos mismo me transmitísteis, evitar una catástrofe, y ya lo veis...¡Habéis matado a Huberto que por serviros me lanzó del teatro, al que pensaba conjugar más tarde mi pasión y a quien sin embargo llamásteis traidor y miserable! Pero...¡su muerte será vengada...!

—¡No, Silvio! ¡Yo no quiero derramar más sangre...!

—Es que no derramaréis la mía, caballero!

—¡Silvio!

—Ni Dios ha de permitir que hayáis arrebatado la vida a Huberto, que nada os hizo, y os felicitéis de ese triunfo horrible; ni yo tampoco sufriría que viviéseis después de saber que amáis a la Ceriani. Tomad presto la pistola, caballero: reconocedla vos mismo, y pedid perdón a Dios de vuestro crimen, porque... vais a morir.

—¡Caballero! vuestra arrogancia despierta mis enojos... ¡no podemos hollar los dos la tierra, amando vos a Emma!

—¡Callad, Barón! Ese nombre está de más en este sitio... aquí lo que importa es el valor...

—¡Oh! ¿Y cuándo me ha faltado...?

—No ha mucho os queríais excusar protestando horror a derramar más sangre...y eso se traduce entre hombres de honor por cobardía...

El Barón soltó una carcajada y se dirigió a la cajita en que se encontraban las pistolas. Entonces recordando que Huberto me había hablado de un papel que tenía en el bolsillo, me arrodillé ante su cadáver y registré su frac...¡Ay! El papel, todo teñido de sangre, era el dote de una joven de mi familia con quien debía casarse... Huberto le dejaba todos sus bienes...

—Caballero... —dijo el Barón acercándose con las pistolas en la mano— pues me habéis llamado cobarde, nuestro duelo es ya de todo punto inevitable...

—Señor Barón —le respondí desesperado— aun cuando yo retirara esa injuria, que me complazco en ratificar; aun cuando quisiera dar al olvido la causa solemnemente grave que aquí nos ha traído y consumir mi amor en las aras del vuestro; ¡siempre tendría que mataros para vengar a mi amigo y deudo Huberto...!

—¡Vuestro deudo!

—¡Mi deudo! Esta es la prueba —y le presenté el papel.

El Barón leyó y me devolvió el acto de donación de Huberto, mientras sus labios tomaban el color de la violeta.

—Decís bien, caballero —murmuró sordamente— ¡aquí no debemos pensar más que en morir!

—¡Barón... aguardo vuestras órdenes!

Luxling midió conmigo, como con Huberto, los veinte pasos de distancia.

—¡Silvio! —me gritó— creo que os reuniréis muy pronto a... pero... en caso contrario ya sabéis... aquí tengo un pasaporte...

—Es innecesario que me lo recomendéis: no sería yo, por Dios, tan insensato que teniendo ese recurso me sometiera a las persecuciones de la justicia por haber librado a la sociedad de un monstruo.

—¡Caballero! No es hora ya de insultos...

—¡Una...! —dije marcando el tiempo y sin prestar atención a sus palabras.

—¡Dos...! —respondió el, y las bocas de las pistolas apuntaron de lleno a nuestros pechos.

—¡Tres...! —gritamos ambos y los dos tiros se confundieron en uno... El humo no me permitió ver de momento el cuerpo de Luxling; mas apenas se desvaneció como una nube agitada por las auras cuando le descubrí tendido boca abajo y sin movimiento alguno. Entonces corrí a él...¡ah! mi bala había penetrado por la

parte superior de sus costillas hacia el lado izquierdo interesándole el corazón... Tenía los ojos abiertos: pero en la agonía sus pupilas se ocultaron, presentando en cambio dos globos de un blanco mate, que unidos a la contracción de su boca y el pronunciamiento de sus mandíbulas me causaron un espanto invencible.

Mi primera diligencia fue apoderarme del pasaporte y huir de aquel sangriento escenario, hasta el día siguiente en que abandoné la ciudad funesta y comencé a luchar con la más tenaz persecución. Un mes después mi nombre se leía en los papeles públicos... ¡hasta en mi patria misma me condenaron...! Desde entonces no sé qué es felicidad: los remordimientos me consumen y la existencia me fastidia.

Ahora, Anatolio, decid si os parece, que sois el más desdichado de los hombres, ante este que veis envejecido, lejos de su familia y de su patria.

Pero Anatolio guardó silencio, dándose interiormente el parabién, porque su proscripción exenta de semejantes, dolorosas premisas, no le cerraba para siempre el puerto de aquella patria tan infeliz como digna de mejor suerte.

LA CAMPANA DEL HIGO

I

Era el... de 1514.

Los honrados y alegres habitantes de La Vega Real se levantaron con el más hermoso día de cuantos lucieran hasta entonces en la romántica Quisqueya para celebrar la fiesta de su Santísima Patrona. Infinidad de banderas suspendidas en altas varas de bambú se destacaban así de las bocacalles y de las azoteas de las casas como de la torre de la iglesia, batiendo inquietas a impulsos de la brisa, y entre las espesas nubes de humo que desde los pedreros y las carabinas corrían a desvanecerse en el vacío. Ni una sola ventana se descubría desnuda de la ritual cortina de damasco labrado, ora azul o amarilla, ora punzó; ni una esquina en que no se viera enclavada la gallarda palma, ni una casa, en fin, de cuyo interior no saliesen torrentes de armonía producida por flautas y guitarras, acompañando dulcísimas canciones. Los muchachos, heraldos de todos los festejos, corrían en oleadas, disparando profusión de cohetes al son de estrepitosos gritos: los jóvenes regateaban sobre caballos ligeros como el pensamiento, ya cubiertos de polvo y de sudor; y las vírgenes, agrupadas en las puertas, aplaudían a los vencedores, y se recordaban las alegrías prometidas en el baile

dispuesto para la noche, después de la salve, o se cambiaban dulces y sonoros besos de concordia. Era, pues, uno de esos días particulares y solemnes en que los pueblos asocian lo religioso a lo profano en la efusión de los regocijos, pero siempre contenidos en la respetuosa órbita del orden; uno de esos días en que los deberes públicos gozan de tregua sin provocar el escándalo; en que la libertad de acción despliega todos sus recursos, sin merecer por ello el siniestro nombre de licencia; por último, uno de esos días únicos, exclusivos, y al mismo tiempo suspirados, en que la prudencia se disfraza con el traje de la locura, la temperancia con el del abuso y la debilidad con el de la fortaleza. Porque es evidente que ni el octogenario se excusa entonces de tomar asiento en la gran rotunda de la alegría común, so pena de una multa pecuniaria para dar con ella doble esplendor a los festejos, o de una burlona cencerrada; cuyo eco lo apaga solo, aunque más tarde, el sufragio de un baile, o de un banquete.

La Vega en ese día parecía dispuesta a sellar su fama de rumbosa y entusiasta, fama que le acordaban sin violencia los otros pueblos de la jurisdicción, y aun los de su provincia rival, o sea Santiago. Así, pues, la noticia de sus fiestas se repartió por unos y otros despertando en todos igual entusiasmo, y desde las primeras horas de la mañana comenzaron a entrar en la ciudad interminables pelotones de caballerías conduciendo jóvenes de ambos sexos que, apenas se les columbraba atravesando el manso río Agua Santa, cuando eran objeto de salvas atronadoras, de músicas, de coros verdaderamente infernales, de palmadas y de rechiflas que concluían en abrazos y besos cariñosos.

El cura de la parroquia, que era al mismo tiempo el ídolo del pueblo, estaba frente a la puerta principal del santo templo, o, mejor dicho, en la plazuela, dirigiendo a varios hombres que allá en lo alto colocaban la gran culebra de fuego que había de quemarse al terminar la salve. Era este señor como de cincuenta años, y la dulzura de su rostro solo pudiera compararse a la que pinta el del niño cuando acaricia a su madre. Llamábanle el padre Eduardo, y queríanle entrañable y doblemente, es decir: como ministro de Dios y como hombre; porque sensato y exento de extravíos, lejos de ganarse la devoción de sus feligreses por el desfiladero peligroso del fanatismo, o de las inconducentes

amenazas, era señor de sus corazones y dirigía sus conciencias con las suaves bridas de un amor purísimo, con la predicación de doctrinas que persuadían sin violentar, y con el ejemplo de virtudes que en la práctica marchaban por un rumbo muy opuesto al de la ya desprestigiada hipocresía.

Los grupos de regateadores pasaban por la plazuela en sucesión fatigadora, oyendo siempre los consejos con que el padre Eduardo quería convidarles a que moderasen la carrera, temeroso de alguna catástrofe; pero en el delirio del triunfo librado a los esfuerzos supremos de sus corceles, poco caso hacían de los avisos. Los labios del sacerdote murmuraban entonces una brevísima oración, y seguían trasmitiendo órdenes a los hombres que se hallaban ocupados en la torre.

Serían, pues, como las cuatro de la tarde cuando rendidos de cansancio los jinetes marchaban a sus hogares por la misma plaza de la iglesia.

—Al fin —les decía el padre Eduardo con su habitual mansedumbre— la falta de fuerza os restituye el juicio.

—En efecto, querido padre —le contestaban todos— pero en la mesa recuperaremos ahora nuestros bríos. ¡Ea! Venid con nosotros.

—No es posible porque hago mucha falta aquí; sin embargo, os agradezco la invitación con toda el alma.

Siguieron aquellos su camino.

—Dos hombres a caballo se detuvieron pocos minutos después delante del sacerdote. El uno era joven y estaba elegantemente vestido; el otro como de cuarenta años, cargaba el modesto traje del campesino.

—Señor cura —dijo el primero— vengo a obtener una respuesta concluyente.

—Hijo mío —repuso aquel con dulzura— mi respuesta de hoy es la misma de siempre.

El semblante del joven se contrajo.

—Repetídmelo —añadió— porque las razones en que os apoyáis me parecen controvertibles, y en este caso la discusión pudiera conduciros a la reforma que apetezco.

—Mis razones son hijas de mi deber como ministro del altar, y no se prestan a reformas que no partan, cuando menos, de la Diócesis.

—Con que... ¿no me casáis entonces...?

—Hijo mío, yo no puedo casarte con una hermana de tu difunta esposa, viuda de un hermano tuyo; y que además te ha bautizado un niño, sin que obtengas las dispensas necesarias. Mis facultades no alcanzan a tanto.

—Pero, ¿no tenemos vacante la mitra?

—Desgraciadamente es así.

—Y bien, ¿qué remedio me queda?

—El de encaminar tus súplicas a Roma.

—Pues... así lo haré: entre tanto dirigid las vuestras al cielo...

Y arrimando la espuela al vientre del caballo desapareció de aquel círculo hervoroso de cantos, detonaciones y armonías, para sepultarse entre la tupida arboleda que se agrupaba a las márgenes del río. El padre Eduardo le seguía tristemente con la vista y murmuró cuando se ocultaba:

—¡Cuán afligido lleva el corazón! ¡Ni aun ha mirado al pueblo en el día de sus regocijos...!

Luego, volviéndose al campesino:

—Y bien, hijo mío —exclamó— ¿qué me quieres?

—Señor cura... mi mujer está enferma y quiere confesarse esta tarde.

—¡Oh! Eso es muy justo.

En seguida dio orden a los operarios para que bajaran de la torre, puesto que habían concluido de colocar los fuegos, se embonó el hábito en la sacristía, y acompañando al campesino que entre tanto le había ensillado un caballo, salió del pueblo y atravesó el río orando a media voz.

Las canciones habían cesado en el pueblo; pero en cambio sus moradores improvisaban redondillas análogas alrededor de las mesas, chocaban copas y se regalaban recíprocamente bocados de manjares exquisitos con todos los golpes de la galantería más esmerada. Y seguían por las calles los gritos de los pilluelos, de esas naturalezas *inenarrables*, como dicen los franceses, o de esas especialidades, como decimos nosotros, que inauguran las fiestas, y las presiden, y las acompañan hasta apagar la última luminaria y recoger el último vahido. Y seguían las explosiones de la pólvora, estremeciendo los edificios en sus sólidos cimientos, y suspendiéndose nuevas banderas al aire; y se barrían las calles, y se cu-

brían de sillas para salir más tarde a tomar en ellas el aromático café y el rico andaya.

Una hora habría trascurrido desde que los habitantes de La Vega se dieron a las delicias del banquete, cuando un caballo enjaezado, pero sin jinete, y todo tinto en sangre, entró a escape por la calle principal, no parando hasta la plaza de la parroquia, al mismo tiempo que la campana mayor daba tres golpes con una lentitud horrible.

—¡Los santos óleos!... —exclamaron al oírla todos los vecinos.

—¡Omnipotente Dios! —salió gritando por las calles el aterrado sacristán— ¡la campana sola, señores!: ¡ella!... ¡mirad la llave del campanario!... Ella sola pidió los santos óleos... ¡Pero qué veo! ¡Aquel caballo ensangrentado es el mismo en que nuestro párroco salió hará una hora a recoger las últimas palabras de una moribunda!... ¡Oh!... ¡Lo han asesinado!... ¡Sí!... ¡Lo han asesinado!

Y corriendo adonde estaba el animal cabalgó con la agilidad de un loco, y se lanzó camino del río seguido de la juventud que aún mantenía ensillados sus bridones.

Tristes quedaron las vírgenes del pueblo, llorando amargamente aquel suceso, que envolvía en una nube de luto sus ilusiones más hermosas; mientras los ancianos, agrupados con espanto en la plazuela de la iglesia, no acertaban a construirse el fenómeno de haber sonado tres veces por sí sola la campana, sino era colocando el hecho en el catálogo de los milagros. El tiroteo cesó como por encanto: rodaron hasta el suelo las banderas, se recogieron una por una las cortinas, volvieron las sillas a su lugar común y a sus chozas los pilluelos.

Era ya la noche: un grupo muy compacto de personas venía del lado del camino que conduce a Moca. El gobernador de la provincia salió a su encuentro, asistido del alcalde y del notario, y así como estuviera a voz les interrogó de esta manera.

—Decidme, señores ¿nuestro buen cura es el herido?

—¡El mismo! —respondieron todos a la vez.

Apresurando entonces el paso llegaron hasta el grupo. La luna, entera y limpia, proyectaba el más hermoso de sus rayos sobre la pálida frente del venerable sacerdote.

—¡Padre mío! —exclamó el gobernador, todo conmovido.

—¿Qué me queréis... excelente amigo? —contestó con trabajo el padre Eduardo.

—¡Ah! ¿Respiráis todavía? ¡Loado sea el Señor!

—¡*Per omnia seculax seculorum*! —dijo el herido con solemnidad.

—¡Amén! —respondieron todos en coro.

—Y bien, ¿quién os hirió...?

—Señor, lo ignoro...

—Un hombre, sin embargo, salió con vos de La Vega...

—Cumplida mi... misión... ese hom... hombre... ese hombre me acompañó un...nn buen trecho... luego... se... se retiró... La herida... fue... Y el sacerdote se desmayó.

Los que le cargaban y los que le custodiaban redoblaron el paso, entrando en el pueblo como en una procesión, es decir, silenciosos y compungidos. Después de varios pareceres sobre el local a que habrían de conducir al moribundo párroco, se resolvió que fuera a la morada del Gobernador. Entraron, pues, en ella; y colocándole en un catre de viento se arrodillaron en derredor, mientras el resto de la asombrada población invadía la casa, toda ávida de contemplarle en sus últimos momentos.

Entre tanto el campesino volvía a La Vega. Un hombre cubierto hasta los ojos con su capa, y que marchaba en dirección contraria le interpeló de esta manera.

—¿A dónde vais, Sanabria?

—Señor, mi esposa ha muerto en esta misma hora y corro a preparar su entierro.

—Pues volved grupas, amigo mío: nuestro amado padre Eduardo ha sido mortalmente herido cuando también habrá una hora que cruzaba este camino.

—¡Cielos...! —Exclamó Sanabria; y contra el precepto del desconocido se lanzó a escape. Aquella voz no le era extraña; de modo que dando crédito al aviso apenas entró en el pueblo se encaminó al alojamiento provisional del padre Eduardo, al que llegó cuando este decía trabajosamente "¡Hijos... míos!... recibid... to... todos mi ben...dición!"

—¡Padre cura! —gritó Sanabria, abriéndose paso hasta el mismo lecho de muerte— ¡yo quiero algo más que vuestra bendición..! Conmigo salisteis sano y risueño de esta ciudad y habéis vuelto solo, pero agonizante... ¡Declarad aquí, por la gloria de vuestra alma, cómo se llama el asesino!

—No se llama... Sanabria.

—¡Respiró! —dijo este con solemnidad.

—¡Su nombre! —repuso impaciente el gobernador.

—¡Me... me hirió por... la espalda...!

Las campanas comenzaron a herir el viento con el doliente toque de agonía...

—¡Otra vez! —exclamó el sacristán temblando de pavor— ¡he aquí la llave de la torre... y sin embargo, suena la campana: ¡suena...! ¡Escuchad...!

También el padre Eduardo la oyó: sus labios sonrieron, murmurando el sublime *Pater, in manus tuas commendum spiritum meus*, cerró con tranquilidad los ojos, ¡y su alma se remontó a la mansión de los ángeles...!

Un temblor prolongadísimo se percibió instantáneamente, produciendo en los habitantes de La Vega el espanto de la muerte. La luna huyó del mundo; las nubes bajaron hasta tocar en las almenas de las azoteas; los árboles de las inmediaciones batían y mesaban sus copas con estrépito hasta arrancarse de raíz; las casas se derribaban sepultando cuanto se encontraba en su interior; la tierra oscilaba se cuarteaba, abría bocas inmensísimas, y precipitaba en sus entrañas palpitantes todo lo que encontraba al paso. Gritos de desolación, lamentos de los heridos en aquel desconcierto de la naturaleza, el río que roncaba al precipitarse en los abismos imponderables de su nuevo incierto curso, los silbidos horrísonos del viento corriendo miles de leguas por segundo, ¡ay! todo parecía anunciar que la hora solemne del exterminio universal había sonado en la invisible péndula del tiempo.

—¡Misericordia! —gritaban sin consuelo las mujeres arrodilladas en medio de las calles a efecto de las trepidaciones irresistibles de la tierra— ¡Misericordia!

Y los hombres corriendo sin tino, para caer y volverse a levantar, respondían a la plegaria con estas palabras: —¡Es el terremoto! ¡Encomendemos al cielo nuestras almas, porque no hay salvación sobre la tierra...!

Sanabria, que a las primeras indicaciones del terremoto había salido de la casa del gobernador y montado en su corcel, se destacó por la sabana con los cabellos derechos de terror, pensando en la aflicción que devoraría entonces el alma de su única hija, niña de ocho años, al verse sola en una casa de campo y al lado de una anciana hermana de él mismo mientras se operaba aquel

fenómeno. Dominado por esa idea, y a pesar de la oscuridad que le rodeaba, clavaba sin compasión los hijares del caballo, de manera que pronto atravesó el hermoso río, no sin peligro de que se hubiese sepultado en sus corrientes y entró por la misma arboleda en que habían herido al virtuoso sacerdote. Un estremecimiento súbito agitó hasta el más débil de sus músculos, mientras el caballo lanzando roncos resoplidos, detuvo la carrera indiferente al dolor que la espuela le causaba en sus costados, verdaderos manantiales de sangre. La tierra en aquel momento dio una fuerte sacudida, haciendo que jinete y cabalgadura se desplomaran a la vez: un relámpago vivísimo cruzó el espacio... Sanabria paseó en derredor sus atónitas miradas, y a la luz del meteoro descubrió un objeto pequeño, pero en parte muy brillante. Acercóse a gatas, porque la tierra no le permitía mantenerse derecho, le tomó en sus manos, y volviendo a montar desapareció.

Entre tanto la ciudad de La Vega se había destruido totalmente. Solo escaparon algunos de sus habitantes, dos paredones de la iglesia que aún existen en pie, una de las campanas de ésta, enganchada en la horqueta de un árbol corpulentísimo llamado *higo*, donde sin duda la arrojó alguna columna del vigoroso viento que soplaba, y las robustas murallas de un castillo. Todo lo demás quedó convertido en una vasta tembladera.

II

Doce años después de los dolorosos acontecimientos que se dejan referidos, se levantaba la nueva ciudad de La Vega en un pintoresco llano que se encuentra al Sureste del río Camú; siendo la mayor parte de sus edificios sumamente humildes, antes que por falta de elementos para darles la elegancia y solidez necesarias, por el temor justificado de un nuevo desconcierto. En efecto: desde esa fecha a la presente sólo se construyen casas de tablas de palma y guano, salvo alguna excepción muy señalada. Así, dado caso que se repitan, como aconteció en 1842, esas escenas indescriptibles en que la naturaleza parece que pierde el equilibrio y amenaza consumar un homicidio gigantesco, ni los

derrumbamientos producen en la humanidad tantas catástrofes con el peso de sus grandes masas, ni los que sobreviven tienen que unir a las lágrimas de la conmiseración las de una ruina absoluta que trueca en líquido y vaporoso humo sus haberes.

Los fundadores de esta nueva ciudad, en su mayor parte restos de la antigua, vivían (como viven hoy) consagrados al culto de todas las virtudes, no sólo porque ellas han sido siempre la brújula del dominicano en general, sino porque de este modo y en cualquier emergencia sobrenatural, jamás les abandonaba la dulcísima esperanza de merecer en la otra vida el galardón y descanso que sobre la tierra puede decirse son delirios. Y como la pureza de las costumbres entra por mucho en la virtud, y como ellos las observan a cual más y mejor, resultó que todos constituían una familia; no oyéndose jamás una desavenencia, una queja o una frase disociadora entre algunos de sus infinitos miembros, la cual viniese a tender una sombra sobre el tranquilo ciclo de la común felicidad.

Casi en los límites de La Vega antigua, o sea al pie del Santo Cerro, vivía un anciano labrador acompañado de una hermana todavía mayor que él, y de una hija que frisaba ya en las 20 primaveras de la vida. Florinda, que así era su nombre, unía a una hermosura prodigiosa todos los encantos de un carácter suave y tierno, que la hacían sin querer el bello ideal de cuantos tenían la fortuna de tratarla. Conocedor del mundo, el viejo Pedro no la dejaba sola sino entre el cercado de *mayas* que ceñía su cacagual; porque pensaba, y con sobrado tino, que no todos los hombres son hidalgos, y que con el dulce lenguaje del amor más han sido las lugareñas conducidas al oprobio que las levantadas al paraíso de la honra. Esto no quiere decir que sus derechos de padre declinaran en una insoportable tiranía, puesto que lejos de eso, y principalmente por las noches, admitía a tertulia bajo el fresco colgadizo del bohío a los jóvenes de ambos sexos del contorno; pero demuestra por lo menos que centralizando en esa hija todos los sueños de su vida temía por ambos a la vez, y aceptaba el cargo de veedor perpetuo que le había impuesto la experiencia, primero que por abandono llorar más tarde sobre la dura tarima de la afrenta...

Religioso sin prostituir la creencia, cumplía con todos los deberes impuestos por la iglesia, en unión de su hija y de su

hermana, para cuyo efecto las llevaba en los días de precepto a la célebre capilla del Santo Cerro, o bien a la parroquia de La Vega; soliendo dejarlas en este último punto hasta la nueva aurora en la morada de la madrina de Florinda. Así se dio involuntariamente a conocer aquella joven entre los galanes de La Vega, y así contra las teorías del viejo Pedro, abrió la fatalidad un ancho flanco en el largo tiempo bien guardado jardín de sus amores... ¡Oh! ¡Cuántas y cuántas veces el exceso de la vigilancia excita una curiosidad insistente de parte de los menos impresionables, y concluye por inspirarles el capricho de traicionar esa vigilancia misma!

Florinda tenía una infinidad de admiradores que la contemplaban en silencio siempre que venía a La Vega; habiéndose concertado todos entre sí conservar esta actitud hasta que ella con su mirada, o su sonrisa, revelase cuál era el más aceptable a su corazón. Semejante pacto, que parece contrario al despotismo de la juventud tratándose de la mejor de sus pasiones, procedía, primero, de la unión en que vivían y querían mantenerse, sin escuchar en ningún tiempo la voz de las rivalidades turbulentas que pudiese recavarla, y segundo por estar seguros de que tan luego como el tío Pedro averiguase sus aspiraciones, sepultaría a Florinda en el apartado cacagual, sin dejarla ver más que los domingos en el templo, y eso cubierta por el escudo de sus ojos. Así, pues, en los paseos por el río, como en las cabalgatas y en los bailes, andaban alrededor de la doncella sin que nadie absolutamente pudiese descubrir en ellos ni la más remota sombra de interés.

Pero menos generoso y delicado, uno que por contar seis lustros de edad no formaba parte de aquella noble juventud, vio a Florinda, y desde luego juró en el fondo de su corazón que había de marchitar las rosas de su pudor siquiera fuese para enseñar a los otros a triunfar de los obstáculos. Este hombre original concertó, pues, su plan de ataque bajo un reglamento inviolable de reserva, fuese ya porque se hallara aprisionado de antemano en la tupida red de algún vínculo social y temiese el escándalo, fuese porque quisiera así quedar a salvo de cualquier responsabilidad después de coronados sus propósitos. Al efecto comenzó a rondar por los linderos exteriores del cacagual, en que, como queda dicho, Florinda tenía la libertad de pasearse a sus antojos.

Una tarde logró verla, pero a gran distancia, sin embargo, no fue tanta como para no determinar bien sus facciones, que gra-

bó cuidadosamente en la memoria, —porque a derechas no la había visto antes sino a la carrera de un caballo—, y para marear el punto donde ella solía sentarse a tejer una guirnalda de flores, que era a las orillas del arroyo. Así continuó cerca de un mes, estudiando las entradas y salidas de la finca con el interés de un verdadero salteador, sin que fueran parte a distraerle de sus observaciones maquiavélicas ni el sol ardiente, ni las lluvias. Su presencia en aquellos lugares desde el toque de oraciones era tan segura como las indicaciones de un cuadrante; teniendo, sin embargo, el cuidado de ocultarse entre los montes siempre que por el camino venía algún transeúnte.

Al fin, desesperado de perder el tiempo en una observación ya casi inoficiosa, y contando con la impunidad que le garantizaban aquellos lugares solitarios, resolvió consumar su inicua obra. Al efecto una tarde llegó al pie de la cerca en su caballo, que ató a un árbol algo oculto, trayendo consigo un pañuelo en que recataba alguna cosa. Su semblante estaba descompuesto, y era su mirada inquieta. ¡Siempre las malas acciones se reflejan en el rostro por más que constituyan un hábito en el hombre! Largo rato estuvo incierto sin saber si renunciaría a la idea que le dominaba, o si por el contrario debería marchar a su cumplimiento en derechura, hasta que al fin se resolvió por esto último. Entonces desató el pañuelo, envolviose en un dominó negro que extrajo del interior, y atándose la careta de cera, igualmente negra, salvó de un salto la cerca de maya y fue a esconderse tras una javilla robustísima próxima al arrojo, cuyo tronco después de las raíces tenía el espesor de una muralla.

Media hora había transcurrido cuando la bella Florinda se llegó al arroyo trayendo en el delantal todo un jardín, por lo variado de las flores con que, como de costumbre, se prometiera entregarse a la construcción de su guirnalda; mas apenas se hubo sentado cuando su espía salió de súbito, mostrando en la mano derecha una pistola. La presencia de aquella figura, para cuya contemplación no estaba Florinda preparada; el arma que blandía a sus ojos espantados y su timidez natural, hicieron que sin articular una palabra, sin dar un grito, rodase desmayada sobre la yerba...

La luna se envolvió en un tupido manto de nubes para no presenciar el triunfo de la depravación más inaudita...

Y el miserable que cometió tan horrendo crimen huyó después sobre su caballo, dejando marchita aquella flor bellísima...

Vuelta al cabo de su fatal desmayo, cárdenos los labios, tendida al aire la cabellera y con la errante mirada de la demencia, Florinda se arrastró desde el cadalso de su virtud hasta las puertas del bohío. Al verla llegar así su tierno padre, saltó de la *hamaca* en que al descuido se mecía; pero no pudo dar un solo paso, y clavado en medio de la pequeña sala sintió que una lágrima furtiva humedecía su curtido rostro.

—¡Entra, hija mía! —dijo con el acento de quien desea y teme al mismo tiempo.

—¡Excusadme por Dios, amado padre, si esta vez desoigo vuestra voz! —Así respondió la avergonzada joven mientras se ponía de rodillas.

El viejo, entonces superior a la inercia que le había embargado un momento, corrió a la puerta exclamando:

—¿Qué dices, Florinda?

—¡Oh!.. Yo no puedo entrar sin vuestra promesa de perdonarme... —Y la joven prorrumpió en un llanto abundantísimo que interrumpían a intervalos los sollozos.

—Bien... pero... ¿qué misterio?... ¡Lloras...! ¡Estás trémula...! —Esto dicho la tomó en sus brazos.

—¡Ay padre del alma...! ¡Si estuviera solo trémula...!

—¡Vamos: tranquilízate! Aquí tienes una silla... Ahora, dime qué es lo que produce en ti tanto olvido de mi amor, cuando para entrar en tu casa has invocado primeramente mi perdón.

—Yo no soy culpable, padre mío; pero...

—Acaba, por Dios, que me mata esta agonía. ¿Te han arrancado algún voto por la fuerza?

—Más todavía, señor...

—¡Florinda...!

—¡Me han arrancado por ese medio mismo... por la fuerza, lo que hay de más hermoso en nuestra vida...!

—¡Calla! ¡Calla! —gritó fuera de sentido el tío Pedro— ¡Ah! No lo digas otra vez... ¡No! ¡Porque sería capaz de reventar mi corazón minado por la pena...!

Pero la deshonrada joven no le oía: su hermosísima cabeza, desvanecida por el recuerdo de la inmediata desventura, se inclinó sobre aquel seno más bello que un jazmín, mientras que sus

negros ojos se cerraban exprimiendo las postreras lágrimas que le arrebataba del alma la más penosa de las revelaciones. Entonces el anciano detuvo el arrebato involuntario, aunque consiguiente de su cólera, para acudir en auxilio de aquella a quien por desgracia tocaba la mayor parte en el dolor común a la familia.

—¡Ídolo de mi alma! —le dijo, mientras la estrechaba en sus brazos dulcemente— tú eres la que debes perdonarme, pues he sido demasiado cruel contigo.

Animada Florinda con estas palabras, nunca más dulces que dichas por un padre, refirió la escena acontecida en mal hora cerca del arroyo. El tío Pedro la oyó con toda la calma que le fue posible aparentar, luego le estampó un beso en la frente, y añadió:

—Pues que no hay culpabilidad alguna de tu parte, yo te adoro, ¡oh desgraciada hija mía! Con el mismo entusiasmo, y la admiración misma con que siempre te adoré.

—¡Gracias, señor! —Dijo interrumpiéndole aquella, sin levantar los ojos de la tierra.

—En cuanto a la ofensa de que has sido cobardemente objeto, ella me pertenece casi toda, y juro a Dios que no será menos horrenda la venganza... Poco importa que el villano se valiera de un disfraz. ¡Oh! Yo le descubriré; y así como él supo descartarse de tu valor con una pistola, sabré a mi vez vencer las ventajas de su posición, sea cual fuere, para con un puñal dividirle el alma en dos mitades. Por ahora, hija mía, procura ocultar al mundo tu dolor, con especialidad a la pobre Carmen, que al punto de comprenderlo expiraría, siendo así que ella te hace mucha falta. Vamos: recoge esas lágrimas, y vuelva la sonrisa a ocupar el lindo trono de tu boca, por lo menos fuera de la alcoba. La aficción nada remedia: trata, pues, de dominar la tuya, y confía en el amor de tu padre.

Sonrió Florinda con tristeza, besó la mano de aquel hombre generoso, y se retiró lanzando un lúgubre suspiro. Lo que pasaba más allá de exterior, en el fondo de su lastimado corazón, solo Dios bastará a comprenderlo.

El anciano desde entonces no volvió a ocuparse del adelanto de la finca, que propiamente dicho, quedó convertida en reclusión eterna de Florinda. Y este abandono venía de que su alma solo acariciaba el placer atroz de la venganza, placer que tenía la seguridad de saborear, porque a más de la suprema fe que

siempre inspira la defensa de una causa justa contaba con el auxilio de una naturaleza vigorosa, y lejos de arredrarle la juventud que suponía en su ofensor daba por cierto hacerla despojo de su triunfo. Discreto en su amargura, nunca recordó dentro del bohío el infortunio que pesaba sobre toda la familia; pero desde que salía al camino real se le llenaba de rabia el corazón, y marchaba analizando a solas los medios más conducentes al servicio de sus nobles exigencias.

Separábase una tarde de su hija, que le acompañara hasta la portada de la finca, cuando al abrazarla sintióle el corazón muy agitado, y advirtió que sus ojos buscaban con espanto algún objeto, el cual al parecer se ocultaba tras un espeso montecillo. La joven se retiró al fin, y el anciano emprendió poco a poco su camino sin manifestar curiosidad, pero dispuesto a observar con más calma que su hija.

Poco después salió del monte un hombre, también a caballo; y suponiendo que algo distante el tío Pedro no pudiera estorbarle en su propósito se aproximó a la portada. Un grito agudo resonó en aquellas austeras soledades.

—¡Gracias, justiciero Dios! —exclamó con júbilo el tío Pedro, y partió a todo galope en seguimiento del desconocido, que también emprendió la carrera a son de huida, calándose antes el sombrero de paja hasta las cejas.

Una larga hora había transcurrido, en la cual ambos jinetes cruzaron ríos, escalaron montañas y salvaron vastísimas llanuras, cuando más allá de *Agua Santa*, casi sobre las tembladeras de la antigua Vega, se detuvo el perseguido y echó pie a tierra con una resolución inesperada. Hizo otro tanto el anciano, y al encararse con aquel vio que tenía el rostro oculto detrás de una careta.

—Veamos, paisano, —dijo el disfrazado, jadeante de cansancio, al mismo tiempo que quitaba la hebilla a una de las cañoneras— veamos por qué razón me vienes persiguiendo desde más allá del río Verde.

—Para saberlo ni es necesario que os arméis de una pistola, que os juro os será inútil, ni tampoco que me tratéis con una confianza a que nadie menos que vos tiene derecho. En cuanto a la razón porque os persigo, a vos toca el darme cuenta de ella, y tened entendido que habréis de dármela muy estrecha.

—Pues bien; hablad, y sed breve sobre todo. Pero ¿sabéis que vuestro lenguaje es muy curioso?

—¡Todavía lo es más vuestra conducta!

—¿Me insultáis? —Y volvió a requerir la cañonera.

Tío Pedro le dio un fuerte empellón que le apartó ocho pasos del caballo diciéndole con reprimida cólera:

—¡Eh, señorito! Dejad ahora la pistola, y vamos desatando pronto esa carreta que no se trata aquí de causar miedo a una virgen para arrebatarle la mitad de su existencia; sino de responder al padre que os pide cuenta de ese crimen.

—Señor mío —repuso el desconocido con serenidad afectada— vuestra preocupación os defiende de la responsabilidad que provocan esas palabras. Siendo cierto lo que decís, os compadezco, porque no hay duda: crimen, y muy grave envuelve el hecho de que habláis; pero nadie os autoriza a tomar por el culpable al primer que se presenta a vuestros ojos.

—¡Menos retórica, caballero! —gritó furioso el tío Pedro— Menos retórica, y vamos igualando la partida.

—Vamos igualándola —repuso aquel, algo turbado.

—¡Abajo esa careta!

—No creo que sea necesario para darnos a entender.

—Yo sí lo creo, y mando por última vez que os la quitéis.

Hízolo el incógnito; y su interlocutor al verle el rostro sintió una contracción horrible en todo el sistema muscular: le había reconocido.

—¡Y bien! —preguntó aquel, mostrando el rostro con soberbia— ¿estáis desengañado?

—¡Al contrario, caballero: estoy más convencido!

—¿Más convencido?

—Escuchad. Hace dos meses que entrásteis en mi fundo, cabalmente a estas horas, armado de esa misma máscara, de un dominó negro y de una pistola. Con tan singular aparato sorprendísteis a mi hija Florinda, sentada cerca del arroyo... ¡Ella se desmayó, y vos, mal caballero, vos, salteador infame de la honra, consumastéis vuestro plan inicuo abusando de su estado! Luego huisteis al espectáculo de su vergüenza y al grito estridente de su justísimo dolor... ¡espectáculo que legasteis desde entonces como una burla a mi bien alimentado orgullo, y dolor que por cuanto tiene de punzante ella y yo nos lo hemos

compartido...! ¡Pero aun no quedasteis satisfecho...! La hiena después que devora la víctima, vuelve para beber hasta la última gota de sangre derramada sobre la grama silvestre... Así vos, veníais esta tarde a recoger los despojos de vuestra bárbara victoria, y os aproximasteis con ese fin a mi portada...

—¡Señor! —exclamó el joven con aparente indignación— ¡ved que voy cansándome de escuchar tanto absurdo, y que la paciencia una vez agotada toma las proporciones de la ira!

El anciano, sin hacer caso de aquella interpelación, continuó diciendo:

—¡Pero un grito de espanto lanzado con naturalidad por *ella* al ver de nuevo esa careta, pérfida como vuestra alma, avisó oportunamente al cazador que velaba desde hace dos meses a la hiena...! Y he aquí explicada, caballero, la razón por qué os he venido siguiendo desde Río Verde hasta las tembladeras... Solo os resta saber ahora que no recuerdo haber jamás corrido tanto sin la evidencia de obtener compensación...

—¡Señor Sanabria! —exclamó el mancebo queriendo aterrar a su adversario.

—¡Ola! —Respondió el tío Pedro con sarcasmo— parece que, si bien a la fuerza, vais refrescando algo la memoria. Sin embargo, en esto como en todo os llevo la ventaja: yo os reconocí desde que os quitasteis la careta.

—¡Sí! Vos sois Sanabria, el que horas antes del terremoto estuvo al lado del pobre padre Eduardo...

—En efecto... ¡y vos sois Mariano, su asesino!

—¡Mentís, vive Dios!

—¡Silencio! ¡No tenéis derecho de nombrar a Dios, porque vuestra alma pertenece toda a los infiernos!

—¡Protesto que esta acusación también es calumniosa!

—¡El espanto, señor, os hace insolente, y vais a precipitar el desenlace!

—¡Sea cual fuere no lo temo; mas antes habéis de certificar con pruebas vuestras ridículas imposturas!

—Pues bien: cuando el padre Eduardo negado a consumar uno de vuestros delitos, os dijo ahora doce años que dirigieseis vuestras súplicas a Roma, vos con aire amenazante le respondisteis: *dirigid también las vuestras al cielo*; y una hora después, regresando de mi casa a la ciudad, fue herido mortalmente... Cuando

por segunda vez me encaminaba a la ciudad aquella noche, una voz, que es precisamente la vuestra, me dijo que *allí, junto a la arboleda, habían herido de muerte al padre Eduardo...* Cuando huyendo del terremoto volvía para mi fundo caí con el caballo al pie de dicha arboleda, y a la luz de los relámpagos recogí del suelo este puñal, teñido en la sangre fresca de una víctima... Ahora, para probar que vos también sois el asesino del honor de mi Florinda, diré que la voz que amenazó al padre Eduardo, y la que me avisó de la catástrofe, es, como dejo demostrado, la voz que en este momento pretende en vano sofocar la de su conciencia. Además, con una careta en el rostro manchasteis el honor de mi familia, y hoy os sorprendo otra vez con la careta y en la portada de mi casa... ¿Podréis justificaros?

—Decididamente, señor Sanabria: el justo dolor que atormenta vuestra alma os hace incurrir en un extravío que, no obstante, tiene mucho de ingenioso; pero que debo rechazar como lo rechazo con toda la energía de mi carácter, porque es en la esencia temerario.

—¡Mentís, os digo a mi vez! —gritó desesperado por la ira el terrible Sanabria— ¡mentís como un villano! Mirad este puñal, si os atrevéis, y estremeceos... ¡Qué! ¿Ahora no levantáis los ojos?

—¡Y bien! ¿Qué hay de común entre ese puñal y yo?

—¡Vive Dios, que es graciosa la pregunta! ¡Hay que en la parte superior del mango tiene grabado vuestro nombre!

Mariano repuso temblando:

—Lo habréis grabado para autorizar vuestra impostura.

Fuera de juicio el viejo Sanabria al escuchar semejante recurso, establecido en medio de la impotencia más extrema, tendió la mano izquierda sobre el cuello de Mariano, mientras con la derecha sostenía el puñal, y le arrastró a veinte pasos de distancia, donde se hallaba un corpulento árbol de higo sosteniendo entre sus ganchos una campana de bronce.

—¡Deteneos aquí, miserable! —dijo llegando— ¡y pues recusais en vuestra corrupción el juicio de los hombres, veamos si recusáis también el alto juicio de Dios!

Mariano estaba pálido como la muerte: su acusador continuó con entusiasmo religioso.

—A la hora que hirieron al virtuoso padre Eduardo esa campana sonó tres veces por sí sola pidiendo la Santa Extremaun-

ción... ¡Pues bien! Si vuelve a sonar en este instante como entonces, es prueba de que fuisteis vos el asesino.

Dicho esto la respiración de entrambos hombres, al escaparse del pecho, era el único rumor que se percibía en aquellas inmensas soledades.

Marino no podía tenerse en pie; sus ojos arrojaban una llama enrojecida; sus labios estaban teñidos de azul, y su corazón, sofocado por la sangre, apenas se atrevía a palpitar. Era evidente que la conciencia le acusaba cuando menos de cobarde; sin embargo, luchaba por dominarla, y tuvo momentos de una resolución admirable.

Sanabria por el contrario, firme sobre la tierra, reblandecida todavía a consecuencia del pasado cataclismo, solemne en su actitud e iluminado por la esperanza, parecía aguardar la confirmación de sus terribles cargos para abrir el pecho a su ofensor de una sola puñalada.

Pero uno y otro padecían en sus contrarias situaciones, aunque cada cual pusiera el mayor empeño en ocultarlo. Había en ellos impaciencia, había temor, y había también un no sé qué de sublimidad extraña, de abnegación y de grandeza tal que a la verdad sólo Dios hubiera podido definirla.

Iba ya Mariano a declarar incompetente la apelación de Sanabria, cuando del interior de la campana se escaparon tres acompasados y lúgubres sonidos, cuya vibración sacudida por el aire voló a desvanecerse en las apartadas llanuras de Angelina.

—¿Habéis oído, caballero? —dijo Sanabria con orgullo— ¡El cielo, en quien no podéis suponer ni la falibilidad ni la injusticia de los hombres, acaba de publicar que vos sois un asesino!

—Mucho os dais a valer, señor —repuso aquel en son de burla y haciendo el postrer esfuerzo— ¡y muy necio también os atrevéis a suponerme cuando queréis atribuir a causas superiores lo que sólo es efecto de una singular casualidad! Vamos; soltadme ya, y acabemos por convenir en que si vos tenéis razón para desesperaros no soy ciertamente quien a costa de una calumnia abominable os puede reponer en vuestra antigua calma y vuestro honor... ¡Eh! Soltadme.

—¡Señor Mariano! —exclamó frenético Sanabria sin quitar la mano de su cuello.

Y la campana reprodujo con una lentitud de muerte el mismo número de golpes.

—¡Oídla otra vez!

Mariano arrojó entonces un grito espantoso cuya espontaneidad se compartían la desesperación y la locura; seguidamente exclamó:

—Y bien... ¿qué queréis decirme...?

Entre tanto sus ojos parecían prontos a escaparse de las órbitas, y una convulsión general se había apoderado hasta de sus más débiles arterias.

Digo que esa campana anunció por dos veces vuestra agonía...

—¡Mi agonía!

—¡Y digo que debéis encomendar vuestra alma a quien mejor os plazca, porque vais a morir ahora mismo!

Al escuchar Mariano esta fatídica sentencia reunió en un instante todo el volumen de sus fuerzas, y lo empleó con tanta habilidad que logró desasirse de la férrea mano que le torturaba la parte posterior del cuello. Acto continuo tiró a correr en dirección de su caballo, y así como llegara a él quiso extraer de la cañonera, medio floja, una pistola, pero Sanabria, que viniendo sobre sus huellas lo había adivinado todo, llegó a tiempo para evitar que tomara el arma, y hundiendo en la espalda de su ofensor la hoja entera del puñal le hizo desplomarse con estrépito.

—¡Ah cobarde! —exclamó aquel revolviéndose en su sangre— ¡Me hieres cuando estoy desarmado!

—Desarmados estaban el padre Eduardo y mi Florinda... —contestó Sanabria balbuceando— ¡Recuerda, infame! ¡Desarmados estaban; y sin embargo... les heriste! ¡Ay!... Una existencia y una reputación que valían mucho más que las existencias y las reputaciones de todo tu linaje, desaparecieron en un momento a impulsos de tu mal corazón y tu cinismo...

—Por... la... por la espalda... —murmuró Mariano con voz desfallecida.

—¡Sí, miserable! ¡Traición por traición! —Repuso Sanabria con solemnidad.

—¡Ah!...

—¡Y por un hecho providencial mueres al filo de tu mismo acero!

Diciendo así el terrible viejo quitaba la jáquima a su caballo y hacía con ella un lazo corredizo. Luego continuó:

—¡Vamos! Acaba de expirar para darte la sepultura que tus crímenes merecen.

—¡Sanabria!

Un sordo ronquido se escapó del pecho del moribundo... Sus ojos se voltearon presentando dos grandes formas blanquecinas... Sus dientes rechinaron bajo dos labios horriblemente contraídos, su estatura se dilató y sus cabellos, erizados un momento, cayeron luego con lentitud sobre las sienes, dejando manifiesta la frente, ya sombreada por una siniestra palidez...

¡Mariano había dejado de existir!

Sanabria entonces echó y ciñó el lazo al cuello del cadáver, arrastrándolo con fuerza.

La campana comenzó a doblar pausadamente.

El anciano se detuvo, murmuró una oración y santiguándose con reverencia continuó su obra. Cuando estuvo cerca de las tembladeras deshizo el lazo para no perder su jáquima, dio un fuerte puntapié a lo que restaba de Mariano y esperó. Un instante después el cadáver había desaparecido por entre las grietas espantosas y movibles de la tierra...

Cerca de tres siglos y medio van corridos desde entonces. Sin embargo, la tradición a que este escrito se refiere nada ha perdido ni su importancia ni en el menor de sus incidentes. Lejos de eso, ella se refiere sin cesar a los forasteros, sobre todo paseando alrededor de las admirables tembladeras de la antigua Vega Real, y en presencia de la maravillosa campana del higo.

LA CIGUAPA

Por más que se haya dicho y se siga diciendo que la civilización del siglo en que vivimos no ha excluido cosa alguna de su benéfica influencia, preciso es reconocer que algo le falta para el completo de su obra; puesto que la humanidad se mantiene fiel respecto de ciertos errores funestos que concurren a rebajar la importancia de nuestros mismos adelantos. Evidentemente, y con especialidad de cuarenta años a esta parte, la inteligencia ha hecho tanto como en los dos últimos siglos. Cierta de que consagrada a mejoramientos o reformas, que siempre han de conservar la originalidad de su carácter, sólo llegaría a conquistar una gloria a medias, cuando no postiza, se ha lanzado en el hermoso campo de las averiguaciones, donde ha sorprendido secretos importantes para las ciencias y las artes, y donde el mundo la ha ido a saludar a compás de sus vítores y aplausos en la solemne efusión del entusiasmo. Pero todos estos triunfos adolecen de la ausencia de uno que, a mi manera de ver, es sumamente necesario: el triunfo sobre las envejecidas supersticiones, hijas legítimas de la tradición y sombras importunas que flotan sin cesar en torno de las más nobles ideas.

No se puede negar que la superstición ha sido vigorosamente combatida; más, si debilitada por la lucha a que la ha arrastra-

do el paladín soberbio del progreso la hemos visto desertar de los centros luminosos, volvamos nuestros ojos, y fuerte por la impunidad la veremos ejerciendo su férreo período en el silencio de la selvas, en el claro oscuro de los bosques y en la tranquilidad de las aldeas. Un hecho contemporáneo será el certificado más expresivo de su perniciosa influencia sobre esos seres infelices, comunes a todos los pueblos, para quienes la civilización es todavía menos que un fantasma.

De Santiago de los Caballeros, provincia principal de nuestra República a Puerto Plata, que es el marítimo más proximo, hay por el camino *viejo* o de *Altamira*, veinte leguas castellanas; mientras que por el nuevo o de Palo Quemado sólo hay ocho y media de extensión, que corren a terminar en dicho puerto. Aunque a primera vista parece que el viajero debe preferir el último camino atendida la prontitud con que respectivamente rendiría la jornada, no sucede así; porque trazado a través de una sucesión interminable de montañas gigantescas y bordadas estas por infinitos ríos caudalosísimos, de frecuentes avenidas, el caballo sufre mucho en el tránsito, por cuya razón es necesario no apurarlo y desperdiciar por lo tanto el beneficio de tiempo que se pudiera obtener respecto del otro camino en razón de la menor distancia. Sin embargo, hay algo de sublime en los peligros: bajar la Niágara en sus más solemnes arrebatos; cruzar por un andarivel sobre un abismo sin fondo, húmedo, imponente por cuanto solitario y tenebroso; aspirar el aliento de un volcán en los mismos bordes de su cráter; escalar los Alpes, sorprender al cóndor en su guarida, y andar perdido entre un bosque sin fin en noche oscura, o sobre el mar azotado por el huracán; son, a la verdad, escenas grandiosas, magníficas, soberbias, escenas que deben arrebatar el espíritu, llenar el corazón de brío, elevar y conmover. Santo Domingo no se presta a estas emociones absolutamente; pero tiene algo de solemne en su naturaleza, en la elevación de sus montañas, núcleo del sistema antillano, en su aspecto primitivo que conserva como ningún otro punto de la América y en los bramidos sonoros de sus ríos.

Partidario, pues, de todo lo nuevo o sorprendente, y avezado ya al camino de *Altamira*, tomé el de *Palo Quemado* el día cuatro de junio del año mil ochocientos sesenta para llegar a Puer-

to de Plata el cinco y seguir mi viaje a La Habana en el *Pájaro del Océano.* Cinco horas de ruta, a contar desde la del alba, fueron suficientes para rebajar la potencia de mi caballo a tal manera, que ya subía las altas cumbres dando sordos gemidos, y entraba en los ríos a viva fuerza seguro de que le aguardaba un nuevo escalamiento. Lastimado de su quebranto resolví hacer alto en las floridas márgenes del Bajabonico. Un joven gallardo, al parecer de oficio labrador, se me acercó y tomó a su cargo la diligencia de aflojar la montura a mi caballo. Tenía un aspecto doloroso que contrastaba poderosamente con la energía de su musculatura atlética, y derramaba dolor en cada una de las miradas de sus grandes ojos negros.

—¿Va Ud. a La Habana, caballero? —Me preguntó con dulce acento.

—Ciertamente —le respondí— ¿pero quién le ha dicho a Ud. que voy a La Habana?

—Mi tío, Señor, que es quien le lleva su equipaje... ¿Él irá por Altamira?

—Sí.

—Me admira que lo haya dejado a usted venir solo por este camino. Un buen peón nunca debe separarse del viajero...

—Sin embargo, no le culpe usted. Mi venida por aquí es obra del antojo; luego, como afortunadamente en nuestra patria no se conocen los peligros que en otros países...

—¿Qué dice usted? —Exclamó a media voz, y sentándose junto a mí sobre la yerba.

—Digo, que no hay malhechores en toda esta parte española.

—¡Ah!... es verdad, pero en cambio hay otra cosa peor... sí señor: hay otra cosa que roba y mata sin quitarnos la vida o el dinero...

—No lo comprendo a usted, amigo mío.

—Sin embargo, he dicho la verdad y en un idioma que no es a usted desconocido.

—Pero... la proposición de usted es peregrina, ¿quién que roba y mata no invade la propiedad y la existencia?

—¡La ciguapa!... —Y así diciendo miraba en derredor con ojos aterrados.

—¿La ciguapa?... —repuse sorprendido y reduciendo a su mitad la fuerza de mi acento.

El joven se quedó un instante inmóvil, con el oído atento como quien percibe algún rumor lejano: luego sonrió, puso sobre sus breves orejas los copos de cabellos que el espanto había esparcido por su frente, pálida como un botón de lirio, y levantando con trabajo la bóveda de su pecho lanzó al aire un suspiro triste cuanto prolongado. Desde luego adiviné algo de maravilloso en la vida y en el dolor de aquel joven (que bautizaré con un nombre de mi gusto para evitar confusión en el discurso de este relato, por ejemplo, le llamaré Jacinto, siquiera sea porque la primera letra es también la primera de mi nombre;) y curioso hasta la impertinencia resolví provocarlo a la revelación, aun a precio de sus más amargos sufrimientos. Esta curiosidad, sin embargo, no carece de nobleza. Yo tengo la costumbre de identificarme con todos los dolores, y a veces con sacrificio de mi tranquilidad y mi deber... Vive en el mundo una señora que me contó la historia de su corazón, entre sollozos y entre lágrimas... Esto dio margen a una pasión desesperada por mi parte, pasión que brotó del árbol de la piedad, y que antes de florecer fue hollada por la misma que en sus diálogos pedía una limosna de amor... ¡Qué difícil es conocer la verdad en ciertos labios!

Jacinto, pues, vuelto de su sorpresa y recordando mi última frase dijo:

—¡La ciguapa, caballero! La ciguapa es la criatura que con un alma como nosotros alienta solo por el exterminio de nosotros mismos... ¡Pero usted no conoce la ciguapa!...

—Ciertamente que no, amigo mío; y si no fuera el temor de afligirle, me atrevería a suplicarle me diese algunas noticias de ese ser que aún en recuerdo le intimida.

—Será usted complacido, señor; mas para que comprenda bien el mágico poderío de la ciguapa, será preciso que lo vea confirmado en la desgracia que lloro sin cesar en medio de estas anchas soledades.

—Acepto —le respondí.

Él me tendió la mano y añadió.

—Yo soy, señor, hijo de buen padre; pero víctima en primer término de sus opiniones políticas. Creyó que tal o cual doctrina era conveniente a la felicidad de nuestra patria, la enunció sin atender a las consecuencias, y luego tuvo que buscar el reposo en el destierro; dejando mi existencia de doce años en-

tregada a las depredaciones de la orfandad. No sé si vive; pero tampoco lo acuso, aunque pudiera decir que más amó una doctrina que una prenda de su corazón... A espaldas de esa montaña que besando viene el río, habita el viejo Andrés, jefe de una familia numerosa y el cual me recogió agradecido a los favores que le otorgó mi padre en otro tiempo. Entre sus hijas hubo una llamada Marcelina, que me tomó un cariño extremado, y a la que correspondía yo con el mismo afecto; llegando esta afición a tal altura, que nos era imposible estar diez minutos separados. Así cuando iba yo a cortar leña, ella me acompañaba al monte sin hacer cuenta de sus labores; y cuando ella bajaba con el calabazo a buscar agua al río, yo la seguía, indiferente a las obligaciones que la hospitalidad me había impuesto. Marcelina contaba quince años: era hermosa como un clavel, de ojos negros, breve boca, cintura delgada y gallardas formas; a todo esto se agregaba una sonrisa angelical siempre retozando en sus labios purpurinos como en testimonio de la inocencia y ternura de su alma. El viejo Andrés, conocedor del corazón humano, presintió el resultado de nuestra ostensible simpatía y una noche nos dijo:

—Hijos míos, la juventud es imprudente cuanto más impresionable, y temeraria hasta la locura cuando teme alguna contrariedad en sus manifestaciones. Para prevenir estos males difíciles de contener una vez desarrollados, quiero participar a ustedes que sus almas, espejos en que me miro sin cesar, tienen grabadas recíprocamente sus propias imágenes, y que esta especie de mirismo marcha a una fusión que aplaudo y que bendigo. Así, pues, ni hay que padecer con la idea de una tiranía que siempre he condenado en las familias, ni menos que disfrazarse con un tupido manto de reservas.

Di las gracias al viejo Andrés en una mirada, por su generosidad, y en seguida la fijé en el rostro de Marcelina; mas, inocente como mujer ninguna lo fue, nada cmprendió de lo que había dicho su padre y continuaba embebecida en su costura. Aquella noche no me fue posible dormir: hablé conmigo mismo de amor, de felicidad; veía a Marcelina turbada en mi presencia, oyendo la exposición de mis tiernos arrebatos, y lloré de gozo como un niño.

Tres meses transcurrieron, en los cuales sin alterar la índole de mi trato con Marcelina, el amor había dilatado mi corazón y embellecido mi existencia.

Al cabo de ese tiempo salimos una mañana para tomar agua del río... Allí, caballero... debajo de esa mata de cera... ¡ay! Allí nos sentamos como de costumbre, a trazar un cuadro de flores para el porvenir... ¿por qué no permitió Dios que yo hubiera enmudecido..? ¡Ella viviera todavía; y habríamos gozado, como antes, sin darnos cuenta de nuestra felicidad...!

—Valor Jacinto —le dije conmovido.

Entonces enjugó una lágrima y prosiguió de esta manera:

—Sentados, pues, debajo de ese árbol vimos discurrir cerca de una hora; hasta que yo excitado como nunca por la adoración contemplativa de los encantos que poseía mi joven amiga, le tomé y estreché apasionadamente una de sus manos.

—¡Ay, Jacinto! —me dijo sorprendida— ¡cómo abrasa tu mano! Dime, ¿estás malo?

—No, Marcelina mía —le respondí balbuceando.

—Pero... ¿a lo menos sufres...!

—¡Ah! Lejos de eso, gozo de felicidad en toda su plenitud.

—¡Egoísta! ¡Y pensabas ocultármelo...!

—¡Calla, Marcelina! ¡Ah! mira que conviertes así en dolores mi alegría. ¿Cuándo te he ocultado cosa alguna?

—Perdóname, Jacinto: los que queremos bien somos a veces injustos; pero nuestras injusticias no bajan jamás al corazón. Veamos, ¿me perdonas?

—¡Oh! te perdono hoy con más razón y más deleite que te hubiera perdonado ayer.

—¿De veras?

—¡Es mi alma la que habla...!

—¡Es mi alma la que escucha...! Pero tu mano me quema... Has dicho también una cosa... Y me miras de una manera... Por Dios, Jacinto... ¿qué está pasando de extraño entre nosotros? Siento mi rostro inflamado, mi corazón se agita... te miro, y me estremezco...! ¡Jacinto, explícame todo esto que yo no me basto a comprenderlo...!

Arrebatado entonces caí de rodillas sin abandonar su mano, temeroso de que asustada hubiese huido como una paloma, buscando auxilio en la choza de su padre.

—Es, Marcelina, —le dije casi llorando en mi arrebato— es que nuestras almas se pronuncian contra la timidez, y se revelan en el lenguaje de las sensaciones el mejor de sus capítulos...

es que no podemos seguir así, callando lo que sentimos y desflorando en su capullo el botón de la juventud... es en fin, que la soledad de estas montañas, los susurros de sus brisas y el dulcísimo lamento de este río nos han hecho volver nuestras miradas sobre nosotros mismos y preguntarnos: ¿qué es lo que sentimos y queremos? ¡Ah! ¿No es cierto que tal es nuestra situación en este instante...?

—Yo lo ignoro, Jacinto —me respondió toda convulsa— sólo comprendo que si me abandonaras ahora moriría de dolor sobre esta arena; pero tú no lo harás... proque me quieres mucho...

—No lo haré porque sería suicidarme, y me importa vivir por tu alegría.

—¡Oh Jacinto! ¡Cuánto gozo escuchándote! ¡Qué hermosa novedad encuentro en tus palabras, y con cuánta delicia descienden hasta mi corazón!... Habla otra vez, y dime qué es lo que te inspira esas ideas originales y conmovedoras, que así me recrean y sorprenden. ¡Habla!

—¡Marcelina! Para explicártelo basta solo una palabra...

—¿Una palabra...?

—Una que vale por todas las que representan nuestro idioma...

—¡Y bien... pronúnciala...!

—Sí: voy a pronunciarla... ¡Oh! Excúchame...

—Habla.

—¡Yo te amo, Marcelina!

—¡Es posible! —Exclamó con la inocencia de los ángeles— ¿y cómo es que adorándote yo no participo de tus propias inspiraciones?

El diluvio de besos que estampé en su mano incendiada por la pasión fue la respuesta que dio mi gratitud; mientras ella esmaltada por el rubor a consecuencia de su bellísima espontaneidad, cerró los ojos e inclinó la frente como un aguinaldo en cuyo cáliz proyecta el sol su rayo más fogoso.

Calmadas las emociones del momento nos dimos cuenta del pasado y hablamos del porvenir.

—Serás mi esposa —le dije— y nuestra choza el templo del amor.

—Sí —me repuso enajenada— y te amaré como te amo hoy; porque amarte más es imposible. Mira, Jacinto; aquí mismo, al pie de este árbol levantarás nuestra cabaña. Así tendremos siem-

pre presentes nuestros juramentos. ¡Oh! ¡Cuánta felicidad! Pero vamos a echarnos a los pies de papá y a revelarle nuestro amor...

—¡Un momento más querida Marcelina! ¡Es tan hermoso estar ahora a tu lado sin testigos...!

—Es que tengo miedo, Jacinto...

—¡Miedo! ¿Y de quién tienes miedo cuando yo velo por ti?

—No sé explicarlo... pero de verdad que tengo miedo...

—Tranquílizate, mi bien, —repuse yo conmovido por su interesante timidez— Dios desde su trono ha escuchado nuestras protestas de amor, y seguramente las bendice. Además, yo estoy aquí para defenderte y...

Dos agudos gritos estallaron a la vez... El uno seco, estridente, fatídico como el de la muerte, salió de la cresta de la montaña y restalló de roca en roca hasta perder su timbre entre los murmullos querellosos de estas aguas: el otro, ¡ay! el otro triste, profundísimo, grito de dolor arrancado al alma que se adormecía descuidadamente en brazos de la felicidad, partió del seno de Marcelina articulando con trabajo estas palabras:

—Dios mío... ¡La ciguapa!

Esto dicho se desmayó. Privado de todo auxilio en aquella dolorosa situación, ceñí a Marcelina por la cintura, la suspendí hasta mis hombros y me alejé de este lugar, llevándola como a un niño que se duerme en los momentos más supremos de una fiesta.

Ni la ternura de su padre, ni el solícito cuidado de sus hermanos, ni el amor afligido de mi alma... ¡ay! ¡Nada, señor, pudo devolver a la suya la tranquilidad que había perdido...! Desde que cayó en el lecho fue víctima de una enajenación horrible, de un sopor espantoso, solo alterado por la convulsión y los sollozos: si abría sus labios, ya sin carmín y sin color, era solo para pronunciar estas palabras: ¡Oh Jacinto mío! íbamos a ser felices... pero... ¡yo vi la ciguapa! ¡Adiós, Jacinto! En seguida escondía la hermosa frente en la almohada y volvía a desmayarse. Para concluir, caballero, porque el recuerdo me asesina; tres días después de este acontecimiento doloroso dimos sepultura debajo de ese árbol de cera al cadáver de mi adorable Marcelina...!

Calló el mancebo enjugando como a hurtadillas una gruesa lágrima que surcaba su mejilla. Yo me levanté, viendo que era tiempo de seguir en dirección de Puerto de Plata, y tomé mi caballo que se había alejado un poco paciendo la fresca grama

de las inmediaciones, pero antes de cabalgar, y visto que Jacinto había dominado la emoción, me atreví a preguntarle.

—Y bien, amigo mío: usted me ofreció explicarme qué cosa es la ciguapa, y mi curiosidad ha subido de punto con lo que acabo de oír... ¿querrá usted cumplirme su palabra?

—Sin duda, caballero; pero recordando a usted previamente que como nacido y educado, aunque a medias, en la ciudad de Santiago, no participo de las ideas supersticiosas de estos candorosos campesinos. Se dice que desde antes del Descubrimiento de esta Isla existe una raza cuya residencia ha sido siempre el corazón de estas montañas; pero que se conserva en toda su pureza, durmiendo en las coronas de los cedros, y alimentándose de los peces de los ríos, de pájaros y frutas. La ciguapa, que tal es el nombre con que se conoce, es una criatura que sólo levanta una vara de talla: sin que por tanto se crea que en sus proporciones hay la deformidad de los llamados enanos en Europa, y aun en otros puntos de la América. Lejos de eso, existe una exacta arqmonía en todos sus músculos y miembros, una belleza maravillosa en su rostro, y una agilidad en sus movimientos tan llenos de espontaneidad y de gracia que deja absorto al que la ve. Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo suave, lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una liebre por las sierras, o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza; porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo. En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exalar una sola queja ni menos revelar indignación. Por último, caballero; la ciguapa es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio. Sus celos terminan con la muerte, y es en este sentimiento tan intolerante y egoísta, que el cuadro de dos seres que se aman y acarician le arranca gritos de desolación que solo se apagan en el sepulcro. Pero no es esto lo más admirable, sino que cuando es hembra la ciguapa que sor-

prende esos coloquios, muere a la misma hora que ella el joven enamorado, y cuando es varón muere la amante como murió mi pobre Marcelina... En todo lo que llevo dicho no se descubre otra cosa que el triunfo de una creencia torpe; pero admitida y consagrada, sobre todo por nuestros inocente campesinos. Esta creencia, pues, es la causa verdadera de una desgracia que lloraré con el corazón mientras tenga fuerzas para soportar su peso —dijo Jacinto, y estrechándome la mano desapareció por el caracol trazado rústicamente al pie de la montaña. Entonces volví a tomar el camino, preocupado con la existencia y las derivaciones de tantos errores como prohija todavía la sociedad, despreciando la voz de la civilización y los testimonios irrecusables del progreso.

EL PANORAMA[1]

1. Publicada en *El Universal*, año 1, Nos. 1-39, agosto de 1872-mayo de 1873. No figura la conclusión de la novela debido a que la colección del periódico aparece incompleta en el Archivo General de la Nación.

INTRODUCCIÓN

El *Panorama* no es una obra: es un ensayo. No es la pintura fiel de la sociedad en que vivimos: es únicamente un reflejo débil de ella misma. La amargura que se puede extraer de sus capítulos no es fruto del escepticismo ni del odio: es una pequeña dosis de la que rodea mi corazón desde la infancia, vertida sin calculadas esperanzas, sin propósitos malignos. La experiencia me ha enseñado a conocer la verdad del mundo, su carácter genuino, su lema invariable; y la necesidad de descargar mi espíritu como los aparatos eléctricos puso pluma en mi inexperta mano y escribí. A nadie pues, es permitido extraer de mi *Panorama* imprudentes alusiones, porque a nadie me dirijo en él. Acaso en el anchuroso campo de la sociedad descuelle colosalmente una figura parecida a cualesquiera de mis protagonistas, en algún episodio o en la historia completa de su vida; pero esta triste coincidencia no me hará responsable en manera alguna del ridículo que pese sobre sobre mi creación fantástica y que la malicia haga declinar en el blanco de sus secretas antipatías. Lo repito: a nadie me refiero en el *Panorama*, nadie tienen derecho a interpelarme.

JAVIER ANGULO GURIDI

PRIMERA PARTE

ARTÍCULO 1

Non si ex capite sis meo
Natus, item nt ajunt Minervan esse ex Jove
es causa majis
Patiar, Clitipho flagitis tuis me infamen fieris
TERENT. Heaut. Act V. Scen V.

Dijo un filósofo antiguo, cuyo nombre no recuerdo ahora, que las generaciones futuras tocarían al pináculo de los adelantos en todos los ramos, y verdaderamente no se equivocó en la profecía pues rodando el tiempo ha venido el siglo XIX que a más de brillar a la cintilante luz de sus faros, su gas carbónico y aun sus fenómenos celestes, y a más también de ser un siglo palpitante, de mejoras en todas las faces sociales según la palatina confesión de sus mismos detractores, ha imaginado a la mitad de su camino abreviar, facilitar y descubrir, para justificar el pensamiento del filósofo enunciado.

Por dondequiera que tendamos una rápida mirada hallaremos comprobada esta verdad. La cuadratura del círculo y el movimiento continuo dicen que no son ya misterios tenebrosos, sino proposiciones claras como la luz del sol, gracias a lo mucho que se ha aguzado la imaginación en nuestros días; agréguense a esto que un hijo de Cincinnati concibió el colosal proyecto de unir el viejo al nuevo mundo por medio del telégrafo, sin duda submarino, que formará el término medio entre el estrecho de Bering, y así nos dará noticias del Asia & C., en menos de 24 horas. En España se hicieron ensayos por el Sr. Montemayor para darle dirección al globo contra la soberanía de los vientos, y últimamente el capitán Taggart ha realizado el proyecto en el pueblo de Sawell, estado de Massachusetts, elevándose a una distancia de 75 millas inglesas, y no regresando al punto de partida por habérsele roto los tirantes que ejercen las funciones de timón. Se ha averiguado que el río Sacramento corre en ondas de oro centellante, ese no ha mucho pobre río de cuya situación topográfica apenas curaban los hombres que hoy mismo germi-

nan en sus riquísimas riberas, por último y todos estamos acorde en que las ciencias y las artes remontan su vuelo majestuosamente por las regiones que un antidiluviano llamaría de *lo imposible*, pero que nosotros completamos con tranquilidad como una cosa de N. a fuerza de decirnos que vivimos en la edad de lo maravilloso y lo estupendo.

Pero volviendo ahora a los adelantos que incuestionablemente hacemos en todos los ramos ninguno me ha maravillado tanto como el que advirtió un joven amigo nuestro en sus largas correrías por el extranjero. Redúcese a un panorama; pero a un panorama singular, en que su dueño, de acuerdo con el espíritu innovador y preciso que en la actualidad domina en todos los inventos, ha querido ofrecer un espectáculo digno de la cultura de la época. Y separándose de la manoseada costumbre de presentar una plaza, un peristilo, las ruinas de un templo antiguo, o un volcán en el momento de invadir el espacio con sus rojos aspirales o sus nubes de cenizas —deja ver nada menos que los tipos originales que pululan en el seno de nuestra sociedad con toda la ridiculez de sus atavíos— con toda la locura de sus pretensiones. En el fondo no es ciertamente una novedad: nosotros conocemos por estudio las flaquezas del ente original llamado prójimo, y hemos tenido siempre la virtud de absorberlo porque estamos persuadidos de que acaso sea la única máquina cuyo mecanismo resista a cualquier tentativa de mejora... Pero no cabe duda en que ha sido idea bastante peregrina la de exponer tales cuales ellas son ciertas vergonzosas entidades, padrones de todas las miserias, haciendo de paso el panegírico de cada una de ellas entre epigramas y chistes de que parece ha hecho un estudio especial el buen panoramista.

Abrumado (dice nuestro amigo) por el tedio que naturalmente infunde un país donde se carece de relaciones, tomé al azar una calle que me parece ser la principal de *** por el movimiento mercantil que en ella se advertía. Anduve algún tiempo abstraído con el recuerdo de esta Habana tan opulenta y financiera ya como Fenicia en su era de esplendor, y aplazándome el día en que hubiera de volver a su seno hospitalario; cuando levanté la vista y en una puerta descolorida, semejante en sus formas a nuestras cocheras, leí el siguiente rótulo: *¡Gran panorama! ¡La sociedad en miniatura!* La idea en que estoy de que

esta clase de espectáculo es propia de la infancia, me hizo ver con indiferencia la primera parte del letrero, enemigo como soy de toda acción retrospectiva; pero la segunda de mi entero dominio me detuvo y arrancó la siguiente exclamación. "¡He aquí una verdadera obra de ingenio! *La sociedad en miniatura* debe ser más accesible que en sus formas colosales y el que logra reducirla así para que su examen sea más prolijo y acertado merece muy bien que, no solo le premien las grandes academias con privilegios, medallas etc. sino que todos le amparemos y sostengamos en obsequio de las artes".

Diciendo así empujé suavemente la puerta, y entré en una habitación dividida en su mitad por una cortina de damasco replegada desde la techedumbre hasta el pavimiento como el sol de un fort piano y en cuyo centro plateaba incrustrado un vidrio circular: la parte exterior, o sea en la que yo me veía introducido como por encanto estaba apenas alumbrada por una lámpara colgante o candileja, mientras la interior o reservada por la dicha cortina, parecía estar perfectamente iluminada según lo que el tejido me permita entrever. Sobre una mesa de pino había un busto representando a Napoleón a caballo, en actitud de atravesar los Alpes, y a cada lado de ésta una silla.

Al verme solo en aquella habitación me intimidé y dirigí hacia la puerta, con intenciones de renunciar a los impulsos de mi curiosidad antes que mi entrada pudiese interpretarse de una manera poco favorable a mi opinión; pero en esto sentí pasos, volví el rostro y me enfrenté con un hombre de hasta treinta años, bien parecido, de mirada viva y escrutadora: —Siñor —me dijo— *dame Ud. un pesete et yo mostraré a Ud. mon petit monde.* —La figura de este hombre, su edad y el arte de vivir que había adoptado, hicieron que un diluvio de reflexiones asaltara mi mente de improviso; empero el estoicismo de mi carácter las repudió, y desaparecieron como las evaporaciones de un volcán al influjo de la lluvia. En seguida le entregué la moneda que me exigiera manifestándole mi deseo de ver cuanto antes su panorama. Entonces atizó las luces interiores, dio término a la que ardía en candileja para que no destruyese el efecto, sin renunciar una vez a las contorsiones con que debilita la buena memoria de Marceti, me acercó al cristal.

—Soyez attentif, siñor.

—Sí —le contesté— ya estoy atento.

Tiró luego de un cordoncillo de seda: un hombre seco, amarillo y de un atavío miserable se presentó en una especie de escenario que se alcanzaba a ver del lado allá del cristal. Su mirada aunque fija como la de un difunto, revelaba uno de esos dolores íntimos que es preciso sufrirlos para comprenderlos.

—Tenez, siñor —me dijo el francés— ese está un hombre bien espiritual, un hombre de l'époque avec tous les idées d' un Caton. En France il gañarie mille francos por moins...

—¿Y aquí?

—Il muerre de misere.

—¿Pero quién es ese hombre?

—¡Oh! C' est un celébre periodiste echado en su patrie a cause qu' il vio clairement quelques erreurs et par son journal pidió des reformes que selon ses ennemis hubieran tratornad l' odre natural des chosses; mais que yo dice a Ud. de estar naturales. Le dijeron de ser l' Ante-Cristi de l' epóque et que no entendía son espíritu en haciendo l'oposition anlieu de se laisser porter par lo voix des interets... Lui, perseverante dan son sistéme d' observar la grosiére conduite de quelques Empreses qu' au moment de s' ettablir ofrecieran mucho, pour mériter de protéction et aprés ca nada cumplían: violá son crimen.

—¿Con que así se interpreta la más generosa de las defensas?

—¡Oh! Part-tout, mon ami, on sacrifican les beneficies jéneraux aux particuliéres; il y a un égoismo epouvantable et si vous parlez, si vous.....

—¡Eh! no me diga usted una palabra más de las costumbres viciosas de ese pueblo, porque contra mi itinerario de viaje, lo tacho ahora mismo... ¡Qué atrocidad, señor! ¡Qué atrocidad! Pero acabe usted ¿cómo le redujeron a este estado?

—Yo he dicho qu' il attiró l' attenction publique sur les abuses de quelques Empreses: eh bien —cellesci pour se vengar de l' impitoyable periodista hicieron guerra a son papel, le quitaron la plus-part de la suscription, et apres le calumniaron en l' atribuyeron des idees antipolítiques a point de le hacer sospechosa.... Alors le malhereu fut obligado de ser embarcar pricipitamente, tandís que sa famille restaba dans l' isolement et l' afliction....

—¿Y dice usted que aquí se morirá de hambre?

—¡Oh, sí siñor!
—Pero, que ponga un periódico.
—¡Par exemple!
—¿Y bien?
—En ese tierre personne ve les periodiques que pour la balanza mercantille: si usted habla des ciences dicen que usted está un retrograde: si de literature —un romantique, un étourdi: il faut parler toujours de dinere, parece que le dinere está la veritable poésie et le Dieu de todos los círculos. Ici un homme ilustrado sans rente vale tanto qu' un idiotte; au lieu qu' un vilain cubierto avec la corteza de l' ignorance hace un bon róle dans le theatre social toutte la foi qu' il tenga en giro algunas onzas. En France c' est tout au contrarie: en France de periodiste pudiese él montar a une region mejor de la que le ha rechazado et arriver peut-étre a la place de un ministre par l' echelle de sa plume...C' est le monde, siñor: en cada un país ses habitudes.

Completé un instante más la deplorable figura del joven periodista, privado de las caricias de su familia y despojado de sus artes de vivir por la malignidad de algunos hombres, a los cuales conjuraba en secreto con toda la energía de mi razón. El periodista de conciencia —me dije— es bien examinado, el procurador de los intereses públicos: es un atalaya infatigable que observa y descubre lo que puede convenir sin otro móvil que el bien general, porque en cuanto a celebridad está intimamente convencido de que es como los pequeños globos aerostáticos que precursores de acontecimientos más grandiosos suelen aparecer sin que aquéllos les sucedan. Pero este hombre está de continuo colocado en el centro de todas las pasiones que quieren unas ser halagadas en despecho de la justicia, otras consentidas y tenidas por verdades con sacrificio de la virtud.

¡Mísero de él si atropellando los cálculos de la ambición y del orgullo pretende dar el triunfo a la verdad! Los mil poderes que en conjunto surten miserablemente la fuente de sus recursos y por lo tanto de su vida, caen de súbito sobre su cabeza como una granizada y su ruina se hace inevitable... ¡Ah! este joven es un testimonio de tan dolorosa práctica: creyó de su deber combatir el egoísmo y la falta de fe, y el fruto que ha cogido es el infortunio que le hunde para siempre lo mismo que a su familia toda en un báratro de amarguras y rencores... Pare-

ce una paradoja que nadie haya podido todavía escuchar la relación fiel de sus excesos para moderarse, sino para ofenderse y deponer contra el triste que la ensaya; pero nada tan ingénito y corriente, siendo un verdadero fenómeno que escandalizaría al orbe entero el caso que pudiera presentarse en contra de este aserto.

Las empresas de todos los países han llegado por su carácter a adquirir una especie de invulnerabilidad muy semejante a la de Aquiles. Una vez de constituidas cumplen o no sus compromisos según sus intereses; y aunque la quiebra es el talón por donde les pudiera entrar la muerte, ellas no la temen, porque monopolizando los recursos tienen puesta la ley al público que es el que pudiera dirigir el golpe. De este modo garantizan su existencia, poco a poco se colocan a una altura tal que ni aun el eco de los cargos más justificados les alcanza a importunar...

—En bien, siñor —exclamó entonces tirando nuevamente del cordón— mira usted autre tipe.

Fijé la vista en el cristal y observé que había reemplazado al periodista un cabllero de buen porte, pero en cuyo rostro estaba pintada la inquietud.

—Y este ¿quién es? —pregunté distraídamente, porque la memoria de la anterior escena aún me acompañaba.

—Mírale usted bien.

—Ya, ya le he visto: será algún marqués.

—A querer ya lo estaría: tiene mucho de dinere, et usted sabe, siñor, que la dinere dans cette epoque fait des miracles... mais ce monsieur está incapable de doner son arjent pour un títre.

—¿Será, pues un mayorazgo?

—¡Oh, non! C' est un... usurier, siñor; un usurier...

—¿Cómo? ¿Un usurero?

—Absolutamente. C' est un de ces hommes que viven aux *depens des infortunés*. Perdona usted, monsieur, yo no sé bien decir el español.

—Ya entiendo, amigo mío, ya entiendo lo que usted quiere decir. Es uno de esos hombres que después de fundir su corazón en el crisol de la inmoralidad y de templarlo en la fragua de las especulaciones más odiosas se abonan a un asiento en la Bolsa, se hacen de dos o tres agentes que a manera de sabuesos olfa-

tean al necesitado, y previas unas capitulaciones que estremecen, ponen por medio de ellos en giro su dinero.

—Eh bien, cet homme vive dans una eternelle pesadilla en temiendo une concursation o una banquerote; su dinere est repartide con un cincuent pour cient d'utilidad a peu-pres; mais no come, no tiene un petit moment de tranquilidad, no piense sur sa famille que pour voir cuanto esta que le obligue de gastar; et si esta disminuye le grand diable respire...

—¡Monstruo!

—Toujours son idée est elle fija dans las entradás et las salidas, en sorte que chaque dimanche hace un balance: si les primieres sont gros, une lejéres sonrire está sur ses levres... mais... si d' autre maniere les secondes pasan du misserrable presupueste a que tienen reduitte sa famille... alors, siñor, ríen de más seguro que de l'escandale domestique, et de encontrarle siempre rabiose comme una hiene, siempre insouportable... ¡Oh! Voila que je deteste l' usurrier!...

—Y con razón, amigo mío.

—L' usurriere est un etre peu raisonable, un degenere de l' espece humaine. Cuanto a mí je crois qu' el a quelque chose d' un cacodémon. ¡Dame! ¡Comme él está insensible! Yo ha visto, monsieur, un pobre padre se acercar d' un autre malheren, le contar de sus angustias et le demander quelque secours, en volviendo a su casa comme il voulait, aprés de dejar son protecteur llorando a chaudes larmes....

—Eso no es común.

—Eh bien: qu' un homme ca busca ampare dans l' usurier, que busca una rapide emotion...¡Oh! "Yo no entiende d' ese —lui dirá— apportez-moi un bon fiador, et il est au gre de mes desirs, yo dará usted avec quelque interet, cuanto que usted quiere.

—Basta amigo mío; si por una parte, es de admirar la exactitud con que describe usted al usurero, por otra inspira tal desdén que no solo me repugna ella sino el tipo que le representa.

—¡L' usurier!.....

—Quítele usted de mi vista y vamos a otro, que el tiempo pasa velozmente.

El francés me hizo una de sus cortesías, sacudió el cordoncillo y repuso.

—Observa usted, siñor, un autre tipe bien original.

Le obedecí y hallé ocupada ya la escena por un gallardo mancebo elegantemente vestido, mostrando una cinta tricolor en el ojal más alto de la solapa izquierda de su frac.

—¡Cáspita! —exclamé— ¿caballero de alguna orden militar?

—Oh, no monsieur.

—¿No? Pues entonces, un diplomático.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Se ríe usted?

—Sans doutte, monsieur ¡un diplomatique!

—¿Un noble tal vez?

—¿Oh! des qu' il compró cette cinta lo parece un poco...

—¿Cómo es eso, amigo mío? A ver, explíquese usted.

—Ese está un des hommes qu' en neglijeant l' education dans la bel age, buscan pour les condecorations un réfuge contre le mepris que les consigna el qu' está vraiment sensato.

—Y hace bien, porque nada es tan despreciable como el ignorante.

—Mais... il ya une diference, monsieur. L' ignorante por no haber des eléments precise a s' illustrer et remplir luego los deberes que la societé sabe exigir de sus miembras, en recompense de ses sacrifices; c' est un homme que convaincu des' insuficience meme se tourmente et vive toujours isolé en llorando una tal desgracia. Diré yo más, siñor: sa prudence et sa moderation le hacen recomendable, pour maniere que les autres hommes, ceux du rang intéligent, en viendo comme él no traspase les bornes que le ha demarcad la suerte; au lieu d l' evitar le buscan et le protejen en honneur de ses virtudes.

—Así es y siempre debe ser, porque la ignorancia no todas veces ha de considerarse como el prefacio de la desmoralización.

—Mais l' ignorante, voyez vous, parce, que desqu' il un enfant prefiere aux Universitées l' hipodrome et le theatre: qu' au lieu de conocer l' espíritu de los siglos par les oeuvres de ses sábios, il ama de saber quien está el mejor fabricanta de galapagos et les passions de son caballa l' agnorant par volonté, par vocation... ¡oh mon Dieu! C' est una persone qu' ofend avec son trata, que merece l' escarnio universal; en fin monsieur, qu' on no debe consentir en nul part.

—Ciertamente.

—¡Eh bien! Voilá un de ces ignorantes: ¡ca! ¡Comme il est fier de porter ce cinta honorable! Tenez, Monsieur: él no está d' un bon talento no está un bizarre militar, no ha ofrecide des service au Gouvernement, no está Ministre, no está Embassadeur... ¿pour quoi donc, ce distintif?

—Cabal: ¿por qué razón ha de blasovar una insignia reservada a los hombres eminentes en sus conocimientos, en sus servicios a la patria y en lo preclaro de su estirpe? ¡Por qué razón, si es un badulaque!

—Yo dirá a usted, señor: tiene dinero...

—Tiene dinero.

—Diner, et voilá tout. Fue nacido d' un pobre diable; mais que habia un tres riche magasin, et sabiendo que pour le dar l' aspect de caballera estaba preciso le alejar de la patria algunos años a un de qu' a la retour personne podría se recordar de sa genealogie et decir: *¡c' est lui!*; mandó se pasear par diverses capitales, avec recomendation de se procurar un distintif que metiera frente a la censure sans s' arretter quant a sa valeur! Alors, él compró el derecho de se titrér le caballero de la Orden de...

—¿Cómo dice usted? ¿compró?

—Mais ouí.

—¿Pues que se venden esas condecoraciones?

—¡Ah siñor! se venden hoy com m' en Francia dans le regné de Luis VI et en Inglaterra dans ce lui de Jacobo I et en Espagne dans ce lui de Cristine de Bourbon.

—Yo lo ignoraba, amigo mío. Y bien...

—Apres quelque temp le hizo revenir, plus necie encore qu' il fut, mais comme l' esperaba, ornado de cette cinte, et lui dio la direction de son heritaje. A cause de ses voyages está socio de tous les Instituts Ciéntifiques, et son pére, don il est la consolation, no cesse pas de publicar et d' admirer ses progrés... ¡oh! C' est il posible, ¡mon Dieu de voir ces fenomenos, ou mieux dit, ces aberrations dans le grand siglo diez nueve, si democráte et progresiste! ¡Yo, siñor, no comprend ça!...

Y el moralista francés tiró otra vez del cordón, y con el acento triste que le inspiraron las anteriores reflexiones, se encaró a mí diciendo.

—Fait atention, Monsieur, fait atention.

Obedecile, y recorriendo el cristal hallé otro personaje. Era un caballero como de 40 años, vestido con un desorden ridículo y chocante. Tuerto y hasta cierto punto corcovado, mostraba una de esas fisonomías no comunes que a poco estudiarse según las reglas de Lavater, se ve que transpiran una vanidad desmedida, una altanería irritante, un despotismo brutal, y por último una idea tan elevada de sí mismo, que al reflejarse en aquel lente del alma no puede menos de revolver la bilis de cuantos le rodean. No me sorprendió, sin embargo, porque esta clase de fisonomías me son sobradamente conocidas. Los hombres hemos caído por desgracia en el error de creer que debe amoldarse nuestra parte más visible al valor en que nos tenemos o a la importancia de que nos creemos revestidos. Así es que un joven estudiante, de jovial aturdido y vivaracho, se torna en cazurro y altanero apenas toma un grado: resultando de aquí que para sostener ese papel hasta la conclusión del drama de su vida, tiene que bastarme su corazón y prohijar sentimientos ruines que le cambian aun a los ojos de sus deudos... De aquí la hipocresía en algunas situaciones en que tiene que nivelarse con los caracteres populares: de aquí el ridículo en que se precipitan al tocar esas mismas situaciones. Esa sonrisa carece de espontaneidad: su chiste, si a tanto se adelanta, es un epigrama en que cuida de advertir que aquel elemento no es el suyo... ¡Miseria humana!

Pero volviendo a nuestro recién aparecido, después que le contemplé un instante...

—¿Quién es este señor? —pregunté al panoramista— Paréceme que ha de reunir en sí tantas ridiculeces como los otros que tengo ya examinados.

—Monsieur, ese está un inspecteur de diques.

—¡Y qué! ¿Para inspeccionar diques es necesario tomar ese continente?

—Voilá ce que je dis... Nunca comprendo comme hay des personnes si lejéres que hace levantar una sola línea, un scrupule, ya se creen forzados a porter la frente hasta las nubes. L' inspection de diques no está une propietée: selon que la pudo adquirir bien puede la perder. Él debía, je crois, etre, menos altivo, parce-que la verguenze d' une chutte solo pueda se soportar cuando los antecedentes la hacen sensible aun a los que de ella se pudieran alegrar.

—Estoy de acuerdo con usted en esa idea.

—Mais, se llenar de viento comme un balón, comprar odios, se hacer una notabilité de temeridades et no pensar que par l' instabilitée de la fortune, il est posible de perder l' equilibre et se plonger dans l' abime de la nada... ¡Oh! Yo dice a usted que c'est trop ridícule, et c' est le comble del égarément de la razón.

—Efectos de la ignorancia, amigo mío. En general, los que nada valen son los que más se fatigan por alcanzar algún papel en el teatro de la vida, sin parar mientes en su genial incompetencia; y una vez que lo consignen se olvidan de sí mismos, alzan la frente como ha dicho usted muy bien, y como ya había expresado yo bajo otras formas. Sin embargo, ni la protección, ni su imponente catadura pueden hacer olvidar a los demás de que es *ciruelo*.

—En fin, dos tipes que faltan, monsieur, et les vistas de mon petit monde serán acabadas.

Pasé entonces mis ojos por el cristal y a su través descubrí una dama de arrogantísima hermosura, vestida con rigorosa observancia del código sensible de la moda.

—¡Bravo! —exclamé— la escena ha mejorado en cierto modo: veo una señora de simpático semblante y me alegro de su aparición.

—Oui monseiur: c' est une dame de bonne mine, mais que se devierte comme decimos nosotres, aux *quatre vents*, mientras son marí duerme les enfants; triste resultads d' una convennence mal calculada.

—Hombre, ¿qué dice usted? ¿El marido durmiendo los hijos, mientras ella se regocija con más libertad que si fuese viuda? ¡Vamos! ¡Que el mundo se ha empeñado en ofrecer hoy los casos más peregrinos!... ¿Y cómo ha podido atemperarse ese hombre a tan impropia costumbre?

—Ella, siñor, estaba rica d' un comerciante et amiga de se divertir en todas suertes, cuando ese sot arrivó en esta ciudad comme un Adan, pobre et sans avénir. Desde luego pensó en s' establecer de una maniere convenable, et conosciendo que le coburguisme era a l' ordre du-jour, hizo frente a la gran viuda, plu-tót seducido de son arjent de que se beautee. Elle l' entendió haciendo la tierna et la amuroosa; et comme la negociation ne l' empechait pas de suivre son sisteme le dio pronto su mano; mais...

le marí, ¡oh! le marí comprendió au point du nuveau jour que estaba le mayordome de la viude et le mayordome que no toque diner... C' est, pour mieux dire, le premiere des domestiques.

—¿Es posible?

—Ouí, monsieur: et bien employé aux miserrables que arrastrados de la torpe ambition ou d' un fisique mentidor sacrifican su libertad et cargan pour jamis con le deshonneur et le vilipendie. La virtud está la belleza et le tresor le plus solide et codiciable.

—Cierto. Por eso siempre he creído que un ser hermoso o rico sin virtudes, es un cadáver pestilente cubierto con un manto espléndido de púrpura y de oro...

—Eh bien: si cet bete de marí se hubiera el unido a un' autre dame pobre; mais pure, innocente et candida, no seria hoy bajo el yugo cruel d' une atroz remordimienta. Por otra parte: ce marí du diablo n' a pas le droit de se presenter dans la tertulia que se forma dans la casa cada noche, sans que la sultana lui diga:"et bien, ¿vous n' avais rien a fair? cette n' est pas votre place, je crois." Alors le miserable y en va, pendant que elle et les auntres eclat e retentisants carcajadas. ¡Ah! Yo lo repito, siñor: est bien merecido de se ver dans un si triste estarlo en punition de sa brutalle codicie. Ainsi, peut-etre que les autres hommes tomen ejemplo et sigan sans hésiter los impulsos espontáneos de son ame. Ahore, voyons le dernier tipe.

Tiró del cordón el francés, acudí al cristal, y chocaron mis pupilas con el bulto de un hombre extremadamente grueso, espantosamente barrigón, de una estatura gigantesca, y en cuyo rostro color de caimito a medio madurar se veían los profundos surcos de la atroz viruela. Era, pues, un monumento del siglo XVIII, con su corbata blanca, sus pantalones bambaludos, su volante de fina tela, camisa de vuelo, caña de India y caja de rapé. Atónito al contemplar este verdadero y ambulante anacronismo, pregunté al panoramista a cuál de las clasificaciones en que se han distribuido las ánimas vivientes pertenecía aquel volumen, a lo que me contestó con una truhanería difícil de explicar.

—¡Oh monsieur! ¡C' est un grand homme!

—Sin duda que es grande; pero...

—C' est un homme bien célebre dans la façon de que se ha servido pour tener riquezas.

—¿Y esa es su celebridad?

—Ecoutez. Ese hombre habia une gran ferme a la campagne que valía vent cinq mille francs, mais que manquait des chosses pour etre producit: alors, él tomó une idee bizarre; pidió al bon crédit todo cuanto que estaba necesario pour obtenir une superbe coseche et pagar, decía, a coup-sur, avec sa valeur. Mais... le fripon la vendió d' oculte pres que toutte et antes de se cumplir les plazos fut au tribunal et dijo de se haber quebrado.

—Hombre de Dios ¿qué me cuenta usted?

—La verité, monsieur. Dijo de se haber quebrado; et apres de dar une misére pour pagar oux plus furieux des créancieres, et de comprar le droit de hacer que les autres esperarán unes esperes que desesperaron d'esperar, emprendió un autre comerce avec le diner de ces infortunés; en sorte que dobló le capital, et puis, se partió pour ese tierre que le proteje contra tous les lois d' aquel pais, dond personne le cobra et donde goza tranquilo le fruit de sa méchanteté... ¡Oh! ¡Quelle concience! On dit q' il a plusieurs speculateurs comme ca, et mira usted une chose que me está imposible de creer.

—Pues, amigo mío, créalo, usted, porque en efecto los hay en todos los caminos de la vida si bien con alguna dosis de decoro. Muchos de los que se llaman hoy acaudalados no son propiamente dicho más que tenedores de bienes ajenos. Y si la justicia fuera tal como la pintan, si no se ochavara en presencia de esos colosos de arena, las reclamaciones llegarían hasta ellos y resplandecería la verdad. Puede decirse que la usurpación forma ya jurisprudencia en todas partes, y que el derecho que se dispone a combatirla o no pasa de la enunciación, o si pasa hasta el bufete del abogado es para encontrar allí la muerte envuelta en consejos, al parecer fundados, pero que solo tienen por objeto librar al pseudo-rico de una extorsión, y hacérselo saber, y conquistar su mayor suma de favores...

—Siñor, l' autre yo habrá cambiado les tipes de mon petit-monde.

—Y yo volveré entonces a visitarle porque es verdaderamente original. Con que hasta otra vez.

—Au revor, monsieur.

Hasta aquí nuestro amigo el viajero; y yo, hasta que vuelva a visitar el panorama y a darme cuenta de sus vistas.

II

Verdaderamente, nada tiene de sensato el hombre que halagado de la pícara fortuna se resigna a envejecer en el círculo estrecho de la patria, contento con el cuadro invariable de los objetos y los hábitos en cuyo contacto se ha operado sin desarrollo físico y moral.

Parece como que la misma extensión del universo con la divergencia de climas y fisonomías que presenta a cada paso convida al hombre a sacudir la pereza que le embarga; parece que ese mar azul y cristalino que entra en el puerto y se derrama por todo él con una mansedumbre deliciosa, se ofrece a empujarle hasta donde alcancen sus antojos; y parece en fin, que el hombre debiera ser si no más vigilante del gran legado que la Divinidad le hizo al nacer, a lo menos más curioso de los prodigios naturales y artificiales que se admiran después del espacio que miden sus miradas.

En nuestros días, y aparte de la verdadera utilidad que traen los viajes, es de rigor emprenderlos, aunque sea recorriendo un árido peñón o solitario islote para volver más tarde con un fardo de recuerdos y consejos siendo el pasmo de los que no le imitaron antes por falta de elementos que de una firme voluntad. Así, pues, el que no se inscribe en el padrón de esta costumbre no pasa de ser en el concepto público un hombre común o *adocenado*, o que, como dice un gran fisiólogo, *solo ha leído la página primera de su vida.*

De este rigorismo maniático, y por su propia índole las más veces absolutamente estéril, sacamos en limpio la triste consecuencia de que todo el que cruza la gigante rotonda de los mares, hace desde luego, y sin maldito el propósito, la más cumplida información de hombre ilustrado; pues aunque en realidad vuelva *fogon* de su larga romería, ni por eso deja de adquirir un prestigio gigantesco entre casi todos sus paisanos que le miran y le escuchan desde entonces con tamaña boca abierta, ni deja de penetrar triunfante en los círculos que harto escrupulosos le rechazaron con desdén sin tener en cuenta la elasticidad humana, ni deja, en fin, de figurar siempre a la cabeza de los que se imaginan después de su regreso. Algunos hijos predilectos de la

suerte consiguen hasta que se depongan en sus manos las sedeñas riendas de los más nobles institutos, no obstante sus antecedentes poco favorables, despreciándose en fuerza de tamaña injusticia capacidades más auténticas, inteligencias más acreditadas; pero que por un error irreparable no tuvieron la ocurrencia de viajar, y han perdido hasta el derecho de hacer la oposición.

Supónese por una figura social, que todo aquel que viaja *suelta la costra*, es decir, que de un miembro inútil se convierte como por encanto en un *Pic de la Mirándola*, y se reviste además de todos los otros conocimientos que no alcanzó en un siglo aquel príncipe toscano, sin que sea necesario hollar el pavimento de las universidades ni agregar las cifras de su nombre en el registro de las logias literarias. Y esto se supone aunque nuestro viajero haya manifestado desde niño que es indiferente si no antipático respecto del federalismo establecido entre las ciencias y los hombres; pero a la verdad, no es lógica esta suposición. Yo sé de algunos señores que han viajado tanto como un cosmopolita o un artista lírico, y han vuelto a sus lares con el mismo caudal de ignorancia con que fueron, si bien disimulándolo por medio del arrojo en todo género de empresas y del alarde en cuanto a las simpatías que dicen haber conquistado *más allá* con improvisada vocación por los estudios: y también de otros que sin ir vinieron del lugar en que fueron abortados, vendiéndose por sus representantes en que materias de adelantos, pero sin otros credenciales que los de la ambición o la miseria, y que han descubierto a poco la punta de la oreja, a fuerza de bisoños en las artes del engaño. Con todo, unos y otros han sido constantes motivos de estimación y culto; los primeros porque se bañaron en las aguas purísimas de Europa, donde se supone que para curar el embrutecimiento hizo el Señor correr sendos Jordanes; y los segundos porque su procedencia misma les releva de toda sospecha, aunque ellos se hallan empeñados en suministrar públicas pruebas de su falta de sindérisis. En vano la imparcialidad y la despreocupación alzan el grito: aparte de que el fanatismo lo sofoca prontamente para sostener ilesa la consagración de sus elegidos, nada influiría el clamor en daño de ellos, que para casos tales siempre tienen la ocurrencia de murmurar —*"eso es envidia"*— ni tampoco afectará a la sociedad la cual ha tomado el sabio temperamento de los cuáqueros, o sea el de echárselo todo a las espaldas.

El resultado es que para flanquear los círculos, obtener un buen destino, relacionarse con lo granado de la sociedad en que se vive, como lo está el tronco de un redaño con sus fibras: y por último hacer un brillante matrimonio (mercantilmente hablando) no siempre bastan la conducta irreprensible, la esmerada educación y el poderoso agente del dinero. Se necesita haber viajado, aunque sin otro propósito que el de sustraerse por algún tiempo a las temerarias exigencias del idiota que se dice su creador y que esgrime entonces las armas contra el mísero que tuvo la cortesía de fiar al nuevo Ulises. Se necesita ver un cielo desconocido, contemplar una góndola deslizándose sobre las lagunas de Venecia, la fachada del cuartel de los Inválidos, el palacio de Windsor, el teatro de Astor Place o la Carraca; y se necesita, en fin, volver más tarde con un traje extravagante, mucha barba, gran melena y masticando trabajosamente algún idioma...

¡Oh! No sabe el hombre de recursos cuánto ganaría en la consideración de sus compatriotas echándose por esos mundos del Señor! De mí sé decir que a tener alas, y no como las de Ícaro sino de una materia más compacta, por ejemplo, de bruñido oro; había de atravesar —primero— todos los cuadros del fresco jardín americano y luego la Europa hasta en su parte más recóndita; había de saludar así las ruinas del Palenque como los sepulcros de Cracovia, el empinado remate del Himalaya, y el Malhestroond, vórtice tremendo que tanto se presta al renacimiento del apólogo... De este modo me haría célebre durante mi existencia e inmortal después de ella: porque dejaría dispuesto que publicaran mis *impresiones de viajes*, y mis admiradores al leerlas llevarían su entusiasmo hasta levantar a mi memoria un obelisco, aunque fuese tan desgraciado como el de Cayo Cestio en las cercanías de Roma.

Tales eran mis ideas no hace muchos días, recordando la descripción que hizo nuestro conocido viajero de las primeras vistas del Panorama, pero ideas que en nada le afectaban, porque estoy muy lejos de confundirle con esos modelos de falsedad y de ignorancia que todos conocemos, y cuya presunción no tiene otro fundamento que el de haber festonado su capa con los hielos del Pirene. De súbito siento los pasos de alguien que se acerca, vuelvo la vista y ¡rara coincidencia! mi propio amigo entra en la alcoba, arrastra una silla y me presenta la mano con su jovialidad acostumbrada.

—¡Hombre! —le dije— precisamente en este momento estaba ocupándome de ti: sospechaba que te habías olvidado de venirme a contar algo de tu segunda excursión al Panorama, y me disponía a escribirte.

Hablamos en seguida de algunos particulares de estricta diplomacia; pero como esta conversación es casi siempre peliaguda, pronto le dimos un corte.

—Al Panorama, —exclamé— al Panorama.

—Bien, —me contestó sonriendo— pero excusemos preliminares que más bien fastidian que interesan.

—Enhorabuena.

—Solo te diré antes de comenzar que acudí a la cochera del original panoramista y supe con sorpresa que había cambiado de domicilio; con sorpresa he dicho, porque él mismo me informó el dueño le había brindado aquel extremo del local para sus exposiciones, no estoy seguro si gratuitamente, con idea de llamar más parroquianos.

—¡Ah! —le interrumpí— sé por una experiencia bien acerba que muchos atraen con el cebo de la filantropía a los que pueden emplear como resortes pasivos de sus cálculos; pero a quienes abandonan luego de haberlos realizado... a quienes recompensan con la ingratitud más inaudita... Si esto se pudiera comprender, ni se afectaran impúnemente las virtudes más sublimes donde la realidad es solo egoísmo, ni habría que saborear tanto y tanto desengaño...

—Dices que sabes todo esto por una experiencia bien acerba... ¡Ay! ¡amigo mío! ¿Qué diré yo que desde mis primeros años he vivido en una dependencia atroz, casi en la servidumbre, sin que para aliviarla me hayan valido, ni la espontánea duplicación de mis deberes ni el haberme trazado una línea de conducta a todas luces ejemplar? Los cinco años que anduve por Europa forman la época más triste de mi vida... Pero... ¿a qué recordarla?...

—En efecto: las reminiscencias desagradables son como la producción del mismo mal que las engendra. Déjalas, pues, en olvido, y volvamos a ocuparnos de la posición tipográfica que tomó el panoramista.

—Mis averiguaciones fueron tales y tan eficaces que al fin logré aquella misma noche salvar el dintel de su morada. Al verme exclamó con la expresión de la gratitud más verdadera:

—Siñor... ¡Ah, Siñor!

—¿Qué hay, Mr. Poison? —este es el nombre del francés.

—¡Mon Dieu! Que usted está un hombre com'il faut. Encore no es acaba le seconde día de la semana et vous voila.

—Eso justifica lo satisfecho que salí de mi primera visita.

—¡Oh! Yo doy a usted regracias, siñor.

—Pero, no me ha costado poco trabajo encontrar su nueva casa.

—En effet: yo me ha cambiad d' alojamienta.

—¿Pues la otra casa no era buena?

—¡Par exemple, siñor! Observe usted misma et incontrará la respuesta. Aquí yo tiene un aire mas pur et mas de claridad; au-lieu qu' allí las sombras et l' humidité descomponieran mes tips. D' ailleurs, le martre, cuando fue cierta de haberme sacado de mes positions, qunique gauchement, le profit, que le estaba posible; me obligó de salir en diciánda que ellas degutaban aux pensionistes...

—¿Y era cierto?

—Pas du tout: c' et ait-par le mauvaise paturaje que él les daba.

—¡Ola!

—Oui, monsieur; mais yo soy vengado.

—Con todo: la venganza en ningún caso logra que desparezca la sombra de la calumnia. Por más que usted diga no debe haber quedado muy contento de la conducta de su huésped.

—A la bonne heure; mais yo ha ganado un cincuente pour ciento.

Tampoco comprendo esa ganancia cuando aquí como allá advierto la misma escasez de concurrentes.

—N' importe; nada de mas natural que de huir l' pectacle no nótres deformidades morales; c' est la raison pour laquelle personne viene a visitar a mon aparat. ¿Quién está el que ama de s' enroujir avec la contemplation de ses estravies?

—Y bien: ¿ha cambiado usted las vistas?

—Oui monsieur.

—Vamos, pues, a verlas —dije y coloqué en sus manos la moneda consabida. Al momento se iluminó la habitación, tomó el francés el cordoncillo y con un ademán sumamente cortesano me invitó a colocarme cerca del cristal: obedecíle como debe

suponerse sin la más leve repugnancia, y apenas apliqué mis ojos a la trasparente circunferencia, cuando a su través descubrí las formas de un hombre de indigesta y preventiva catadura, mejor dicho a uno de esos seres excepcionales y antipáticos cuya fisonomía encallecida revela a leguas la falsedad de su corazón.

—He aquí a un caballero —exclamé, siguiendo la corrompida costumbre de llamar así a todo el que se presente bien vestido.

—¿Et que lo parece a usted, siñor?

—Que convida a la desconfianza con la odiosa desfachatez que sombrea en semblante.

—¡Mon Dieu! ¿Est ce que usted esta fisonomista?

—Nada de eso, amigo mío: pero innumerables chascos que he llevado en la vida me hacen juzgar así, a primera vista de los hombres, y confieso a usted que rara vez me equivoco. Juraría que este tiene algo de charlatán y de egoísta.

—A merveille, siñor.

—Que es uno de esos fantasmas de grandeza que se alimentan de la vanidad, y por otro lado se revuelcan en un albañal de torpezas inauditas.

—¡Oh! yo va espliquer sou caractére.

—Enhorabuena

—Ce monsieur, dont la position sociale est tres fabuleuse, ama de se ofrecer comme le modele le plus perfect de la filantropía, sans pourt-tant la comprender: c' est past étranje, mais c' est toujours ridicule.

—¡Quién lo duda! Los vicios no pierden un escrúpulo de su índole funesta por el efecto de ser conocidos y genéricos; pues esto mismo les hace más risibles y merecedoras de la común indignación.

—En avent... si usted habla a cet hombre de vos malheurs et usted muestra dudose d' esparcir las nubes de votre lobrége futur, alors él hace el sensible et promete a usted: de emplear ses tres inmenses relations a fin de vous delivrer d' un etat si pénible. Mais él hace de usted au theatre pour savoir si ou execute ce soir la fonction malgré le mauvais temp, tantot pone a usted dans son bureau a copiar una memorie sur l' agriculture que no está a el, et que non obstant, la pública como si la habría escrite, o que une representation a la cour en pidiendo des otres croix

et distintions. Au moment de la toilette usted debe ser en su alcobe pour lui faire la cour, et quanq il sort usted debe quedar pour decir qu' il n' est pas la a ceux que vienen le buscar. En fin, il vous humille en sorte que usted misma avec le temp dude d' etre ce-lui qu' estaba auparavant... Et les jours pasan les une sur les autres dans l' amigo qu' el éspere por vous protéger, et que c'est imaginaire ne viene pas de la campagne, et usted sigue en sufriendo ces torts et trabajando sans profit a cause de ce que flatte l' espérance! Au bout, usted se fatigue, la desconfianze se present tout a l' heurr, et usted se retire de la maison du grand comique. Alors... ¡oh nom de Dieu! Cuanto que usted estaba de bon garçon et de recomendable change comme a l' influence d' una vara magique. El dice que usted está un ingrat, que usted ha meprise la fortune, qu' el era ocupé en adquerir pour usted une bonne place: mais que usted no ama que de la nonchalance te du brigandage.

—Por Dios que ese hombre es verdaderamente singular.

—Ce monsieur, siñor, está, selon que usted ha diche, un redoutable charlatán dont le carectere et les aspirations souperieures a celleos des autres, l' ont merité el desprece general. Sou orgueil fait de luí un miserable; et pour ses pretentions de coquette c'est un sujet a rire dans toutes les soirées. Cuand il parle de sa juventud, personne ha tenido des aventures plus célebres: cuand au couraje, il a etait un Cid, un Chárles Magne... ¡Oh, par exemple! usted sabe bien, siñor, que la modestie et la popularité ont de mas valeur dans cette époque que l' altanerie et l' exentricité; él repugne ces vertus, et tenez pour quoi il est si ridicul. Mira usted son continent: cualquier uno pensare, a le ver que él está un hombre comme il faut, un hombre espirituel: nada menos que de eso: il en a l' aire, mafoi; mais yo dice a usted qu' en a que l' aire, et pas davantaje.

—En efecto: tiene un interior grave y cierta apariencia de dignidad que engañarían fácilmente, si en medio no resaltara la osadía de la ignorancia. Para la generalidad será tal vez un cumplido caballero: viste bien, y como dijo Mery, *un presidio iluminado suele parecer un templo.* Sin embargo, no se necesita de mucho análisis para comprender que ese hombre es uno de los muchos que, ramas de podridos troncos, se trasplantan a terrenos vírgenes y apartados para alcanzar una regeneración, aun-

que imperfecta, en gracia del abono; y luego insultar sin miramiento alguno a los cogollos más lozanos y pomposos.

—Vraiment.

—Ese, Monsieur Poison, es un miserable, que...

—¡Dame! ¡C' es un *lion*!

—Qué lion ni qué alcachofas.

—C' est un fashionable.

—Y ¿qué tenemos con eso?

—¡Oh! ¡Il a de l' argent!

—¡Pues...! tiene dinero, acaso adquirido por medio de la usurpación...

—Ce n'est pas ça.

—O de alguna lotería.

—Ce n'est pas ça.

—Pues ¿por qué lo tiene entonces?

—Parece que él a une maitresse tres riche que parvient a tous ses bessoins et fantasies.

—Vamos, monsieur Poison: usted se burla.

—¡Parole d' honneur! C'est une dame que cree dans son amour, et que le paga a él cada frase avec un onze d'or.

—¿De veras?

—¡Ah! ¡comme usted ignore ces practiques du *beaumonde* Ici, du meme qu' en France et qu' en Italíe, c' est una habitude de vivir en haciendo un ridícule comerce des afectes. Quelques, uns, avec de la reserve, quelques, otres, avec de l' escandale; mais, en fin, on met ça usage generalment saus craigner les cris de la moral...

—He aquí un nuevo modo de vivir que yo no conocía.

—C'est tres connu, cepandat, et tres antigua.

—Con todo; solo la depravación de las costumbres puede prohijarlo; porque no es posible que el escándalo y la moral corran parejas. Eso tendrá lugar entre los pueblos que los grandes economistas tienen demarcados como fuentes de extravíos, porque desplomados de la altura a que los elevaron, no sus glorias, sino su vanidad y su molicie, se agitan hoy en círculo de sus vicios, y despachados del desdén con que se les mira, quieren por todas partes derramar su virus pestilente. Pero dejemos a este señor con sus extravagantes aspiraciones; y deseándole un goce duradero de la original capellanía que se ha *colado*, veamos si hay otro tipo menos asqueroso.

—Alors, yo quier que usted, mire un hombre abominable, parce que mon *petit monde* no es comquesto que de mechants, et...

—¿De perversos solamente?

—Déjame usted acabar, siñor.

—Adelante.

—No es compuesto que de malos... ¿está bien así, siñor?

—Muy bien.

—Et de ses víctimis. Yo no ha neglijado la virtud: ¡oh, no! Ella va a eclater dans l' interieur d' une maniere surprenant; mais comme usted sabe elle se reserve toujours dans la triste admosphere des infortunes il faut pour la saludar dans cet *pot-pouri* sous la figure d' un malhereu etablir le contraste avec un de ces montrues de l' espece humaine que usted llama perversas. Eh bien, voyons premierement l' víctime: aprés viendra le sacrificador.

Así diciendo tiró el francés del cordoncillo y me impulsó suavemente hacia el cristal.

—¡Oh! ¡Dificulto que mi pluma pueda siquiera bosquejar el cuadro que se ofreció entonces a mis ojos!

El fondo de la cámara presentaba una costa solitaria, en cuyas orlas de cobrizas rocas venían a estrellarse con furor las encrespadas olas, produciendo un rumor casi religioso al absorber la espuma que como una inmensa sábana en su choque fabricaban. La luna melancólica, limpia y argentada; la luna, lámpara divina y misteriosa de los cielos que todo lo reviste de majestad y de grandeza, derramaba su lumbre tenue y amorosa en derredor de aquella austera soledad que al bañarse en ella parecía engalanada con un cendal transparente de sentimiento y poesía. La brisa de vez en cuando respiraba sacudiendo la verde pitahaya, planta inodora cuyas raíces crispadas como las vértebras de una hoja que el agua ha disecado amenazaban desprenderse al recibir el soplo de aquélla. Todo era silencio allí, todo sosiego: solo la sombra fantástica de la veloz gaviota que pasaba por encima de los riscos y las olas, o la flotante nubecilla que tomando mil formas caprichosas atravesaba el terso firmamento, solían lanzar un punto oscuro y transitorio, una mancha leve y casi invisible sobre la uniforme claridad que reverberaba el universo.

Allí, pues, sentado sobre la empinada cresta de una roca que se adelantaba atrevidamente al mar, se veía un joven como de hasta 20 años de hermosa figura, formas atléticas, negra cabellera y cres-

pa barba; un joven de esos pocos que interesan desde que se ofrece a los ojos del observador, por la graciosa armonía que guardan sus proporciones, por el barniz de ingenuidad que resplandece en todo el óbalo de su rostro, y principalmente por cierta languidez en los movimientos y cierta dificultad en la mirada que eclipsa el continuo llanto y la presenta como a través de un talco, lo cual revela en conjunto que el corazón batalla con mil hondas secretas amarguras. Tenía la vista clavada en el mar cuyas ondulaciones parecía no advertir: con una mano sostenía su cabeza en actitud meditabunda, y con la otra que asombra por la altura de la rodilla, asía una soga que terminaba en una frágil barquilla, juguete inerme de la olas que de continuo la columpiaban e impelían debajo de la roca con evidente riesgo de estrellarla.

La palidez del rostro de nuestro joven, exagerada por el negro subido de la barba, revelaba lo que antes hemos dicho, a saber, que su espíritu, agitado por la rueda terrible del recuerdo, sufría en aquel instante de una manera inexplicable: su traje grosero y harapiento no dejaba duda alguna respecto a su indigencia. Era, en fin, como había dicho el francés, un desgraciado, habitante de las playas, repudiado tal vez por la sociedad y obligado por tanto a vivir sin otro compañero más que su dolor. Sin embargo de que esta presunción no iba muy descaminada volví los ojos al francés para preguntarle quién era aquel misántropo cuya juventud y expedición parecían llamarle a otro elemento mejor del que ocupaba; pero sin responderme una palabra y aprovechando el momento de mi interrogación, tiró nuevamente del cordoncillo. Mis ojos volvieron al cristal como si quisieran impedir al cambio de la escena.

—¿Qué hace usted, monsieur Poison?

—¡Oh! Yo ha presentade la víctima: preciso estaba de hacer a usted conocer son bourreau.

—Y bien: ¿dónde está?

—Le voilá.

En efecto; había sustituido al personaje anterior un hombre que rayaba en los cuarenta, y cuya forma acartonada, mirada siniestra, sarcástica sonrisa y maneras insolentes, eran, por decirlo así, los testimonios irrecusables de un alma pervertida y avezada a toda especie de extravío. Al verle sentí que la indignación coloreaba mis mejillas, y puedo asegurar que aun cuan-

do hubiese ignorado que era el verdugo del joven, ya conocido, siempre le habría contemplado con desprecio, pues desde luego reconocí en él a uno de esos seres que enemistados en agraz con las virtudes se rodean de todos los vicios para perseguirlas dondequiera que resplandecen ellas haciendo gala de su abominable misión y su impudencia.

—Basta, Mr. Poison —exclamé— quite usted ese hombre de mi vista, y ocupémonos del joven.

Hízolo así el francés presentado a este último de nuevo.

—Bien: ahora dígame usted ¿quién es este mísero y de dónde proceden sus desgracias?

—Ecoutez, monsieur, ecoutez. Ese joven que al meter su pie dans le monde hizo que su madre le metiére dans la profondeure de la tumbe et que son pére en algunos pocos de años la siguiera, restó a la sombre de un tio que fut nombrado son curator. Celui -lá, —le meme que usted viene de ver—, convirtió a diner l' héritage de son pupila en reuniendo ainsi une richese, qu' atait innombrale, et puis, se partió acá avec lui sous preteste de la donner una superbe educación. Personne de la familia s' opuso; car iniciads dans la funeste preocupation de que les enfants ne sont ils eleves dans sa patrie si bien que dans l' etranger, creyeron au contraire que c'etait un commecement de l' interet que lui inspiraba l' orphelin. En effet, poco de tiempo más le había metid en un grand colége. Jusqu' icí todo alla it bien.

—No hay duda: se conoce que comprendió cuáles eran los deberes de un hombre de honor y de conciencia.

—Mais a peu de tiempo también, et en pretestando quelques affaires du comerce, se dirigió au Canadá.

—¿Y bien?

—¡Oh! La pensión fut interrumpide, et le maitre du colége e obligde chasser le pobre garçon, qui ha, demandé pour son curator, quí a crit des lettes... Mair sans profit: personne sabe enconder s' il exite!

—¡Bárbaro! Abusar así de la confianza de un moribundo, usurpar su propiedad a ese niño, su patrimonio, su más cierto porvenir, y dejarlo a merced de la suerte, expuesto a los mil peligros de que está erizado el mundo, sin amparo... en un país desconocido...

—¡C'est un coquin!

—¡Un monstruo indigno del perdón de Dios y de los hombres! ¿Qué mucho si mañana siente ese joven sobre sus hombros la vara de la ley castigando sus excesos?

—¿Et pourqoi, monsieur?

—Porque yo no dificulto que la conducta criminal de su patrono le haya herido de tal modo que busque si es posible en el seno de la desmoralización el olvido, o por lo menos, el aturdimiento necesario para no pensar en su nublado porvenir...!

—Pardon, monsieur. Yo cree que los golpes d' une mauvaise fortune jamais justifican al hombre qui s'enfoces dans l'abime de los vicies.

—Yo tampoco lo creo.

—Alors...

—¡Pero usted no me negará que muchos han hollado sus virtudes por desesperación, que han caído en el pestilente charco de los vicios no cediendo al poderío de la voluntad que siempre les consignaba su anatema; sino al de una mano de hierro, al de un corazón de pórfido, al de una conciencia virulenta e inauditamente bruta!

—¡Ah! Oui...¡Comme je sais tout ce-la....!

—Tanto mejor: así comprendereis que pudiendo ser ese joven una valiosa presea de la sociedad, o por lo menos, un hombre honrado...

—¡Diable! ¿Qué no lo está él?

—Quién sabe.....¡Hay tantos ejemplares...!

—Mais... Il a aussi des ecceptions.

—Las excepciones, por muy raras, no forman equilibrio en la balanza social.

—Oh soyons justes, monsieur:

—Seamos lógicos.

—A la bonheure: c'est la manniere de ne s'egarer jamais.

—¡Cómo! ¿podrá decir usted que mis reflexiones van fuera de camino?

—Dans cet, cas vraiment. Este garçon he tenid de la fuerza, presque de l' heroisme pour se hacer superieur a ses infortunes; et cependant, vous le tiene comme s' il etait un criminal.

—Con que ¿no se ha pervertido?

—¡Oh no! Abandonad, commo usted dice dans cet monde erizad de danjers, etranjer et sans aucune protection; él encon-

tró malgré tout ce la un vieje pescador que tocade de son hermosure et de l' isolement que le esperaba a sus días le tomó por hijo, le aprendió l' oficie et lui donna au moment de mourir son cabañe sur la playa et cette chaloupe. Des alors el trabaja jour par jour, content avec l' independence de sa position, et sans s' ocupper de les placeres, propre de la juventud; mais que ne servent que pour la faner comme une fleur demi-ouverte.

—No importa, amigo mío: tendrá una idea aunque imperfecta de esos placeres mismos, y sufrirá con la privación el mayor de los tormentos.

—Peut-etre; mais dans ce cas il faut convenir que el joven plus digne encore de notre estime: la veritable vertu está, je pense, celle qui se depure dans le crisol du sufrimiento.

—Bien; ¿pero no será para su espíritu un suplicio atroz el recuerdo de lo que fue y el espectáculo de lo que está siendo actualmente?

—¿Et quel reméde, monsieur? S' il fait cette comparation tant pire pour luí: ce será se tourmenter sans succes et avancer toujour dans le sentier de la vida environné au lieu de fleurs d' epines.

—En efecto: es preciso resignarse, es preciso ser filósofo y sacar partido de la misma desventura por más gratuita que esta sea, para no dar de lleno con el gigante de la desesperación y convertir así en días de infierno los demasiado breves de la vida. Es preciso considerar los hombres... pero... ¿adónde intenta llevarme el dolor que me causa la vista de ese mancebo?... ¿Yo, víctima también de las pasiones humanas; yo, sacrificado desde la infancia en las nefandas aras de la usurpación y de un orgullo frenético, lanzado de mi patria por el brazo de las revoluciones, condenado a gemir en un país extranjero sin esperanzas de volver a sonreír bajo mi cielo... yo, por ventura el que puede juzgar en calma las injusticias de los demás, sin faltar al estoicismo que antes he recomendado con usted como la mejor de las virtudes?...

—¡Dame! que vos malheurs ont elles quel resemblance avec les miennes... Un otro día yo contará a usted de elles un morceau et yo soi cierte que usted va s'admirer. D'ailleurs...

—Sí... veamos otro tipo que este me afecta demasiado: En cuanto a lo de contarme usted un fragmento de su historia le tomo la palabra con tanto más gusto cuanto que nutrido por

todo género de desastre nada me halaga que no diga o esté en consonancia con mis propios antecedentes.

Sin añadir una palabra procedió el panoramista a la mutuación de escena haciendo que la ocupara otro joven de fisonomía menos simpática que la del anterior, si bien aderezado con toda la propiedad y exquisita combinación que prescribe el reglamento de la moda. Su melena, coronada por un sombrero brillantísimo de felpa, estaba perfectamente rizada: su barba a lo Nazareno, es decir, unida a la patilla y el bigote, haciendo parecer la boca una gruta lóbrega sepulta en las entrañas del más espeso bosque, estaba recortada con tal arte y tal estudio que dejaba en zaga a la graciosa armonía de la pintura. El traje ya se supone que sería de lo más selecto y costoso; pero determinándole para no ser confuso te diré que vestía buena casa de color invisible, chalina escocesa, chaleco de raso blanco con flores estampadas, camisa de tela de Hungría en que chispeaban tres botones de esmeraldas, pantalón de dril sin trabas, blanco también, de corte inglés, con dos listas azules que partiendo de las caderas remataban en los pies; zapatos bajos de lustrillo; media listada de rojo, guantes, espejuelos, leontina, en una mano una flexible barba de ballena y en la otra un fragantísimo *bouquet*. Con todas estas galas difíciles de reunir hoy en un solo individuo, porque es fama que la mayor parte del dinero está estancado en poder de tantos Samueles como los que un tiempo viera el puente de Rialto... la menor está repartida en tantos *quebrados*... que muchos tienen que contentarse con el olor de la raya divisoria... Con todas estas galas, repito, es evidente que nuestro *gentlemen* franquearía a su sabor los círculos sociales, partiendo del consolador principio que dice: *el hábito hace al monje*, y que es la más propia de las égidas para salvar los lindes de la nativa esfera sin curarse de sus *seborucales* y sus *charcos*.

Recuerdo ahora —y no te ofendas por la digresión— que cuando era yo un rapaz los contemporáneos de mis padres solían decirme al mismo tiempo que me golpeaban suavemente las mejillas: ¡dichoso tú, que has nacido en el siglo de las luces!... y yo, que no podía comprender el verdadero espíritu de este principio, me lo explicaba candorosamente cada vez que veía ostentar a cualquier opulento una botanadura de brillantes, una cadena de oro o un coche rebruñido. Andando el tiempo llegué

a la edad en que todos hacen alto para entrar en el vecino periodo de la vida y tendí una mirada adelante buscando otras luces que no fueran las del oro. Pero, ¡cuál no sería mi asombro al ver, que a medida que iba adelantando, la *despreocupación* desnuda y a veces virulenta se presentaba sin ser llamada donde menos podía sospecharse su presencia, donde hacían un papel tan principal los brillantes, las cadenas y los coches...!

—*In qua urbe vivimus* —exclamé con el orador romano—. ¿En qué pensaban aquellos ancianos cuando me felicitaron por haber nacido en el siglo 19? ¿Se llamará *luz* a la behetría? ¿Se llamará *luz* a la insolencia de la ignorancia que todo lo atropella, al olvido de *quienes somos* y por consiguiente de las propiedades originales que nos encierran en una jerarquía particular donde nuestras obras pueden establecernos otras superficies sin afectar las que nos están vedadas? En estas reflexiones vino una voz a mis oídos murmurando: tranquilízate: ni la luz del oro, ni la abnegación serán las que den un carácter a tu siglo, será sí, la luz esplendorosa del talento. Conforme con esta revelación fantástica esperé el resultado de la lucha que forzosamente debía establecerse entre los tres poderes, lucha peligrosa que con dolor te confieso existe todavía sin haberse adelantado otra cosa que debilitar el último en algún tanto... El *oro* y la *despreocupación*, ésta con ventaja, se han asido a la vez el cetro que somboliza el espíritu de la época, y forcejean por arrebatárselo el uno al otro, mientras el mejor de los adalides toma aliento... ¿Será para volver a la carga más brioso y alcanzar al fin un verdadero triunfo? ¡Felices nosotros si llegamos a saludar su día de gloria, que será el que fije una marcha uniforme a los tiempos presentes y futuros! Entre tanto y concluida mi disgresión, sigamos observando al nuevo personaje del panorama, que para mí tengo ha de comprobar el actual imperio de la despreocupación, sobre el talento y sobre el oro.

En medio, pues, de todo su aparejo exquisito y escrupulosamente combinado a los últimos figurines du *Petit-Courrier*, aparejo de gran tono que si no revela a un hombre ilustrado, revela por lo menos a un rico, que en nuestros días vale mucho más... en medio, en fin, de sus espejuelos ochavados, atributo del moderno literato, sus guantes de Jouvin, su barba de ballena y su leontina llena de dijes como el rosario de los antiguos peregrinos; notábase

en todo él no se qué de repugnante y fastidioso que me hizo plegar las cejas involuntariamente. Creo haber dicho plegar otra vez,—y por si no lo digo ahora— que hace algún tiempo estudié el sistema del profundo Lavater, y que unido esto a la costosa experiencia que he adquirido en el trato con los hombres, me hace estar en la pretensión —tal vez errónea— de que para conocer su índole y formar, digámoslo así, un diagnóstico aproximado a sus pasiones madres, hasta solo pasear la mirada por su rostro, examinar la forma de los ojos, la distancia que guardan estos y las otras partes del conjunto, y sobre todo, sus modificaciones, seguridad, etcétera, en el momento de emitirse la palabra. Sin embargo, todos estamos bajo la jurisdicción de los errores, y yo más que otro alguno, en razón de mi ignorancia. Así pues, no fiándose esta vez enteramente a mi doble estudio, antes bien, conociendo cuán aventurado es fijar un juicio sin consultar antecedentes; me volví al panoramista que ya me aguardaba.

—Amigo mío —le dije— la desgracia en general es vergonzosa: apenas se presentó un instante bajo la figura interesante del barquero cuando ha desaparecido cediendo su lugar a este perfectísimo lion que es su reverso.

—Oui, monsieur, —contestó el francés— c'est le contraste du malhereu orphelin.

—No hay duda.

—Mais... que pour sa condition etait destidad a ocuper la place de celui-la.

—Veamos de una vez quién es esa oruga convertida en águila.

—En verité, mon amí, quelque chose.

—¡Cómo!

—Personne, pour mejor decir.

—Pero ¿y ese traje?

—Alors ¿usted pense que la parure esta le barometre infalible des *jentils-hommes*?

—Todo lo contrario: creo de los vestidos lo mismo que del abuso en las esencias, que solo sirven para ocultar a duras penas parte de nuestras miserias inherentes; pero confieso que contra mis convicciones reputaba de notabilidad a este misterio.

—Certainement, el está une notabilite et une notabilite bien extraordinaire, je vais m' expliquer.

—Enhorabuena: explíqueme usted ese misterio.

—Cet spece de caballer, si prope qu'il vons semble, no pase meme d' etre un miserable écomiffeur.

—¡Cómo! —exclamé con asombro— ¡un parásito!

—Tout a fait. Un hombre que vive o qui vejete comme les plantes tou jours a la sombra d' un autre; un hombre qu' a hecho un étude particuliere de l' adulation et que no cesse d l' emplear con un necie ilustre que le cree comme l' evanjeli et lui recompense de diverses manieres.

—Y ¿cómo ha podido ese joven volver la espalda a tantos caminos honrosos que brindan el porvenir para internarse en la estrecha serventía que desgraciadamente sigue?

—Oh c'est fácil d'explique. Quand il etait a l'école hizo conocimienta d'un joven tres riche, son actual protecteur, et s'ocuppó de l' adular plu-tot que de etudier, parce-que vio más de ventajas en la vie indolénte del parasite que dans celle des hommes etudieux, en pasando sa premiere aje sur les livres. Ainsí jamais pudo presentar une preuve de ses progés dans le colége au parain que lui pagaba la pensión au lieu de ses parents: ¡tanto ellos estaban pobres!... Mais, le pariaín en viendo como él no s'apliqait l'abandonó aprés de la haber negado la plus pettite prottetion. L' amigo, alors, le llevó a su casa en imaginando que ni l' un ni l' autre ataient en necesidad de se fatiguer pour savoir que la mejor de las ciencias está un peso dan le poche.

—¡Bizarro raciocinio!

—Entre tanto, notre *dandy* me prisaba l' ocasión de sortir de su naturalle bassese, et plus éncore, celle de se metre en etat de secorrir a sa famille, presque mediante. C' est un redoutable egoiste. Beaucoup de monde s'imajine que c'est un homme emplead, qui trabaja, qui fait son affaire, a le ver si polí et si elegant... mais ce n' est pas ca: él está un vago, un rude et un miserrable que de no ser vestir avec les ropes de son funeste protecteur seria en la deznudez et no habría pas un pesete.

—¡Ola! ¿conque según eso no le faltan?

—¡Oh no! son ami se ha hecha l' imposition de le llenar aussi les poches del metalique.

—Pero... ¿socorrerá a sus padres? Porque he oído de algunos que observando una conducta más o menos censurable, han tenido, sin embargo, el mérito de ser muy buenos hijos; y en este caso se les compadece, sin por eso absolver sus extravíos.

—Au contraire, monsieur: ¿yo no lo ha dicha a usted? ¡Oh! no solo no les socorre, mais encore il no cherche pas savois s' ils existent.

—¡Ah monstruo!

—Il ne s' ocuppe que de lui et de...

—Adular.

—C'est ca: d'adular.

—¡Imbécil! ¿No sería mucho mejor que pensase en aquellos a quienes ha debido el ser, y en dedicarse, ya que no quiso a las ciencias, a un arte o un oficio, para no verse despreciado por su desnaturalización y escarnecido por sus costumbres?

—¡Oh! s' il querria el tiene des buens brazos; mais c' est plus facile de hacer le turlipin, et voilá tout.

—¡Qué degradación!

—Oui ¡quelle degradation! Estar toujours atenctif aux sottises de cet autre sauvaje pour les aplaudir... hacer hasta son Fígaro, voyez vous, pour haber las funestes gloire de mañana decir qu' esta sabidor de ses secrets... que se mette avec lui a table: qu' ocuppe le meme loje dans le colisé: que va dans sa voiture a la promenade et a la campagne.... ¡Oh! s' envilecer jusqu' a ce point un homme dotad de la meme inteligence que les autres... capable de montar par l' echelle socialle et de luir dans s' extemité... un homme, en fin, que pudiese estar mañana considerad et peut-etre reconnu comme une notabilité, parce-que personne sabe tout les progrés dont il est pret a faire...

—Y sin embargo, brilla, se gallardea en medio de las reuniones más brillantes, ¿no es verdad?

—¡Sans dout!

—¡Pues!... Y mientras tanto otro joven virtuoso, honrado y de algún viso en el radio inteligente se enmohece, digámoslo así, bajo las tinieblas y la humedad de su morada porque es pobre, porque no tiene ese esplendor maldito, porque estamos *despreocupados*... Pero volviendo a ese insensato que tenemos por delante, ¡lo que más me horroriza de él es la bárbara conducta que observa con su padres!

—Vraiment, ¡c'est un barbare! Él sabe que su madre sale chaque noche a ocho horas, por demandar l'aumome cachee sous un voile miserable sans recueullir que des desprecies et des chagrins... Cependant, el no está pour l'enviar quelques secours,

parce-que cuante lui da son protecteur está bien poco a gastar, ou, pour miex diré: a derretir avec vapeur soufocant des orjies...

—¡Desgraciado!

—¡Voilá ses moeurs!

—No concibo, Mr. Poison, cómo es posible que los hombres se desborden y precipiten así de una en otra falta, hasta dar en el abismo tenebroso de la desmoralización, de la vergüenza y de los vicios. No parece sino que la razón se apaga de todo punto en ellos, sepultando entre las espesas sombras del olvido los afectos y los sentimientos nobles que les diferencian de los brutos.

—¡Eh! mira usted siñor; yo no comprendo comme esta qu' au lieu de donner de l' arjent a ces miserable *bons-vivant* pour qu' ils compren la maledition jenerale no hacen de les mettre dans quelque ilistitut pour tourner en util un membre pret a se corromper de tous cotes... Voilá ce qui m'admire.

—En efecto, Mr. Poison: eso es incomprensible.

—Mais... Beaucoup de monde ama d' entendre la rumeur de l' adulation de la maniere que si estara une belle musique, une louange meritee, au lieu de la chasser tres loin pour ecouter les plaintes des mal heureux a fin de les soulajer.

—Ese es el mundo, amigo mío.

—Oui! c' est le diable represente par l' orgueil...

Y sin esperar a que yo le manifestase mi deseo de examinar otro tipo, Mr. Poison, con la maestría de un tramoyista, tiró del cordón haciendo figurar un mozalbete, mal ataviado y lampiño como una dama, pero en cuyo infantil semblante se traslucían la arrogancia y una apariencia de superioridad poco común.

—¿Y este niño? —dije sonriendo— ¿qué papel desempeña en la escena social?

—¡Dame! —exclamó el francés al mismo tiempo que quitándose respetuosamente su cachucha de hule y haciéndole un profundísimo saludo me convidaba a seguir su ejemplo.

—¿Y bien? —repuse algo turbado.

—¿Está usted siñor, un amateur de la literature?

—Sin duda.

—Alors... ¡saluda usted a un poete!

—¿Ese es un poeta?

—¡Un poete!

—Mr. Poison, creo que usted quiere divertirse a costa de mi ignorancia.

—¡Oh, non!

—Pero ¿cómo es posible que en tan corta edad haya conquistado nombre de poeta quien a mi juicio aun puede que no conozca la gramática?...

—Yo dice a usted que esta un poete, parce-que les ignorants l'ont consagrade tres volontiers avec ce titre honorable; mais en verité el no está poete.

—Por Dios que no comprendo a usted.

—Ecoutez, mon amí. Depuis que la literature e t' elle reçu quelques secouments et qu' elle marche eu avant a son plus haut gre de perfetion, ont eleve la tete plusieurs ecrivains, entourée de splendeur pour conquier les lauriers de l' inmortalitée: ¿vous savez ça?

—Sí lo sé, Mr. Poison.

—Bon: mais vous ignorez, je crois, que parmi ces prétes venerables, dont la plus-part son dejá célébres, mientre que les otres marchan sur ses pas a force d' etudier, vous ignores, je le repete, que parmi ceux-ci ont aussi eleve ses cheveux longs, rares et jaunes quelques enfants stupides bardis comme de diables, en pidiendo son partage de gloire san peur de la burle publique.

—También lo sé.

—Et bien; voilá un de ces enfants. Il est tres lourde; mais ce n' importe.

—¡Cómo!

—¿Savez vous qu' a-t il fait? ¡Oh! ¡c' est admirable!

—Veamos, pues.

—Comme está si intruse hoy está aussi amigo des poetes, et son escrivienta, et son valet pour tant de meriter qu' ellos lui den ses inspiration débiles.

—¿Y de qué le sirven?

—Las guarde du meme qu' un trésos et quand a pasad un poco de tiempo met au pied sa signature et les publique dans les journeuax comme de sa proprete, ou les recite dans tous les circules literaires et dans le cimentaire méme.

—¿En el cementerio?

—¡Oh! muere usted, siñor; et malgré de no conocer a usted je suis sur qu'il en va et devant votre cadávre lit une enorme

poesie... Dans cette époque, monsieur, on va au cimentaire comme on allait auparavant au *Capitolie*, a gagner une couronne; les morts sont il les sujets, les motits de cet etrange espece de jeux floreaux...

—¡Qué originalidad!

—Lá on dicen milies folies, milles mensonjes dans la sureté que les morts ne parlent point, et ça, non pour cumplir les devoirs de la saint amistad comme en France, ¡oh non! c' est pour satisfacerles exigences d'una vanidad horrible et se faire poupulares.... *"Tu estabas mon únique amigo*, grite un que no ha connu le defunte qu' ahora proxime a se corromper: *"Tu l' esperance de la patria;"*—et celle— ci esta inocente de l'avoir... *"Tu mon compagnon d'enfance;"* et le poete, ou le panegiriste anvit d' arriver du Mogol, o de Australia... ¡Oh! ¡Mira usted siñor, mira usted comme la literatura (la poesie sur tout) est elle dechiree el meme arrastrude sur les os, aprés de la vestir avec les parures du carnaval!... La poesie, ¡gran Dieu! que está si pure et si delicat qu' une vierje... ¡Oh! Quand je me rapple de deux vers de men concitoyen Brebeul: les voila.

In n'est rien de sacré pour des mains sacriléjes:
Les dieux, mémes n' ont point de privilijes.

—C' est bien dit ça.

—Indudablemente, amigo mío.

—Plusieur ecrivains s' ont plaigné de la conduite de los que aspiran locamente a la celebridad; mais sans sucecés.

—También entre nosotros ha sucedido lo mismo tomándose algunos hasta la pena de indicar los medios para conseguir y evitar las torpezas que la atrevida presunción hace cometer. Sobre todo y hablando de la poesía, quejóse mucho Cervantes de los que la maltratan, por boca de su celebérrimo *Quijote*, cuando dice a D. Diego de Miranda estas sentenciosas fundadísimas razones: "La poesía siñor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella."

—¡Bien! ¡tres bien! mais ¿quién está el que s' ocupper de remplir ces conditions? Sigue usted, siñor.

—"Pero esta tal doncella no quiere ser *manoseada*, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los palacios.

—Ni pour les cimentaires: ¿C'est pas ça?

—No, monsieur Poison: Cervantes no dice eso.

—Mais s' entiende, je crois, continuez.

—Ella es hecha de una alquimia de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá de oro purísimo de inestimable precio.

—Et celui qui no la tournerá de boue.

—"Hala de tener el que la tuviere a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuese en poemas heroicos, en lamentables tragedias o en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni de estimar los tesoros que en ella se encierran." Ahora bien, Mr. Poison, vea usted si entre estos principios y los que generalmente se practican hay alguna analogía.

—¡Oh! C'est inutille la confrontation. Mr. Cervantes dice de no *manosear* la poessie et no l' estropean par tout; dice de l' associer avec des autres ciences, et personne cuide, je ne digo de eso; mais d' etudier méme son idiome dice anssí de no l' emplear en *desamalds* choses; et presque toujours les journeaux sont ils envahis de cette composition si dificile que desconceptudes; en fin, dice de no la dejar sous la puissante des ignorantes, et j' observe que ceux–ci sont ses bourreaux les plus impitoyables. Ese niña comme vous dites, ¿de quelle maniere, donc puede el honorar la poesie...? ¿Cuál idee origina, cuál pensamiento sublime puede inspirarle la miserable pulimentación de son naciente intelijence...? Aucene, ma foi; et tenez comme il est force de dire toujour c' il a entendu dire auparavant, et tenez comme la poesie a-t'elle quelque resemblace avec la mode que les tailleurs visten hoy con las mismas ropas que fue vestido il a un demi siecle, et mañana avec las de hoy; et nunca, siñor, hay de novedad dans ses chanjements... D' ailleurs, ¿c'est qu' está une presition imprescindible la de decir en verses tous notres pensees?

—Eso mismo digo yo.

—¿La prose no tiene elle de l' enérgie pour emouvoir el corazón, o c' est un atribut especialle de la ritme? Celle–ci no quiere

decir du méme que des verses quelques fois bien mesures: yo les ha visto avec observance des regles, et non obstant, ont ete detestable, car ils manquaient d' interés et de bonnes idees malgré le gran artifice de sa composition; et yo ha viste aussi de la prose que n' est pas preceptúe, la prose libre, suelta et harmonieuse ocuper une place pus honorable que celle de la poésie.¿Porquoi; donc, no l'aimer?

—Eso, Mr. Poison, se explica fácilmente. En la prosa hay poquísimas licencias y para usarlas con habilidad se necesita estudio. Además es preciso marchar como Homero en la acción dramática de su magnífica epopeya: "*semper ad eventum festinat,*" y nuestros poetillas, que no conocen otras reglas más practicables, mal podrían observar aquella que tiene por base la precisión. Sus fantasías se desarrollan con el ojo de agua y el capullo; y como fiados de la naturaleza se dan poco al estudio, cuando más avanza es al arroyo y a la flor, repitiendo en estanzas fastidiosas las mismas ideas y figuras de retórica que con más oportunidad usaron otros anteriormente. Sin abrir el arte poético conocen todas las libertades de la rima y se lanzan a martirizarla escudados con su decidido amor a las *bellas letras* que por otra parte ni sienten ni conocen. Yo no negaré que hay entre nosotros poetas verdaderos, poetas de corazón que cuentan además con el auxilio de una vasta erudición; pero ¡ay! estos son muy pocos, y para cada uno de ellos tenemos cien mozalbetes que de *motu propiu*, o merced a las alabanzas intempestivas de un cofrade reciben la tonsura de poetas y tienen luego hasta la audacia de optar a la canongía de profundos literatos... Por eso nuestras prendas se sofocan abortando cuadernos de dislates que sus autores titulan modestamente ocios o ensayos, mientras no son capaces de ponerlas en movimiento para un folleto o un opúsculo sobre los destinos de las artes o la industria.

—En France, monsieur, c' est tout au contrarie: la plus parts des ecrivains sont ils feuilletonistes ou conteurs amusants.

—¡Qué quiere usted! tal vez haya también entre nosotros una regeneración y medremos. Lo que es ahora ya usted ve quiénes son los que se atreven a venderse como representantes de nuestra literatura, si por literatura entendemos según ellos a la ridícula reunión de algunos violentos consonantes. Ahí tiene usted

ese mocito; pregúntele usted en qué siglos florecieron Pedro Gonzalez de Mendoza, Alfieri, Racine y Petrarca; qué poesía dio a cada uno el nombre de que gozan, si la dramática o la lírica; y por último a que época se remonta el espíritu de la nuestra; fruncirá las cejas, se batirá la melena, sacará un pie adelante, y prolongando el labio inferior contestará con risa desdeñosa que *esas cosas se callan por sabidas*; ¡modo verdaderamente ingenioso de evadir la paladina confesión de la ignorancia!...

—Déjalo usted, siñor, se vanter de lo que no está: todos saben bien comme el public des productions d' autrouí, ¿puede haber mayor pena de son impudence?

—Bien: venga otro tipo.

—¡Oh! c' est past possible: l' exposition est finie.

—Lo siento, Mr. Poison: quisiera que en cada una de ellas usted a observar y conocer lo menos doce tipos porque su panorama de usted puede llamarse propiamente *escuela del gran mundo*, donde todo se distingue bajo formas verdaderas.

—¡Oh! dans l' exposition future usted va a encontrar des tips plus frappants encore que lo están en ésta.

—Y yo la esperaré de muy buen grado; pero con una condición.

—¿La quelle?

—Que no se mude usted o, si lo hace, ponga en los periódicos las señas de una nueva habitación.

—¡Oh! Tranquiliza usted, siñor: yo no me mudará de pour aller a un autre pais.

—Pues bien; hasta otra vez.

—Au revoir, monsieur.

—Me despedí del panoramista, lo mismo que me despido ahora de ti hasta que haya visitado la tercera exposición.

Diciendo esto tomó su sombrero y su bastón mi complaciente amigo y estrechándome afectuosamente la mano desapareció. Esperamos, carísimos lectores, que otra vez esté de humor de cumplirme su palabra; que yo prometo transcribiros aquí cuanto entonces me refiera.

III

No parece sino que nuestro buen amigo el viajero experimenta un placer verdaderamente íntimo, colocándose, en los días de sus largas peregrinaciones con el poderoso auxilio del recuerdo. Así por lo menos debemos entenderlo en vista de la puntualidad con que viene a nuestra alcoba, movido del sanísimo interés de distraernos sin que sean partes a estorbárselo tantos y tan grandiloquios motivos de solaz como imagina el *mercantilismo* de la época, y en donde mejor servida quedara su ánima que no con nuestra querencia, magüer pura, infructífera. Con todo eso, quisiéramos de buena fe que siempre le viniese en talante lo de darnos la preferencia en obsequio de la buena disposición con que le escuchamos; cuanto más, que así nos quita de los ojos ciertas telas llamadas cataratas, que la poca experiencia en ellos nos sustenta y nos impide de ver suso a yuso cuanto a nuestro rededor se obra.

Que la sociedad es un compuesto de lo detestable y lo exquisito, empero la oposición que distingue a estas mismas cualidades; que en su interior discurren de concierto la maldad con la nobleza del alma, la inocencia con la desenvoltura, la delicada virtud con la nauseabunda corrupción; son cosas que, a la verdad, tenemos por averiguadas desde hace mucho tiempo, merced a la nueva y cáustica manera de escribir, en la que todo ello se desvela o diafaniza que no hay más que apetecer. Y a fe que menguada fama alcanzaría quien desacordadamente se echase a pregonar lo que no ignoran hoy ni aun los niños que arrullan las nodrizas; pero entendíamos, en nuestro nombre, que la tal sociedad por evitar en alguna suerte el rigor perseverante de la crítica, se ajustaba y ceñía a las pragmáticas morigeradoras con que cuentan que han ido asomando los tres últimos lustros de esta edad en que vivimos. Pensábamos también con nuestro natural candor que un hombre bien traído, de maneras sueltas y agradable sonreír, era lo que se dice un hidalgo, y no de los de por ahí; sino de los añejos, en quien concurrían todas las prendas o virtudes que, partiendo de la principalidad del linaje, es uso atribuir a nuestros prójimos. La amistad nos parecia ya menos corrompida; y si bien es cierto que nunca nos cruzó por la imagi-

nación la idea de verla venerada como afirman las historias y las fábulas que no lo fue de los Pilades y Orestes y de los *héroes del Cordón;*[1] y tampoco soñábamos que al paso de los tiempos llegaría uno en que bajo aquella égida sagrada se desarrollaran para escándalo del mundo la villanía o lo que en los célebres de Roma se llamaba *fe púnica*, y no pocas veces el cálculo bastardo. Pensábamos que el corazón disfrutaba ogaño de la propia independencia que otros días, cediendo por este efecto a solo sus impulsos; y de tal pensamiento nos dábamos a creer que la mejor de sus emanaciones, el amor divino, se podía concebir, desarrollar y detener en quien cada cual quisiese, con soberana espontaneidad antes que prestando oídos a la estertórea voz de sucios intereses, o doblándose a las díscolas exigencias del orgullo...

Pero todas estas cosas con las a ellas parecidas nos ha mostrado en su verdadero punto de vista nuestro amigo, por manera que después de examinarlas y cotejarlas con lo que creyéramos, no tuvimos el menor empacho de confesar lo que otros ocultan por sí solos —es decir— nuestra ignorancia. Y en plena justificación de esta verdad, oigamos las muchas que del labio de nuestro dicho amigo caen; el cual, sabiéndolo de veras nos visita, agasaja y comunica magüer nuestro ningún valor en lo del dinero y de la fama.

Cuenta, pues, que así como por el tiempo transcurrido concibió que el buen panoramista hubiese cambiado los tipos de la anterior exposición, determinó de ir una noche a su morada, la cual según queda dicho era más decente, clara y espaciosa que en la que por la vez primera le encontrara; y puesto ya en el importante terreno de la narración toma la palabra y comienza de este modo.

Apenas me columbró Mr. Poison cuando dejó para luego el término de una suculenta sopa que confeccionaba con pan y huevos, y limpiándose las manos vino a estrechar una de las mías.

—¿Como vamos, Mr. Poison? —le interpelé.

—¡Oh! —me contestó:— toujours bien, siñor: un peu souprí con el colerá, mais ce pas la peine.

—Y ¿qué tal está su panorama?

---

1. Los dos sargentos franceses, comedia. (Nota del autor).

—Magnifique: las vistas son ellas cambiadas...

—¿Vamos a verlas?

—Tres volontier: arrima usted al cristal que yo va exposer un buen tipe.

Hícelo así a tiempo que tiraba del cordón y vi la figura de un hombre no mal vestido, pero bastante feo, que frisaba en los 50 años.

—Ese siñor —prosiguió Mr. Poison— está un hombre que conoce tres bien, la maniere de se ganar la consideration, de cuantos que valen quelque chose. El va-par-ci et par-la en publicande que ces Masieurs tienen de la vertu et del mérite, quoique en verité esten elles les modeles les plus redoutables de la corruption: sabe a merveille ses genealogies et refiere plusieurs histories sur ses origines, qu' il a compte de vestir avec des flatteries... Ainsi el consigue des grandes deferencies, en sorte que sans trabajar vive des presentes que luí hacen ces pobres diables si recomendades par su bouche. Si arriva qu' un d' eux s' enferma, no duda usted, siñor, de l' encontrar dans l' antichambre avec la plus triste des mines, pour decir commes es qu' el mala de ha pasad la noche: puis parte de ses alarms cuant a la guerison, et acaba en anunciand que le médecin le va tuer... Si en efet, celui-la le mata....¡Oh! Alors se procure un acrivaín que lu compone une tres largue poesie, ou biographie pour decir comme dans les *Memoires* de Chateaubriand tous les evennements des jours du muerta: mais c'a non par gratitude; c' est pour l' interet d' estraer encore algo de diner et hacer que les heritiers sigan sous le meme sisteme de protection que le acordaba le defunta... ¡Oh! ¡La mauvaise canalla!

—Amigo mío —le dije riendo del desprecio con que exhaló esta exclamación— no deja de tener sus bemoles esto de emplear una adulación constante y simulada entre un número considerable de personas, sin que se quiebre la vena. Se necesita una buena dosis de eso que llaman travesura, de táctica social, de desenfado; y propiamente puede decirse del que sostenga ese equilibrio peligroso que ha conseguido tanto como si hubiese planteado una línea de comunicación entre nosotros y los antípodas.

—Mais ¡Monsieur! ese está vivir comme un vermisseau, des débris des muertos.

—Quién lo duda.

—¡Diable!

—Con todo; no se admire usted de eso.

—Yo no m' admire, yo.

—Puedo asegurar a usted que no es esta la única especie de gusanos que, conforme ha dicho, se alimentan de los muertos.

—¡Oh! Yo sabe, monsieur, comme está le monde.

—Los hay que sin haber sido primeramente parásitos o vampiros, y después biógrafos, han arrebatado de entre las manos a los herederos de las riquezas que les dejaba del difunto, y esto con la habilidad de un Macallister o un Alexander.

El panoramista sonrió con desdén como para darme a entender que yo hablaba de una materia que escasamente conocía mientras que él estaba penetrado a fondo de todas sus peripecias; luego repitió con énfasis sus últimas palabras —yo continué.

—Pero todo lo dicho no vale el negro de una, comparado con el arte admirable de heredar a los vivos, el cual dicen que de día en día adquiere mayor número de alumnos.

Aquí, Mr. Poison, dio al traste con la gravedad de que se había revestido para persuadirme de su inteligencia en cuanto a los fenómenos del mundo, y clavando en mis pupilas una mirada verdaderamente lumínica, y haciéndome con la mano señas de esperar, comenzó a revolverse en derredor de su aparato con tal rapidez e indecisión tal que parecía picado de la mismísima tarántula. Ora se ocultaba detrás de aquel entonando una canción en extremo picaresca y alusiva a lo que acababa yo de hablar, ora reaparecía enarcando las pobladas cejas al mismo tiempo que de sus labios se escapaban los apóstrofes más enérgicos en la gradación de los oprobios.

Entre tanto yo me había abandonado a un cúmulo de reflexiones: ¿quién es este hombre —me preguntaba— que en la anterior exposición ha dicho que me referirá algunos episodios de su vida? ¿Será por ventura una de las muchas víctimas de las preocupaciones de la época, o un filósofo observador de la marcha que tan perfectamente le caracteriza? Pero, ¿cómo ha tenido, por otra parte, ocasión de estudiar todas sus fases para después revelarla, aleccionando a los que a semejanza mía duermen tranquilos sobre el tapiz de la ignorancia?... Sin duda que ha sufrido su corazón grandes tormentos en la arena de las pasiones, y derrotado imaginó echar mano del escenario para vengarse de ellas. No, no es el interés bastardo el que le pone al frente de ese ingenioso mecanismo.

Detrás de todo se me figura que hay algún secreto interesante. Mr. Poison no es un hombre vulgar, como he de comprobarlo al cumplirme su palabra, es un desgraciado; pero esto mismo me persuade de que es más de lo que aparece ser: por lo general la desgracia solo agobia con su peso a los hombres eminentes... ¿Quién quita que bajo su exterior poco favorable se oculte una notalidad? La experiencia demuestra de una manera total que para arrastrar toda la vida la pesada maza de los infortunios solo se necesita conocer el bien y predicarlo... los sistemáticos como antagonistas del progreso alzan el grito y el torrente de la mayoría o del influjo cuando menos arrastra al innovador hasta un profundo abismo de miserias... Se prescinde de los beneficios que pudiera saborear la humanidad entera, se ahoga el sentimiento de la justicia, y el egoísmo acompañado de las preocupaciones más someras se adelanta como en procesión a ocupar el solio que en los tiempos llamados de *barbarie* fue siempre un vínculo sagrado del saber. ¡Tal es el espíritu de la edad en que vivimos! Teorías y más teorías; pero al anverso... ¡Ah! ¡Cuántas inconsecuencias vergonzosas! ¡Cuánto, cuánto extravío!

Mr. Poison, arrebató súbitamente el cordoncillo, tiró dos veces de él, observó en seguida para satisfacerse del resultado y haciéndose a un lado me dijo con la autoridad que inspira el triunfo.

—Bon: Ahore, siñor, tiene usted la complacencia de mirar.

Y se frotaba las manos de alegría.

Ocupé entonces mi lugar acostumbrado, paseé la vista por el lente y descubrí las distintas formas de dos hombres. El uno, de edad como de cuarenta años, de continente altanero cuando no despótico, con cada cachete como un queso y el ojo izquierdo bajo la férula de una visera de tafetán verde, ocultando las asquerosidades que filtraba, decía pertenecer a esa clase de seres cubiertos por la lepra de la vanidad y que representan tan al vivo los achaques de generaciones que aun se repudian ya de la memoria, o sea a un antiguo mentecato de *rocín flaco y galgo corredor,* encastillado en el origen y soñando con veneras; pero nunca a un demócrata profundo, a un prócer distinguido en una vía cualquiera de la civilización, cuyas veladas dan por resultado cálculos y demostraciones de utilidad palpable así para los intereses de su país como para el adelanto de las ciencias, sin temerarias prescripciones, ni sujeción a determinados hemisferios.

Sin embargo, yo no sé explicar por qué secreto impulso me adelanté a consagrarle parte de mi indulgencia inagotable. El hecho es que su figura produjo en mí una mezcla de repugnancia y compasión tal que me hizo suspender el fallo que de otro modo hubiera pronunciado.

No sucedió lo mismo con el otro personaje que pequeño, con una profunda cicatriz sobre la ceja derecha y la mejilla, estrafalario, de una fealdad horripilante, y de un conjunto, en fin, que transpiraba a leguas así la bajeza de su alma como lo cenagoso de su procedencia; me inspiró desde luego una aversión tan profunda que no encuentro frases de bastante energía para explicarla. Vestía de blanco; pero este traje de buen gusto que tanto abona al que lo lleva, chocaba en él visiblemente, haciendo como de paso la información más mezquina de su aseo. Con efecto, el ancho y faldonudo guácaro cuyos extremos azotaban sus hidrópicas pantorrillas, estaba rizado del talle abajo no solo por la economía del almidón sino también por la abundancia de lo que el vulgo llama *mugre*. El cuello de la camisa y la corbata cuya fecha parecía exceder diez tantos más de las veinte y cuatro horas de ordenanza habían tomado un color algo nauseabundo en fuerza del alcohólico sudor que como sedientas esponjas absorbían: debiendo sustentar un olorcillo a *jagua*, tan *fino* ya que no tan agradable como el más sublimado *patchoulí*. El sombrero de negro castor en sus mocedades y de piel de rata ahora, largo y estrecho hasta presentar la figura de un tono truncado estaba invadido en su mayor parte por la pérfida grasa que desesperada de pretender en vano darles brillo y suavidad a los cabellos de nuestro hombre se había adherido a la mísera *tángana* desde la cual brillaba al lejos como una faja de papel de plomo. Para no enfadar, el dicho señor revelaba en su aparejo ser la exacta personificación de la negligencia, o de lo que antaño se decía un *hombre espeso*.

Impaciente, Mr.Poison no bien consideró que yo había examinado ya sus dos tipos a mis anchas, cuando me dirigió de esta manera la palabra:

—Eh bien, monsieur: voilá un des ces hombres dont nusotres venimes d' hablar.

—¿Cuál de ellos? —repuse— ahora como en la anterior exposición veo dos.

—¡Oh! c' est vrai; mais il y a la dos parce–que está imposible a l' un vivir sans l'autre.

—Sin duda se querrán mucho.

—No va pour ese, monsieur.

—Pues ¿por qué *va*? —añadí riendo de su peregrina construcción.

—Tout-a l' houre usted va le savior.

—Sea.

—Celui du casa hace algunos d' años qu' estaba un pobre diable, malgré le vanité detestable que l' inspire su naissance c' a dire, no había de diner, ce dieu adoré et si funesto a la foi que monte par tout la tete.

—¡Verdad, monsieur Poison!

—Les evenements malhereux de quelque familles san souvent le príncipe de le prosperité d' un estrañe a elles mémes.

—También es cierto: yo sé de algunos que por los caprichos de la suerte han cargado para siempre con el fardo de una pobreza eterna, mientras sus propiedades han pasado a manos de seres oscuros para levantarlos a la cumbre de las prosperidades y ponerlos en contacto con lo más florido de la sociedad. Pero el mundo necesitaba de estas y otras peripecias para asegurar su reputación de inconsecuente: además estamos en los tiempos de los fenómenos y en cualquiera escala que se presenten no hacen otra cosa que corresponder a las esperanzas de aquellos. ¿Qué se diría, pues, de nosotros en los futuros tiempos si para entonces se dejara lo de posponer la razón al favoritismo?... Diríase cuando menos que nuestro timbre de *adelantados* debía borrarse de la heráldica de los tiempos, y quien sabe si aun se pretendiera que el cuadro en que estuviese representado nuestro siglo, se mantuviera vuelto contra la pared... Pero dejemos estas consideraciones, que de ningún provecho han de servir, y sepamos en suma por qué medios se hizo de dinero este señor.

—Arriba, donc, qu' un hombre qu' estaba le máitre concursad d' un olivar hubo la betise de semourrir, en dejando avec sa grand sucetion des innombrables acreedores.

—Eso no es extraño: la inmortalidad se adquiere por varios modos y la más segura y perpetua es la que brota de un concurso de acreedores; el que con dinero no deja al morir más tram-

pas que cabellos tuvo, no espere que su nombre se repita de palabra o por escrito.

—Yo sabe todo ese cosa, señor, parce–qu' en France está le méme.

—Y dondequiera... Pero adelante.

—Eh bien: les acreedores llamaron tout a l' heure les heritiers sobre un tribunal avec l' idee de óter l' olivar, le vender et se pagar...

—He aquí el complemento de sus desgracias.

—Alors le monsieur du casaque, qu' estaba un redoutable calculista, fut aussi al appel.

—¡Vamos, hombre: alguna virtud había de tener!

—Laquelle.

—¿No dice usted que también fue al tribunal con los acreedores?

—Mais certainnement.

—Bien: sacaría la cara por esos infelices...

—¡Oh! tout au contraire, monsieur, quoique a la prémiere vista la parece. ¡Dame!

—Vaya, explíquese usted

—El fut au tribunal; et aprés d' avoir entendido les discutions des uns et des autres il a dicho au juge: yo tomo l' olivar, yo; et méme tiempe de dar une bonne rente pour se nourir les heretiés, yo irá tout doucement en pagando ses dettes; a la fin, avec une chose raisonable, yo me guardará l' olivar: c'est la maniere de mettre un termine a la question. Acordaranle l' arragement de ce qu' il venia de proponer, les uns pour no se mourrir de faim, les autres pour rester tranquille: quoique connaisseur de que ces proposition jamais están elles de bonne foi. Au commencement, le monsieur du casaque llenó, a merville son devoir, jusqu' a ce que l'amour vino a la touner la tete pour-tant el cogió un homme, (celuí de cette especе d' incroyable) et le hizo son mayordomo en dándole la absolute direction de tous ses interets... Les esperances des heretiés et des acreanciers furent aussi-tot evannuis, parce-que le frípon recibía les fruits de l' olivar, les vendía et se queriendo enriquecer, partageait con elles la valeur... Aprés el hacía un balance a sou gré, et le presentaba aun sauvage du propietaire qui jamais l' observaba dans la confiance de que no estaba exagerade...

—Siñor —lui dice un dia son mayordome— yo no tiene dinere.

—¡Comment! —lui responde aquel— ¿c' est il posible?

—C' est vrai.

—¿Et les productions de l' olivar?

—Oui, les productions....

—¿No sont pas vendidas?

—Oui, oui monsieur.

—¿Et bien?

—Mais... vois ignorez que yo ha hecho pagas... ¡que yo ha matado presque todas las deudas! (¡Oh! ¡quelle mensonje!)

—¿Et la caja?...

Le monsieur du casaque temblaba au moment de hacer cette question: il palide comme le jazmin.

—La caja no tiene un franc.

En entendiendo une si horrible revelation le monsieur de casaque restó inmovile ainsi que la columne Vendomme: la foudre no hubiera hecho a el un effect sí rápide et profond.

—Mon Dieu —exclamó avec desesperation— ¿qué hacer ahora? ¿Dónde me esconder pour no sentir les resultats de ma triste position? ¡Malhereu que je suis!

—Mais... no apura usted, siñor.

—¡Par ejemple! ¡Me aconseja de no apurar et mon crédit chancéle!...

—Encore il y a une esperance.

—¡Une esperance!

—Oui, monsieur.

—Peut-etre; mais yo no la ve, yo.

—Et malgré ça, elle est bien rayonnant.

—Voyons: ¿quelle est cette esperance?

—Concursa usted.

—¿Yo? ¡me concursar!

—Mais sans dute.

—¿Et qué haré yo en me concursando?

—D' abord, les cris des acreanciers seront étoufies.

—Bon.

—Aprés, usted puede doblar la capital dans le delai de la concursation, en haciendo comerce avec le didére que usted s'obligó de les dar delante del tribunal. Voilá une belle maniere

de se enriquecer, et de impedir que ces diables caigan sur l' olivar comme des buitres.

Le propietaire restó quelques instans silenciose, et puis, como en saliendo d' un sueño le respondió.

—Malgré que j' ignore si les benefices d' un concursa son ils du meme que usted viene de decir, yo da a usted la permition de la faire toutte la foi que yo me délivre a mes alarmes.

—¡Oh! usted va a ver si están selon que yo ha dicho.

—Mais... ¿usted responde en mon nombre aux exigeances des acreanciers?

—Je reponds a tout.

—Eh bien: hace usted sur-le-champ qui le formó un écrit sur la concursation, et luego au tribunal pour le presenter avec une conte tres immense de faux acreanciers pour eludir le derecha de ceux-qui estaban veritables.

—Aprés el tomó le dinere que había en la caja et le hizo des bons, dont les intérets estaban suyos.

—Y entre tanto, ¿qué hacían los acreedores?

—Les acreanciers sorprendids de cette çonduite, buscaron le mayordome et dijeron de les dar cuanto que estaba a ellos, que l' olivar etait pour ca en manos du proprietaire; que se llenaba l' obligation que les había hecho dans le tribunal, o metían une proteste. Alors le brigand respondía de no estar le deudor pour entender ces reproches: que cuanto que el hacía estaba pour orden de son maitre, et que, pour finir celuí-la no pudiera pagar a cause du poco de valeur que había l' aceite. Les acreanciers reunids corrieron au juge pour se quejar de ces picarroneríes; mais... ¡bien tard, ma foi! Le Jurado habia aprobad la concursation; en sorte que, tandis les tristes les acreanciers heretiers s' indignaban d' haber caide dans cet abime cuando estaban cerca de tocar su dinere, le mayordome ¡canaille qu' il est! recibia les fruts de l' olivar que le remitía le propietaire, les colocaba l' argent selon que yo ha diche, et se tomaba pour lui les interets. Quand el veía qu' un acreancier era muy apurad le proponía de le comprar son crédit por la moitié de su valeur....

—¡Qué inmoralidad! Y el desventurado se entregaría a merced de ese estrangulador abominable para salir de sus ahogos, de esos compromisos de término que caen a veces sin sentir sobre los hombres y los aplastan a *perpetuidad* en la opinión pública.

—Justement: et comme il había la caja se pagaba a la vista toda cantidad en escribiendo al monsieur du casaque "le delai du tel acreancier se ha cumplide et ya ha pagado." Ainsi el ha batí une casa magnifique, dont le parterre está de mármol; ha comprad un beau jardín, des cheveaux, des choses... Et sans qui touche a sa position él está ce que s' apellé un homme de bruit: l' abondance le rodee par-tout, malgre cette espece d' abandonado que usted ve dans sa persona....

—Y los infelices acreedores y herederos careciendo entre tanto de esas mismas conveniencias...

—¡Oh! Elles sont expuestos de mourir a la mengua non obstant son' dereche, et sans la consolation de se cobrar, pas méme le grand jour de juice final.

—¿Y ese menguado propietario está instruido de los manejos de su corrompido mayordomo?

—¿Le propietaire? ¡Ah, par ejemple! ¿Yo no dice a usted que vive dans l' olivar?

—¿Y qué diablos hace allí?

—Escondido, siñor; escondido et sin concepte malgré sa distinguide position originare et ces idees gothiques... escondido du monde parce que il y a deja long temp que no toque une pesete, et viviendo de la mesada qu' en sorte de suplemente le remite son mayordome.

—¿Y es posible, Mr. Poison, que este desollado judío viva y goce tranquilamente sus mal habidos haberes?

—¡Oh! yo no sabe, yo mais... pregunta, si usted quiere, sa conciencia.

—¿Su conciencia, dice usted? ¡Bueno sería a fe que yo hiciese tal pregunta! ¿Pues acaso tiene conciencia el que no solo defrauda escandalosamente los intereses del que pone en él toda su confianza, sino que también le guía por los senderos más escabrosos de la vida, donde los sentimientos nobles mueren de consunción en brazos de la vergüenza?

—¿Et si yo dice a usted que le monsieur, du casa que era la bord de esos senders había long-temp avec l' idee de y s' enfoncer, et que no lo hizo en grace de sa bella position, en esperando qu' una autre mano (celle du mayordome, par exemple) l' impulsaria a fin de no estar si coupable un jour aux ojos de la societé?

—¿Sería posible?

—¿Et si yo dice a usted que l' un está... si... si? ¡ah Dios! ¡que no me puede exprimar!

—De cualquier modo, adelante.

—Et bien: que l' un est si semblable a l' autre du méme que la feuille d' un cintronier a celle qu' est a son coté sur la menca branche.

—Ah: si usted me dice que *son tan semejantes entre sí como dos hojas de un limonero prendidas a una misma rama*, acabaré por convencerme de que la maldad tiene invadidos todos los círculos, y de que hoy con muy señaladas excepciones, puede casi asegurarse que la probidad es un fantasma... Hasta ahora había entendido que cuando los hombres se apartaban del arca de la generalidad por nobles, o lo que no es raro, por *ennoblecidas*, su primera atención era la de ser consecuentes al concepto elevado en que de ordinario se les tiene por tal motivo. Pero usted acaba de demostrarme lo contrario; y rectificando mi juicio creo que ese atributo con que la ligereza les distingue, queda con frecuencia desairado para que brille en la esfera social la verdad más dolorosa.

—En effet, siñor: c' bien triste de ver comme tomba le voile pour poner a la viste les llagues morals que muchos llevan dans la moité del alme en les abandonand a la verguenze del mépris. Ce monsieur du casaque si considerad qu' il etait, hoy no hace papel: su misme padre le rechaza avec indignation a cause de sa conduite, et ses freres son ils les premiers a le maudire. ¿Qué mas? La mujer qu' il debiera de tomar au pieded des autels, sa fiancee no le hace hoy del caso; seulement l' esprit infernal du mayordome est qui le console au milieu de ses infortunes.

—A la verdad, Mr. Poison, que en nuestro rededor pasan cosas admirables, aunque no siempre tenemos la fortuna de advertir en ellas, con todo, yo no sospechaba que pudiesen ser de tanta magnitud y trascendencia.

—¿C' est diré que usted no conoce le monde?

—Por lo menos confieso que tenía de él una idea más elevada, hasta que el Panorama de usted me empezó a descubrir las deformidades en que abunda de la manera que un microscopio descubre las que constituyen nuestra parte material.

—Mercí, siñor. Mais malgré le mérite que usted acuerda a mon panorama, yo dice a usted de observar comme il est toujours desert... Yo ha entendide decir plusieur-fois que dans cet siglo tenia efecto el imperio absolut de las arts, et que dans tout le monde se les protege, parce-que la generation presente est tout-a-fait-amateure de ces a vancements... mais, yo soy persuadide que no hay que la permition commune de les outrajer. Ainsi, usted verá qu' un homme presee por la misére, do este dia pour mañana se disfraza en doliste, musicien ou commique, sans conocer el *yodo*, sans saber comme está que se toma la pluma, sans haber consultado les regles de la declamation. Basta de decir avec le grand italian —*yo también ustui* pintor, et se lanzar pour une de las sendas que ofrecen les arts: le bon ou le mauvais resultad; ¿qu' import?

—Por eso, amigo mío, la desconfianza domina tanto entre nosotros.

—Et pour ese está que mont panorama no es le *rendez vous* de la population que hoy manque des spectales.

—Consuélese usted, Mr. Poison: nada es que vengan poco a visitarlo si estos son verdaderos apreciadores de su mérito. Cuando la generalidad vea que usted excita el interés de aquellos, vendrá también no por gozar si usted quiere; sino por pagar un tributo al amor propio.

—Yo cree que les espectateurs sout si rares a cause que je dit franchement la verdad...

—¿Qué le hace?

—¿Et no está malo de decir la verdad?

—Nada de eso, amigo mío: la verdad siempre sienta bien, porque es como ciertos medicamentos que se aplican ya para curar en su principio un mal desarrollado, ya para precaver de otros muchos a que la especie humana está sujeta, de continuo. No hay duda en que algunos por decirla han experimentado como Catón y Galileo grandes sinsabores que sacudieron en brazos de la muerte; pero no han sido menos los de aquellos que al momento de oírla afeándole sus inmoralidades han añadido el del remordimiento por los arrebatos de su brutal despecho. Además, al que le duela la verdad que se corrija y estará a cubierto de sus golpes.

—¡Magnífique!

—Dice un refrán que "*tanto peca el que mata la vaca como el que la sujeta por la pata.*" Así, pues, tan criminal es el que calla la verdad conociendo el influjo que siempre ejerce sobre los ánimos, como aquel que por extraviado necesita escuchar su santa voz.

—¡Dame! ¡Alors yo no lo callará, yo!

—¡Eso es: dígalo usted sin rebozo, que por una maldición tendrá usted en cambio mil aplausos! Más sensible se hace a nuestro corazón la indiferencia del hombre recto y justo que la turbulenta odiosidad del aturdido.

—Bon: ¿et usted quiere mirar mon dernier tip?

—Sin duda.

—Él estará, si vous-voulez menos desagradable que los anterioreurs, mais infiniment plus sensible.

—Veámosle.

Mr. Poison, con su rapidez acostumbrada, hizo desaparecer de aquel teatro en compendio al *concursador* y al concursado. Inmediatamente se presentó una hermosísima joven que adelantando mucho el juicio, puede decirse que frisaba en las diez y ocho primaveras de la vida: sus formas delicadas y pulidas, formas peregrinas que me hicieron recordar a la Judith que brotada de las manos de Donatello ha sido el blasón de la escultura antigua, estaban medio descubiertas en visible daño del pudor, a causa del harapiento vestido que trabajosamente las velaba. Para dar una idea, aunque imperfecta, de los encantos de esta joven, se necesitaba todo el colorido de Vassari, toda la corrección del Caravaggio. Yo no poseo ni un escrúpulo de esos importantes elementos; mas cierto de que sin lanzarme a trazar algunas pinceladas para persuadirte de lo celestial de su conjunto, mal podrías interesarte por ella tanto como debes, permite que antes de entrar en la relación de sus desgracias me aventure a lo que solo un artista de corazón logrará realizar cumplidamente.

Tenía pues, la joven, todo el aspecto de un ángel: su cabeza griega estaba adornada de un cabello lustroso y negro como el ébano, que en abultados rizos bajaba a triscar sobre el nacimiento de la espalda; los ojos del mismo color, pero hermosos como luceros, lanzaban suavísimos rayos de ternura a través de unas pestañas luengas y brillantes, a las que por una parte cercaban las arqueadas cejas y por otra esa sombra o viso violado

que se dibuja después del párpado inferior cuando el espíritu padece. La boca, debajo de una nariz delgada y recta, dejaba de ser trono del amor para convertirse en receptáculo de todos los hechizos. Pequeña como el espacio que ocupa una pulgada: con dos labios encendidos como la flor del granado, finos y suaves como la misma cachemira; con unos dientes de nudos y parejos, de la blancura del lirio y la transparencia del cristal; he aquí el conjunto de aquella boca divina en cuya creación parece que agotó la naturaleza sus recursos. El cuello redondo y dibujando una onda imperceptible, corría del extremo de dos orejas en miniatura, hasta perder sus perfiles en los hombros. El pecho, ancho y bruñido como el firmamento, los brazos hechos a torno, las manos y la cintura a molde, el pie tan breve que parecía imposible resistiese la gravedad del cuerpo sin perder el equilibrio... y por último, todas estas partes tan debidamente detalladas descollando sobre un cutis de alabastro, si bien sombreado de una ligera palidez, formaban el conjunto peregrino de aquella joven desvalida, de aquella notabilidad mal ataviada y digna ya para mi juicio de figurar con ventaja a otras hermosas en los círculos soberbios del buen tono.

La belleza ha sido siempre para mí un motivo de veneración y de entusiasmo, por eso al verla doblada bajo el brazo secular de la miseria, o al comprender cómo caen despiadadamente los vicios sobre ella y la devoran, siento que el corazón se me comprime de dolor y despierto a envidiar los recursos del opulento (pocas veces explotados con acierto) y la influencia de que algunos están dotados, por más que la desconozcan o afecten por perversidad desconocerla porque con tales preces podría dar vado a los impulsos de mi alma levantando un muro impenetrable entre las miserias y los hombres... Empero con dificultad, o mejor dicho, jamás, corren de concierto los sentimientos generosos y una socorrida posición; resultando de esta oposición singular que nada se adelanta por conocer el mal y el bien, si no se corta de raíz el uno ni se prodiga con liberalidad el otro, si para estas dos obras de verdadera misericordia nadie ofrece el material indispensable siquiera a los cimientos.

La joven que tan imperfectamente he bosquejado me interesó sobremanera aun antes de saber algo de su historia; y en un momento recorrí todo el vasto campo de las vicisitudes huma-

nas, sin atreverme a determinar cuál sería en suma la que la había traído a semejante estado de infortunio. Así, pues, volviendo de mi estéril peregrinación busqué los ojos expresivos de Mr. Poison para interrogarle con los míos a tiempo que él me decía.

—¡Eh bien, siñor!

—¿Y bien, amigo mío?

—Pronto verá usted un garçon encore y desgraciada, quioque non de su sexa: un garçon que parece frere del que estaba *hijo natural.*

—Lo dificulto, Mr. Poisont.

—Verdaderamente está duro de creerlo; mais je suis en proi de añadir todavía *más desgraciada,* porque este no consiguió perder el juicio, lo que es una felicidad en ciertos casos.

—La locura no puede jamás considerarse como una felicidad.

—No puede, cuando el que padece ve lucir un horizonte an-de la de ses tenebres; mais si puede tomar aquel carácter cuando ella se presenta tout a fai como l' entermediaire entre el dolor et la desesperación.

SEGUNDA PARTE
PAULINO

I

Mr. Poisonet corrió la cortinilla encarnada sobre el cristal de su aparato.

El último de los tipos sociales había desaparecido como una sombra, quedándonos el artista y yo sumergidos en un profundísimo silencio.

De súbito levantó su hermosa cabeza, que había tenido inclinada sobre el pecho, y dirigiéndome una mirada.

—Caballere —me dijo— la exhibición ha concluido.

—Lo comprendo, Mr. Poisonet, y me pesa en alto grado —le contesté poniéndome de pie—. Su Panorama es una escuela, a

la cual asistiría con gusto diariamente. Sin embargo: no puedo retirarme para siempre sin antes recordarle una palabra que voluntariamente me empeñó.

—¿Yo, Siñor?

—Responda a esa pregunta su memoria.

Mandóme sentar de nuevo con toda la cortesía mímica francesa; y tomando otra vez su puesto delante del aparato, me aseguró de que iba a dar principio a la interesante relación de sus desgracias.

Quedose un largo rato pensativo, acariciando con su mano derecha el poblado negrísimo bigote que en disminución progresiva le bajaba hasta los extremos de la mandíbula inferior Mr. Poisonet no tenía una figura hermosa: solo Italia ofrece, modelos de belleza física; pero con todo, interesaba a primera vista sin que fuese posible imaginarlo. No sé si lo ingenioso de su aparato, unido a la fuerza de su lógica para sacar consecuencias del mundo que vivimos, sería lo que despertara interés y devoción por su persona; lo que puedo asegurarte es que yo lo quería de veras, que lo admiraba, que Mr. Poisonet se había erigido en epígrafe de todas mis ideas, en objeto de mis meditaciones más secretas y profundas. Al fin abandonó su reflexiva actitud y se me encaró diciendo con reprimida amargura.

—Siñor, yo tiene a usted heche un promesa...

—Es verdad —le contesté con efusión, porque comprendí que iba a hablarme de sí mismo.

—Yo va a París en ese mes e yo quiere cumplir mi palabra.

—Sea, Mr. Poisonet: hemos llegado al terreno en que deseaba verlo colocado. Usted puede abrirme su corazón con toda confianza, revelarme sus más íntimos secretos, y estallar contra la sociedad en desagravio de las injusticias que le deba, seguro de que en mí tiene usted un amigo que ni sacrifica la verdad al culto del sistema ni ha estampado sus cifras en el gran álbum de las preocupaciones. Yo como usted atravieso el dilatado páramo de la vida con el escudo del desdén y la reserva más invulnerable, no porque le hayan lastimado sus espinas; pero sí avisado en los tormentos de mis semejantes.

Mr. Poisonet sonrió tristemente, tomó una de mis manos, me apretó con afecto y dijo:

—¡Bienaventurados los que no gimen, porque de ellos está la alegría en el espíritu! ¡Bienaventurados los que no lloran, porque de ellos será deleite enjugar el llanto de los afligidos!...

Dicho esto con todo el fervor de una conciencia tan atormentada como pura, soltó mi mano, levantó la cortinilla, y señalando un lindísimo paisaje que se destacaba en el interior, ceñido de un mar pacífico, dormido, y coronado de frondosos árboles, exclamó con acento dramático:

—¡Mi patria, siñor!...

Dos gruesas lágrimas temblaban en sus párpados. Aquel hombre sufría horriblemente queriendo dominar la emoción que acababa de evocar en ese apóstrofe expresivo, y viéndose no obstante forzado a soportarla como el prefacio que era de su interesante narración. Ni Marco Marcelo desterrado en Mitelene, ni Coriolano prófugo por la tiranía de los Cónsules, articularon jamás la frase *¡patria!* con un dolor tan verdadero: Mr. Poisonet había trazado en ella el bosquejo perfecto de su historia. Pero la vista de aquel paisaje, sin duda, le atormentaba más que todos sus recuerdos, pues a poco de contemplarlo echó el teloncillo e hizo entonces aparecer un niño como de diez años de edad.

—¡Mi infancia, siñor! ¡Mi infancia! Ella estaba rodeada de todas comodidades que encantan la vida presente a que encore responden de la que du méme qu' un vasto horizonte se extiende aprés de nuestros ojos. ¡Ah! Mi infancia estaba un sueño de oro concebido sobre un colchón de rosas y de plantes aromáthiques... Ni una lágrima entonces... ni un suspiro... Mis ideas estaban extravagancias de placeres: mi reposo la fatigue del deleite... Un dolor, una privación forzosa, una necesidad apremiante... la miseria misma que me hubiera sorprendido por veinte horas dans aquel centro luminoso de esperanzas, de deshago y embriaguez; habrían estado, señor, goces dulcísimos para mi alma, que a veces se fastidiaba de su normal ventura... ¡Oh, mi infancia!

Diciendo así corrió de nuevo el telón: el niño desapareció súbitamente, como desaparece el periodo de vida que acababa de recordar, y un joven de hasta veinte años se presentó sentado en el atrio de una iglesia que descollaba solitaria en el centro de una plaza. Tenía la tez morena, los ojos y el pelo castaño: su traje era el de la pobreza más humilde: pantalón y chaqueta de

paño todo lleno de manchas y remiendos, unos zapatos rotos, una cachucha de hule empañado por el tiempo.

—¡Señor! —exclamó Mr. Poisonet ahogado por los sollozos y señalando hacia la figura del mancebo.

—¡Valor, amigo mío! —me apresuré a decirle, aunque presa involuntaria de su misma agitación—: he aquí el momento favorable para desplegar toda energía de su alma: solo los débiles se postran ante la vaporosa visión de los recuerdos.

Pero el infeliz nada escuchaba: su naturaleza se había desfallecido y un raudal copiosísimo de lágrimas fúlgidas como brillantes heridos por los rayos de la luna, corría libremente a través de las manos en que tenía el rostro sepultado. Así estuvo cerca de cinco minutos descargando su dolor en el elemento del silencio, porque respetándolo no volví a proferir una palabra. El joven, en tanto, permanecía en su lugar y su actitud, es decir con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas extendidas una sobre otra y la expresión de la amargura cubriendo su semblante como un manto tenebroso. En sus labios que apenas sombreaba el bozo con suavísimos perfiles, rodaba y se escondía simultáneamente una sonrisa vaga, que contrastaba con la lumbre amortecida de sus ojos. ¡Oh! ¡Qué terribles estragos causa el infortunio en la delicada rosa de la vida! ¡Ni la misma juventud tiene bríos que oponer a sus embates!...

Algo recobrado Mr. Poisonet, volvió la vista a la figura del mancebo que se levantaba en medio del escenario como la estatua del sufrimiento, y sonrió; pero con esa sonrisa indefinible, ajena de la situación, que solo es posible traducir como un culto rendido a los que presencian conmovidos el dolor de quien lo ensaya, o como una ironía amarga empleada contra el dolor mismo aunque sin fruto. ¡Triste desahogo en que la verdadera víctima, creyéndose vencedora, no hace más que pregonar al mundo su derrota!

—¡He ahí, señor, mi juventud! He ahí mi primavera sin un capullo que ostentar... he ahí por último, mi dolor que llega como por asalto, y mi felicidad que huye para siempre... ¡Ah, sí! Para siempre!...

—¡Para siempre! ¿Es ese el lenguaje propio de un cristiano?

—De un cristiano, siñor, y a la vez de un hombre que no relaciona nunca los sucesos de la vida terrenal con los de la vida eterna; sino que los deslinda y conociendo la índole de cada

una de ellas las juzga sans tomber dans un impío marrasmo, sans prostituir la escencia de las más altas ideas... El mundo et la insondable Eternidad, nada tiene de común mientras vivimos: nada hace hermosa o triste la existencia del hombre, es decir, sus alegrías y sus penas, nada tiene una procedencia ultra-humana. Todo, siñor, está obra de nosotros mismos: aquí la virtud o el crimen; allá la recompensa o el castigo. Preparémonos a ser bien recibidos allá y esperemos que las ilusiones de este mundo corrompidas vuelvan a nousotres, ves exhaladas, por la Suprema voluntad. Esta es muy grande para ocupar de las miserias.

—Pero ¿cómo vio usted convertirse de niño venturoso en joven y al parecer desdichado?

—Por el camino, siñor, de las borrascas politiques que han conmovido a mi patria en sus cimientos. Ellas, pues, lanzaron mi vida y las de mis padres de su centro común, e pour tanto, reduits a la pobreza, presque mendigues, vivimos long-temps en la expatriation soñando un día de felicidad que nunca vino... ¡Ah! ¡Combien de sufrimiento! Por consequence de cet méme estado, mis ancianos padres no en general pudieron me adornar de una brillante educación si bien esta verdad qu' a force de sacrifices me compraron algunos libros, y que yo avec m' aplicación salí felizmente del elemento de la ignorancia que tanto nos asimila con las bestias. Luego murieron ellos, et resté solo en el mundo...

—¿Y entonces?

—¡Ah! ¡Entonces!... Mira usted, siñor, a mi aparato... Eso estaba yo entonces... Una góndola lanzada sobre las olas de la vida, sin horizontes, sin brújulas, sin nada... Yo tenía parientes en la República de Chile, establecidos dans un lugar de la province d' Atacama, nombrado Huesca, car mes antecesores como yo han sido todos americanos.

—¡Mr. Poisonet! Acaba usted de ratificarme en una idea que me persigue desde la vez primera que visité su panorama.

—¿Cuál, siñor?

—Usted no es francés.

—Ya lo he dicho: soy americano.

—Entonces está de más que usted siga empleando aquel idioma, sobre todo cuando a cada momento le traiciona el artificio. Ahora, continúe usted pintándome su dolorosa historia.

—Muertos mis ancianos padres anduve errante por la ciudad algunos días. Mi alimento era el que dejaban los jornaleros en sus platos... mi domicilio la puerta de esa iglesia... mi pabellón la bóveda celeste... Algunas veces me sentaba en la playa donde veía con la estupefacción del demente ese combate eterno de las olas, que tanto se parece al de la vida de los hombres, o bien donde contemplaba con envidia al marinero que indiferente al laberinto de las poblaciones, cantaba sus privilegios paseándose en la cubierta de un hermoso bergantín. ¡Oh! —exclamaba sofocado por la pena— ¡que desventurado soy! ¡Si a lo menos tuviera dinero para sustraerme a esta ciudad donde solo se presentan a mi vista los sepulcros de mis padres, donde solo espero morir en la desolación y en el olvido!... ¡Si en ese barco me admitieran de mozo de cámara con tal que me restituyera a las playas de mi patria!... Y este deseo se robustecía más y más, notando que un hombre de pequeña estatura clavaba en mí miradas desde a bordo apenas me presentaba en la plaza; y que inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, no las levantaba hacia otra parte sino cuando me veía desaparecer a espaldas de la Aduana.

Pero, como ya sabeis, yo había quedado en la indigencia, y no me era posible realizar el deseo de reunirme a mis parientes en calidad de pasajero. El otro medio me parecía un sueño. Desesperado, en fin, vine un día a desafiar la muerte en la puerta de esa iglesia, después de dos en que no me alimentaba: quería suicidarme.

La noche comenzaba a borrar los últimos resplandores de aquel día horrible, cuando un hombre se aproximó diciéndome:

—¡Joven! ¿qué aguardas aquí?

—¡La muerte! —le respondí sin alterarme.

—¡La muerte! Búscala con gloria: presenta la cara a los peligros.

—¿Y dónde están ellos?

—¡Bravo! Pero... veamos, ¿quién eres tú?

—Un huérfano, sin patria, sin alimento, sin amigos.

—Es decir, que te falta todo.

—¡Menos la virtud!

—Perfectamente. ¿Sabes, joven, que me vas gustando?

—Tanto mejor para mí.

—¿Cuál es tu patria?

—*Jalisco*, departamento de *Guadalajara* en el reino de México.

—Pero...

—Emigré aquí de tres años, con mis padres, que... acaban de morir...

Aquel hombre, señor, se conmovió al oír mis últimas palabras, y sin apartar de mí los ojos en que rodaban dos gruesas lágrimas permaneció un rato silencioso. Entre tanto el corazón me palpitaba sin explicarme la causa, pero de una manera extraña. Las campanas de la torre comenzaron a tocar oraciones. Ambos nos descubrimos, oramos secretamente y al concluir nos saludamos; él entonces continuó:

—Bien: ¿quieres venir conmigo?

—¿Adónde?

—Por ahora a bordo.

—¿A bordo?... Sabéis quién soy... pero ignoro quién sois vos...

—Soy de Holanda: natural de Amsterdam, capital: tengo un barco mío, de que te haré Contador, y una familia que si no iguala a la que has perdido hará por reemplazar en lo posible. Has dicho que *tienes virtud*: si esto es verdad como lo creo, desde hoy puedes agregar que *tienes porvenir*. ¡Ea! vamos.

Lancé mis últimas miradas a la ciudad en que quedaban los restos de mis padres y seguí a mi desconocido protector en dirección de la caleta. Un bote le aguardaba hacía rato, pues al descubrirle levantó en alto los remos manifestando así que estaba listo a dividir las olas.

—Vamos a cuentas —me dijo al embarcarnos— ¿cómo te llamas?

—Paulino. ¿Y vos?

—Jenaro. Ahora prométeme obediencia y nada temas.

—Prometedme vos no abusar de mi infortunio y seréis obedecido.

—Bravo, Paulino. Veo que eres hombrecito y me alegro.

—Veo que me comprendéis y respiro.

Cruzadas estas palabras nos embarcamos. El bote desatracó rápidamente y cinco minutos después estábamos en la cubierta de un hermoso bergantín donde todo respiraba orden y aseo. Jenaro sacó del bolsillo de su chaleco un silbato de plata, lo hizo resonar y esperó. Veintidós hombres, incluso los remeros del bote, corrieron presurosos a la popa donde nos hallamos, y se formaron en un medio círculo.

—Muchachos —les dijo Jenaro— aquí tenéis a mi segunda persona. Paulino es el Contador del *Soberbio*, y el todo después de mí. Por tanto le habéis de obedecer a ciegas en lo que ordene aquí como en tierra, pues es la voluntad de vuestro capitán. Y volviéndose a mí añadió en voz baja: tú no quieres que yo abuse de tu infortunio, bien; yo tampoco quiero que abuses del poder con que te invisto. Respetémonos todos y el barco andará siempre en popa. Luego alzó la voz.

—Ea, muchachos; vamos a saludar al segundo: ¡que viva Paulino!

—¡Que viva! —repitieron todos, y a una seña se repartieron por el buque.

—Ahora, Paulino, ven a tomar posesión de tu alojamiento y a imponerte de tus deberes.

Bajamos a la cámara: el primer cuartito a la derecha era el de Jenaro; entramos en el inmediato.

—Esta es tu habitación. En este libro que ves sobre la mesa me llevas cuenta de los gastos y las entradas del buque: los primeros solo tienen lugar cuando la bandera holandesa flota en lo alto de la mayor, es decir, cuando estamos fondeados en el puerto: las segundas en el mar... pues;... a la vela...

—¿A la vela?... —repetí con curiosiodad y con terror.

—Sí, a la vela; porque... no te espantes, Paulino...

—¡Acabad, Señor!...

—Pues acabo... pero... ¿porque estás tan pálido? ¿Tienes miedo?

—No: esa palidez es el reflejo de mis pasados sufrimientos. Pero... decíais que las entradas tienen lugar a la vela...

—Porque... no puede ser de otra manera...

—Misterioso es vuestro lenguaje y a la vez importuno, puesto que me autorizais con él a deciros que no procedéis con lealtad.

—En efecto... pero repito que solo a la vela anotaría las entradas y yo sé por qué lo digo, y tú lo sabrás también, entonces...

—¿Y ahora por qué no? Mirad, Jenaro, que aunque niño sé juzgar las situaciones, y haréis que renuncie sin dolor a vuestras promesas generosas.

—Es decir, que decididamente quieres saber ahora...

—Sí: decididamente me decís sin tardanza por qué no cargo las entradas sino en alta mar.

—Porque allí es que debemos tenerlas...

—¿Cómo?

—Porque todos los que estamos aquí somos piratas.

—¿Piratas, habeis dicho?... ¿Piratas, Jenaro?...

—¿No lo has oído?

—¿Y ese es el porvenir que me brindásteis a la puerta de la iglesia? ¿La inmoralidad y la vergüenza?

—¡Insensato! —gritó con voz de trueno, cerrando al mismo tiempo la puerta del camarote en que nos hallábamos para que nadie nos oyese— ¿sabéis por ventura lo que ha de suceder mañana?

—No a fe, porque solo Dios alcanza a tanto; pero ¡ah señor! ¡sé por lo menos que la suerte me ha asociado hoy al crimen!

—¡Al crimen! ¿Pues acaso he dicho que trato de corromper tu virtud?

—No, pero el robo... la matanza... ¡Oh! eso es horrible, señor, ¡horrible!

—¿Y qué te importarían nuestros actos, si los presenciaras, no tomando tú parte en ellos?

—Tengo, señor, una conciencia que me hablará siempre de esos horribles espectáculos en que habré de ser por lo menos actor pasivo... ¡Oh Jenaro! ¡Volvedme a tierra por piedad! ponedme a la puerta del templo donde me recogisteis, y os juro por estas lágrimas que vierto ahora guardar hasta la tumba el secreto de vuestra indigna profesión. Si como os dije esta tarde, busco *la muerte*, es para escudar lo único que me dejaron mis padres por herencia: la virtud; pero jamás por el camino que me proponéis, en el que lejos de conservarla ilesa la dejaría a mis espaldas muy en breve, toda salpicada de sangre. Pronto, Jenaro: mandad que vuestros chacales me conduzcan a tierra.

Jenaro, que había escuchado hasta mi última palabra sin respiración ni movimiento, de repente se lanzó a mí con los brazos abiertos, con toda la efusión de un padre cariñoso, y mojando mi rostro con su llanto. Yo no podía explicarme su conducta en aquel momento; pero no sé por qué secreto impulso rectifiqué la naturaleza sombría de mis ideas, pasando del espanto a la confianza. Largo rato permanecimos así confundidos en un estrecho abrazo, sin proferir ni una palabra, sin articular un sonido, hasta que repulsándolo suavemente volvimos a contemplarnos cara a cara.

—¡Jenaro! —le dije balbuceando— sirvan de disculpa mis pocos años y mi horror al delito, si he sido cruel con vos en esta escena.

—De nada tengo que absolverte —me respondió con pausa.

—No llevéis tan lejos vuestra generosidad, yo sé que os he ofendido.

—Al contrario, Paulino: me has salvado.

—No os comprendo.

—Tus palabras han llegado victoriosamente hasta el fondo de mi corazón, y el arrepentimiento ha puesto en mis ojos estas lágrimas.

—Mandadme, pues, a tierra.

—¡Jamás! Has comenzado tu obra y debes permanecer a mi lado para que puedas concluirla.

—¿Luego me obligas a ser pirata?...

—Te obligo a cumplir tu alta misión sobre la tierra. Tu alma es la de un ángel, tu virtud un escudo de diamante. Yo necesito de tu alma para que me ilumine y de tu virtud para que me defienda. La crueldad del hombre hizo que en mi pecho brotara como un raudal de fuego la bárbara pasión de la venganza. Por ella izé la bandera del pirata, por ella traje la opulencia a la miseria, y por ella, en fin he lavado muchas veces con sangre la cubierta del Soberbio....

—¡Callad, Jenaro! —exclamé horrorizado— callad por Dios, que me dais miedo.

El terrible capitán siguió hablando sin oírme:

—Pero no todo es corrupción. Tú, Paulino, con la severidad de tus principios, me has hecho pensar de otra manera, y desde hoy trato de reformar el horrendo itinerario de mi vida. Izo, pues, bandera de parlamento, y paso a establecer proposiciones.

—¿Con quién, Jenaro?

—Contigo.

—Permíteme entonces que redacte la primera.

—Concebido —dijo, y me presentó papel y pluma. Yo escribí: *"No obligaré a Paulino a ser pirata."*

Tomó el papel, leyó lo que yo había escrito y me lo devolvió añadiendo: —*Pero le obligaré a que me vigile inmediatamente para que yo deje de serlo.*

—¡Oh Jenaro! —exclamó con júbilo después de estampar aquellas frases— ¿será cierto lo que decís? ¿No os arrepentiréis mañana de ese propósito que puede más tarde devolveros la tranquilidad que echais de menos?

—No, Paulino: quiero ser tu segundo padre en la vida y debo empezar tan augusto ministerio adjurando de mis torpes extravíos, para proceder bien contigo en lo adelante. Viajaremos un año juntos por mares definidos donde no se puede piratear: así aprenderás al arte de la navegación.

—¿Y bien?

—Luego... tengo una hija. Pamela es linda como la estrella del Polo y buena como tú: será, pues, tu esposa. Entonces entrarás a gobernar el *Soberbio* como tuyo, lanzarás de a bordo a mis actuales cómplices, comerciarás legalmente por tu cuenta, con tripulantes de tu gusto; y cuando llegue mi honra sorda, cuando el espíritu inmortal huya de mi cuerpo corrompido, tú cerrarás mis cristalizadas pupilas y me rezarás un *Ave María* antes de sepultarme en el olvido. He aquí mi programa en bruto: ahora rectifícalo como más te conveniere.

—¡Jenaro! —le dije profundamente conmovido— todo lo acepto sin titubear antes que movido por las prendas con que me halagáis, por el deseo íntimo de servir en alta empresa de vuestra salvación. En mí, señor, no encontraréis la madurez ni el aplomo que la experiencia facilita a las ideas; pero sí espontaniedad y consecuencia en las que me habéis aplaudido, abominación a las malas obras, fe en las inspiraciones de mi alma virgen, y sobre todo, una confianza ilimitada en Dios. Si estas cualidades puestas en acción fueren partes a merecer el título de hijo con que quereis honrarme, ellas, os lo juro, no cesarán de ejercer su poderío en vuestro ánimo para recíproco provecho.

Jenaro volvió a abrazarme con entusiasmo.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó de repente— tú debes de tener hambre, ¿no es así? Ven: vamos a cenar.

Subimos a la cubierta: los marineros cantaban y bailaban formados en varios grupos; el piloto, hombre chico de cuerpo y de semblante maligno, estaba ya sentado a la mesa, hacia popa.

—La cena —gritó al vernos llegar; luego me miró de arriba abajo y sonriendo de una manera irónica me dijo con desdén:

—¿Qué dice nuestro *Segundo*?

Pero Jenaro me hizo seña de callar y respondió.

—Dice que espera paz y lealtad de todos vosotros para que no me comprometáis a diezmaros.

—¿A diezmarnos?

—Sin duda.

—Valiente venis de tierra, capitán.

—Tanto cuanto os hallo a vos audaz.

—Pero... no veo, a la verdad, motivos para que os irritéis de esa: yo hago a nuestro *hermoso segundo* una pregunta inocente...

—¡Oh! ¡muy inocente! como pregunta vuestra...

—Bien... inocente o no, a él la hice y a él tocaba responderme...

—Y yo, Jeppo, yo que os conozco demasiado, no puedo permitirlo porque le colocarías en mi presencia bajo la batería de vuestras sátiras. Paulino no es vuestro igual, sino como habeis dicho aunque con hipócrita humildad, *mi segundo*. Además, no comprende el lenguaje de la corrupción. Excusad pues, el empleo de vuestra cantáridas: si fuerais virtuoso seríais comprendido.

Yo, señor, me quedé absorto: la dureza con que Jenaro acababa de tratar a Jeppo, no podía ser el resultado de un carácter irrascible, puesto que en la anterior conferencia se había por el contrario manifestado dulce, cuanto es dable en un hombre de sus tristes antecedentes. Tampoco podía formar juicio de Jeppo, y mucho menos de sus prevenciones hacia mi persona, no habiendo precedido entre nosotros razoques de ningun género; mas algo de verdad había en las palabras de Jenaro, si bien bajo un manto de tinieblas para mí, cuando Jeppo en vez de responderle se mordió el labio inferior y me fulminó una mirada aterradora.

Semejante prefacio era sin embargo, un elocuente aviso de la casualidad que me propuse aprovechar en obsequio de mi reposo; y al efecto hice en mi corazón el juramento de economizar palabras con el piloto a fin de que no tuviera medio de desarrollar sus ocultos planes.

Veritablemente, siñor, yo tenía mucha hambre. Tres días eran acompplies esa tarde desde que comenzó mi orfandad, tres días ¡ay! que las lágrimas estaban mi único alimento... ¡Así fue que apenas nos sentamos a la mesa cuando contra todo respeto y miramiento me serví el primero.

—Paulino —me dijo Jenaro— parece que hay apetito...

La vergüenza selló mis labios; pero los de Jeppo se abrieron diciendo mientras miraba a tierra:

—¡Cómo sopla el *terral*...!

—¡Jeppo....! —le dijo aquel con acento de amenaza.

—Y bien, capitán...

—Nada...

—Vaya, que no parece sino que hoy la queréis tomar conmigo.

—Primero quisísteis reñir porque hice una pregunta, y ahora por una observación. ¡Pues estamos frescos!

—Es que os comprendo: el *terral* es la brisa de tierra y nosotros llamamos *brisa* al hambre. Paulino viene de tierra... quereis, pues, decir que está hambriento. Pero aguardad.

Y levantándose bajó a la cámara. Jeppo me dijo entonces.

—Señor Paulino: habéis venido al Soberbio con el carácter de mi jefe, y francamente no puedo tolerar que mande el que nunca ha sido más que un pilluelo de las costas que ha tiempo trabaja por pisar esta cubierta, el que ayer pedía una limosna a las puertas de la iglesia.

—¡Mientes, miserable! —grité lleno de ira— yo no pedía sino la muerte.

—Vuestro ropaje abona condición: sois un mendigo de altas pretensiones, y el barco no puede consentirnos a los dos. Decís que buscáis la muerte: buen modo por cierto, plantándoos por encima de todos nosotros y comiendo más que una ballena. Aquí sin distinción hemos empezado por servir; pero vos quereis mandarnos desde luego, habiéndoos sobrepuesto a nuestra fatiga con...

Jenaro apareció en la cubierta y Jeppo no pudo concluir; pero yo adiviné el valor de su horrible reticencia y mi corazón se estremeció como un alambre eléctrico. Era evidente que aquel hombre me consagraba todo su odio sin duda deslumbrado por un falso concepto, pero de cualquier modo peligroso. Acaso le hubiera desengañado sin escándalo de mi dignidad si no acompañara se queja con ultrajes; mas ni lo permitía su atrevimiento ni hubiera sido posible habiendo subido ya Jenaro. Después de acercársele un marinero le dijo reservadamente algunas frases. Jeppo lo obervaba todo y roncaba de ira.

—Y bien, Paulino —me dijo Jenaro a tiempo de ocupar su puesto— mañana nos damos a la vela.

Jeppo sonrió.

—Mañana comienza tu vida de marino, vida solitaria es cierto; pero que no obstante tiene sus encantos. El mar es un espectáculo sublime sobre todo para las almas juveniles.

—Es también a veces su sepulcro —contestó Jeppo afectando distracción— la ausencia de las comodidades y del amor suele abrirla por más que la ambición quiera neutralizar los efectos de aquella intemperie. Yo he visto a un joven así, como el Sr. Paulino, embarcarse por la noche lleno de esperanza y codicia... y por la madrugada caer sobre las olas convertido en cadáver...

Jenaro paseó por mi rostro una mirada escrutadora: yo me estremecí. Pasó un cuarto de hora más en que nadie habló: la comida, pues, tocó a su fin.

Mi corazón agitado por tan vivas emociones nadaba en un océano de lágrimas que subían en olas, y la garganta rechazaba vigorosamente.

Jeppo reía a hurtadillas de la parábola con que acaba de revelarme mi destino.

Jenaro estaba tranquilo como el cielo.

Trajeron el café, y una vez de bebido dijo Jenaro al mozo de cámara:

—Ya sabes, ¿eh?

—Sí, capitán —contestó aquel y se lanzó en el fondo de la bodega de la cual a poco volvió a salir conduciendo un bulto.

Los marineros se miraron asombrados: Jeppo reconoció sorprendido su equipaje.

—¿Qué significa esto, capitán? —preguntó con fingido asombro.

—Significa, Jeppo, que no habéis podido dominaros y ya me cansa vuestra osadía.

Luego, dirigiéndose a los marineros, añadió:

—Muchachos, al bote con ese equipaje.

—¿Formalmente, capitán? ¿Me lanzáis del barco?

—¿Pues acostumbro yo a chancearme, señor Jeppo?

—¿Pero qué motivo?... —y sepultó simuladamente una mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Jenaro sacó un par de pistolas de la faja que tenía a la cintura y le dijo:

—Si no cambiais de actitud podéis morir sin conocerlo.

Jeppo dejó caer su mano desarmada.

—No hace mucho —continuó Jenaro— que habéis insultado a Paulino de una manera cruel llamándolo *mendigo* y atribuyén-

dole unas pretensiones que solo se encierran en vuestro ambicioso corazón; y ahora mismo, en mi presencia, habéis revelado que tratáis de asesinarle en la inmediata madrugada. Id pues, señor Jeppo, a consumar en otro escenario y otra víctima vuestra original sentencia. He aquí vuestros haberes, —y le entregó varias monedas de oro.

—Capitán —repuso aquel pálido como la muerte y tembloroso— convenid en que para tomar este partido cualquiera otro alegaría razones más justificadas.

—Sabéis que cualquiera otro no hubiera esperado a ellas para guindaros del peñol... Acordaos, Jeppo, que dos veces habéis querido alzaros con el barco... acordaos que otra, fustradas aquellas tentativas criminales, nos pusísteis a tiro de los cruceros ingleses, mientras en vuestro bolsillo reposaba un salvoconducto de su Almirante... Pero, aun cuando no militaran estas causas: sois mi asalariado, no me convenís, os pongo vuestros alcances en la mano; y usando de mi autoridad de jefe y mis derechos de amo os digo: nada os debo, señor Jeppo; ¡salid pronto del *Soberbio*!

Al mismo tiempo le dio un fuerte empellón que le hizo ir balanceando hasta la borda.

—Capitán —dijo furioso mientras recogía de la cubierta su cachucha— esto lo hacéis solo en vuestros dominios....

—Y donde quiera —contestó Jenaro balbuceando.

—¿Es decir que... también en tierra?...

—¡También!

—¡Basta!

En su sonrisa se leía un legajo entero y horrible de venganzas.

—¡Adiós, camaradas! —exclamó al fin el pirata dirigiéndose a los otros tripulantes; pero ninguno quiso responderle. Bajó, pues, por la escalerilla y una vez en el bote me dirigió una mirada de fuego exclamando:

—¡Mendigo! Guarda tus harapos que, a fe de Jeppo, muy pronto habrán de serte necesarios. No por ser chica la víbora muere bajo el casco de la llama: antes...

Nada más se pudo oír: el bote volaba sobre las olas como una flecha americana sobre el aire, y la brisa había arrebatado las últimas palabras. Jenaro sonrió desdeñosamente, se volvió a los otros y dijo:

—¡Muchachos! Jeppo es infame y es cobarde.

—Capitán —respondieron todos— ya os comprendemos.

—Bien: que a la vuelta del bote esté todo listo para hacernos a la vela sin perder un solo instante.

—¿Y adónde vamos? —preguntó el contramaestre recostándose con dignidad en la caña del timón.

—Que os responda Paulino.

—Señores —dije con enfásis— la vida del pirata está desde los tiempos más remotos reprobada por las leyes de todas las naciones, en consonancia con el espíritu de nuestra santa religión. Un pirata sin conciencia, un réprobo social que eligiendo la mar por su elemento cumple en ella los actos más escandalosos que se refieren en el gran prontuario de los extravíos. La usurpación es su lema verdadero; mas para usurpar asesina al anciano como al niño, y matrona. Las riquezas que atesora entre las sombras espesas de la noche sobre un abismo eterno y el compás de estrepitosas tempestades, son riquezas debidas a una violencia ilegítima que por consiguiente gotean sangre... Y esos goces pasajeros arrebatados al pudor inerme en el delirio de ultrajar la humanidad por todas sendas, no pueden menos que representárseles en la hora de la muerte para hacer tormentosa su agonía... ¡Señores! Hoy he pisado la cubierta del *Soberbio* lleno de entusiasmo porque creía comunicar con hombres puros; pero al saber que érais piratas lloré llanto de dolor y de vergüenza. Habéis visto cuán injustamente ha querido Jeppo sacrificarme a sus pasiones extraviadas; pues eso mismo pretenderéis vosotros mañana, si no conmigo con otro que como yo sin propósito de avisarlas viniera también a este lugar. Además: considerad vuestra posición en este momento: ¿podríais dormir tranquilos sabiendo, como sabéis, que Jeppo ha sido lanzado del *Soberbio*? ¿No teméis que a media noche seais sorprendidos por los agentes del Gobierno, guiados de aquel frenético, y que la bandera ora oculta se reconozca a los plateados rayos de la luna? ¿Sabéis cuál sería entonces vuestra suerte? Sí, señores: vosotros lo adivinásteis antes de que hablara Jenaro: iríais a los calabozos y de los calabozos al cadalso...

—¡A la vela! —gritaron todos— ¡vamos a levar anclas, y a la vela!

—Sí —repuse— pero el capitán Jenaro no quiere hacerse a la vela bajo el carácter de pirata.

—Ni nosotros —contestó el contramaestre.

—Venga, muchachos —exclamó Jenaro arrebatado de gozo— venga y servirá de taco a nuestro cañonazo de leva.

El mozo de cámara le trajo e inmediatamente fue sepultada en el vientre del cañón.

—¡Anclas arriba! —mandó el contramaestre: la tripulación corrió a proa, asió de las cadenas y después de un breve rato de esfuerzos, entretenidos con el más melancólico de los cantos, subieron las gruesas anclas a cubierta quedando al barco a merced de la olas. En seguida se oyó el estampido del cañón que anunciaba la partida repitiéndose de un prolongado eco por todo el apartadísimo horizonte. La execrable bandera del pirata había, pues, volado convertida en una espesa manga de humo.

—Ahora, camaradas, no es Paulino el que da el rumbo; —dijo Jenaro— Paulino no conoce nuestras costas.

—¿Vais a vuestra patria? —le observé.

—Precisamente.

—Máximo, —dije al contramaestre— doblad ahora el *Cabo Finisterre*; seguid derecho dejando al Este el *Golfo de Vizcaya*; luego dais una orzada al Noroeste sobre el *Cabo Brest* para entrar por el *Canal de la Mancha* y seguís franco el *paso de Calais*; algunas millas más sobre la banda de babor se destaca la península de Holanda; en fin, al extremo está su capital Amsterdam, sobre el mismo *Zuiderece.*

Los marineros se miraron son sorpresa: el contramaestre hizo ademán en que revelaba la exactitud de mi derrotero, y Jenaro, tomando mis manos entre la suyas, dijo con aire satisfecho:

—El que tiene así la Carta en la memoria, no merece por cierto morir bajo el puñal de un estúpido bandido como Jeppo. Bien se ve, Paulino, que a pesar de lo que me contaste en tierra... bien se ve que en medio de todo has sabido aprovechar tu juventud. —Y dirigiéndose al contramaestre:

—Ahora —añadió— la maniobra: nosotros nos vamos a acostar.

Bajamos en efecto mientras el barco resbalaba suavemente sobre las olas y entramos en nuestros respectivos camarotes. Lo primero que se presentó a mis ojos fue el papel que contenía las dos capitulaciones celebradas entre Jenaro y yo con esta firma al pie: *Jenaro Rutwend.*

II

Yo, señor, excuso la relación del viaje hasta Amsterdam, porque no presentado ningún acontecimiento singular solo serviría a causar a usted a robarnos el tiempo que debemos emplear en vivir los hechos más notables de mi historia. Diré a usted solamente que en la navegación me capté el respeto de todos por manera que jamás la palabra pirata volvió a pronunciarse en mi presencia.

Llegamos, pues, a Amsterdam fondeando entre un bosque de embarcaciones de todas las naciones del mundo, y ostentando a popa la gallarda bandera del príncipe de Orange, Jenaro y yo saltamos a tierra y después de poco andar entramos en una casita de muy humilde aspecto.

—¡Jenaro! —gritó al verlo una señora de hasta cincuenta años que aun revelaba su pasada hermosura.

—¡Teresa! —respondió aquel recibiéndola en sus brazos.

—Pero... perdonad, joven —añadió ella saludándome turbada.

—Señora —le respondí cortésmente— si a las leyes de la atención hubiese usted propuesto ese transporte tan natural y tan sublime, sin duda se habría acreditado menos a mis ojos. El señor Jenaro conoce un poco mis principios: él dirá si estas palabras guardan o no con ellos una exacta analogía.

—Teresa —dijo entonces Jenaro— este joven es una joya que me encontré perdida a las puertas de la Catedral de Burgos, y la traigo para engastarla en nuestra familia. Te prometo que de aquí a mañana has de quererlo como a hijo.

—¿Su nombre?...

—Paulino.

—Pues, señor Paulino —dijo Teresa con dulzura— no espero a mañana para quereros muy de veras, pues deseo que me recordéis con amor cuando volváis a ver a vuestros padres.

Dos gruesas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Vamos, Teresa mía —murmuró Jenaro— enjúgale las lágrimas al huérfano ya que las sacaste, aunque involuntariamente, de su recién herido corazón. Paulino no tiene en la tierra más que a nosotros.

Teresa me abrazó diciendo:

—Perdona, hijo mío: yo creyendo consolarte te he afligido.

—Señora —le repuse recobrándome— ese nombre dulce con que me favorecéis en este instante será el bálsamo verdadero de mis secretas amarguras.

Jenaro, que se había dirigido a una mesa antigua situada en el testero fronterizo de la sala, volvió a mí alargándome un objeto que tenía en la diestra.

—Toma, Paulino, ese es el retrato de mi Pamela.

Pero no tuve tiempo de observarlo, porque Pamela entró corriendo a la noticia de la llegada de su padre.

Era joven de viente años, contra tipo natural, trigueña, de grandes ojos negros, labios rojos, esbelta, y perfectamente contorneada.

—¿Qué te parece, Paulino? —dijo Jenaro abrazándola.

—Señor, un ángel —respondí algo conmovido.

—Anda, Pamela mía; anda a saludar a ese joven que... pero salúdalo como si fuera tu hermano.

La doncella se me encaró, risueña como un niño en su cuna, me tendió su breve mano que estreché cordialmente y me dijo:

—Pamela saluda a Paulino...

Y no pudo continuar: sus ojos se habían encontrado por vez primera con los míos y sus mejillas se tiñeron de su vivísima escarlata. Luego, reparando en mi ropaje, dio a su fisonomía y su mirada una expresión indefinible de sorpresa, y sin soltar mi mano suspiró. Aquel suspiro descendió vibrando hasta el fondo de mi alma, porque al recordarme mi miseria me revelaba la existencia de un ser sensible a los testimonios persuasivos del infortunio; fenómeno digno de observarse en estos tiempos egoístas en que el *yo* es el ídolo absoluto de la especie humana.

Teresa y Jenaro se habían dirigido al colgadizo de la casa donde platicaban y me observaban a la vez: si bien a una distancia tal que yo nada podía percibir.

Pamela vio en mi otra mano y me dijo:

—¿Cómo? ¿Tenías mi retrato y nada me habéis dicho?

—Vuestro padre acababa de entregármelo cuando vos entrásteis.

—Yo os lo regalo.

—Y yo lo acepto, Pamela, como la primera prenda de vuestro cariño.

—¿Y quién os ha dicho, Paulino, que yo os quiero?

—Vuestros ojos me dijeron ahora mismo que me compadecíais.

—Y bien.

—De la compasión al... cariño no hay más que un paso.

Un ligero estremecimiento agitó los músculos de Pamela comunicándose a los míos por medio de su mano, fría entonces como el mármol.

—Pero ¿quién sois vos? —exclamó de repente con una curiosidad mezclada de interés.

—Un desgraciado a quien vuestro padre ha librado de una muerte horrible: un huérfano en tierra extraña, sin pan y sin esperanza.

—Pero... ¿sois pirata?

—Jamás, Pamela: antes bien he desviado a Jenaro de ese ejercicio abominable.

—Entonces, Paulino, sois muy acreedor a que se os quiera.

Y soltando mi mano huyó avergonzada hasta esconderse en el fondo de la galería. Yo quedé como un convaleciente que ensaya sus primeros pasos, es decir desfallecido por la fuerza de las emociones. Jenaro volvió a la sala.

—Vamos, Paulino —me dijo con familiaridad— vamos a comprarte ropa.

Obedecíle lleno de rubor, aunque persuadido de que Jenaro antes que por humillarse lo hacía por favorecerme. Hay situaciones en que la razón no logra triunfar sino a medias del amor propio. El hombre que no se ha corrompido todavía soporta las calamidades con serena frente y sigue denodado en la carrera de la vida sin que nada le arredre: una voz le grita en su interior *resígnate a sufrir*: esa voz es la religión. Pero hay otra que en medio de esos mismos sufrimientos murmura igualmente de continuo: *humíllate pero no te degrades*. Esa voz es la dignidad. Cuando ambas rigen de concierto nuestros pasos, se llora pero no es posible que manche a la conciencia ni un celaje fugaz de vilipendio.

Seis meses transcurrieron, en lo que el cariño de la familia de Jenaro se depuró de tal manera que para consagrarlo en un todo y constituirme en un miembro más inmediato de ella, no solo era ya esposo de la interesante Pamela, sino dueño absoluto del *Soberbio*, que en ese tiempo no se había movido de las aguas de Amsterdam. Una mañana me dijo Jenaro:

—Hijo mío, los recursos se nos van escaseando.

—Hablad, pues, Jenaro —le respondí con amargura.

—El Soberbio no hace nada en el puerto.

—Entonces lo venderemos.

—No me parece bien pensado: creo mejor, que lo propongas a flete, la mitad a mano y la otra a fondeo. No dejarás la primera después de hacer el rancho: partirás con Máximo, sin cuidarte del puerto a que vayas, puesto que es un magnífico piloto; y la otra mitad la emplearás en mercancías que vendidas aquí cuando retornes, nos dejen una buena utilidad.

Inmediatamente salí a recorrer el círculo comercial proponiendo a flete el Soberbio bajo las bases indicadas por Jenaro, y tuve la fortuna de encontrar un mercader acaudalado que vino en tomarlo de este modo: llevándole la mitad del cargamento a Lisboa, y la otra mitad a Río Janeiro en el E. de la América Meridional. Aunque el viaje era en extremo largo y peligroso me resolví a firmar el pliego sin consulta de Jenaro, tomando cinco mil piastras de contado y una libranza contra el consignatorio en Río Janeiro, pagadera a la vista. Volé a casa lleno de júbilo por el resultado de mis agencias marítimas y después de calmar los temores de Jenaro fui a dar órdenes a Máximo para el recibo de la carga.

Al día siguiente el muelle de Amsterdam estaba coronado de fardos divididos en dos lotes con sus marcas respectivas, los cuales por medio de la plancha y dos aparejos pasaban a las entrañas del *Soberbio*; el propietario o sea el mercader que lo fletaba y yo presenciabamos la operación.

—Joven —me dijo con aire de bondad— ¿conoceis bien vuestros deberes de marino?

—Caballero —le respondí— quereis concluir por donde debísteis haber comenzado. Esa pregunta ayer hubiera sido natural porque ibais a poner vuestra fortuna entre mis manos; pero hoy revela desconfianza, a la verdad ni lo uno ni lo otro es del momento. Con todo, quiero tranquilizaros. Mi barco vale diez veces más que vuestra carga, y no sería por cierto tan imprudente que me expusiera a perderlo por fantasear inteligencia a las olas. Preguntad, además en Amsterdam, ¿qué tal piloto es Maximo? Os responderán hasta las piedras de un modo satisfactorio y desaparecerán vuestros escrúpulos.

Ni una palabra repuso el mercader que sentado como yo sobre una de los fardos me miraba con repugnante curiosidad: pero su rostro anunciaba la confianza que mis palabras habían devuelto a una conciencia metálica y, por lo tanto, recelosa.

Por fin concluyó de recibir la carga el *Soberbio* y nos retiramos. A mi llegada a casa encontré a Jenaro en cama, atacado de un dolor reumático.

—Paulino —me dijo— esto no es cosa de ciudado para trastornar tu viaje.

—Pero una dilación de ocho días...

—¿La carga está lista?

—Ciertamente.

—Mañana partirás. Una dilación de ocho días es una eternidad para el comerciante que de continuo calcula sobre el tiempo como sobre el capital invertido; usando para ello de esta frase: *time is money*, en que compendia todas las teorías del mercantilismo más judaico. Ahora bien, hijo mío...

—Basta, Jenaro: vos me conocéis lo bastante, y nada por lo mismo debe inquietar vuestro generoso corazón.

—Es verdad; pero deja sin embargo que os dé un consejo importante.

—Hablad, padre mío.

Los marineros del *Soberbio*, y Máximo entre ellos debieron ser despedidos a nuestra llegada a Amsterdam, conforme te dije cuando estábamos en el puerto de Burdeos; porque...

—Son piratas...

—Pero hubiera sido peligroso, puesto que lanzándolos habría quedado el barco sujeto a la venganza por el camino de la denuncia y nosotros sometidos a las consecuencias de un juicio horrible.

—¿Y Jeppo, padre mío?

—Jeppo está muy lejos, gracias a mi previsión; y aunque es altamente vil nada puede hacer por ahora en nuestro mal.

—¿Y si viene siguiéndome la pista?

—Si viene nos encontrará con buenos papeles, matriculados, bajo la bandera holandesa y consagrados al comercio legal. Así pues, no te ocupes ya de Jeppo: lo que importa muchísimo es que conserves la mayor armonía con los marineros y en particular con Máximo, a quien consultarás aunque no te sea preciso, para inspirarle ideas de estimación y de confianza. Tú nunca

dés la voz de mando: comunícale tus órdenes y déjalo proceder en el terreno de su autoridad, como tu delegado; que así todo saldrá bien. Lo demás es obra de tu discreción. Ahora un capitán de barco debe siempre andar armado: Jeppo hubiera sepultado en mi vientre una navaja a no tener yo en el cinto mis pistolas; tómalas, pues, pero sé prudente para que jamás te veas en la terrible necesidad de hacer uso de ellas.

Diciendo así me las entregó acompañándolas con un estrecho abrazo.

Pasó aquella noche en que Jenaro, Teresa y Pamela se disputaban el derecho de aconsejarme cada uno en consonancia de sus intereses, hasta que el día comenzó a despuntar. Entonces Jenaro me apretó la mano.

—Paulino —dijo conmovido— todo lo espero bueno y arreglado de la Providencia y de tu cordura.

—Hijo mío —repuso Teresa— el Señor te bendiga y guíe tus pasos.

—Paulino amado —exclamó Pamela poniendo con sus lágrimas un beso en mi frente sudorosa— yo solo te pido que me conserves en tu corazón. Tú llevas mi retrato...¡ay! fija tus ojos en él todos los días y... ¡jamás me olvides!

Estas palabras de Pamela me afectaron de tal manera que nada pude responder si no fue con los sollozos que rugían agolpados en mitad de la garganta. Teresa comprendió mi peligrosa situación y, arrancando a Pamela de mis brazos, la arrastró a la alcoba. Entonces Jenaro repuso.

—Vete, pues, y me volvió la espalda.

Salí precipitadamente de la casa de mis padres, puesto que tenía derecho de llamarlos así, y volé al puerto. Máximo me aguardaba ya, y apenas llegué me participó que todo estaba listo y el *Soberbio* atado de un solo cable a la popa de otro buque. En seguida nos embarcamos se picó la amarra y comenzamos a navegar.

III

Ocho días después de haber salido del puerto de Amsterdam entramos felizmente en el de Lisboa a todo trapo, y por la mañana del siguiente dimos principio a la descarga, habiendo antes arreglado nuestros papeles en la aduana. Yo, señor, estaba atónito: me veía arrebatado como por encanto a la miseria, a la muerte cruel que me amenazaba en Burdeos: me veía también incorporado en el seno de una familia buena a la par de generosa, jefe de un bergantín magnífico, alternando con los primeros hombres del mundo en el código del día, esto es, con los capitalistas... en fin, me veía siendo esposo, hijo, propietario, y en camino de asegurar un porvenir risueño; y sin embargo, juro a usted que todo esto me parecía una hermosa misión, una de las representaciones peregrinas que por medio del *Couxihuilt* presidían a los delirantes sueños de los antiguos mexicanos. El infortunio es el verdadero surtidor de la desconfianza: la fe es una, los sufrimientos infinitos; por consiguiente, el alma más virtuosa está expuesta a veces a sucumbir ante aquella desgarradora mayoría, y a vacilar y retroceder cuando enfrenta con la realidad de una ventura inesperada.

Descargado todo el bote y tomando del consignatario el correspondiente recibo, compré algunos víveres que hacían falta a bordo, tomé agua y con la aurora del nuevo día nos dimos a la vela. Durante un mes nos hizo un tiempo hermosísimo: las corrientes corrían a favor, es decir al O., que era nuestro rumbo: el cielo azul solo presentaba algunas nubecillas muy ligeras, blancas como el armiño que a poco de lucir se evaporaban, y el viento de Levante refrescaba sin cesar arrastrando rápidamente al *Soberbio* sobre las olas que se presentaban a su paso.

—¡Hermoso tiempo! —exclamé una mañana, sentado junto a Máximo que regía el timón con los ojos fijos en la proa.

—¡Hermoso! —replicó él con el sosiego de la práctica— pero ¿creéis que durará?

—¿Por qué no?

—Estamos muy cerca del Trópico y en sus latitudes el cielo descarga furiosos chubascos, el viento es huracanado y el Atlántico se precipita en grandes montañas por los canales que separan a las Antillas, en busca de la región Austral.

—Es decir, que temeis algún cambio funesto, que ocurrirá algo...

—Puede que no; pero bueno es estar prevenidos para en todo caso. Por eso desde ayer navegamos a medio trapo principalmente de noche. ¡Eh! —añadió después con amable acento— ¿tiene miedo el señor Paulino?

—No a la muerte, Máximo —le respondí entristecido— puesto que ya una vez me senté a esperarla con tranquilo corazón; pero tengo miedo al dolor que produciría en mi familia cualquier desastre que nos arrebatara la vida.

—¡Dichoso vos que tenéis en quien pensar! —repuso Máximo pasando la bota de su chaqueta por lo ojos.

—Es verdad que tengo una familia; pero adoptiva.

—¡Yo ni aun así!...

—Entonces sois más desgraciado que yo.

—¡Oh! mucho más que vos, y que todos los otros reunidos...

—Os compadezco, Máximo.

—Gracias, capitán.

—Pero...vuestras desgracias no habrán sido obra de Dios.

—Tampoco de mi voluntad.

—Entonces...

—Eso es muy largo, señor Paulino: no hay fiera más fiera que el hombre... Yo anochecí heredero de cuantiosos bienes y amanecí sin una piastra. Mis padres tenían un pleito en que se trataba de toda su fortuna: la sentencia los dejó por puertas, y el sentimiento los mató.

—¡Ah! ¡Sois, en verdad, muy desgraciado!

—Mucho, señor Paulino...

—Y por lo visto quedasteis solo en el mundo puesto que no me habéis dicho que teníais hermano.

—¡Yo era hijo único!

—¡Yo tambien lo era!... Hay, pues entre nosotros dos identidades de desventuras.

—Sin duda.

—Pero ¿quedasteis en vuestra patria?

—Sí, señor.

—¿Y no teníais parientes?

—¿Parientes? —gritó frenético el piloto— ¿parientes habeis dicho, capitán Paulino? ¡Ah! ¡bien se ve que no los conocéis!...

—Es verdad. Separado de ellos desde la infancia, no he podido todavía conocerlos en el sentido moral a que queréis aludir; pero me inclino a creer que nunca serían sordos a los clamores de la sangre, sobre todo cuando ésta corre precipitadamente por el canal de la desgracia.

—Os engañáis, capitán. Poco adelantaría por Dios el desdichado que llamara a las puertas del palacio en que se recrea su pariente, y en cuyas anchas galerías retozaba antes de resbalar de la altura que otra vez a entrambos nivelaba. Su necesidad lejos de ser remediada serviría únicamente para dar tela a dilatadas reprehensiones y exordios de veneno... ¡Ay de él si espera que allí mejoren su condición dolorosa de indigente, o a lo menos un acento de concordia que la dulcifique; porque... ese hombre delira... Sus mejillas se vestirán de palidez y de arrugas, sus cabellos más blancos que esas nubecillas rodarán una a una por su frente descarnada y fría; no por eso la adversidad dejará de agobiarle bajo el peso de su rigor e impunemente aun en presencia de su opulento deudo. ¿Qué le valdría derramar un río de lágrimas, si han de perderse bajo la dura planta de aquel, que sin averiguar la causa que las produce se aleja tal vez risueño y complacido al ver tanta humillación?... ¿Qué los suspiros y gemidos, si el tigre no conoce la piedad, y han de escalarse como el humo en el espacio?... Mas si del cieno de la nada sube el inocente mendigo al pináculo de la abundancia; si arroja lejos de sí los harapos que le cubrían para vestirse de sedas y de lanas; ¡ah señor Paulino! ¡Qué escenas tan hermosas van a pasar en el cambio dramático de su vida...! ¡Qué porvenir tan halagüeño se presenta de improviso en su horizonte, ayer turbulento y nebuloso... Porque... Entonces... ¡quién lo creyera!... El *Soberbio* que le humillaba besa sin rubor el polvo de sus huellas... entonces trastorna el árbol genealógico para hacer más inmediato el parentesco que antes cuidaba de ocultar; parte con él sus más exquisitos manjares, le presenta a sus amigos como un objeto de veneración, de culto, y le cede en el coche un lugar de preferencia nombrándole doquiera con enfático orgullo. He aquí, señor Paulino, la vituperable conducta de esos seres a quienes quisisteis atribuir virtudes y que si por casualidad poseen siquiera una, jamás la ejercitan con el pobre, sino con aquellos de que pueden esperar retribución.

Calló Máximo un instante para calmar la agitación que le embargaba y luego repuso.

—Vos, señor Paulino, os habréis naturalmente sorprendido oyendo estas ideas en boca de un pobre piloto a quien conocisteis pirata.

—En efecto, Máximo: pero mi sorpresa, que raya en los lindes del asombro, vaga sin saber donde fijarse, si en la amargura del pensamiento o en la elevación de las palabras con que lo habeis vertido.

—Es que soy una víctima de los míos o sea de mis malditos parientes, y que mi educación no fue la del marino...

—Lo comprendo, Máximo: entre vos y Jeppo hay una insondable diferencia.

—Y sin embargo, Jeppo es un caballero.

—¡Un caballero!...

—Sí señor: un caballero que en cierta ciudad de América tenía una gran significación por su esclarecido origen, por su caudal que era inmenso, y por las altas deferencias de que era blanco por parte del Gobierno.

—¿Qué decís, Máximo?

—Pero Jeppo... ¡Oh! Jeppo fue herido en el honor de su esposa por otro noble, y cuando quiso vengarse halló que el seductor complicado en una conspiración y perseguido de muerte había fugado sin saberse a qué lugar se había dirigido.

—¡Infeliz! —exclamé olvidando su injuria.

—Jeppo, capitán, es uno de los pocos hombres que en su país ostenta de armas en la parte posterior del coche. Lo repito: es un caballero cuyo verdadero nombre oculta con el que le conoceis.

—Y era un pirata.

—Por fuerza. Reducido al oprobio abandonó su familia, y viajó con cualquier carácter en la esperanza de encontrar un día a su ofensor. Falto de recursos se filió por último en nuestro bando abominable.

—¿Y vos?...

—En cuanto a mí, señor Paulino, os repito que es muy largo de contar: otro día, si queréis, descorreré el velo misterioso que me cubre.

Dijo Máximo y luego que se hubo completamente serenado comenzó a dar algunas órdenes para recurrir a las bordadas,

porque el viento había rolado, y soplaba un poco al sur. La noche estaba muy avanzada y el cielo un tanto sombrío, levantándose por grados del horizonte hacia la proa varias nubes renegridas que concluyeron por oscurecer la luna, entonces en menguante. Me despedí de Máximo, y bajé a mi camarote: cinco minutos después mi espíritu se había sustraído a las realidades de la vida por medio de un sueño profundo y apacible.

IV

Dos horas habían transcurrido desde que bajé a mi camarote y reposaba con el más delicioso de los sueños, cuando desperté a los gritos de Máximo y las carreras que de popa a proa daban los marineros en cumplimiento de sus órdenes causando un ruido infernal sobre cubierta. Me lancé de la cama, eché sobre mi espalda un chaquetón, y subí precipitadamente.

El cielo se desgajaba en repetidos aguaceros cuyas gruesas gotas de una frialdad penetrante semejaban a compactos granizos. Las olas, a pesar de la densa oscuridad que nos rodeaba, se veían subir a los cielos en masas gigantescas coronadas de una fosforecencia siniestra y acompañada de un rumor horrible; y el viento desencadenado, bramando como las fieras líbicas cuando el hambre las asedia, ora lanzaba al Soberbio en los hondos abismos que se abrían a su veloz carrera, ora rasgaba las velas de alto abajo cual si fuera de finísima gasa.

Máximo, que asido al timón no cesaba de gritar como una furia a los tribulados marineros, apenas me descubrió a la luz pasajera de un relámpago.

—¡Capitán! —exclamó— ya veis que la bonanza engaña así en el mar como en la tierra. El Trópico no ha querido dejar que pasáramos sin pagarle su tributo.

—No importa, Máximo —le repliqué con ánimo— vuestra serenidad e inteligencia pueden muy bien eludir sus iras.

—¡Coged foques! —dijo a los marineros sin oírme— ¡pronto! ¡vive Dios! ¡Aquí! cuatro hombres aquí... Abajo la Mayor... Abajo... ¿Que nadie oye?

—¡Aquí estamos! —repondieron algunas voces en medio de la oscuridad: una fugada estalló como un balazo.

—¡La proa! —exclamaron otros.

—¡La proa! —repitió Máximo— ¡Dios te acompañe! —y dirigiéndose a mí— Capitán —añadió— nos quedamos sin puntero.

—¡Cómo!

—La fugada se llevó la proa. Pero si no hay otra avería debemos agradecer al cielo la broma.

—¡Capitán! —gritó un marinero— haced que el muchacho de cámara encienda dos o tres linternas, pues no podemos maniobrar a tientas.

—¡Eso es! —repondió el piloto enfurecido— pidan ahora que estamos en el golfo pasteles y bizcochitos, en vez de tirar seguido por el cabo.

—Pero... si no vemos, señor Máximo.

—¡Silencio, vive Dios!

—¡Hombre al agua! —exclamaron hasta ocho voces en dirección de la proa.

—¡Cielos! —respondí al aviso, traspasado de dolor.

—Eso sí no me gusta —dijo Máximo lanzando al viento un suspiro prolongado.

Al mismo tiempo decía un marinero al pobre náufrago:

—Laureano, por ahí anda la proa... búscala, que debe estar muy cerca... por aquí... por sotavento... No te acobardes... bracea siempre... encomiéndate a la Virgen... ánimo, compañero...

—¡Favor! —dijo el desdichado— ¡Favor, amigos!...

—¡Laureano! —continuó aquel— ¡Laureano!

Pero nadie contestó... Entonces todos, como por un sentimiento único, exclamaron a coro.

—¡Dios te reciba en su reino!

Las lágrimas corrieron en abundancia por mis mejillas considerando la agonía del desgraciado marinero, a quien era imposible prestar ningún socorro... Tal vez respiraba todavía, tal vez se columpiaba en la ancha estela que dejaba a espaldas el Soberbio, y hacía sus últimos esfuerzos por salvarse; pero en

vano... Una milla, a lo menos, nos separaba ya del lugar que la suerte le había señalado por sepulcro...

El viento fue calmando media hora después de este tristísimo suceso y la mar siendo menos gruesa, aunque todavía bastante para conservar el espanto en nuestros pechos; mientras las nubes renegridas que cruzaban el espacio fueron también desapareciendo en la línea circular del horizonte.

Al primer rayo del alba la tempestad había calmado; pero el mar estaba revuelto y espumoso, y el viento conservaba una pujanza extraordinaria.

—¿Qué tal, señor Paulino? —me dijo Máximo en cuyo rostro aun estaba pintada la sorpresa— hemos escapado milagrosamente a uno de los encantos que os anunció en Burdeos nuestro antiguo capitán Jenaro; pero con la pérdida de un hombre que valía por diez *Soberbios*, y la de la nariz de este.

—No me lo recordéis, Máximo, si no es para encomendar su alma al Eterno. No hago memoria de la fisonomía de Laureano; pero tanto vale: era un compañero, y su muerte ocupará siempre un lugar sagrado en mi corazón.

—Como en el mío... pero hablemos de otra cosa... ¡Chico! el capitán quiere café: date prisa.

El sol comenzaba a aparecer a nuestra espalda sobre un grupo de pequeñas nubes azules y rosadas, que semejaban a una concha de nácar rebruñida. ¡La naturaleza también tiene sus sarcasmos!... A la espléndida luz que derramaba aquel astro magnífico vi perfectamente los estragos que había hecho la tempestad en el Soberbio. A excepción de la mayor, todas las velas estaban ripiadas y tendidas al aire como infinitos gallardetes: la proa había volado de raíz, parte de la obra muerta y desprendidos los botalones.

Un marinero vino corriendo a donde estábamos nosotros gritando:

—¡Albricias, capitán!

—¡Cómo! —le respondí absorto— ¿de qué te debo albricias?

—¡Tierra!... —gritaron veinte voces.

—Eh —repuso el marinero— yo la he visto antes que nosotros— y la ira brilló en su rostro.

—En efecto —dijo entonces Máximo— mirad a nuestro frente... aquí... una sombrita parda... que parece una ola de chocolate...

—Sí... ya veo —le contesté enajenado de alegría mientras entregaba una moneda al marinero que trajo la noticia.

—Chico, busca el anteojo.

El mozo de cámara vino con aquel instrumento. Máximo miró primero con él y luego me lo entregó diciendo:

—Capitán, vos sabeis los casos y canales de Europa, veamos si conoceis los de América igualmente.

Apliqué mi ojo derecho al anteojo, y después de examinar la sombra de tierra descubierta respondí:

—¿En qué mar estamos?

—En el Océano Atlántico Equinocial.

—¿A cuántos grados?

—De los 7° 35' a los 8° 13' latitud meridional.

—Entonces... estamos... al este de la América del Sur.

—Cabal.

—Y esa tierra... Sí; esa tierra que vemos debe de ser... el Cabo de San Roque.

—El mismo, capitán. ¡Oh, sois invencible!

Trajeron el café que bebimos todos en un círculo y después por orden de Máximo se arriaron los jirones del velamen para remendarlo a fin de abreviar el término del viaje.

Así pasó todo aquel día en que los espíritus reclamaban más bien reposo que fatigas; pero era necesario atender a las reparaciones del barco en cuanto lo permitían los recursos, porque de otro modo, estábamos expuestos a consumir todos los víveres sin haber echado antes las anclas.

Al día siguiente navegábamos a un largo con viento favorable y mar bonanza, habiendo pasado el San Roque, San Salvador, Puerto Alegre y Victoria; y encontrándonos entre la isla de la Trinidad y Cabo Frío, que es como decir a las puertas de la bahía de Janeiro.

Por fin dos soles más alumbraron, en que dimos al olvido nuestras pasadas inquietudes con el espectáculo hermoso de la tierra, y en que al expirar el último en Ocaso dimos la vuelta a Cabo Frío; entrando *El Soberbio* majestuosamente en la gran bahía que cierra la península de Río de Janeiro.

V

Echada a tierra la carga, que felizmente no había sufrido lesión alguna en todo el temporal, dispuse lo necesario pare reparar el buque, de concierto con el consignatario, quien en su amabilidad me prestó los más eficaces auxilios. Este caballero era un poderoso comerciante de Río de Janeiro, más conocido por su honradez que por el caudal extraordinario que giraba.

—Capitán —me dijo al extender el recibo de la carga— decidme vuestro nombre y apellidos si gustais.

—Paulino Jirón, caballero, y vuestro servidor.

—¿Jirón? —repitió como quien interroga a su misma memoria— ¿queréis decirme vuestra patria?

—Jalisco, señor: del departamento de Guadalajara en el reino de México.

—¿Vuestro padre se llama Lauterio?

—Así se llamaba...

—¡Ah! Perdonad... Yo ignoraba... Pero Lauterio tenía una hermana nombrada...

—Leonor, caballero.

—Cabalmente.

—Que hoy se encuentra en Chile.

—No tal: hoy la tenéis más cerca.

—¿Dónde, pues?

—En la Asunción, ciudad fundada a la derecha del río Paraguay. Y tiene vuestra tía una hija que es un grano de oro. Vaya: ¿queréis verlas?

—Señor, ese deseo ocupa ya toda mi alma.

—Pues tengo un caballo que conoce a palmos el camino, y desde ahora os lo ofrezco para que vayáis a sorprender agradablemente a vuestra tía.

—¿Cuándo, caballero?

—Mañana, por ejemplo.

—Acepto vuestra oferta para mañana.

Diciendo así tomé el recibo y volví para el muelle; al desatracar el bote, oí que entre la multitud de cargadores articuló una voz mi nombre con extraordinario regocijo; pero todos

siguieron confusamente sus faenas, sin que me fuera posible fijar los ojos en el que mostraba conocerme.

Llegado a bordo, di mis órdenes a Máximo, cené fraternalmente con todos y en seguida bajé a mi camarote en busca del reposo.

Pero no me fue posible dormir. La idea de que el próximo día iba a ver a la hermana de mi padre, tal vez a la única parienta que me quedaba ya en el mundo, ahuyentó el sueño de mis párpados. Por otra parte recordaba a Jenaro enfermo y hasta me lo representaba sumariado en Amsterdam por avisos del infame Jeppo; a Teresa aniquilándose en fuerza de la pesadumbre y a Pamela próxima tal vez a quedar en el mundo abandonada. Estos pensamientos tristes irritaron de tal suerte mi cerebro, que me fue preciso salir del sofocante camarote para ir a sentarme en la húmeda popa a respirar el aire apacible de la noche. Allí estuve cerca de cuatro horas, oyendo los suspiros de la ciudad, adormecida con los tristísimos cantares de los estivadores e iluminada por los débiles fulgores que la luna derrama siempre sobre nuestro planeta al rayar el alba. Máximo roncaba a mi lado, con un montón de los que arrancó el temporal por almohada, y envuelto en un capote hasta la cabeza. Al verlo recordé su cólera hablando de los parientes y me estremecí. Yo iba a entrar por las puertas de una hermana de mi padre, de quien solo conservaba remotísimos recuerdos: ¿me lanzaría con ignominia? ¿Me echaría en rostro mi profesión y mi matrimonio con Pamela? ¿No sería bastante generosa en medio de su orgullo para disculparme, considerando la orfandad en que yo había quedado, y mi desesperación en las puertas de la catedral de Burdeos?

En estas y otras semejantes consideraciones me sorprendió el vecino día. Los marineros comenzaron a levantarse desperezándose; Máximo descubrió su cabeza y me dijo:

—Salud, Capitán.

—Buen día, Máximo. Parece que ha descansado.

—Algo.

Los marineros vinieron también a saludarme. En seguida tomamos café y recomendando a Máximo el cuidado del *Soberbio*, con delegación de mis facultades todas le di la mano y me dirigí a tierra.

El señor Carvalho, que así se llamaba el consignatario, me aguardaba a la puerta de su morada, mientras uno de sus criados tenía asido de las bridas un arrogantísimo caballo.

—Caballero Jirón —me dijo en viéndome— ésta es la mejor hora de viajar. Cabalgad, pues, sin demora, y dignaos hacer una expresión de mi cariño a vuestra tía. El barco pide todavía cien días de convalescencia: podéis estar por allá el tiempo que os agrade, seguro de que yo velaré por él.

Le di las gracias y partí.

¡Oh! ¡Cuán hermosa es la América, señor! ¡Qué paisajes tan risueños, qué montañas tan soberbias, qué ríos tan majestuosos y profundos! La naturaleza es más espléndida en América que en Italia y en la India. Dondequiera que vuelve sus ojos el viajero se extasía levantando su espíritu hasta Dios en el más natural transporte de entusiasmo. Allí todo sonríe, todo convida a la observación, todo enajena. Hasta los pájaros, señor, esos habitantes nómadas de los silenciosos bosques, son de un plumaje peregrinamente bello y de un canto deliciosamente poético. Yo marchaba abstraído, al querer del práctico caballo, y embriagado en la aspiración de los suavísimos aromas que se desprendían de aquellas plantas tan frescas y pomposas como una juventud sin sufrimientos: en las armonías indefinibles de aquellas augustas soledades y en los sonoros rugidos de los torrentes que en lontanza se precipitan, como Lécaudes, desde una altura imponderable.

Al fin, llegué a la ribera oriental del caudaloso *Paraná*, que resbala entre dos cintas de plantas aromáticas, y mi caballo atravesándole más arriba hacia donde se le une por un corto brazo el *Uruguay*, lo ocultó a mis ojos encantados para presentarme de improviso al caserío de la Asunción.

Mi tía, según un pequeño derrotero que me entregó el consignatario, habitaba en una quinta pintoresca situada en las inmediaciones de la ciudad, y la primera que se destacaba como sentada en una suavísima colina. Presentóse, pues, a mis ojos confirmándome más en mi creencia la circunstancia de alcanzar en la galería dos mujeres, que sin duda habían reconocido el caballo, pero que extrañaban al jinete.

Al cabo de algunos rodeos, hijos de las sinuosidades del camino, llegué a la quinta donde salió un criado a recoger la montura.

—Señora —dije a mi tía tendiéndole la mano— ¿no os dice nada vuestro corazón en este instante?... ¿No recordáis haber visto alguna vez estas facciones?

—Sí —exclamó rompiendo en un llanto copiosísimo —¡ven a mis brazos, desventurado Paulino!...

—¡Paulino! —repitió la joven con admiración.

—El mismo, querida Amalia —repuso aquella dándome un beso y estrechándome contra su pecho— Paulino Jirón, hijo de tu tío y mi hermano Lautario.

La joven se lanzó sobre mí, creo que con el pensamiento de besarme a ejemplo de su madre; pero el pudor la contuvo y tomando una de mis manos la estrechó con pasión.

Era Amalia, señor, una joven como de ventidós años: tenía la tez blanca al igual de las hojas del jazmín, antes de ser heridas por el sol; los ojos azulísimos; la nariz perfilada como la de los tipos de Cellinada en el mar de pena que le había producido la muerte de mi padre, leído en mi silencio y en mis ojos. Volviendo en sí después, con el abatimiento reni; la boca rosada y fragante como un tocador oriental; el cuello vaciado a molde: el pecho de nieve, acolchado; esbelta, estrecha de cintura, pequeña de pies y manos, y con una cabellera blonda que le daba todo al aspecto de los ángeles.

Al estrechar mi mano esta joven, cuya hermosura estaba decorada con una fisonomía expresiva, con un baño de sentimentalismo y de virtud incomparables, mi corazon rugió sordamente como un volcán dormido que medita volver a su antigua actividad; y juro a usted, señor, que por la vez primera de mi vida me encontré abandonado de mis fuerzas, de mi energía, de mi imperio, en fin, sobre mí mismo.

Mi tía Leonor, que entre tanto había dado riendas a la impresión de los recursos, evocados en tropel con mi presencia, fue la primera que recobró el don de la palabra, perdido entre las espesas tinieblas del silencio.

—¿Y Lautario, Paulino? —me preguntó con cariño.

Amalia me clavó sus grandes ojos, leyó en los míos, y acercando precipitadamente unos sillones dijo:

—Sentémonos, mamá.

Así lo hicimos todos.

—Respóndeme, sobrino —repuso aquella.

—¿Me preguntabais algo, amada tía?

—Te pregunté por Lautario.

—Es verdad...

—¿Vive?...

Dos lágrimas brotaron de mis párpados.

—¡Basta! —gritó mi tía y cubrió sus ojos con un extremo de su manta. Largo rato permaneció abando-tratado en su semblante venerable.

—¿Y tu madre? —me preguntó otra vez, pero como preparada a oír la misma respuesta.

—Murió al otro día...

—¡La infeliz! Era natural... Había sufrido mucho.

—¡Oh! No lo sabéis, amada tía.

—Pero lo presumo...

—¡Ah! si supieras el cúmulo de sufrimientos que rodearon a mis pobres padres en su lecho de muerte...

—Por Dios, Paulino, no hablemos de eso...

—Decís bien...

—Hay recuerdos, hijo mío, que matan hasta la energía de la juventud, y esa energía debe de ser hoy tu salvaguardia...

—¡Sí... la energía...! —repuse distraído.

—De modo, pues —continuó la respetable matrona— que estás solo en el mundo, o mejor, ¿lo has estado hasta hoy?

—No, señora: tengo padres adoptivos, y la hija de ellos es mi esposa.

Amalia bajó los ojos al oírme y exprimió de entre sus párpados la primera lágrima...¡Ay! Esa lágrima fue una gota de almíbar pero hirviente que resbaló lenta el fondo mismo de mi corazón.

Entonces les conté detenidamente mi historia hasta aquel día, produciendo en mi tía la más profunda tristeza, y en mi encantadora prima las contrarias emociones del sentimiento de la compasión y la de un dolor oculto que participaba a veces del despecho, si bien es verdad que simulándolo con una sonrisa capaz de confundir la seguridad más sólida del alma, y de lanzarla en el piélago insondable de la duda.

Amalia reunía a su belleza una penetración vivísima, justificada con la oportuna interpretación que dio a mis ojos cuando mi tía preguntó por la suerte de su hermano; y me propuse apro-

vechar aquel reflejo con que anuncia generalmente el talento para sondear sus planes, y sin estrechar las distancias que un cúmulo de sucesos tristes nos había hasta entonces separado, esterilizar, por decirlo así, nuestros corazones, evidentemente sorprendidos.

Las buenas disposiciones del señor Carvalho a facilitarme todo lo preciso para la pronta reparación del buque, apenas se apercibió de mi apellido, y los elogios que hizo de Amalia junto con la maestría del caballo en el sendero de la quinta, no fueron, por cierto, avisos inútiles para un joven como yo, que si no conocía el mundo prácticamente, a lo menos algo se me alcanzaba de las tendencias de sus actos todos, por medio de la observación y la lectura.

Mi tía nos miraba a entrambos con melancolía: una esperanza moribunda irradiaba en sus ojos.

Amalia suspiraba: un sentimiento divino, pero entonces ineficaz, ardía en su alma como un blandón fúnebre.

¡Yo ni miraba y ya ni suspiraba; pero todo lo veía y lo entendía, arrenpentido hasta tocar en el dolor de mi venida a la quinta, porque estaba persuadido de que no saldría de ella sin llevar en el alma un remordimiento por presente!...

Mi tía se levantó para disponer al aposento en que debía hospedarme; quedamos, pues, Amalia y yo solos: dos amantes felices hubieran bendecido al cielo por la oportunidad que les brindaba para comunicarse libremente; pero nosotros, lejos de ser amantes, estábamos inhibidos de admitir siquiera tan hermoso pensamiento.

Sin embargo, no me estremecí... Amalia habló primero.

—¿Y es bella tu esposa, Paulino?

En esta pregunta había una fusión terrible de dolor, curiosidad e indiferencia, que solo es dado preparar y emplear a la mujer en su ingénita suspicacia para mayor tormento de los hombres. Yo no tuve ni una palabra que oponer a tal pregunta; y sacando maquinalmente del bolsillo el retrato de Pamela, lo deposité en las manos frías de mi prima.

Volvió entonces mi tía, y aquella escondió el retrato en su seno, levantándose a poco y dirigiéndose a su alcoba.

—¡Con que te casaste! —exclamó su madre con visible pesadumbre.

—Sí señora —le respondí— y como habréis comprendido de mi historia más que por amor, por gratitud. Pero de todos modos hace diez meses que me casé.

—¡Ay! —suspiró— también Amalia se casará por idéntica razón.

—¿Con el señor Carvalho?

—Precisamente.

—La historia de la humanidad, amada tía, ofrece muchos ejemplos de estos crueles sacrificios.

—¡Es verdad!...

—La fortuna, que andando el tiempo llega la resignación a embellecerlos.

—Como te sucede a ti...

—En efecto...

—¿Luego no amas a tu esposa?...

—Ya os dije que le di ese título más que por amor por gratitud.

—Pero... estás contento...

—Estoy conforme.

—¡Ay! ¡No quisiera yo más bien que esa conformidad para tu prima!

Amalia volvió, con los ojos encendidos.

—Mira, mamá —dijo presentando a ésta el retrato—: mira qué linda es Pamela.

Mi tía contempló un rato la figura de mi esposa y luego se la devolvió sin articular una palabra.

Pasaron ocho días, en que la confianza de la sangre ejerció su poderosísimo ascendiente alejando de nosotros toda fórmula repugnante para dar entrada a un trato verdaderamente fraternal, aunque salpicado de suspiros y tristezas que si el amor propio se adelantaba a traducir en su favor, la realidad los evaporaba para siempre. Queriendo distraer las noches de ordinario sombrías en campo, Amalia se sentaba al piano y recordaba con una ejecución admirable las mejores partituras de Mozart y de Bellini: mientras su madre se recostaba en su alcoba desde el oscurecer por una costumbre ya difícil de dominar; de manera que quedábamos solo mi prima y yo; pero el piano llegó a fastidiarle, y entonces me propuso una partida de dominó, en la que podía jugar y hablar al mismo tiempo. Una noche, pues, la fortuna se pronunció en mi favor de tal manera que hice un *encierro* quedándose Amalia con un as entre sus manos.

—¡Ya lo sé! —exclamó con profundo abatimiento.

—¿Qué sabes, prima mía? —le interrogué lleno de curiosidad.

—¿Ves este as?

—¿Y bien?

—¡Siempre viviré sola en el mundo!...

—¡Oh! Permíteme que no te crea por la primera vez: una joven de tu mérito está llamada a provocar la admiración, el aplauso y la codicia de los hombres todos.

—Sin embargo... con esos elementos que me atribuye tu galantería, te juro que... viviré sola en el mundo...

—¡Amalia! Tu talento no debe ser accesible a las ridículas supersticiones de los franceses. Además, el señor Carvalho...

Amalia palideció, quedando un rato pensativa. Luego sacó una baraja del cajón de la mesita y me dijo:

—¿Juegas al truqui-flor?

—Un poco —le respondí.

Inmediatamente me echó tres cartas, se echó otras tantas y como yo era mano esperó mi propuesta.

—Tengo *una flor* —le dije habiendo visto mi juego que se componía de la perica, el cinco de bastos y el siete de oro.

—¡Ay! —repuso Amalia pasándose su mano derecha por los ojos para enjuagar una lágrima importuna— ¡harto sé que la tienes!... Es una *flor* lozana, acariciada por las blandas auras de la vida!... ¡Una *flor* que todavía no ha sentido al gusano de la desesperación mordiendo su purísima corola!...

Comprendí traspasado de pena que aludía a Pamela y deseando concluir añadí.

—¡Truco!

—¡No puedo quererte! —repuso con resignación y sufrimiento— tienes *una flor* muy buena, y mi pérdida es inevitable si *te quiero*...

—Amalia, por Dios; ¿qué es lo que quieres decirme?

—Nada, Paulino: absolutamente nada. He contestado al juego y esto es todo.

—Pero... ese lenguaje...

—Es el lenguaje figurado y entusiasta hasta el delirio que se aprende en el libro de la naturaleza, y ya ves que este es el único en que estudio...

—Pues te aconsejo que lo abjures porque te hace daño al corazón...

—Ya es tarde... Hay exaltaciones supremas e importunas... exaltaciones que no provoca el corazón... que vienen sin ser llamadas, matan el reposo y... resuelven el problema de la vida... ¡Tal es, pues, la exaltación que me transporta en este instante.

—El juicio puede vencerlas...

—El juicio, Paulino, tiene como Aquiles su punto vulnerable, y ha presentado esta vez el suyo a la más aguda de las flechas...

Luego, afectando indiferencia, añadió:

—Pero dime: ¿partirás muy pronto de la quinta?

—Pasado mañana.

—¿A qué hora?

—Antes de almuerzo. Mas ¿por qué me lo preguntas?

—Es que te preparo un recuerdo de... mi cariño y deseaba saber cuándo es tu viaje para acabarlo oportunamente.

Hablamos después de asuntos generales en que mi prima ostentó toda la riqueza de sus conocimientos revestidos con las brillantes imágenes de su imagiación viva y poética; hasta que nos despedimos dirigiéndonos a nuestras alcobas respectivas. Excuso decir a usted señor, que me fue imposible conciliar el sueño: Amalia había derramado sobre mi alma la mitad de la amargura en que la suya se agitaba, si bien produciendo efectos muy contrarios, y ya mi único pensamiento era sustraerme en tiempo a las terribles consecuencias de su pasión; porque... usted habrá comprendido que ella estaba imprudentemente enamorada.

Al otro día me levanté, y según mi costumbre, me senté a leer en la galería. Amalia y su madre se presentaron más tarde en traje de camino.

—Hijo mío —me dijo mi tía— vamos a ver una vecina enferma: tú quedas en tu casa, solo, hasta dentro de una hora.

Ella y Amalia me estrecharon la mano y bajaron la escalerilla; mas la última se volvió rápidamente y me arrojó un papel doblado en forma de lazo. Lo recogí y cuando ganaron la alameda de naranjos que se destacaba al frente de la quinta, lo abrí leyendo estas brevísimas palabras: —*quisiera decirte una cosa y temo a la vez decírtela: ¿por qué será esto...?*

El velo, señor, se descorrió entonces completamente ante mis ojos: Amalia no solo me amaba, sino que en el delirio de su pa-

sión quería decírmelo, como si yo no lo hubiera adivinado, como si yo no la amara también con todo el fuego de mi alma, aunque siempre ha sido al áncora del deber y la razón. ¡Sí, señor! Amalia había logrado hacerme vacilar con su hermosura, su dolor y su talento: había puesto en una terrible prueba mi virtud. Era pues preciso separarme de aquel lugar funesto en que un año antes la felicidad verdadera me hubiera sonreído eternamente; pero en el que la suerte solo me prometía de momento un crimen... Era preciso hacer este sacrificio en las aras del mundo que solo con el infeliz no es generoso... sacrificio terrible para un joven de veinte años, que abría por primera vez los ojos de su alma a los verdaderos encantos de la vida.

Firme en mi propósito de partir con la conciencia de no haber contribuido a los arrebatos de la vehemente Amalia, si no era en un orden pasivo; la esperé, como decirse suele a pie firme, esto es: dispuesto a rechazarla, sin dureza, pero con la dignidad necesaria a levantar entre los dos una barrera.

Volvieron de su visita al cabo del tiempo prefijado encontrándome en el mismo lugar que me dejaron. Amalia se me acercó con el rostro iluminado por la esperanza del triunfo que se había prometido desde que me lanzó el billete.

—¿Leíste? —me preguntó con ansia.

—¡Sí, Amalia! —le respondí clavando los ojos en el libro.

—¿Pero... no sentiste...?

—¡Tal vez...!

—¡Oh...! —exclamó con un dolor indefinible— ¡mi ligereza ha sido castigada...!

No sé si por vergüenza o por indignación en todo aquel día y aquella noche Amalia se mantuvo en su alcoba, bajo el pretexto de un agudo dolor de cabeza. Mi tía sola me acompañó, en vez de gozar de su descanso cotidiano.

—Y bien, Paulino —me observó con tristísima expresión— mañana partes.

—Sí, señora.

—Amalia lo va a sentir mucho... ¡La infeliz!

—Tengo obligaciones, amada tía.

—Lo sé... ¡ojalá no fuera así...! ¡Entonces tendría un derecho a morir tranquila. Sí, Paulino. Amalia sería tu esposa, según tu padre y yo nos prometíamos; pero hará un año que cansada de

esperarte, o mejor suponiéndote ya muerto, convine en casarla con Carvalho, a quien debo mil favores.

Calló mi tía, y viendo como yo nada respondía se sumergió en una meditación tenebrosa que se parecía mucho al delirio.

En cuanto a mí, tenía el pecho oprimido cual si estuviese colocado bajo el tornillo de una prensa. Nada pude hacer en obsequio de mí mismo: ni aun siquiera suspirar...

Un ¡ay! lleno de dolor, sublime lenguaje del alma que presencia sin recursos la agonía de su esperanza más hermosa, vino restallando desfallecido hasta apagar su postrera vibración en mis oídos... Mi tía levantó la cabeza y exclamó:

—¡Cómo sufre!

Y deseándome una noche tranquila desapareció de mi presencia.

Aquel ¡ay! había partido del corazón de Amalia... Era una tentativa más contra la firmeza violentísima del mío... ¡era una brasa sobre el betún que escandecía mi pecho, pero que rechazó con vigor el escudo impenetrable de mi conciencia...!

Al rayar el día abrí un postigo de la ventana de mi cuarto, que daba al jardín, y vi mi caballo enjaezado junto al sirviente que lo recibió a mi llegada sobradamente memorable.

—Tráelo —le dije y salí.

Mi tía me esperaba ya, teniendo en la mano un pañuelo de riquísimo Olan Cambray bordado con singular esmero.

—Amalia —me dijo— ha salido por ahí a tomar el fresco de la mañana: ¡quizá más bien por eludir la despedida! Pero me encargó te entregara esta fineza. En cuanto a mí, Paulino, te deseo toda la felicidad que esperé alcanzar un día dándote ante Dios y los hombres el dulce título de hijo. Ahora... dame un abrazo.

Estrechóme amorosamente contra su seno, luego me rechazó con dulzura y pronunciando un ¡adiós! tristísimo se retiró de mi presencia.

Entonces salté a mi caballo lloroso como un niño que se ve contrariado en sus deseos, y corrí desesperado, sin sentido... ¡Oh! La locura danzaba ante mi senda... Sin haber precedido la abominable idea del suicidio, me encontré de súbito con las pistolas de Jenaro entre las manos: levantélas en alto y disparé. Un grito horrible de espanto resonó entre los apiñados naranjos repitiéndose a lo lejos de aquellas campiñas como el lamentable

arrullo de la paloma que hiere el cazador, al mismo tiempo que pálida, desfigurada y con los ojos preñados de lágrimas salió Amelia al camino.

—¡Paulino! —exclamó en viéndome.

—¡Amalia! —le respondí mientras descendía del caballo.

La joven se lanzó a mis brazos que la recibieron en el temor de que rodara desvanecida por el suelo.

—¡Oh primo amado! —repuso más tranquila— ¿qué te ha hecho esta infeliz para que aflijas de tal suerte? ¿has querido suicidarte?

—No, Amalia: he descargado las pistolas porque... me temía...

—Compadéceme, Paulino: los que amamos sin esperanza todo lo vemos por un prisma de luto.

—Amalia —repuse con tono de reconvención queriendo desatar el lazo con que me estrechaba fuertemente a su seno.

—¡Oh! No me reconvengas, por piedad; que harto me gritan sin cesar el honor y la vergüenza. Te amo, Paulino; háblame de tu corazón, y no te ocupes ahora de hacerme ejercer la acción de mis deberes.

—¡Oh Amalia! ¡Amalia! ¡Tú invocas mi compasión y te recreas en los sufrimientos de mi alma! Pero... ¡Déjame partir! ¡Déjame, por Dios, que vamos a perdernos para siempre...!

—¿Dejarte partir sin que mi espontaneidad te convide a ser ingenuo? ¿Nada tiene Paulino que decirme?

—Amalia... sé feliz...

—¡Monstruo! —gritó dejando caer desesperadamente su hermosísima cabeza hacia la espalda; luego incorporándose añadió:

—¡Que sea feliz! ¡Paulino! ¡Oh! ¡Tu sarcasmo me ha partido el corazón...! ¡Vuélveme mi tranquilidad de ayer y mi inocencia, quítame de aquí, del alma que respiraba libremente, el veneno de tus miradas y tu acento, y entonces tal vez seré feliz... Pero ¡qué digo! ¡Quedaría en ella tu imagen siempre viva, fascinadora, y tu imagen sería mi tormento...!

—¡Oh! ¡Amalia ¡Oh criatura angelical cuanto temible! ¡sella esos labios divinos que así combaten nuestros respetos y deberes!

—Pronuncia una palabra, Paulino mío, y te obedezco.

—¡Amalia!

—Por Dios te lo suplico. Yo sé bien que entre nosotros hay un abismo... Que ahora partes y solo la eternidad volverá a reunirnos; pero esta soledad en que me dejas será para mi alma un paraíso, si a lo menos puede recordar esa palabra...

—¡Oh! ¡lucha cruel! ¡Déjame por Dios, hermosa Amalia...!

—No, Paulino... ¡Esa palabra...! ¡Pronto, que los momentos vuelan... ¡que pudiera alguien sorprendernos...! ¡Habla o me vuelvo loca de dolor...! Pero ¿qué tardas? ¡Oh amado mío! Pronuncia, por compasión, esa palabra...

—¡Es de muerte...!

—No importa: quiero morir oyéndola.

Aproximé mi boca a su oído cubierto por cuatro suavísimos rizos de su hermosa cabellera, resuelto a pronunciar la mejor y entonces más tremenda de las frases... Una ligera convulsión agitaba sus deslumbrantes formas y se comunicaba a todo mi ser por sus hombros en que había apoyado yo mis manos. ¡Oh situación suprema! ¡Oh ironía de la felicidad!

—Óyeme, hermosa Amalia —dije temblando.

Mas de repente lanzó un grito horrible, y veloz como la cebra huyó de mis brazos perdiéndose entre los espesísimos ramajes. Presa aún del asombro que había producido en mi ánimo esta transición inesperada, volví los ojos en redor buscando una causa, un objeto que pudiera traducírmelo; cuando por el lado opuesto se presentó un hombre de pequeña talla con el rostro perdido entre un bosque de cabellos y barbas, lanzando miradas de fuego y con la sonrisa de Satán sobre los labios. Por un movimiento instintivo eché mano a las pistolas al ver aquella figura indefinible, que no obstante, con los brazos cruzados sobre el pecho adelantó algunos pasos hacia mí.

—¡Deteneos! —le grité con decisión, al mismo tiempo que apuntaba a sus sienes.

—¿Olvidais, caballero —me respondió con sorna— que ahora poco descargasteis vuestras armas...?

La voz de aquel hombre me recordó la que me había nombrado en el muelle de Janeiro.

—¿Quién sois? —le pregunté con indignación— ¿qué quereis?

—¡Ola, señor Paulino! ¿Tanto tiempo hace que dejamos de vernos, para que me preguntéis quién soy? Sin embargo, quiero satisfacer vuestra curiosidad. Soy un hombre que por justísimos

motivos os perseguirá hasta en el laberinto mismo del infierno, en busca de un placer inefable como el que acabais de apurar en el silencio de estos montes; placer con que solo vos podeis brindarme y que tiene un nombre muy sonoro en el clavicordio del honor: ¡"venganza"!

—¡Jeppo...! —exclamé, y mis cabellos todos se erizaron.

—Jeppo, sí señor: aquel pirata a quien lanzara ignominiosamente Jenaro para complaceros y halagar vuestra ambición; aquel que os llamó por vuestro nombre en el muelle, acariciando en secreto el placer que antes he dicho... Jeppo soy.

—¿Y de qué, pues, quereis vengaros?

—¿De qué? ¡Pardiez! De vuestras intrigas en la plaza de Burdeos con el imbécil Jenaro, para convertiros de mendigo en propietario del Soberbio.

—Eso es falso, Jeppo. Ni yo mendigaba cuando Jenaro me encontró, ni nada le pedí respecto del *Soberbio*: mi presencia en cubierta fue obra de su generoso corazón.

—¡Por cierto!

—Lo demás....

—Lo demás, caballero, no os honra mucho que digamos.

—Solo vos pudierais eludir de una manera desventajosa para mí, lo que fue una consecuencia precisa de antecedentes ocultos a mi razón.

—Sois muy cándido, señor Paulino.

—Y vos muy temerario.

—¡Ola! Pardiez que vais tomando ya todo el continente audaz de un piratilla.

—De pirata solo tengo las tendencias al desprecio.

—Eso es: despreciais la humanidad...

—No tanto, señor Jeppo: yo desprecio solamente, y acá en el fondo de mi alma, a los hombres que se alimentan de las lágrimas del débil o indefenso, y cuya pasión dominante es la de calumniar y escarnecer.

—En esta materia, como en las demás, cada uno tiene sus gustos; ved, pues, señor Paulino; yo desprecio también, y aun mas allá de la tumba, a los intrigantes... a los que rastrean una posición y no perdonan medios para lograrla, así cueste a otro un mundo entero de esperanza....

—¡Señor Jeppo! Ved que...

—Desprecio al que en su egoísmo punible ríe y goza en la ruina de los otros.

—Y vos, ¿podréis decir que de mi parte estuvo vuestra ruina?

—Vamos: ya esto es otra cosa... parece que nos entendemos.

Hablando así la fisonomía de Jeppo había tomado una expresión verdaderamente infernal: su alma descargaba torrentes de veneno sobre la mía en un diluvio de sátiras groseras; pero me resigné a soportarla temiendo que de otro modo pasara a la región de la locura. Además yo no tenía otra razón que oponerle ya, si no era el duelo, y me encontraba desarmado.

—¡Jeppo! —le repuse con reprimida indignación— os dije antes que érais temerario y ciertamente anduve corto al calificaros: sois un impostor, pues me atribuís vuestra ruina que... pesa sobre la conciencia de otro hombre.

Los vasos de sus ojos se inyectaron de sangre y sus miradas deslumbraban.

—¡De otro hombre! —repitió como quien quiere sacar de una palabra sola todos los capítulos de una horrible narración.

—¡Ciertamente! —añadí— tal vez en vuestro pasado tendréis la verdadera causa de esa ruina que no conozco, y de la cual quereis sin embargo hacerme responsable.

—Tal vez —contestó reponiéndose— pero olvidáis que vos entrasteis en *El Soberbio* y a la hora fui lanzado...

—Culpa de vuestros actos anteriores...

—¿De mis actos anteriores? ¿Pues de qué arte os habéis valido para leer en mi pasado?

—Poca memoria tenéis, a fe, cuando tan pronto olvidasteis las acusaciones de Jenaro al despediros del Soberbio.

—¡Quiá! Esa no fue la causa, señor Paulino.

—Esos fueron los efectos de vuestro imprudente odio a mi persona, señor Jeppo.

—Decid más bien a vuestras supercherías....

—O si gustáis, a vuestro propósito de asesinarme por una rivalidad soñada, que solo en vuestro cerebro pudo alimentarse.

—¡Cierto! Y no debí limitarme a amenazaros en la mesa, no: debí asesinaros como Perpena a Sortorio, en el banquete...

—Bien cumple ese dolor a la hiena que ronca ante la víctima cuando podía aprovechar el tiempo en devorarla; pero... en conclusión...

—Sí, en conclusión.

—Yo nada os había hecho.

—Nada...

—Absolutamente nada.

—¡Pues... señor capitán del *Soberbio*! ¡Mentís como un villano!

—¡Jeppo! —grité hidrópico de ira— ¡mirad, vive Dios, lo que decís!

Pero Jeppo sonrió desdeñosamente y repuso:

—¡Quiá! Estáis desarmado, y como no es posible traer a hechos nuestro asunto, debo por lo menos emplear el lenguaje que los suplan. Mentís, sí señor: Mentís descaradamente, y... fácil es probarlo.

—Con la mentira...

—Con un hecho irrevocable.

—Hablad pues.

—Vos tuvisteis una conferencia con Jenaro en vuestro camarote.

—Cierto.

—Antes de que yo os leyera vuestro horóscopo...

—¡Adelante!

—Al pisar de nuevo la cubierta fui despedido por Jenaro.

—¿Y bien?

—Y bien, vos exijisteis en la cámara y él cumplió en la cubierta. ¡Decid ahora que nada me habéis hecho...!

—¡Tócame, Jeppo, observaros que mentís como un canalla!

—¡Canalla...! —gritó rugiendo como un león herido— ¿Yo canalla, señor Paulino? ¡Oh! ¿Sabéis que en mi linaje no ha habido quien sufría impunemente tal insulto...?

—Vengadlo, ya que vivís para solo la venganza.

—¿Yo canalla..?

—¡Vos!

—¡Miserable mendigo de Burdeos! ¡Oh! ¿sabes lo que has dicho...?

El despecho ahogó sus palabras dándome tiempo a recordar lo que Máximo me había contado en cuanto al origen distinguido de aquel hombre y hasta cierto punto a arrepentirme de mi dureza por miramiento a su infortunio; pero mi honor me exigía ser severo.

Calmose al fin y repuso:

—Sois un reptil, señor Paulino, y por lo mismo os perdono.

—Eso, Jeppo, no pasa de un desahogo vulgar que os sería funesto a estar cargadas mis pistolas.

—¡He ahí cómo vos mismo os confesáis villano! Sentís no tener cargadas vuestras pistolas para asesinarme, cumpliendo el pensamiento de nuestro patrono que también con ellas quiso dar término a mis días; y yo, que os abomino desde la médula de mis huesos hasta en el aire que exhalo respirando... yo que os encuentro al fin indefenso, osado... ¡Ah! ¡yo no me lanzo a vos y con este puñal os parto el corazón cual merecéis....!

Mostró el terrible acero desabrochando su chaquetón y continuó:

—Pero... sois fiel a vuestros principios y esto es todo...

—Basta de ultrajes, Jeppo: herid con el puñal, no con la lengua.

—No podíais proceder de otra manera... vos... que, ¡esposo de Pamela queríais hacer ahora mismo vuestra querida a la incauta novia de Carvalho!

—¡Callad...! —exclamé en un acceso de dolor indefinible— ¡verted, si os place, sobre mí toda la hiel en que rebosan vuestras entrañas; pero... en nombre de Dios os digo tengáis cuenta con la reputación de esa doncella...!

—¿Pues la tuvisteis vos, señor Paulino, cuando la estrechábais amorosamente en esas mudas y propicias soledades...?

—¿Y quién os autoriza para hacerme cargos?

—El honor de esa doncella.

—¡El honor...!

—Él, que impone al hombre indistintamente la obligación de defenderle sobre todo en la mujer, contra las asechanzas del corrompido seductor.

—Fuera de que me calificáis con demasiada ligereza, con la ligereza propia de vuestra corrupción, no puedo conceder que seáis competente para constituiros en paladín del honor de una purísima criatura a quien vuestra sola presencia infamaría.

—Os vuelvo a perdonar, señor Paulino, porque lo repito: sois un reptil, un despreciable limosnero en quien sin embargo la osadía iguala a la bajeza. Si diera valor a vuestras frases ya os hubiera dividido el corazón; pero me contengo porque quiero una venganza más solemne todavía que la muerte sola del escarabajo entre las selvas.

—¡Jeppo! ¡Jeppo! —dije furioso— ¿creéis que habláis al que os arrebató la honra en vuestra esposa?

—¡Cielos! —exclamó tiñendose su rostro de una palidez mortal— ¿en mi esposa, Paulino?

—Guardad, Jeppo, guardad vuestros rencores para cuando la suerte os coloque frente a frente del que os ha cubierto de mancilla.

—Pero... ¿cómo sabéis...?

—Eso no importa ahora.

—¡Oh! yo lo exijo: lo suplico...

—Bien: Máximo me ha revelado parte de vuestra historia.

—¿De mi historia?

—Sin duda, y yo os he compadecido. En cambio, vos me declarais seductor de Amalia....

Jeppo tomó de nuevo su actitud insultable y repuso:

—¡Lindo nombre, por Dios!

—Y dais riendas a vuestro temerario juicio, sin considerar si la escena que en mal hora presenciasteis era efecto del amor...

—O meramente un pasatiempo... ¿no es así?

—O de la sangre, en su transporte más inocente y natural.

—¡Ba! Direis ahora para legitimar vuestra conducta que...

—Diré que Amalia es hija de mi tía doña Leonor Jirón.

Arrodillóse Jeppo y juntando entrambas manos en actitud fervorosa exclamó todo convulso:

—¡Qué oigo, santo Dios de Israel!

—La verdad, Jeppo: id si no a la quinta y os convencereis.

—Sois pues, hijo...

—De Lautario Jirón.

Al oír este nombre Jeppo se levantó precipitadamente de la tierra, soltó una estrepitosa carcajada y dirigiéndose los ojos y las manos hacia arriba gritó desesperado.

—¡Paulino Jiron! ¡Mi alma no me engaña nunca! ¡Bien me lo decía cuando os miraba tendido en el atrio de la iglesia de Burdeos, cuando ibais a la playa y contemplabais fijamente la borda del Soberbio.

—Y bien, Jeppo —repuse confundido.

—Yo te odiaba sin conocerte; pero ahora...

—¡Qué! ¿Vais por ventura a amarme? ¿Vos Jeppo?

—¡No! No voy a amarte, infeliz; voy a perderte.

—¿A perderme?

—Sí... Porque... tú tienes un padre, y tu padre es el autor de mi deshonra; ¡y voy a matar al padre y a gozarme en las humillaciones de su hijo!

—¡Monstruo! —dije llorando— ¡él ya no existe!

—¡Malditas sean sus cenizas!

—¡Jeppo....!

Había desaparecido... Su voz, empero, resonó a través de los apiñados arbustos diciendo estas fatídicas palabras:

—*¡Mendigo! Guarda tus harapos; que, a fe de Jeppo, muy pronto habrán de serte necesarios!*

Lleno de terror y de amargura tomé entonces el camino de Janeiro...

Apenas regresé a la ciudad cuando doblado bajo el peso de tan poderosas emociones descendí del caballo que quedó suelto a la puerta del señor Carvalho y presa de una fiebre cerebral corrí al Soberbio.

—Capitán —me dijo Máximo— ¡qué desfigurado venís! ¡Estáis enfermo!

—Sí, amigo mío: llamadme un médico al instante.

—Cuando os deje en vuestra cama. Dadme la mano... ¡Eh! ¿qué rumbo tomáis? Por aquí... Mirad la escalera de la cámara... ¡Jesús! Si vuestra mano es una brasa...

El piloto me desnudó precisamente así que bajamos, y me colocó con cuidado en mi camarote. Luego examinó las pistolas que me había quitado de la cintura; y como las viera descargadas, sonrió.

—Capitán Paulino —dijo— hará un cuarto de hora que oí dos tiros, y cinco minutos que un hombre llegó a la punta del muelle tomó un bote y a todo remo corrió a ganar la escala de una goleta que iba saliendo ya de la bahía.

—¿Y bien?

—¿Tendrá algo de común todo esto con la alteración de vuestra salud?

—¡El médico! —repuse, y mi cabeza rodó desvanecida en la almohada.

A los tres días de los acontecimientos que dejo referidos y de mi regreso al buque, desperté del peligroso letargo que me pro-

dujo la fiebre; pero no podía moverme sin experimentar los dolores más agudos. Mi cerebro, mis brazos y mis piernas se encontraban a veces como entumecidos, y a veces como estimulados por las llamas del infierno a efecto de cinco cáuticos que el facultativo estimó de imprescindible empleo para mi salvación. La debilidad engendraba en mi vista los más raros fenómenos, tales como la duplicidad de los objetos, y en mis ideas un desconcierto indefinible. Había escapado, pues, a las garras de la muerte; pero me espiaba de cerca la locura. A nadie reconocía del todo: para mí, en momentos dados, no había otra cosa que vagas semejanzas en las fisonomías, aunque no olvidando el metal de voz de cada uno de los que me hablaban. Para decirlo de una vez: la fiebre que aún me atormentaba hizo en su principio tales estragos en mi naturaleza que casi me tenía reducido a la triste condición del insensato.

El señor Carvalho había cerrado su escritorio para instalarse en el Soberbio donde me prodigaba los más tiernos cuidados.

—Paulino —me dijo— el médico que acaba de veros opina favorablemente respecto de vuestra salud, os encuentra muy mejor.

—Gracias, Máximo —respondí sin reflexión.

—No es Máximo el que os habla.

—¡Ah! Perdonad... vuestro perfil me ha engañado....

—Lo creo; pero no me decís quién soy.

—El señor Carvalho.

—Vuestro amigo, ¿no es así?

—Indudablemente.

—Bien. El médico, que como he dicho os encuentra muy mejor, declara que es urgente sacaros de esta cámara donde el aire está impregnado de impurezas. Comprenderéis que al trasmitiros su dictamen también he formulado el mío.

—No señor: yo solo comprendo mi desgracia.

—¡Vuestra desgracia...!

—Yo debí haber sucumbido hace tres días, y he sobrevivido para agigantar mis sufrimientos.

—Paulino —repuso el anciano con gravedad— ¿qué queréis decir con esa frase?

—Todavía nada... pero respondedme ¿cuál es vuestro dictamen?

—Primero he pensado que en mi casa podríais restableceros. Pero sabéis que no tengo otra familia que mis sirvientes, y de lo que principalmente necesitais es de una esmeradísima asistencia.

—Continuad.

—Así es que os llevaré al lado de vuestra tía...

—He ahí por qué dije que solo comprendía mi desgracia...Yo había adivinado vuestro plan...

—Explicaos mejor, Paulino: vuestras reticencias me confunden.

—Pues bien... Vos me rechazáis con sagacidad; pero no veis que nos entregáis a mi prima y a mí a los rigores de la maledicencia.

—¿Creeis que se atrevieran...?

—¡Lo que proponéis es un escándalo, señor Carvalho... nadie sabe el parentesco que me une a ella... Y vos, que debeis ser su esposo... vos mismo disponéis los medios de su deshonra, los de vuestra vergüenza... los de mis remordimientos...! No: dejadme en *El Soberbio.*

—¡Imposible! Yo comprendo todo el valor de vuestras observaciones y os las agradezco de una manera difícil de explicar; pero no puedo permitir que continuéis enfermo en este buque con evidente riesgo de la vida.

—Entonces, hacedme conducir al hospital.

—Os conduciría otro cualquiera, Máximo por ejemplo, y eso no existiendo yo. El hospital es el asilo de los desvalidos.

—Pues no hablemos más de este asunto.

Carvalho reflexionó un instante y repuso:

—Iréis a mi casa y procuraré dos mujeres que os asistan. Si os negáis cesamos de ser amigos ahora mismo.

—Acepto... pero...

—No admito condiciones. Al mediodía, que es la hora en que la atmósfera está más purificada, vendrán a buscaros mis criados. Yo voy a disponer vuestro alojamiento, junto al mío, y lo más que sea necesario a vuestra pronta curación. Adiós.

—Una palabra.

—Hablad.

—Que todo esto sea un secreto para Laura y su madre.

—Os lo prometo.

Diciendo así desapareció.

Un momento despues bajó por la escarelilla Máximo y acercándose a mi camarote corrió la colgadura para contemplarme. No sé la impresión que le produjo mi semblante, pálido como el semblante de un difunto, porque el dolor de los cáusticos me había hecho cerrar los ojos, dolor que estuve reprimiendo durante mis explicaciones con el señor Carvalho; pero le oí exclamar: "¡Ah! ¡Qué transformación! ¡Ahora sí comienzo a creer que su suerte es más negra que la mía!" Seguidamente tomó algún dinero de mi escribanía y volvió a subir la cubierta.

Pasé la noche en un delirio continuo que puso en la mayor inquietud al piloto y a toda la tripulación. El primero no se apartó un instante de mi lecho: me hablaba sin duda con la esperanza de traer a buen orden mis ideas, y según me refirió después yo le contestaba enfurecido, ora queriendo echarme al piso de la cámara, ora llamando a Pamela, ora articulando de venganza.

A las doce del siguiente día se presentaron en el buque el señor Carvalho, el médico y tres criados, quienes de acuerdo con Máximo y después de varios conciertos me sacaron de la cámara perfectamente abrigado, y no sin gran trabajo me transportaron a una falúa. Media hora más tarde me hallaba instalado en la pieza que en su morada me había destinado el señor Carvalho. No sé si la impresión del aire de la mar que desde cuatro días antes no aspiraba o el movimiento de la falúa unido a los comunicados a mi cuerpo al bajar a ésta en brazos desde el interior de la cámara y subir las escaleras de mi nuevo alojamiento en la misma forma, lo cierto es que todo el día lo pasé en la más completa postración habiendo sido necesario que el médico no se apartara de mi lecho hasta la noche. Como lo había dicho el señor Carvalho, dos mujeres de mediana edad se disputaban el derecho de tributarme sus cuidados.

Así discurrieron ocho días en los que progresivamente fue mejorando mi salud a punto que ya pude sentarme en una poltrona a la cabecera de mi cama.

Una mañana entraron a la vez el señor Carvalho y Máximo.

—Amigo Paulino —dijo el primero— creo que ya podéis hablar aunque no mucho de vuestros intereses. Aquí tenéis a Máximo que os trae buenas noticias.

—Hablad, amigo mío —repuse tendiendo la mano al piloto.

—Capitán, *El Soberbio* está listo para hacerse a la mar con toda su carga y sus papeles a bordo. Yo me he permitido tomar fletes para Amsterdam, suponiendo que querréis ir a ver vuestra familia.

—Habéis adivinado mi pensamiento. Hoy preguntaré al médico cuándo me permite alzar el ancla.

—El médico ha salido de la ciudad —repuso el señor Carvalho— y no volverá hasta pasados quince días; pero me manifestó antes de partir que si vuestra salud no sufría algún trastorno, dentro de séis podríais navegar, pues para entonces ya tendréis cicatrizados los cáusticos.

—¿Y el rancho, Máximo?

—A bordo, capitán.

—El vuestro —repuso mi huésped— me corresponde a mí: actualmente se remite al buque.

—Gracias.

—Venid conmigo, Máximo, para daros la nota —dijo el señor Carvalho y ambos partieron.

Al día siguiente, primer domingo de Cuaresma, como a las nueve de la mañana, sentí en la casa un ruido extraño, después del que produce un carruaje que de improviso se detiene, y seguidamente el rumor de voces para mí poco desconocidas. Me encontraba en ese momento arreglando mi cronómetro, abandonado desde el primer día de mi enfermedad.

Un criado se presentó a la puerta y me dijo:

—Señor Paulino, el amo os recomienda por mi órgano que os preparéis a recibir una visita.

Y sin esperar mi respuesta desapareció.

—¡Una visita! —murmuré, mientras evocaba atropelladamente los recuerdos:— ¿quién me conoce aquí? ¡Jeppo...! Es verdad... Ese hombre abominable se ha propuesto desempeñar conmigo en cierto modo el papel que desempeñaba la sombra de Banco con Macbeth, el papel de acusador. Según las últimas palabras que salieron de sus labios en nuestra entrevista reciente y borrascosa, mi padre le ofendió, y como éste ya no existe quiere a todo trance hacerme responsable de la ofensa... Y bien, ¿qué importa? Lo mismo que los tesoros, se heredan las deudas de nuestros mayores. Yo acepto la responsabilidad del agravio inferido a Jeppo por mi padre. ¡Oh! Si al retirarme de la

quinta no hubiese descargado mis pistolas él y yo nos las hubiéramos distribuido al enterarme de su veneciano encono y ya el asunto estuviera defitivamente terminado.

Así discurría yo cuando entra Máximo de nuevo, todo demudado, y arrojando al suelo su cachucha me dice balbuceando.

—¡Capitán, una desgracia!

—¡Una desgracia! —repetí, mientras mis manos frías como el mármol tocaban a mi frente.

—Sí señor: un hecho horrible y misterioso occurrido según parece durante vuestra estadía en el campo. Sí... aquella misma noche desapareció... luego... ¡Ah! ¡cuántas cosas a la vez..!

—Hablad, por Dios, Máximo.

—Alberto, el mozo de cámara, me pidió licencia para bajar a tierra en busca de unos zapatos que según él le había ofrecido un amigo antiguo de su padre y dueño de un almacén aquí frente al muelle. Como aún eran las seis de la tarde le concedí lo que solicitaba, recomendándole que antes de oraciones estuviese a bordo. Partió, pues. La noche cerró y Alberto no vino conforme había prometido. Pasaron todas las horas de la prima en que a favor de la luna le buscaban mis ojos desde el barco por lo largo del muelle: no pude descubrirle. En fin, amaneció: salté a tierra, le busqué hasta en la cárcel suponiendo que habría cometido alguna infracción digna de tal apremio, y todo fue en vano. Nadie pudo darme informes a los menos de que lo vieron.

—¿Y no procurasteis al que le ofreció los zapatos?

—Si no existe el tal amigo de su padre, ni hay almacén alguno en el lugar que me indicó.

—Pero... Entonces está explicado el misterio...

—¡Ah! ¡no podéis penetrarlo, capitán!

—Cuando yo regresé al buque me hablasteis de un hombre que corrió a ganar una goleta ya a la vela...

—En efecto: pero eso fue poco antes de que llegarais, y lo que estoy contando aconteció la noche del mismo día en que partisteis.

—¿Y nada se ha sabido, nada absolutamente?

—Sí, señor. Acaba de llamarme el Prefecto a quien di parte de todo, para decirme que el patrón de una balandra cabotera que acaba de fondear vio hacia la playa del Norte en un pequeño islote el cadáver de un hombre, ya corrompido: que habien-

do echado el bote y practicando un escrupuloso examen descubrió que la víctima era joven por el negro de sus cabellos, por lo pequeño de sus manos, de sus pies y de sus ropas; y que a poca distancia encontró una cachucha de hule con cinta encarnada, es decir, ¡con nuestra divisa..!

—¡Ah! Él era, Máximo, el que iba a ganar la goleta poco antes que yo llegara de la quinta; y no alcanzándola se refugió en el islote y allí murió de hambre.

—Pero señor...

—Todo se explica, amigo mío. Alberto era bastante abandonado: seguramente le regañaríais por alguna falta y desertó del buque con el pretexto de los zapatos. Se contrató en la balandra donde estaría oculto todo este tiempo. Vino a tierra poco antes de partir aquella a procurar algo olvidado, como siempre acontece: se demoró más de lo regular: la embarcación se hizo a la vela; y Alberto aunque robusto nadó hasta donde le fue posible: fatigado desembarcó sobre el islote y allí murió.

—Todo puede ser, capitán. Yo le eché unos chicotazos el día que partísteis porque metió en vuestro camarote un bulto de lienzo como de media vara, que había traído de tierra, y desde entonces andaba medio hosco.

—Pues no dudeis que todo fue como he pensado. Ahora es necesario recoger cuanto le pertenecía para que llegados a Amsterdam se le entregue a su familia.

—Ya está eso practicado.

—Falta procurarnos otro mozo.

—Lo tengo a bordo. También tengo un certificado del Prefecto en que se explica la muerte de Alberto.

—Muy bien. Y os agradezco que no me hablárais de esta desgracia hasta el día de hoy. En cuanto a vos, tranquilizaos. Aunque la corrección fue algo severa, no valía la pena de abandonarnos para ir a experimentar más duros tratamientos y por último a sufrir la muerte. De nada sois responsable.

—Pues capitán, hasta la vista.

Salió Máximo, y oí que a pocos pasos de distancia decía: *acabo de hablar con él.* Comprendí que alguien se acercaba.

En efecto: primero entró el señor Carvalho, después mi tía Leonor con los ojos humedecidos, y detrás de ella Laura. Sin poderlo impedir el cronómetro que todavía estaba entre mis ma-

nos cayó al suelo, desde el cual se levantaron en diversas direcciones como proyectiles los mil fragmentos de su máquina.

El señor Carvalho se retiró aturdido.

—¡Hijo mío! —exclamó la señora ciñendo mi cuello con sus brazos— ¿es posible que en tantos días de enfermedad no me hubieras dado aviso para venir a acompañarte?

Laura se acercó y sin decir una palabra me tomó una mano. A este contacto sentí que mi naturaleza vacilaba:

—Sentémonos, amada tía —dije con trabajo y soltando la mano de Laura, encendida como las paredes de un volcán— la debilidad no me permite estar de pie cinco minutos.

Nos sentamos formando un triángulo, cuyo vértice saliente tocó a Laura; de forma que me dominaba con sus ojos más expresivos que nunca, más hermosos. Excuso deciros que sin embargo de vestir un traje de camino, mi prima hubiera podido competir con la más elegante cortesana, por la exquisita combinación de los adornos, por el caprichoso sombrerillo de castor que se elevaba sobre su abundante cabellera, por su corpiño de terciopelo negro aprisionando la suma más interesante de sus formas, y por la regularidad de su bellísimo conjunto. Mi tía tomó la palabra.

—Y bien, Paulino: ¿no respondes a mi cargo?

—Para justificarme de él me bastará deciros que con la fiebre perdí el conocimiento, y que los marineros no son muy propios para ocuparse de deberes tales como ese de cuya falta me acusais. Ahora os interrogo a mi vez: ¿cómo supisteis que yo me hallaba enfermo?

—Por un criado del señor Carvalho que se lo dijo ayer a otro de casa en el mercado.

—Yo había encargado el mayor silencio respecto al estado de mi salud y extrañaba que el prometido de Laura hubiese sido infiel a su palabra.

Mi prima sonrió con tristeza y dijo toda balbuceante.

—¿No pudieras haber encontrado otro epíteto más propio para referirte al señor Carvalho?

—¿Cuál otro, Laura, cuando en efecto debe ser tu esposo?

—Es verdad... Así se ha convenido... pero como de aquí a entonces puede quizás surgir algún trastorno, y como los propósitos más naturales en este caso caen en el dominio del ridículo;

estimo inconveniente esa seguridad con que se acostumbra revestir las más simples apariencias.

—Laura ha tenido conmigo una larga explicación —repuso con solemnidad mi tía— y de ella nace la repugnancia con que te ha oído enunciar la idea de su ajustado matrimonio.

—Repugnancia no —observó Laura con viveza— sentimiento.

—De cualquier modo —contesté a una y otra— ruego se me admitan mis excusas por el carácter de verdad con que escuché vuestras referencias en la quinta.

El señor Carvalho se presentó otra vez, diciendo con familiaridad.

—Y bien, ¿qué pensais del señor Paulino?

—¡Pues no parecía resuelto a colocar entre él y nosotros un abismo!

—Caballero —contestó Laura acentuando las palabras— creo que mi primo no ha pensado en ello como decís, y por lo tanto no debemos acusarle.

—Yo le amo por haberme ocultado cuando vino de la quinta que traía el germen de una fiebre peligrosa.

—Permitidme, caballero, que me reserve para más tarde la justificación de su silencio y dignaos tomar asiento entre nosotros; pues vamos a tratar de un asunto sumamente grave en que os toca un papel muy principal.

Al oír las últimas palabras de Laura, palabras dichas con una resolución ajena de su edad y de su sexo, mi frente se cubrió de un sudor copioso y frío, no pareciendo sino que la mano de la muerte había tocado en ella.

Mi tía me miró a hurtadillas, quiso decirme en voz baja alguna cosa, y solo salió de sus labios un trémulo silbido que multiplicó mi confusión.

Por su parte el señor Carvalho tomó asiento a la derecha de Laura, mientras ésta, que se había levantado, paraba el picaporte a la puerta de la alcoba.

Vuelta a su asiento sacó de un lindo bolsillo de moaré dos objetos envueltos en igual número de pañuelos, y sonrió mirando a su madre con una tristeza indefinible. Carvalho volvió sus ojos a esta última con curiosidad como quien pretende sorprender en ella los designios de la hija, y mi tía me miraba a mí con la expresión de una conformidad evangélica y al mismo tiempo

de inquietud. Cada uno pues, a cual más misterioso y reservado, aguardaba a que el menos tímido rompiera el silencio que les dominaba.

Laura fue la más briosa, aunque también parecía ser la más impresionada.

—Permitidme, caballero —dijo al señor Carvalho— que dé principio por Paulino en nuestras recíprocas explicaciones. Es un derecho que le da la sangre.

—Acepto, señorita —respondió con galantería mi huésped— tanto por el derecho que acabáis de invocar cuanto por los que tiene adquiridos personalmente para conmigo. En cuanto a vos, sabéis que desde que tengo la fortuna de trataros vuestra voluntad es para mí una ley. Podéis comenzar vuestras explicaciones cuando gustéis.

Laura se volvió a mí, encendida como la flor del granado y me dijo:

—¡Paulino! La precipitación con que salistes de la quinta hizo que dejara sobre la mesa del aposento que ocupabas el retrato de tu esposa. Helo aquí. Si hubiera sido el tuyo a fe que no te lo entregara; pero siendo el de Pamela, lejos de interesarme me hace mucho mal con su hermosura. ¡Ah! Nuestro encuentro en el bosque de naranjo fijó para siempre los destinos de todos cuantos aquí nos encontramos. Yo debo por mi parte combatir para dominar el mío, aunque la más desventurada y la más débil: debo esforzarme por alejar de mi memoria tu recuerdo, de mi alma la profunda traza que has grabado en ella, y del sendero de mi vida tu adorable sombra... Sin embargo no soy capaz de hacerte responsable de los efectos de esa lucha, que presiento ha de ser fatal para mis días. Nada hicisteis de que pueda yo formularte un cargo, porque ni una sola frase de consuelo salió de tus labios en aquel solemne instante en que frenética, olvidada de mí misma, tuve el arrojo de hablarte de mi amor. Por el contrario: tu tibieza superior a todo cálculo, así en la quinta como en el bosque, como hasta en la aparición de aquel hombre horrible que estaba oculto entre sus sombras, no solo te defiende de toda participación en mi infortunio, sino que es actualmente mi mayor remordimiento. ¡Sí, Paulino! Aunque humillada desde entonces ya puedes decir que mi razón ha recuperado su primitiva autoridad; y si alguna vez mis ojos se pueblan de lá-

grimas, si en el fondo de mi corazón siento de improviso algo que la atormenta, ese lloro no es otra cosa que el fruto de la vergüenza: ¡esa agitación secreta, una referencia acusadora! De otra manera no hubiera podido vivir ni menos sido capaz de hacer frente a esta entrevista. Ahora... una súplica para concluir la parte que te corresponde en mis dolorosas explicaciones... ¡Paulino....! ¡Olvídame si puedes...!

Diciendo así reclinó la frente en el hombro de su madre y ambas lloraron en silencio. Luego secó sus ojos con el pañuelo que cubría el retrato de mi esposa y me lo entregó.

Pálido y absorto el señor Carvalho, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, parecía como abismado en los más tristes pensamientos. De vez en cuando y durante el discurso de Laura había fijado sus ojos en los míos con una mezcla indefinible de asombro, de generosidad y de ternura; pero al oír la súplica de aquella mujer que le estaba prometida, súplica que entrañaba un amor invencible hacia otro hombre y que por lo mismo le arrebataba inhumanamente las mejores esperanzas, cambió en abatimiento y amargura la expresión de sus miradas, que entonces repartía entre Laura y yo con la presteza del relámpago.

Pasados algunos instantes, para mí de confusión y que hubiera querido ahorrarme y ahorrar a todos aun con sacrificio de mi vida, levantó Laura su cabeza hermosa como la cabeza de Fornarina, respiró fuertemente, y encarándose al señor Carvalho.

—Carvalho —dijo iluminada por el entusiasmo— si es verdad que el sentimiento de la gratitud no se ha perdido en el corazón humano, sino que por el contrario continúa dirigiendo sus impulsos; y si es verdad que el cariño puede ocupar en el puesto que jamás pudo un amor sin espontaneidad, implantado superficialmente y enfermizo; yo os juro en el nombre de la Virgen que sé apreciar vuestros generosos desveles por nosotras, si es posible es hasta la deificación; porque me complazco en declararlo, para nosotras habéis sido una segunda Providencia...! Os juro también que acostumbrada a veros como padre por efecto de esos desvelos mismos os consagré desde un principio el cariño suave, solícito y eterno que la naturaleza coloca entre los que reconocen aquel vínculo; os juro en fin, que mis afectos hacia vos en nada se diferencian de los que consagro a mi ma-

dre. ¡Pero, señor...! ¡Mi alma no estaba preparada para el sacrificio que se creyó fácil de consumar en aras de la gratitud...! Hubiérase comenzado por donde se ha querido terminar, hubiérase probado a sembrar el amor en mi corazón sin otro agente que el amor mismo, y ¡quién sabe si a pesar de vuestros años hubieran trabajado la soledad en que vivo, y la filosofía y la razón a punto de resignaros la victoria! Hubo, pues, error en el programa de nuestros destinos, error grave cuyas terribles consecuencias soportamos vos y yo principalmente, aunque no debiera ser así puesto que vos solo teneis la culpa de ellas.

—Señorita —balbuceó el anonadado comerciante— ¡no es necesario que recarguéis de tintes vuestro cuadro para hacer más agudo mi dolor...!

—Yo siento en el alma tener que desangrar vuestras heridas cuando toco a las mías, pero la verdad, caballero, debe resplandecer aun a despecho de las distinciones y el respeto. He dicho que deberíais ser el responsable único de lo que nos está aconteciendo y voy a demostrarlo.

—No —repuso Carvalho— no os tomeis ese trabajo. Sí que he sido un imprudente y esto me hace digno de todas vuestras acusaciones.

—A lo menos me permitiréis que os recuerde vuestra verdadera falta.

—Vais a referiros a...

—Escuchad. El hombre que a vuestra edad consigue enamorarse no debe jámas abrir a la juventud las puertas del edificio en que se recatan sus amores, sobre todo si éstos no han pisado otro escenario desde su cuna que el enojoso y estimulante del silencio. Vos enviasteis a Paulino cerca de nosotras obedeciendo a un santo impulso. Eso tenía algo de grandioso; pero al enviarlo no pensásteis en que era joven como yo, de mi linaje mismo, simpático e instruido: eso tuvo mucho de... extravagante. La consecuencia era forzosa, desprendiéndose necesariamente de ella los sufrimientos para nosotros dos, ¡la muerte para vuestras ilusiones!

—¡Señorita! —exclamó conmovido el señor Carvalho— esa situación penosa a que mi insensatez os ha conducido a vos y a vuestro primo, tiene todavía su remedio; y me complazco en ser yo quien lo proponga.

—Sin aprobar que os califiquéis de insensato cuando solo habéis incurrido en una funesta ligereza, deseo ardientemente que me digáis cuál es ese remedio.

—Ya no es posible que yo sea vuestro esposo...

—¡Jamás...! Os devuelvo vuestro retrato y con él vuestra palabra.

Y le entregó el otro bulto que conservaba entre sus manos.

—Bien —continuó Carvalho— ¡casaos con el señor Paulino...!

—¡Ah señor! —exclamó mi prima con prófundísima amargura— ¡lo que proponéis es imposible...!

—Imposible, caballero —exclamé yo bajando mis ojos hasta el suelo...— ¿Habéis olvidado que Laura me hablaba no hace mucho de mi esposa, y que éste es su retrato?

—Es verdad —murmuró derrotado— tomad pues, señorita, el partido que gustéis segura de que sea cual fuera os prometo respetarlo.

—Paulino parte dentro de algunos días al seno de su familia con el dolor nada más de haber sido causa involuntaria de nuestro rompimiento; porque debéis creerme, ni una palabra de amor para mí se ha escapado de sus labios. ¡Ah! Mis vírgenes arrebatos, mis ardientes ruegos, mi criminal extravío... todo se estrelló miserablemente contra el escudo de su virtud. De otro modo mi desgracia fuera hoy mucho mayor... ¡Sí! Paulino lo que hizo fue huirme enmudecido... ¡de ahí el germen de la fiebre por cuya ocultación ha poco le acusabais...!

Carvalho me miró entonces con la satisfacción reconcentrada que en semejante caso hubiera visto un padre a su hijo. En cuanto a mí confieso que la tranquilidad hasta entonces descarriada de mi conciencia volvió a ejercer su poderío: la sonrisa animó todo mi semblante; el espíritu, pues, reanimaba de nuevo el vacío de la forma.

—Mi primo —continuó Laura— nos abandona dentro de cortos días...

—¡Mañana mismo! —exclamé con resolución.

—De modo, caballero, que quedamos aquí los más sacudidos por el huracán del infortunio... Justo es que nos agrupemos unos a otros para procurarnos un alivio.

—Sin duda —balbuceó el señor Carvalho.

—Ya que no os puedo dar el título de esposo, permitidme que me exceda en los medios de compensación, si es que puede haberla para aquella pérdida. Yo seré vuestra amiga... ¡Oh! La amistad tiene sus licencias, y no os dejaría bastante impotente para pensar aunque de una manera vaga en vuestro amor... Os propongo, pues, fiel al cariño de que hice mérito al principio, que en lo sucesivo seais mi padre. Daros este dulce nombre que dejé de articular desde la infancia, será para mí el mejor de los consuelos.

—¡Oh Laura! —dijo con ternura el aturdido anciano— solo una generosidad sublime y un talento nada común tienen el derecho de arribar al heroísmo. Sin los rudos combates que han agitado vuestra alma hubierais sido mi esposa; pero yo no os conociera más que a medias, yo sólo vería en vos a la mujer y solo me prometiera una vida de zozobras con el fantasma de las fragilidades paseándose en el horizonte, con la desconfianza de mis merecimientos mordiéndome el corazón de noche y día, con el espanto de una deshonra casi infalible siempre en presencia de mis cansados ojos. Perdonad... yo no deliro: hablo recordando lo que con tanto acierto dijisteis al establecer las divergencias que limitan entre Paulino y yo... Sed, pues, la hija de mi alma, y... creedme, os querré con la templanza conveniente, con la solicitud respetuosa y la perseverancia infatigable que merece una joven como vos, capaz de los más grandiosos sacrificios.

—Gracias, señor —contestó Laura mientras surcaban sus mejillas dos transparentes lágrimas— yo espero que nos felicitaremos un día de esta necesaria transición.

Luego volviéndose a doña Leonor continuó:

—Ya veis, madre mía, que si no soy enteramente feliz, mucho tengo que agradecerle a la sinceridad con que he procedido y de la que os prometíais mayores amarguras. Vos me habéis dicho siempre que la voz de la conciencia vibra más sonora en el corazón que el estridente grito de las pasiones. Mi conciencia habló y he vencido.

Dicho esto se levantó con majestad y abriendo los brazos.

—¡Padre mío! —dijo al señor Carvalho— abrazad a vuestra hija Laura que os tiende los suyos con toda la efusión del verdadero amor filial.

Su madre me abrazaba al mismo tiempo.

—¡Oh valerosa joven! —contestó el anciano recibiéndola con júbilo— tu abnegación será premiada...

Laura retiró los brazos suavemente del seno del anciano, en donde había entrado tranquila, hermosa y risueña como Cimodocea entró en la hoguera. Nadie hubiese sido capaz de decir que sufría: sus ojos estaban resplandecientes y serenos, sus labios rojos. Pero en el fondo, o mejor, a través de la apariencia se adivinaba que los más agudos dolores se encrespaban en torno de su alma, rugían y se desplomaban simultáneamente vencidos por un esfuerzo semi-atlético...

Sin embargo; cuando volvió la espalda y dando un paso hacia mí me presentó su mano, semejante en lo breve a la de un niño, habíase operado una reacción completa en todo su ser. La mirada era dolorosa: una palidez mate velaba sus mejillas; sus labios estaban descoloridos, y una convulsión febril los hacía saltar ligeramente. La enamorada Laura había, pues, perdido en un instante su energía: no era ya la indomable amazona que estaba enseñoreándose de la alcoba del señor Carvalho, sino la virgen conmovida que suplicaba en el bosquecillo de naranjos...! No era el ángel de paz calmando las tempestades en que él mismo se mecía y haciendo esfuerzos porque fructificasen las semillas del consuelo... era, sí, la mujer restituida a su flaqueza ingente llorando en el fondo del alma una felicidad que se evaporaba, un amor de que había de despedirse para siempre.

—¡Adiós, Paulino! —dijo ya enlazadas nuestras manos— ¡Adiós...!

—¡Laura! —le contesté trabajosamente— no permitas que te abandone el valor.

—¡Ah! ¡Yo sé sufrir...!

—¡Adiós, pues!

—¿Me olvidarás?

—Espero pensar en tí hasta en el fondo del sepulcro.

Cruzamos estas palabras con tanta rapidez y precaución que nadie sino nosotros pudiera haberse dado cuenta aun de sus sonidos. ¡Eran las últimas que nos dirigíamos! Entre ellas y nosotros dos iba a levantarse la eternidad de la vida, la separación; y al pronunciarlas esperando por momentos dejar de contemplarnos había en nosotros temor y deseo, inquietud y calma, conformidad y dolor... ¡había todo menos esperanza...!

Mi tía, que presenció toda aquella escena con una fortaleza muy ajena de su edad y su ternura, me miró, llorando abundantemente: luego tomó de la mano a Laura y ambas se alejaron con el recogimiento que se acostumbra a salir de las bóvedas de un templo.

VI

Después que bajaron Laura y su madre y que comenzaron a restallar las ruedas de su carruaje resbalando sobre los adoquines de la calle, el señor Carvalho se acercó a la mesa, escribió algo sobre un papel y agitó la campanilla.

Un criado se presentó a la puerta.

—Lleva volando esta carta a quien indica el sobre. Aquel obedeció.

—Y bien, Paulino —me dijo ocupando de nuevo su antiguo asiento— ¿cómo os halláis? porque lo que acaba de pasar en este sitio debe inevitablemente haber influido mucho en vuestro espíritu. Respondedme, amigo mío: ¿seguís bien?

—Cuanto cabe, caballero, después de haber sentido en secreto vuestros disgustos como los míos mismos...

—¡Mis disgustos!

—¡Habéis perdido por mi causa el amor de Laura!

—No: he perdido su mano.

—Corriente.

—Pero he ganado su corazón. ¿No lo comprendéis así?

—A la verdad, lo que comprendo es que vuestra delicadeza solo es comparable a la suya.

—Gracias. Pero estad seguro de que he ganado su corazón y con menos riesgo que si hubiera adquirido mis derechos a él en el altar. Laura, Paulino, os ama con delirio: aquí se ha referido a momentos de un amor supremo ora cumplidos a la quinta, ora en el bosque. Yo adiviné desde un principio y ella lo confirmó después, que en esos momentos habéis procedido con la lealtad conveniente al lustre de vuestros honrados mayores, a vuestra

condición de esposo, y cuando menos a los respetos que debo haberos inspirado.

—Carvalho, lo habéis dicho: ella hizo justicia a mi conducta.

—Eso es cabalmente lo que me da título bastante a continuar dedicándoos mi más completa estimación y a no rectificar el favorable juicio que formé de vos desde un principio. Pero no lo dudéis: mis impresiones y mi alarma subsisten a pesar de todo eso. Laura os adora salvando la barrera que vuestro estado levanta entre los dos. Como esa adoración es verdadera, nada bastará a destruirla: como carece de esperanzas, todo contribuirá a fortalecerla. Sabéis que en vida moral como en la vida orgánica los obstáculos se convierten en estímulos. Deducid, pues, ¡cuál fuera la mía, casándome con una joven que me regateara sus caricias para tributarlas al asiento que ocupabais en la mesa, a la almohada de que os servíais; para visitar el bosque, y evocaros, y dirigiros la palabra como si estuvieseis de presente...! En fin, para oírla nombraros a todas horas, y para devorar en silencio los desaires con que hubiera de responder a mis favores. ¡Oh! ¡Esto sería desesperante, insoportable! Por fortuna Laura se ha confesado a tiempo incapaz de reducirme a semejantes agonías, y yo he abarcado también a tiempo el porvenir sombrío que amenazaba mi tranquilo celibato. Ella me ha retirado su mano; pero como lo visteis, me tendió sus brazos. La que debía ser mi esposa nada más que a los ojos de la sociedad, se ha convertido mi hija a los de Dios. Laura no me puede amar, pero me sabrá querer. Yo digo como aquel célebre guerrero que al retirarse derrotado recogió del campo de batalla una bandera: *¡no todo se ha perdido!* Ya veis, Paulino amigo, si os engañáis suponiendo que he sufrido *disgustos*, y si hacéis mal en preocuparnos por ello. Hubo, es cierto, un desengaño triste y penosísimo al principio; pero el desenlace del drama es una victoria completa para mi sorprendido corazón. Ahora hablemos de vos. Sabéis que desde hace media hora habéis comenzado a ser mi sobrino...

—Señor, lo sé; y ese vínculo, aunque aparente, me inspira de nuevo hacia vos la más elevada distinción.

El criado volvió a presentarse con un pliego cerrado en la mano.

—Señor —dijo— esta es la respuesta: dentro de un momento llegará.

Carvalho abrió el pliego, lo leyó, y haciendo una seña al criado para que se retirara, prosiguió de esta manera.

—Bien: ¿qué os hace falta? Sois joven rodeado de obligaciones imponentes: ¿tenéis medios bastantes para responder con dignidad a ella?

—Aunque las obligaciones a que os habéis contraído no pesan todavía sobre mí, porque están a cargo de mi suegro, acumulo mis honorarios desde ahora para soportarlas cuando las herede. Pero ¿qué os habéis propuesto al dirigirme esa pregunta?

—Poca cosa, en verdad. El pliego que veis entre mis manos es un testamento por el cual hago a Laura mi heredera universal. Como sois mi sobrino, quería dejaros también un legado y a ese efecto me he permitido interrogaros.

—¡Un testamento en favor de Laura!

—Es mi hija, señor Paulino.

—¡Oh! ¡Bien merecíais llamarla de otra suerte!

—El destino es más poderoso que la voluntad del hombre: debemos respetarlo. Pero... en cuanto a vos...

—Os agradezco, pero no admito vuestras generosas disposiciones.

—Quiero entonces preguntaros otra cosa.

—Hablad.

—Si la fatalidad hiciere que os aflija algún apremio, alguna desventura... si andando el tiempo y a despecho de las más ajustadas previsiones os veis arruinado o perseguido... ¿acudiréis a vuestro tío para que os repare en vuestro crédito, o en último extremo os defienda contra la injusticia? Ya veis que busco el modo de comprobaros mi estimación, sin ofender vuestra delicadeza. ¿Qué me respondéis?

—Acepto, caballero, si me permitís abrazaros.

—¡Oh, sí! ¡Abracémonos! ¡Tenemos razón en procurarnos este dulce desahogo...!

Al dirigirme a él estallaron bajo mi pie las partículas del cristal de mi cronómetro. El señor Carvalho me abrazó fuertemente, tanto como yo le abrazaba en los transportes de mi reconocimiento. Luego nos separamos para sentarnos de nuevo.

—Vuestro corazón es muy leal, querido sobrino. Recuerdo que al tiempo de entrar en esta alcoba doña Leonor y Laura

rodó de vuestra manos el cronómetro como rodaron poco después las ilusiones de mi alma. Sin duda presentíais el borrascoso móvil de la visita.

—Es cierto, señor. Yo desconfiaba de la prudencia de Laura, cuya vista quería excusar a todo trance en bien de su sosiego. Por eso cuando me propusisteis que viniese a vuestra casa os recomendé que no dijeseis en la quinta què me hallaba enfermo.

—Y cumplí mi palabra de callar sobre este punto.

—Vuestra discreción no pudo impedir que un criado de la casa lo revelara a otro de mi tía.

—Os juro que no cometerá a mi lado su segunda ligereza. En cuanto a vuestra pérdida es necesario repararla: un marino sin cronómetro es como un águila sin cola lanzada en los espacios.

Y tirando del cajón de su elegante escribanía extrajo de su fondo un cronómetro de oro todo guarnecido de esmeraldas.

—Tomad —me dijo— ya teneis una memoria mía. Ahora dadme otra en cambio si gustáis.

—¿Cuál, caballero?

—A falta del vuestro ese retrato que tenéis entre las manos, y que bien puede reposar en mi poder sin inquietaros.

—Helo aquí —le respondí entregándoselo y sepultando el pañuelo en mi bolsillo.

A este tiempo entró un hombre que por sus palabras conocí era el Notario. Entonces el señor Carvalho estrechó mi mano y desapareció siguiendo aquel sus huellas.

Esa misma noche me trasladé al *Soberbio*.

A las seis de la mañana del siguiente día nos hicimos a la vela en rumbo de Amsterdam bajo un cielo limpio y al suave empuje del terral. La mar, serena como un lago, resplandecía a la parte de popa en la que el sol derramaba su luz inagotable trazando una faja anchurosísima que remataba en la estela.

Yo me hallaba sentado en un banquillo de tijera, con una mesita por delante, en la que me había puesto galletas, queso, una gran taza de china, un perol mediado de legítimo té, un frasco de la mejor ginebra que produce Holanda y un paquete de cigarros. Pero a nada había puesto la mano en más de un cuarto de hora que transcurrió desde que ocupé el asiento. Tras una noche poblada de visiones en los cortos momentos que el sueño me vencía, y de recuerdos dolorosos durante el resto de

ella, me había levantado displicente y melancólico como el primer día que abandoné la cama en que estuve a punto de morir.

Cuando las velas llenaron Máximo dio a un marinero la caña del timón y arrastrando otro banquillo vino a sentarse frente a mí.

—Vamos, capitán —me dijo con cariñoso interés— ya estáis de nuevo en vuestro elemento y es necesario aceptar lo que él ofrece.

—Es verdad —le respondí distraído.

Máximo tomó otra taza del aparador y sirvió té para él y para mí. El barco doblaba la punta barlovento de la bahía arrollando las olas como una serpiente que cambia de dirección en medio al bosque, y se lleva de encuentro las hojas desprendidas de los árboles.

—¡Ah! —suspiró el piloto, ya al tocar la taza con sus labios— ¡he ahí el fatal islote!

Volví la vista y completé con profundísima tristeza primero el sepulcro solitario de Alberto, luego en medio de la ciudad el plateado mirador del señor Carvalho a quien no di mi adiós postrero; y por último, la funesta quinta cuya casa asombraba por entre la corona de los montes como una blanquísima fantasma. Luego miré a Máximo diciendo:

—Y bien, ¿qué tal se porta el sustituto del infeliz Alberto?

—Así, así. Lo que me parece es algo curioso. Apenas nos reunimos dos en popa cuando ya lo tenemos tumbado la oreja a nuestro lado. Anoche le eché por eso una peluca.

—Hiciste bien.

—Y parece que os conoce.

—¿A mí?

—A vos, porque ayer por la tarde pronunció aquí vuestro nombre.

—Lo oiría antes a otro de abordo.

—Es imposible porque todos os decimos *el capitán.*

—Hacedlo venir.

—¡Laureano! —gritó Máximo con autoridad.

Un joven como hasta de veinte y dos años saltó de la parte de proa donde estaba con los otros tripulantes tomando café, y con la gorra en la mano vino a situarse de pie próximo a la mesa.

—¡Nuestro amo! —dijo al piloto con aire de timidez.

—Nada: es que el capitán quiere conocerte.

—Sí —repuse afectando indiferencia— ha llegado a mi noticia que sabes cómo me llamo y esto ha picado mi curiosidad respecto a tu persona. ¿De dónde sabes mi nombre?

—Mi capitán —contestó turbado— un hombre se lo dijo en tierra a otro y yo lo oí.

—¿Qué hombre?

—Un marinero.

—¿Como se llama?

—Jeppo.

Al sonido de este nombre me estremecí.

—¿Jeppo? —repitió Máximo— ¿y quién era el otro?

—Según pienso, el que ocupaba antes mi plaza.

—Y... ¿qué decía Jeppo? —le pregunté siempre disimulado mi interés.

—Parece, capitán, que no os quiere muy bien; porque aconsejaba al otro que saliera del barco. "Acuérdate —le decía— acuérdate cómo vino a mandarnos, vestido de filástica, y cómo se estrenó haciendo que me despidieran. Esos golpes te los dio el piloto por orden suya: tal vez porque no acudiste pronto a su llamado. ¡Oh! Paulino es muy cruel con el marinero. Yo siendo tú ya hubiera salido del *Soberbio*. Si quieres te consigo una colocación mejor de hoy a mañana".

Entonces reparó que yo estaba a cuatro pasos de ellos y echando al otro un brazo por el pescuezo se fueron a lo largo del muelle.

—Es decir —continuó el piloto— que tú no has hablado con él.

—¿Yo? No señor.

—Pero he observado en ti cierta curiosidad por saber lo que hablamos, que francamente no me va gustando.

—Yo os diré, nuestro amo. Como oí lo que decía Jeppo del capitán, y lo que le contaba el otro del mal trato que le daban en el buque, sobre todo de unos chicotazos que le aflojásteis por las posaderas; no hay duda que al principio anduve medio bronco y que atizbaba cuanto aquí se hacía. Pero después que os vi contento de mi servicio, perdí el temor con que entré en el buque y se acabó el afán de averiguar qué era lo que hablábais.

—Y ¿cómo conocisteis a Jeppo?

—Comiendo yo ahora días en un mesón, él comía también con otro en la mesa inmediata y le decía: "¡No volveré a mi pa-

tria sin lavar antes la última mancha de mi honra! ¡Ah! Lo juro a fe de Jeppo."

—Está bien. Capitán, ¿habéis terminado el desayuno?

—Sí, Maximo —le respondí.

—Pues mira, Laureano: llévate todo esto.

Máximo volvió al timón y yo bajé a mi camarote aturdido con las revelaciones de Laureano. Para distraerme abrí una preciosa caja de sándalo con broches de oro larga como de una vara, que el día anterior mandó el señor Carvalho a bordo momentos antes de embarcarme. Contenía primero un marco de la misma madera con su cristal, y detrás de este el dibujo exacto de *El Soberbio* a todo trapo. Sonreí con regocijo al contemplar este oportunísimo regalo, y llamando al mozo de cámara hice que lo colgara en el salón donde acostumbrábamos a comer. Luego volví a mi escrutinio: saqué una caja de cartón en que reposaban doce camisas de finísimo olan Cambrai, viéndose colocados en el dobladillo de la primera dos botones de brillantes; más abajo una faja conteniendo cien onzas de oro y un papel en que se leía: "para vuestro primer hijo", por último, una cajita de nácar con grampas de oro se presentó a mi vista revestida de ese misterio indefinible que hace a veces que lo más trivial adquiera un carácter religioso. Trémulo como un azogado y después de cerrar la puerta de mi camarote, hice saltar la tapa... un papel doblado fue lo primero que descubrí... luego... ¡el retrato de Laura!, ¡sin duda mandado a sacar por Carvalho cuando se prometía ser su esposo! ¡El retrato de la mujer fascinadora no menos que por su beldad por su talento, de la que me amaba con frenesí, de la que me alejaba con desesperación! ¡Ella! —murmuré con melancolía, y un beso de fuego estalló entre mis labios el cristal que defendía la miniatura—. ¡Laura, adorable prima mía! Pues que el destino ordena que vivamos siquiera unidos de esta suerte, ¡oh! ¡no te separarás nunca de mi seno, en donde te esconderé como esconde el romero la reliquia que recogió en Jerusalen! ¡Laura, Laura! ¡Cuán hermosa eres! ¡Cuánto te amo...!

Diciendo así tomé el papel que acompañaba el retrato de mi amada y leí:

"Los que viajan y los que viven a grandes distancias son los que más necesitan tener consigo la copia de los seres que les

son queridos. ¡Amáis a Laura! El honor os manda renunciar a ella, el deber, que huyáis para siempre de su lado. Pero os ha dicho hace poco en mi presencia: *¡no me olvides!* y quiero ayudaros de una manera eficaz a la consagración de ese precepto. Seguro de que partís mañana tengo el gusto de regalaros su retrato. Vuestro cariñoso tío, *Carvalho.*"

Los sollozos me sofocaban cuando concluía de leer esos renglones; y recogiéndolo todo y arrojándolo en la caja de sándalo que cerré cuidadosamente, me hundí en mi litera, donde lloré casi desesperado.

El sueño cerró por fin mis párpados.

A las cuatro de la tarde, Máximo llamó a la puerta del camarote sorprendido de mi largo encierro. Abrila, pues, y entró diciendo:

—Capitán, ¿cuándo tenéis piedad de nuestros estómagos? ¡Capitán! ¡Eso se llama dormir!

—Podéis comer, Máximo —le respondí retorciéndome en la litera— hoy no os acompaño.

—¿Sentís acaso alguna novedad?

—No precisamente; pero tengo el cuerpo indispuesto.

—Pues si algo serio os ocurriere, avisad.

Dicho esto salió.

Más tranquilo que antes de abandonarme al sueño reparé uno por uno en mi memoria los acontecimientos cumplidos desde que entré la vez primera en *El Soberbio*; tarea que si bien no postró mi ánimo, por haberlo preparado a resistir con fortaleza, a lo menos le envolvió en el manto de la más atroz melancolía. Ese retrato —pensaba— será a los ojos de Pamela el de la hija de Carvalho, que me lo ha confiado para que lo envíe desde Amsterdam a una hermana suya residente en Curaçao. Así podré inspirarla tal confianza que me sea fácil conservar a su lado ese tesoro de que no me apartaré jamás, porque jamás habrá ocasión segura para remitirlo. ¡Pobres esposas! ¡Como os hacemos patronas de los mismos extravíos con que osamos ofenderos, y que os causaría quizás la muerte si pudierais sorprenderlos!... Jeppo... No cabe duda... Jeppo queda en Janeiro acariciando su venganza... ¡Qué hombre, Dios mío! ¿Volveré a encontrarme con él, en el camino de la vida...? ¿Pero cuál será esa venganza después de no haberme asesinado en el bosque, como pudo? Verdad que es noble: yo estaba desarmado, y en él hubiera sido villanía el herirme de esa suerte.

¡Ah! ¡qué diferencia la que media entre ese ogro y el señor Carvalho! ¡El primero, a quien nada he hecho, me persigue y amenaza con una persistencia sofocante; el segundo, que ha perdido la felicidad por mí, que debiera abominarme y repelerme como a un ser que arrastra en pos de sí los infortunios, me consuela en mis remordimientos, me regala, y lleva su generosidad hasta admitirme como de su propia estirpe...!

Dicho esto sin quererme engolfar en las ideas que ya asomaba el cuadro de mi familia, es decir Jenaro enfermo y Pamela desolada, volví a recostarme resuelto a no salir de la litera sino al fulgor de la vecima aurora.

VII

Al cabo de una navegación tardía pero felicísima por no haber tenido que deplorar en ella contratiempo alguno, y a la hora ya que el sol apaga en el horizonte el último de sus rayos, entramos en el *Zuidercée*, cuyas aguas parecieron reconocer el buque según la mansedumbre con que le recibieron. El muelle estaba poblado de curiosos, como sucede siempre en ese caso, y de mercaderes que, o se prometían la consignación de alguna pacotilla, o nuevas del buque en que hubieran de recibirla. Las anclas, por fin, rodaron de la cubierta hasta las aguas. *El Soberbio* quedó encalmado. Entonces la tripulación no pensó en otra cosa que en acicalarse, Máximo en tener a manos los papeles, y yo en guardar en mi faltriquera el retrato y el pañuelo de Laura lo mismo que el famoso cronómetro que me regalara el señor Carvalho. Hecho esto, me senté en la cubierta y contemplé con tristeza la ciudad. ¡Oh Pamela! —pensaba interiormente— ¡con cuánta impaciencia aguardarás estrecharme entre tus brazos! ¡Qué frescura he de encontrar en tus caricias! Vos, noble Jenaro, ¡cómo desearéis saber de qué manera se ha conducido en su ensayo vuestro discípulo! ¡Cuántas emociones para vuestro corazón al imponeros de los peligros que he corrido, del naufragio del marinero, del desmantelamiento del *Soberbio*, de su salvación, de su regreso...! ¡Oh tú, divina Laura! Qué cúmulo de

sufrimientos no devorarás ahora en aquellas soledades de la quinta! ¡Qué lucha tan horrible la que se habrá trabado en tu alma por los atletas del amor y el desencanto! ¡Qué fatiga la de tus días, qué angustia la de tus noches, siempre condenada a recordarme, como una expiación impuesta a las manifestaciones sublimes de tu amor...! Y vos incomparable mártir de ese amor mismo, vos magnánimo Carvalho... ¡ah! ¡Qué haréis ahora, desvanecidos vuestros sueños, comprometidos por vos mismo a sustituir los cálculos lisonjeros del amante con los desvelos fríos del padre adoptivo y con las responsabilidades imponentes que surgen de este carácter espinoso! ¡Qué porvenir habréis sorprendido en el horizonte de vuestros contados años! ¡Con cuán acerbas lágrimas no lloraréis mi arribo a Janeiro! ¡Dios mío! ¿No bastaba que yo fuese desdichado sino que también habían de serlo todos aquellos que girasen en mi redor...?

Abandonado a estas consideraciones dolorosas que se debatían con desorden en mi mente, no advertí en una falúa que a impulso de ocho vigorosos remos había atracado el casco del *Soberbio*. Máximo me lo advirtió en voz baja con alarmante rapidez, y fue a colocarse cerca de la escalerilla. Entonces noté que las gentes de la ciudad afluían al muelle en un voraginoso movimiento, y que sus miradas todas se fijaban en el buque. Me levanté con mal humor y fui a situarme junto al piloto, cuando de súbito aparecen en cubierta hasta doce gendarmes regidos por un oficial, y todos por el field-corregidor.

Este último tomó palabra y después de saludarnos cortésmente.

—Señores —dijo con incertidumbre— deseo saber cuál de vosotros se llama aquí Paulino Jirón.

—Un servidor vuestro, caballero.

—Y... ¿Máximo... Dorval?

—Ese soy yo.

—Muy bien: pues en nombre de la Ley rendíos presos, capitán y piloto de *El Soberbio*.

Máximo y yo nos miramos estupefactos, sin articular una palabra, sin hacer un solo movimiento.

El field-corregidor continuo:

—¿Los papeles del buque?

—Hélos aquí —contestó molesto el piloto.

—Réstame registrarlo; a cuyo efecto, señor Oficial, me daréis cuatro hombres.

Hízolo así aquel bajando todos cinco por la escalerilla de la cámara.

Los marineros se agruparon cerca de nosotros, aterrados por lo que acababan de oír. En cuanto a Máximo y yo, ni durante la tempestad marítima nos habíamos manifestado más serenos. La hora de las aclaraciones tenía necesariamente que sonar y no muy tarde: cualquier pregunta en aquel trance común a todos los hombres, se hubiera llamado cobardía.

El field-corregidor volvió a la cubierta con un saco de harina vacío, y en cuyo fondo se adivinaba algo que semejaba a bultos y papeles.

—Tomad —dijo al que parecía el sargento del piquete— ese bulto es de vuestra responsabilidad mientras yo cumplo otros deberes. Ahora, señores Jirón y Dorval: la orden que traigo es la de conduciros a todos; pero no la cumpliré siempre que me prometáis renunciar a todo intento de coacción.

—Os empeñamos nuestra palabra de honor.

—Pues marchemos.

Descendimos Máximo y yo a la fálua con el field-corregidor y seis soldados: los demás y el oficial venían a retaguardia.

Veinte remadas fueron suficientes para que arribáramos al muelle, donde bajo el mismo orden seguimos por la calle principal con un acompañamiento numerosísimo y ávido de acercarse hasta nosotros. No faltó quien pronunciara nuestros nombres con visibles muestras de pena o de rencor. Sin embargo: dominados por la vergüenza caminábamos de prisa sin levantar los ojos de la tierra.

Por fin llegamos ya de noche a donde habréis previsto, caballero... llegamos a las puertas de la cárcel, en la que nos introdujeron y colocaron en separados calabozos; encerrándonos después bajo triple llave, como a bandidos hartos de ofender al mundo con sus crímenes.

En toda aquella noche, que puedo decir fue la más penosa y larga de mi vida, el sueño no hizo otra cosa que agitar sus alas en redor mío sin que los párpados lograran sentir su soporífero contacto. Una tarima de tablas heterogéneas en su espesor y propia para un niño en su largura; una ética esterilla de paja, toda demolida y minada por los chinches; una almohada de la

misma materia, endurecida por la incesante presión que estaba condenada a soportar, y cuya camisa pegajosa exhalaba la fetidez consiguiente a la mixtura de tantos humores diversos como había absorbido; no eran, a la verdad, premisas muy conformes con la lógica de la vida animal, y ya debéis suponer las consecuencias que de ellas habrían de derivarse. ¡La hiena herida por el cazador no se revuelca más en la ensangrentada grama, que lo que yo me revolcaba en aquel lecho de Procusto...!

Tendido en él y con los ojos abiertos esperaba la aparición del alba para reconocer mi calabozo y para verme libre de las ratas que a favor de las sombras correteaban por el piso husmeando algunos residuos; porque las ratas, señor, holgazanas por naturaleza, buscan la manera de vivir a expensas de los otros, aunque hayan de constituirse en un indefinido cautiverio. Desgraciadamente nada tenían que esperar de mí por el momento. Preso a las seis y media de la tarde y no habiendo cruzado una palabra con mis marineros, salí del buque sin otras prevenciones que el retrato, el pañuelo y el cronómetro; la faja con las cien onzas de oro que me había atado a la cintura; algunos cigarros; mi cartera y los avíos de hacer fuego.

Mi prisión, lo mismo que la de Máximo (pues el ruido de la llave al encerrarlo me hizo comprender que era la contigua,) estaba en una galería alta, sin otra ventilación que la de una estrecha claraboya abierta en la parte superior de la pared mirando a Oriente. Así, pues, los primeros tintes de la madrugada penetraron por aquella abertura acompañados de algunas ráfagas de aire bastante frío, y pude examinar despacio mi gratuito alojamiento. ¡Oh! ¡Qué apreciación tan suprema la de Beaumarchais! "La vida —dice— como ciertas comedias, no debía tener en su prólogo progreso y desenlace más que una decoración." Es verdad, señor: mi prólogo verdadero comienza desde que pisé la cubierta del *Soberbio*; mi progreso se manifestó en el Océano. ¡Yo no debía arribar a la catástrofe en un espacio de cuatro varas de largo y dos de ancho! La mar es mi decoración; y el destino, escenógrafo arbitrario en el teatro de la vida real, jamás debió cambiármela por un calabazo en Amsterdam, sino abrirme el sepulcro en sus entrañas!...

Al decir estas palabras una lágrima rodó por la mejilla de Paulino. Su dignidad no había podido hacerse superior a la

humillación que la hería, y tuvo necesidad de pedir al alma una gota de su misterioso elíxir para templar la agonía que la sofocaba.

Ya más recobrado continuó:

—Sin embargo: siempre encuentra el hombre algo en sus desgracias que si no consuela, a lo menos entretiene. Yo me levanté de la tarima desconcertado y abatido: aquella prisión era escándalo de mi conducta. Pero el primer golpe de vista despejó por un momento mis impresiones, y hasta llegué a figurarme que me hallaba visitando esas ruinas grandiosas en donde es uso grabar nombres, jeroglíficos, sentencias y figuras. Sí; porque las paredes no semejaban otra cosa. En la que se levantaba detrás de mi cabecera había trazado una mano docta, sin otro agente que el carbón, la imagen de Nuestra Señora de los Dolores y debajo estos versos:

¡Oh madre de Jesús! ¡Por tus dolores,
de mi infortunio templa los rigores!

A su derecha se veía un ataúd y dos hombres asechando a otro que de espaldas tenía la cabeza sepultada entre sus manos y a la izquierda una horca... En otra pared no había más que iniciales y rúbicas; en otra diversos pensamientos. En la última... en la que estaba al frente... ¡ah!... ¡Un solo nombre, caballero!... *¡Jeppo!* Al encontrarse mis ojos con los caracteres de ese nombre, caracteres gigantes pues que medía cada uno cerca de una vara, retrocedí espantado y me desplomé en la tarima exclamando: "¡Esto es mucho, Dios mío!" Creo que añadí algunas palabras más; pero no puedo recordarlas, porque con la última que os he dicho perdí el conocimiento.

Al cabo de un largo rato, recuperé mis facultades precisamente cuando de la parte afuera introducían la llave en la cerradura de mi prisión. Luego se abrió la puerta y entró el alcaide conduciéndome una bandeja. Serian entonces las siete de la mañana.

Era este hombre de pequeña estatura y bastante grueso, esto es, un hombre reforzado: su rostro estaba envuelto en una barba gris y pobladísima que le bajaba al pecho, y cruzado por una anchurosa cicatriz. Su traje se componía de una gorra de bayeta azul con cuarteles rojos, una camisa de cotonía, paltót y pan-

talón de paño verde, y botines de loneta. Un manojo de llaves ensartadas en una cadenita de cobre amarillo pendía de su cintura.

Ya en medio del calabozo puso la bandeja en el suelo, inclinó la cabeza como quien ensaya un saludo y luego me dijo:

—Señor Jirón, he aquí vuestro desayuno.

—Gracias. ¿Pero me diréis quién lo ha traído?

—Un chico que está ahí afuera, por cierto bien majadero. ¡Figuraos que pretendía entrar cuando tengo orden de no permitirlo ni a las moscas!

—¿Sabéis su nombre?

—No he tenido la curiosidad de preguntárselo.

—Hacedlo, si gustáis.

Se dirigió a la puerta, sacó un poco su cabeza y volvió a presentarlo diciendo:

—Es Laureano, vuestro antiguo mozo de cámara.

—Bien. ¿Y no ha traído más que esto?

—Trae un refrigerio igual para el otro preso que vino con vos. Ahora decidme lo que necesitáis, porque luego de cerrar aunque os desolléis las conyunturas de los dedos aporreando no he de abrir la puerta hasta mediodía.

—Necesito una cama.

—En el golfo no se piden cotufas: ahí tenéis la que conviene.

—Un agua-manil con su toalla.

—Adelante.

—Ropa limpia, un porrón de agua, pomada, peine, espejo y tijeras.

—¡Tijeras! ¿Pues vais a sastrear en la prision?

—No, amigo mío: para las uñas.

—¡Ah! Para eso os basta con los dientes.

—Pues en su lugar velas y fósforos.

—Lo primero sí: lo segundo no, porque es veneno. Yo tendré cuidado de dejaros una vela encendida cuando pase lista al toque de oraciones.

Diciendo asi salió y pasó llave a la puerta. Momentos después sentí que iba gruñendo con Laureano hacia el lado en que estaba preso el pobre Máximo.

Entonces puse la bandeja en la tarima y levanté la servilleta que la cubría. Mis compañeros, que conocían mis costumbres,

me mandaban en ella huevos, salmón, manteca, bizcochos y un perol de té con leche.

Apenas se repartió por el calabozo el olor del salmón y la manteca, cuando una trabilla de ratas salidas de cierta cueva que había debajo de la tarima escalaron ésta, y antes que yo mismo se preparaban a saborear el desayuno. Quise ahuyentarlas, y aplastándose humildemente se mantuvieron al rededor de la bandeja como si esperaran a recibir de mi mano lo que no les permitía coger a su albedrío. Entonces ensayé atraerme una con cautela y vi que no oponía resistencia; hice la misma prueba con las otras y aunque menos domésticas obtuve igual resultado. Evidentemente mis antecesores habían buscado un recurso contra el fastidio y lo encontraron en la familiaridad con aquellos animales que, para no ahuyentarlas, casi habían hecho abjuración de su tendencia al robo. Me desayuné pues, frugalmente, y abandoné la bandeja a mis huéspedes, que una vez satisfechas desaparecieron por la cueva, menos la que primero acaricié, la cual quedó durmiendo en la tarima.

Como mi conciencia no me acusaba de una sola falta, cuanto menos de esos crímenes ruidosos que arrastran en pos de sí la execración pública y la ira de las leyes, tampoco me había preocupado mucho del atropellamiento que se estaba consumando en mi persona. El único pesar que devoraba era el de no haber tenido espacio para saludar a mi familia que con razón suponía cercada de inquietud y acaso hasta de vergüenza. Por lo demás nada me afligía. En el tránsito de mi niñez a mi juventud leí mucho, sobre todas la historias de Grecia, Italia y Roma. En ellas tropezaba a cada paso con ejemplos de ilustres patricios aherrojados, sometidos al tormento y conducidos al cadalso sin otra causa que la calumnia de los envidiosos o la tiranía de los Césares, y este me daba bríos para soportar el peso de mi desgracia, para desafiar con serenidad su tenebroso desenlace. Resuelto, pues, a no dejarme vencer por la situación, ni menos por los recursos de mis afectos verdaderamente tempestuosos, consagré todos mis esfuerzos primero: a leer de rato en rato el nombre fatídico de Jeppo, esa criatura concreta pero aterradora como la del festín de Baltazar; y luego a hacer que me comprendiera la rata que dormía en mi litera, del modo que lo hacen ciertos veteranos con sus perros. Pocos ensayos me bastaron para acostumbrarme a

recitar aquel nombre abominable con una frecuencia que rayaba ya en manía, y para haber hecho de mi socia una criada.

En efecto: a las cuatro horas de enseñanza, en que mi paciencia superaba a la de un Benedictino, logré que la rata obeciese a los voces de *ven y vete*. Pero cuando quise que desde un extremo de la prisión me trajese un zapato se reveló a punto de sentarse en las traseras y cascar los dientes pasándose las uñas por la trompa. Entonces advertí que la oposición procedía de un impedimento legal, que le faltaban todos los dedos de una mano. Sin embargo, como el estrépito de sus mandíbulas argüía una amenaza tomé al zapato para castigarla. Corrió, la perseguí, se arrojó en la curva y yo en el suelo metiendo la vista por esta en la esperanza de divisarla. Un aire húmedo y lento refrescó mi frente. Probé a introducir el brazo llevando primero la manga de mi camisa hasta el hombro; pero la circunferencia de la boca era muy estrecha y tuve que contentarme con lo principal de mi descubrimiento. Luego repetí la observación ocular prometiéndome sorprender un rayo de claridad en lontananza: el aire que batía en mis ojos pasando siempre por la cueva con la fuerza que si pasara por el soplete de un alquimista me obligó a retirarlos cubiertos de una helada lágrima. Sin embargo, no me quedaba duda en que la pared estaba perforada aunque las tinieblas y las circunvalaciones no me permitieron reconocer la otra boca.

El alcalde abrió la puerta como media hora después y sin entrar enteramente comenzó a introducir los objetos que yo le había pedido.

Al rumor que produjo volvió la rata a aparecer y subirse en la litera.

—He aquí lo que pedisteis —me dijo el cancervero— además, una sillita de mar, una mesa, una caja de madera con camisa de marqués, unas pantuflas y un reverbero.

—Eso último es inútil —le contesté sonriendo.

—¿Inútil decís?

—No me permitísteis que tuviera fósforos...

—¿Y deducís que tampoco os permitiré la introducción del alcohol?

—Justamente.

—Sin embargo, hace dos meses que el cólera está barriendo la población de Amsterdam y los médicos han opinado que el

ron es un antídoto. Así es que el Gobernador dispuso desde entonces que se les tolere a los presos media botella diaria. De la vuestra podéis beber y hacer andar el reverbero.

—¿Con que el cólera está haciendo estragos en Amsterdam?

—En toda Holanda: pero, ¡carambola! tenéis fósforos ¿eh?

—Os equivocáis.

—¿Y esas puntas de cigarros?

—Tengo recado de candela: miradlo.

—Sí, sí: es muy cierto. Con que... ¿quereis el ron? Ved que... yo deseo servicios...

—Decidle a Laureano que me lo traiga mañana con una libra de té y un pilón de azúcar.

Repitió mis palabras sacando la cabeza afuera.

—¿Qué más?

—Un cubierto, que yo no como con las manos.

—Aquí se come con todo, menos con tenedor porque punza ni con cuchillo porque corta. Preguntadle a Emelina si come con otra cosa que sus solos cinco dedos.

—¿Quien es esa Emelina?

—La rata que os aguarda en la litera. ¡Ah! Ya se me olvidaba. Laureano, echa acá la bandeja. Vos, señor Jirón, acercadme la de esta mañana, que si voy yo por ella se mete de patitas el muchacho.

Le llevé la bandeja que recibió desde lejos para impedir que me acercara a la puerta y le dije:

—¿Con que la rata se llama Emelina?

—Así le puso un hombre, por cierto de muy mal carácter, que hará dos años estuvo aquí a la sombra. Mirad si era atroz, que le cortó una mano a Emelina porque sin su permiso tomó un cacho de queso.

—¡Qué inhumanidad!

—Y eso que la quería a punto de darle un puesto por la noche en esa almohada. Pero ya digo, el tal hombre era una tormenta.

—¿Cómo se llamaba?

—Creo que apuntó su nombre en una de estas paredes. Pero... ¿qué haces, Laureano? ¡Carambola! ¡Ahhh! si fue a calentar la comida!... Pues sí, señor Jirón: ahí debe estar su nombre escrito.

—¡Jeppo!...

—Eso es... Jeppo. Como no sé leer y hace tanto tiempo que tampoco tengo para qué nombrarle, casi casi se me había olvidado.

—¿Y quién es ese Jeppo?

—Preguntádselo a su madre, que lo que soy yo juro a fe de Benigno conocerle tanto como vos. Vaya, aquí está Laureano.

Introdujo una bandeja mucho más provista que la anterior, y se puso a registrarla, pocos momentos después.

—¡Carambola! —exclamó— vuestra Providencia cree sin duda que me mamo el dedo. Mirad cómo había puesto un billete debajo de este plato. Por Cristo que si no fuera... lo que es, el Laureano dormía esta noche de cruceta en el cepo.

—Perdonadlo, don Benigno: él seguramente lo ignoraba.

—Él no ignoraba nada, que lo vio muy bien al levantar los platos para recalentaros la comida. Pero ya digo... ¡si no fuera!.. En fin, ¿necesitais de alguna cosa?

Y diciendo así sepultaba el escrito en su faltriquera.

—No por ahora.

Salió regañando, cerró la puerta y siguió como por la mañana a la derecha de la galería.

Entonces coloqué la bandeja en la litera y me puse a comer. Emelina, pues así la llamaremos desde ahora, se acercó con timidez recordando que me dejó indignado; pero le arrojé un pedazo de ave y por sus movimientos conocí que se había repuesto en su habitual confianza. También vinieron las demás ratas atraídas por el aroma de los guisos, aunque quedándose a cierta distancia, lo que me dio a conocer que en los días de Jeppo no ocupaban el rango de Emelina y que en los míos se preparaban a continuar bajo el imperio de la misma distinción.

—¡Qué me dirían en el billete! —pensé levantándome con impaciencia—. ¿Quién me lo escribiría: Máximo? No puede ser, porque de la manera que aquí lo sorprendió don Benigno lo sorprendería al ponerlo aquel en la bandeja. Por otra parte, mi calabozo se abre primero que el suyo... Entonces... ¡el billete viene de la calle! ¡Oh, sí! Viene de la calle y es Pamela quien lo ha escrito. Solo ella puede llevar su interés por mí al punto de pretender eludir la vigilancia cruel del carcelero. ¡Pamela! Y si supiera la infeliz que sus caracteres han estado en peligro de reposar junto a otra mujer que me es amada, ¡junto al retrato de Laura!

Mis huéspedes se lanzaron de súbito al piso, menos Emelina, y entraron atropelladamente por la cueva a tiempo que se escuchaba un ligero rumor hacia la puerta del calabozo. Volví la cabeza y oí que don Benigno me decía desde afuera:

—Tened vuestro billete, señor Jirón. Aquí, por el quicio. El oficial de la portería lo ha leído y me manda que os lo entregue. ¿Lo cogisteis?

—Ya.

—Vaya, que sea para bien. —Y se retiró

El corazón me saltaba dentro del pecho, agitado a la vez por el amor y la inquietud; y persistiendo en mi creencia de que era Pamela quien me escribía, llevé el billete a mis labios y le besé con la pasión misma que el retrato de Laura en la cámara del buque. Abrilo después con mano trémula y leí estas palabras:

"No podemos continuar remitiéndoos la comida: *El Soberbio* ha sido entredichado y tenemos orden de desocuparlo esta tarde. Nos regaremos por la ciudad, y veremos donde se trabaja. *El Contramaestre*".

Un rayo desplomado sobre mi cabeza no me hubiera aturdido tanto como la lectura de esos brevísimos renglones en que más que las agonías que anunciaba para Máximo y para mí lloraba anticipadamente las de mis abandonados compañeros. ¡Oh! no hay palabras conocidas, señor, que expresen mi desesperación, ni hay tampoco un ser bastante perspicaz que alcance a suponerla. ¡La Providencia en su inmensa sabiduría hizo que don Benigno se negare por la mañana a proveerme de tijeras... De otro modo con ellas hubiera picado en aquel instante hasta la menor de mis arterias...! En cambio y casi frenético levanté en alto la frente, resuelto a pronunciar una blasfemia; pero mis ojos tropezaron con el dibujo de la Dolorosa, y cambiando repentinamente de propósito murmuré lleno de humildad sus dos hermosos versos:

¡Oh Madre de Jesús! ¡Por tus dolores,
de mi infortunio templa los rigores!

El triunfo de la fe sobre la más loca impiedad calmó mi indefinible exaltación a término que ya solo pensé en los me-

dios de impedir que Máximo y yo pereciéramos de hambre. En esta laboriosísima tarea tendí una mirada a la litera: Emelina estaba allí, inmóvil y sumisa como siempre. Un rayo de luz iluminó de súbito mi mente. Os he dicho que el aire infiltrado por la cueva me inclinaba a creer en la completa perforación de la pared. Sin tiempo que perder saqué de mi cartera el lápiz, escribí ni nombre en el billete después de trazar una raya al lado de "*El Contramaestre*": rompí la falda de mi camisa, tejí algunos de sus hilos hasta formar un cordoncillo; y atando lápiz y billete a lo largo del vientre de Emelina le dije con autoridad: ¡*vete*! La rata como si hubiera comprendido su misión, se introdujo por la cueva. Entonces me encorvé hasta la boca con una ansiedad indescriptible. El aire cesó de herir mi frente... un rato más, corrió con su acostumbrada libertad... ¡Gracias, Dios mio! —exclamé con regocijo al levantarme— ¡la mensajera ha llegado a su destino! ¡Máximo también conocerá el progreso de nuestros infortunios!

Sin duda, caballero, que en el discurso de vuestros días alguna vez habréis experimentado esa inquietud profunda, y esa satisfacción secreta indefinible, que nace de una idea consoladora puesta ya por obras en medio de las imposibilidades y con la incertidumbre de su éxito. ¡Ese era, precisamente, el estado de mi alma! Yo esperaba lleno de confianza por una parte, y hasta de terror por otra el fruto de mi inspiración. En mi cronómetro, que había colgado de un clavo sobre la cabecera de la tarima, contaba por horas los segundos; y por otra parte cada segundo que acusaba el volante era una eternidad de agonías más para mi espíritu. Casi tenía la conciencia de no haberme equivocado en suponer que la cueva se comunicaba con el calabozo de Máximo; pero temblaba y hasta me arrepentía de mi experimento pensando que también podía salir a otra pieza en fuerza de los zig-zags que presentaba ella en su discurso, o a la galería porque tramitaba don Benigno. En este último caso, comprenderéis que mi perdición hubiera sido inevitable.

Para despejarme de tales cavilaciones, saqué ropa de la maleta y la caja de cartón que me trajo Laureano, la coloqué en la mesa y luego procedí a bañarme empapando de ron una toalla. Durante esta ocupación mis ojos contemplaban melancólicamente los valiosos botones y el retrato de Laura, regalos ambos del

señor Carvalho. ¡Ah! ¡Qué triste se manifiestan en la desgracia los objetos llamados a simbolizar las ilusiones de la vida! ¡La ausencia y la pérdida de la libertad afligieran menos si no fuese por sus bárbaros estímulos!... Un retrato, una trenza de cabellos, un anillo... ¡Oh Dios mío! ¿Qué hay más doloroso en cualquiera de esas anormales situaciones?...

Terminada mi tarea encendí un cigarrro; y sentándome en la silla de tijeras que me trajo Laureano de a bordo, me distraía en ver las caprichosas formas con que el humo se escapaba por la claraboya, impedido del aire que filtraba la cueva. Como eran las cuatro de la tarde el sol ya no iluminaba mi prisión, y el claro oscuro que reinaba en ella hacía más imponentes las figuras y los letreros de la pared. El momento era oportuno por ese tinte mismo de tristeza que lo distinguía para consignar también en ellas un recuerdo. Sin patria y sin familia, errante como los troyanos cuando la ruina de la sacra Ilion, escribí con mi medio lápiz en gruesos caracteres estos versos de la Eneida:

Diversa exeilia et desertas quorere terras
augurus agimur Divim...
Incerti quo ferant ubi sistere detur!...

Aun no había bajado de la mesa en que subí para escribir, cuando regresó Emelina de su peligroso viaje, tal como lo emprendió, es decir, con un papel atado al vientre, y sin aguardar a que la llamara corrió a mi encuentro. Con una ansiedad mortal desaté el cordoncillo y desbolé el papel. —¡Victoria! —dije en casi un grito notando que otra mano, la mano de Máximo había trazado al pie de mi nombre estas palabras. "Enterado. El carcelero es mi hermano en San Juan: creed lo que os diga, pues no puede enagañaros. Si os valéis de él tampoco pasaremos hambre. Por lo demás, valor. *Máximo.*"

P.D. Queda en mi poder el medio lápiz.

Loco de agradecimiento tomé en mis brazos a Emelina, y tirando del cajón de la mesa puse a sus órdenes cerca de una libra de queso de Chester que me había reservado del almuerzo.

A las siete de la noche entró don Benigno trayendo una lámpara sorda en la mano.

—Señor Jirón —dijo con importancia— vengo a cumpliros mi palabra. Prended vuestra vela y decid lo que necesitéis, porque no vuelvo ya hasta mañana.

—Lo que necesito no sois vos quien me lo puede procurar.

—Veamos.

—Una persona cualquiera que nos compre y disponga los alimentos a mi compañero y a mí.

—A él me le ofrecí para eso mismo hará cinco minutos, porque yo soy... pues... yo soy lo que él ha comprendido... mejor que vos: un hombre humano... hasta... hasta donde lo permite mi deber. Procurad el dinero que ya veréis si miento en lo que digo.

Inmediatamente le presenté una onza de oro diciendo:

—Eso para el gasto de la semana.

—¡Carambola! —exclamó con asombro— aquí hay también para pagar al cocinero su mesada.

—Además...

—¡Ola! Ya vais extendiendo el pie... pero no importa.

—Es solo una pregunta.

—Ya... ¿qué quereis saber?

—Si conocéis a Jenaro Rutwend.

—¿Un antiguo capitán de vuestro barco?

—El mismo.

—Murió.

—¡Cielos! —exclamé aterrado.

—Y murió su mujer.

—¿Qué decis?...

—Y murió su hija... Vamos, se murieron todos, o mejor a todos los mató el cólera....

A esta última revelación perdí el conocimiento y rodé al suelo como un martinete que se desprende de lo alto del aparejo.

VIII

Ocho días transcurrieron desde aquel en que don Benigno me reveló con su habitual franqueza el exterminador desastre

de la familia Rutwend; ocho días de luto entero para mi corazón que así había perdido una familia y un hogar; ocho días, en fin, que seguramente hubieran hecho pasar mi cuerpo del calabozo al cementerio, a no ser por los consuelos que desde el suyo me tributaba Máximo, y por las distracciones que debía a la inteligente Emelina. Pero si pude resistir aquel tremendo golpe con un esfuerzo de que jamás me he dado cuenta, no alcancé a paralizar el desarrollo de los fenómenos con que en cambio se manifiestan la sensibilidad y los recuerdos. Lágrimas abrasadoras cuyo aborto no era debido a la deliberación del alma: lágrimas salidas por acaso de su misterioso manantial, tal vez un residuo errante de este mismo, pero necesitado de curso como el mercurio que se desprende de su cuna, inundaban mis ojos a intervalos sin respetar aquellos en que conseguía dominar la funesta autoridad de mi infortunio. Así fue que la palidez tomó por asalto mi semblante, que el insomnio me mantenía en su estado casi febril, que perdí el apetito y me adelgacé tanto que estuve forzado a usar una faja exterior para que el pantalón se mantuviera en la cintura.

Don Benigno, que observaba mi desmejoramiento, y que enterado de mis vínculos con la familia Rutwend quería con atenciones disminuir la gravedad de la herida que abrió en mi corazón, no cesaba de exhortarme a tener confianza en Dios y valor para sufrir sus pruebas.

—Quiero ver si hoy también os quedáis en ayunas —me dijo entrando con la bandeja y se sentó en la tarima mientras yo me acercaba a la mesa. Luego continuó:

—Es preciso, señor Paulino, que en vez de pensar en los que fueron penséis no más en los que son. A los primeros se les reza porque conviene estar bien con ellos a fin de que nos recomienden; pero no se les dedica estas lágrimas que vertéis ni esos otros sacrificios que os habéis impuesto. Aún deben quedaros en el mundo padres, hermanos, etcétera.

—¡Ah! —exclamé sacudiendo la cabeza negativamente.

—Pero tendréis amigos.

—Dos. Uno de la prisión; el otro en el puerto de que salí para Amsterdam.

—Con esos sobra. El preso os consuela sin hablaros, con solo saber que le tenéis pegado a la nariz; en cuanto al otro está en

el deber de protegeros. Si a más de amigo fuera también... y lo fuerais vos... como lo soy y como lo es...

—No os comprendo —repuse con supuesto dolor; pero recordando lo que Máximo me había escrito, a saber que era su hermano en San Juan o masón, y que no podía engañarme, di otra expresión a mi fisonomía para convidarle a continuar en su espontaneidad.

—Comed como acostumbrabais —repuso— y cuando acabéis os diré una cosa que os ha de complacer mucho. Vaya, estoy decidido a contribuir al alivio de vuestra situación; pero comed bien y pronto.

Hícelo así para darle espacio al arrepentimiento, aunque teniendo que violentarme. Mi estómago estaba pronunciado contra la comida, contra la bandeja misma: solo consentía el té, y eso al levantarme de la tarima.

—Estáis complacido —le dije a tiempo que abandonaba los platos a mis huéspedes.

—Venid —observó a media voz— sentaos a mi lado, que así no podrá escucharnos cualquiera que pase por la galería.

Me coloqué según su indicación.

—Tenéis un amigo en otra tierra.

—Os lo he dicho —respondí con solemnidad.

—¿Es hombre de... de dinero?

—Es comerciante.

—Yo tengo otro amigo en Amsterdam que le gusta mucho el dinero...

—¡Don Benigno!...

—¡Bah! Si estamos hablando como... hermanos, ¿a qué disimularos?

—Pero ese hombre...

—Ese hombre es muy ambicioso, y es el fiscal... el que debe instruir vuestra acusación sumaria. Supongo que si vuestro amigo lo es de a verdad no habrá de reparar en pelillos tratándose de vuestra salvación.

Las últimas palabras que pronunció el señor Carvalho cuando quedamos solos el día de las explicaciones, rodaron sobre mis labios, pero sin sonido. Por ellas quedé obligado a invocar su generosa amistad en uno de dos casos extremos, en el de ruina o en el de verme agobiado bajo el peso de las injusticias.

Me hallaba preso sin causa a juicio de mi conciencia y me hallaba también desamparado. El deseo de recuperar mi libertad fue superior a los escrúpulos que la delicadeza opone siempre a las grandes resoluciones, me volví, pues, a don Benigno respondiéndole.

—Mi amigo desea servirme en todo.

—Pues escribidle que venga volando a comprar la conciencia del fiscal.

—Pero... ¿habláis de veras?

—Tan de veras, señor Jirón, que aquí tenéis el papel, la pluma y la tinta para que esta misma noche le escribáis.

—¿Sabéis si hay ocasión en estos días?

—Es difícil que os responda porque aun no me habéis dicho el lugar en que reside vuestro amigo.

—En Janeiro.

—Bueno: mañana me informaré. Pero importa que escribáis sin pérdida de tiempo.

—Lo haré como decís. En cuanto a vos no quedaréis quejoso.

—¡Alto ahí, señor Jirón! —exclamó levantándose enfadado— yo conozco al fiscal, pero en nada me le parezco. El favor que os brindo no pide recompensa. Yo hice ahora años un juramento que me obliga en este instante por vuestro compañero, el cual lo conoce también; y para servirse de él me ha puesto la condición de entenderme con vos. Esto es todo. Cualquier gaje que recibiera por lo que voy a poner en obra me degradaría a sus ojos. En fin, él y yo somos... como hermanos...

—Me lo había figurado, amigo don Benigno. Por lo demás... excusadme.

—Enhorabuena. ¡Carambola! Vaya, me retiro.

—Mañana la carta.

—Mañana también os daré razón de si sale buque para donde dijisteis.

Salió don Begnino...

ÍNDICE

ÍNDICE

JAVIER ANGULO GURIDI Y LA LITERATURA NACIONAL
Bruno Rosario Candelier

El escritor romántico 9
El poeta de la patria 14
Apelación de lo sobrenatural 18
El fundamento de una tradición 22
La fuerza de una estética 26
El narrador de leyendas 28
La vertiente de lo real imaginario 32

LA FANTASMA DE HIGÜEY

I 39
II 44
III 51
IV 56
V 63
VI 67

SILVIO

I. De cómo da principio esta historia 131
II. Donde se ve cómo quemó su primer incienso de amor 138
III. Silvio encuentra un amigo de la infancia y por él logra hablar a la desconocida 144
IV. El mensaje 151
V. La revelación en el hotel y la entrevista en las máscaras 158
VI. Explicaciones que terminan con un pacto sangriento 165
VII. El doble duelo 170
VIII. Explicaciones que terminan con un pacto sangriento 171

LA CAMPANA DEL HIGO

I 181
II 188

LA CIGUAPA 203

EL PANORAMA

Introducción 215

PRIMERA PARTE
Artículo I 216
II 229
III 253

SEGUNDA PARTE. PAULINO
I 268
II 285
III 291
IV 295
V 299
VI 332
VII 340
VIII 353

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.

Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.

Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina cristiana y cartas.

Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas escogidas.

Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.

Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.

Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.

Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.

Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.

Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.

Vol. XI.- José Ramón López:
Listín Diario (enero-agosto de 1921).

Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.

Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.

Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 1.

Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras escogidas 2.

Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras escogidas 3.

Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.

Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
1.- Cuentos.

Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras completas
2.- Ensayos históricos.

Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.

Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.

Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.

Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los sermones del padre Eliseo.

Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.

Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.

Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.

Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea.

Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas.

Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos.

Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó
1. El Montero-Epistolario.

Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó
2. Ensayos sociohistóricos.
Actuación política.

Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat
Escritos y Epistolario.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Noviembre del 2002,
en los talleres Gráficos de Editora Corripio, C. por A.,
Santo Domingo, Rep. Dominicana.
DT-15929